Carmen M. Darie

@theromanticcorner

Arizona in love

matchstories

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
Epílogo
Banda sonora
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

A menudo conducir te lleva a tu destino, pero ¿qué pasa cuando el destino te pilla por el camino? Descúbrelo en esta novela romántica *new adult* con un Cupido en forma de Mustang.

La vida es eso que pasa mientras haces otros planes…

Lo único que quería Scarlett era pasar las vacaciones en Utah con su madre.

Lo único que Christopher ansiaba era poder escapar de una vez por todas de la telaraña de su familia.

Pero con lo que ninguno de los dos contaba era con que el Mustang de Scarlett dejaría de funcionar en mitad de la nada y los planes de ambos se verían truncados para siempre.

Christopher será el mecánico encargado de arreglar el coche y, quizás, de poner patas arriba el corazón de la chica.

Una historia de pasión e intriga en la que Scarlett y Christopher se verán obligados a dejar de lado su orgullo y apartar sus diferencias.

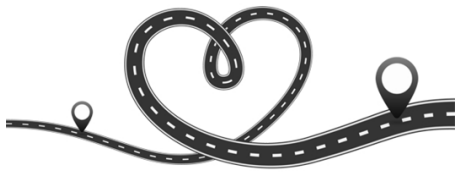
A veces, aunque no busques el amor, solo hay que dejar que dos corazones latan al mismo tiempo.

Arizona in Love

Carmen M. Darie

Matchstories

1



La carretera estaba tranquila y la suave brisa del aire acondicionado le daba justo en el cuello, logrando por momentos que el calor insoportable fuese algo más llevadero. Miró por el retrovisor: toda la calzada estaba despejada. Lógico, a nadie se le ocurriría andar por ahí en coche a esas horas del día. Era un auténtico suicidio.

Scarlett conducía distraída, cantando uno de esos *hits* del momento que sonaba en la radio, convirtiendo su coche en un karaoke. Se había mudado a Phoenix desde hacía unos años por cuestión de trabajo y, religiosamente desde entonces, visitaba a su madre en verano. Dejaba su pequeño piso en la capital de Arizona para echar unas diez horas hasta Sandy. Acababa destrozada después de tanto tiempo al volante, pero para ella el viaje siempre merecía la pena. Conducir su Mustang le traía muy buenos recuerdos de su padre y de cuando este le enseñó a conducir con dieciséis años.

Todavía le quedaban unos cuantos kilómetros para llegar a la casa familiar y ver a su madre cuando, de pronto, la vida le advirtió de que..., que ese no era un buen momento para esa travesía; que era un momento pésimo, de hecho.

Sin previo aviso, comenzó a salir humo del capó delantero, donde estaba el motor, y tuvo que detener el vehículo de forma brusca en el arcén antes de que algo se prendiese fuego.

Maldijo su suerte. Hacía un calor tremendo, estaba en medio de ninguna parte, sin cobertura, y su coche parecía estar pidiendo a gritos la jubilación. El Mustang del sesenta y nueve, regalo de graduación de su difunto padre, la había dejado tirada en medio de la

nada justo el día que anunciaban una subida drástica de las temperaturas.

El pavimento se difuminaba a lo lejos, un espejismo ante sus ojos producto del intenso calor y la escasa sombra. Podría morir abrasada si se quedaba parada en el asfalto, sin ningún lugar donde refugiarse de los fuertes rayos del sol. Se le derretiría todo el maquillaje y hasta el pelo de la cabeza. Debía de haber más de treinta y ocho grados en ese momento y sencillamente se estaba asfixiando.

—Genial, fantástico... —murmuró para sí misma con ironía, aún sentada en el coche e intentando reunir el valor para salir y ver en qué condiciones se encontraba exactamente.

Se sacudió el pelo, se secó un poco la nuca y trató de apartárselo de la cara haciéndose un moño improvisado para no sentir tanto bochorno, lo que, por supuesto, no funcionó. Llevaba puesta una camisa blanca, que al menos era más fresca que sus largos pantalones vaqueros. Un *outfit* para ir sentada en el coche, no para estar fuera de él.

Se bajó del Mustang y recibió un golpe de calor insoportable que le hizo sudar todavía más. Centró toda su atención en el capó del coche. Al abrirlo, una humareda blanca salió despedida hacia su cara. Sus fosas nasales aspiraron un olor nauseabundo e hizo una mueca echándose hacia atrás. No sabía a quién pretendía engañar echándole un vistazo a la situación del motor: no tenía ni idea de mecánica.

—Mierda.

Cerró el capó con más fuerza de la necesaria y caminó hasta el maletero enfurruñada. Sacó su maleta y la tiró a un lado del vehículo, pagando toda la frustración que sentía con ese trozo de plástico lleno de ropa. Rebuscó hasta encontrar el triángulo de emergencia y contó los metros de distancia antes de colocarlo sobre el pavimento. Se volvió a subir al coche, y dio un buen trago de la botella de agua que llevaba en la guantera y que había conseguido aguantar un poco la temperatura. Luego buscó por su bolso el móvil, para comprobar, con una tremenda decepción, que no tenía cobertura allí.

—¡Doble mierda! —exclamó, alterada.

Su única opción era ir andando hasta un punto en el que su móvil decidiese cooperar y, con un poco de suerte, toparse con alguien en el camino que se compadeciese de ella. Dudaba seriamente que eso llegase a pasar, porque llevaba un buen rato sin cruzarse con otros

vehículos. La idea de hacer autostop no le resultaba para nada atractiva. Quizá no fuese lo más inteligente, pero sí era lo más práctico, aunque no se acababa de fiar del todo de la gente, y menos estando ella sola y sin un móvil operativo. En el hipotético caso de que alguien parase por propia voluntad, solo única y exclusivamente si a ella le daba buena espina, aceptaría subirse. De lo contrario, preferiría cruzar sola el desierto entero si hiciese falta.

Apoyó la cabeza y cerró los ojos un momento para calmarse. Después de varias respiraciones profundas, bajó decidida. Cerró su Mustang, miró hacia delante y empezó a caminar.

Christopher llegaba algo tarde a su trabajo, cosa no muy habitual en él. Apretó la mandíbula y continuó conduciendo. Estaba muy frustrado esa mañana. Desde hacía unos días no dormía bien por las noches por culpa de algunos problemas que lo tenían intranquilo. En cuanto el taller entró en su campo de visión, sintió un inmenso alivio. Allí conseguiría distraer su mente con el trabajo rutinario.

La fachada descascarillada pedía a gritos una renovación, aunque para él era todo un consuelo haber llegado. Allí se olvidaba de todo y se centraba en una de las pocas cosas que se le daban bien: reparar coches. En el taller los problemas siempre tenían una solución y era él quien la proporcionaba. Se sentía útil. Aparcó donde siempre y, cuando se bajó, el calor de ese día lo golpeó de tal forma que no dudó ni un instante en entrar lo más rápido posible antes de morir abrasado fuera. La enorme puerta blanca, algo oxidada, estaba abierta de par en par. Los ventiladores del techo trabajaban a pleno rendimiento esparciendo el aire caliente por todas partes. Cruzó la zona en la que los vehículos estaban aparcados o subidos a las plataformas elevadoras y se metió de lleno en el módulo acristalado de la oficina, al fondo. Desde allí, su jefe, o cualquiera, podía controlarlo todo sin necesidad de salir al achicharrante mundo exterior.

—¿Cómo te va, Chris? —le preguntó John—. No tienes muy buena cara esta mañana.

Christopher lo miró de hito en hito antes de hablar. ¿Cómo era

posible que lo leyese de esa manera después de tan solo tres segundos de haber entrado por la puerta?

—Hola, John —le respondió con sequedad, y pasó de largo sin volver a mirarlo siquiera. Normalmente no era tan borde. Sería por no haber dormido lo suficiente.

—Eh, eh, eh, para el carro. ¿Qué ocurre, muchacho? ¿Tu *amiga* Catherine te está agobiando? —le preguntó mientras se limpiaba las manos de aceite.

Christopher resopló antes de contestar. Odiaba cuando John se quería entrometer en los problemas de su vida. Eran amigos, además de jefe y empleado, y eso hacían los amigos, pero había ciertos temas que no quería tratar ni con su propia mente, y mucho menos con John. Le agradecía la intención, pero no tenía ganas de hablar de nada de eso.

—Mi *amiga* lleva sin llamarme más de una semana, al igual que yo a ella.

Observó a su jefe, ya entrado en años. Las marcadas arrugas de su cara le concedían más edad de la que realmente tenía. Estresado por su negocio y por los quebraderos de cabeza que le daba su único hijo, Fred, tenía desde hacía varias semanas unas ojeras muy feas. Ser padre de un chico que casi había cumplido los veinte años y lidiar con él tanto personal como laboralmente lo desgastaba más de lo que le gustaría admitir.

En todo caso, para Christopher, John había sido como un segundo padre cuando lo había necesitado, y por ello lo apreciaba mucho. Siempre tenía las palabras adecuadas para aconsejarlo y respetaba muy bien los silencios, aunque Fred no lo valorase.

—Entonces, ¿qué te preocupa, hijo? —preguntó intentando estudiar su rostro.

A Christopher le fastidiaba que a menudo lo pudiese leer como un libro abierto. Ocultar la cara de culo cuando algo no le iba bien siempre se le había dado muy mal y John sabía perfectamente cuándo pasaba algo en su vida que lo tenía intranquilo.

—Me ha llamado Melissa. Está teniendo problemas... otra vez —respondió mientras sentía que sus facciones se endurecían al hablar de ella.

—¿Melissa? —El chico asintió—. ¿Para qué te dice eso? O, más bien, ¿para qué vuelve a llamarte?

—Supuestamente porque no tiene a nadie a quien acudir.

—Excusas. Se está aprovechando de ti. De nuevo —recalcó.

—Lo sé.

—Después de todo lo que te hizo... me parece muy egoísta por su parte —expresó John con enfado en los ojos.

—Ya, solo que, no sé, es un tema delicado y...

—Y te tiene que molestar a ti —completó la frase por él.

—Sabe que no puedo decir que no.

—Así que... —quiso saber.

—Solo la he escuchado por teléfono, nada más.

—¿Y se puede saber qué problema tan urgente tiene tu exnovia que te tiene que llamar a ti?

—Es un problema algo... problemático. —De inmediato se reprendió mentalmente por la tremenda estupidez que acababa de soltar.

—Críptico. No he entendido un carajo, chico.

—Ya, John, quizá no quiero que lo entiendas —soltó con demasiada dureza.

—Te daré un consejo de amigo a amigo. Un consejo que le daría a un hijo mío. —Hizo una breve pausa—. Será mejor que en futuras ocasiones no le cojas el teléfono.

—Lo sé.

Hubo un silencio cómodo entre ellos. John no lo presionó y Christopher lo rompió cuando se sintió preparado. Era el toque especial de John, la paciencia, darle tiempo para procesar y masticar sus palabras, esperar y que Christopher comenzase a hablar por voluntad propia.

—La noté muy preocupada en la llamada. Hasta se puso a llorar. Me ha tocado consolarla, muy a mi pesar.

«Muy bien, Christopher, tropezando una vez más con la misma piedra.»

—Un gesto demasiado amable por tu parte. —Arrugó la nariz—. ¿Sigues sintiendo algo por ella después de tanto tiempo?

Así, directo y sin rodeos. Christopher lo meditó durante unos segundos y se dispuso a contestarle cuando el hijo de John abrió la puerta de golpe y los interrumpió. Estaba metido bajo uno de los múltiples coches, preparándolo, y no lo había visto al llegar.

—Chris, te necesito. Hay una mujer preguntando por un

mecánico y una grúa. ¡Y qué mujer! —exclamó con una sonrisa mientras con las manos delineaba su figura en el aire.

El aludido se limitó a resoplar antes de resignarse:

—Voy.

A Scarlett le había tocado caminar durante más de cuarenta minutos bajo el sol con una botella de agua tibia y asquerosa que no le calmaba la sed, sino que más bien le estaba dando dolor de estómago. Su mala suerte la había acompañado durante el trayecto. Ningún taller cerca, nadie que parase a socorrerla y sin poder meterse en Google Maps para ver cuánto le quedaba hasta el pueblo más cercano. La falta de cobertura le dificultó mucho las cosas. Recordó, al cabo de veinte minutos andando hacia lo que sentía era ninguna parte, que había metido en la maleta una gorra que le habría sido muy útil en su situación. Lástima que no se hubiera acordado de ella a tiempo.

Cuando vio el cartel anunciando Wickenburg a cinco kilómetros, se alegró y se preocupó en igual medida. Todavía estaba muy lejos, pero encontrar ese rótulo fue como dar con un oasis. Su esfuerzo había merecido la pena.

«No morir en el desierto... lo puedo tachar de mi lista de logros en la vida», pensó con sarcasmo.

Entrando al pueblo sintió las miradas de los que imaginaba que eran sus habitantes al ver un rostro desconocido; no obstante, le dio igual. Se acercó a la primera persona que pasó cerca de ella y le preguntó. Después de aguantar cuestiones que rozaban que se las catalogara de interrogatorio policial, le indicaron la dirección del taller mecánico más cercano. Exhausta, sedienta y con los pies destruidos, anduvo diez minutos más.

Le cayó como un jarro de agua fría ver el deplorable estado exterior en el que se hallaba. Ella esperaba encontrarse con un lugar mejor que el que tenía delante. Se intuía que estaba abierto solo porque el portón estaba subido, pues la falta de cartelería que indicara qué tipo de negocio era y de mantenimiento sugerían lo contrario. El local parecía abandonado. Era viejo y estaba descuidado. No le

generaba confianza entrar. Es más, la idea de darse la vuelta y seguir caminando cruzó por su mente. Sin embargo, un repentino dolor de pies fue lo único que acabó ocupando su mente.

Entró con sigilo, tratando de no hacer ruido para no delatar su presencia, dispuesta a salir por patas si veía algo extraño. Rezaba por encontrarse con gente normal y no con otros metomentodo, porque su agotamiento físico y mental le harían perder los modales.

Un chico más joven que ella, alto y delgado, se percató enseguida de su presencia. La miró con cara rara y siguió un rato más a lo suyo antes de acercarse. Si esa era su forma de dar la bienvenida a los clientes, más valía que su jefe lo despidiese pronto.

Se presentó como Fred y le tendió la misma mano con la que instantes antes había estado sosteniendo una pieza algo grasosa. Scarlett forzó la sonrisa y le devolvió el apretón intentando ser educada. Sofocada dentro del taller sin aire acondicionado, perdió diez minutos explicando lo que le había pasado a la persona equivocada.

El tal Fred parecía más interesado en entender cómo es que ella tenía un Mustang del sesenta y nueve que en ayudarla. Le lanzó preguntas innecesarias e incómodas que no servían para su propósito. Se desesperó por completo cuando Fred le aclaró que tenía que llamar a su compañero para que los ayudara con el tema. ¡Si él no era el encargado, que lo fuese a buscar!

—Del sesenta y nueve, todo un clásico —repitió por tercera vez.

—Ya. —Su lado más borde salió a flote.

Lo interrumpió en medio de su verborrea para preguntarle por el baño. A ver si era capaz de indicarle solo lo que le había preguntado y no añadir nada más. Le daba igual su vida, si ese día estaban a tope de trabajo o si se le había muerto el perro el día anterior. Solamente quería agua, sentarse un rato y la ayuda de un profesional, y estaba claro que esto último, el pesado de Fred no lo era.

El chico le indicó que el baño estaba detrás de ella a la derecha. Scarlett lo dejó con la palabra en la boca cuando él quiso saber la edad que tenía. ¡Menudo pesado! Se escabulló y cerró la puerta con fuerza. Ojalá fuese a buscar de inmediato a su compañero. No quería pasar ni un minuto más allí dentro.

El minúsculo aseo tenía un retrete con tanque arriba, de los de cordel, un espejo oxidado y un lavamanos que no contaba con jabón.

Rezó para que al menos el grifo funcionase. Al abrirlo, un hilo fino de agua cayó y puso las manos debajo tratando de acumular el máximo posible. Se mojó la cara. Su reflejo en el espejo la horrorizó: tenía la piel quemada por el sol, con las mejillas muy rojas, al igual que su nariz y su frente. La protección solar no le había servido de mucho, aunque aun así agradeció mentalmente llevarla puesta. De lo contrario habría sido mucho peor.

Volvió a repetir el proceso y se limpió con algo de papel de váter el resto de rímel que corría por sus mejillas. La perfecta protagonista de *La matanza de Texas* con una pequeña diferencia: que no estaba en el estado de Texas, sino en Arizona.

Christopher dejó a Fred y a John discutiendo sobre las formas que tenía el hijo de expresarse, según su padre. Le estaba diciendo algo así como que necesitaba ser más educado con los clientes.

Se acercó a la entrada principal con paso lento, un poco perezoso. Allí la vio, plantada en medio del taller, mirándose las manos. Era guapa y evidentemente no era de Wickenburg. Llevaba demasiados años viviendo allí como para no reconocer a todos sus habitantes. Se notaba que estaba incómoda. Claro, una chica como ella no pegaba ni con cola en un lugar como ese. Sí, a él también se le hacía evidente que no era el mejor taller de la zona, pero al menos sí que hacían bien su trabajo.

La recién llegada tenía los pantalones vaqueros llenos de polvo y la camisa Polo Ralph Lauren, en un inicio blanca, había dejado de serlo. Ya era más bien tono tierra y la llevaba arremangada por encima de los codos. Su pelo rubio, que más bien parecía un nido de pájaros, estaba recogido en un moño en lo alto de su cabeza. Cuando la chica alzó la vista para enfrentarlo, él descubrió unos bonitos ojos verde esmeralda que le sostuvieron la mirada hasta que llegó a su lado.

—Buenos días, señorita —la saludó y se presentó mientras le tendía la mano.

De cerca podía apreciar que la mujer estaba casi cocida por el sol.

Las diminutas pecas de su rostro se disimulaban hasta casi desaparecer y unificarse en un mismo tono rojizo de piel. Se quedó un segundo más estudiando su cara, pero reaccionó antes de incomodarla. Nariz pequeña, pómulos altos y labios carnosos. El adjetivo que la describía con exactitud era, sin lugar a duda, *atractiva*. No guapa, indudablemente *atractiva.*

—Scarlett —respondió con la misma firmeza al apretón de manos —, encantada. Espero, ahora sí, estar hablando con la persona correcta.

Christopher se quedó mirándola un instante. Estaba tensa y despedía fuego por los ojos. «Genial, otra clienta con mal genio.»

—Depende de para qué la quiera —puntualizó Christopher.

Scarlett parpadeó unas cuantas veces antes de responder.

—Para mi coche. Creo que es más que obvio, ¿no?

—Ajá.

Se volvió a quedar callado, siendo consciente de que eso iba a molestarla más. Agarró un trapo y se limpió las manos a tan solo medio metro de ella. Los habitantes de la metrópolis, como suponía que era ella, llegaban a Wickenburg creyéndose los amos y señores solo por venir de ciudades grandes, siempre con sus exigencias, sus plazos, sus tiempos. Bueno, si se daba la vuelta y se marchaba con su problema a otra parte, le haría un favor; estaban casi a tope en el taller y la tipa sin duda lo que buscaba era pelea y no soluciones.

Para lo amargada que parecía estar en ese momento, su voz era demasiado dulce y melódica. Era tremendamente alta, casi de su estatura (Christopher, con su metro noventa y tres, estaba por encima de la media) y tenía la sensación de que lo miraba por encima del hombro.

—Bueno —empezó a hablar Scarlett cuando vio que no le iba a preguntar él—, estoy aquí porque ha empezado a salir humo del capó de mi coche.

—¿Y dónde está el vehículo? No lo veo por ninguna parte.

—Obviamente, no he podido traerlo hasta aquí. —Scarlett puso los ojos en blanco, desesperada por la ineptitud del hombre que tenía delante, que era evidente que no sabía sumar dos y dos—. He tenido que venir andando. Y, créame, si hubiera podido evitarlo, no estaríamos teniendo esta conversación —añadió, consciente de que estaba volviendo a ser una borde.

Christopher ignoró su último comentario y planteó:

—Espere un segundo, ¿ha venido andando desde dónde? ¿Lo ha dejado en la carretera sin más? ¿No ha probado antes a esperar y echarle líquido?

Scarlett parpadeó varias veces, algo ofendida por el tono de las preguntas. El chico que tenía delante parecía no estar creyéndose la situación y lo que menos necesitaba ella en ese momento era que la cuestionaran. No lo soportaba por lo general, mucho menos en aquellas circunstancias y con la caminata encima.

No, no lo había probado. Tenía sentido, pero era evidente que no se le había ocurrido. Normalmente, si le pasaba cualquier cosa con el Mustang, llamaba a su seguro, que para eso lo tenía. No entendía de coches ni de mecánica. Para algo estaban los mecánicos, ¿no?

—No, no lo he hecho —respondió, algo molesta.

—Podría haberlo intentado. A lo mejor se habría ahorrado la caminata.

—Ya. Tampoco tenía agua para intentarlo —mintió..., aunque, técnicamente, el agua que le quedaba no se la iba a echar al coche porque la necesitaba para sobrevivir.

—No hay que poner agua —la rectificó él—, hay que poner líquido refrigerante de motor.

«Vale, papá», pensó ella.

—Pues no tenía líquido refrigerante para ponerle tampoco. —El tono de su voz denotaba que se empezaba a cansar de esa conversación.

«¿Quién lleva líquido refrigerante en su coche?»

—¿Quién viaja en agosto sin refrigerante en el coche? —En cuanto lo dijo se arrepintió al ver la mueca que Scarlett hizo. Vio cómo aparecían arrugas en su entrecejo y se cruzaba de brazos, elevando peligrosamente parte de su escote.

—Yo, ¿algún problema con eso?

—No, ninguno. —Christopher no modificó su actitud—. Solo le aconsejo que lleve refrigerante, aunque tan solo vaya a comprar el pan.

«Sili li iquinsiji qui...»

Una vocecita en la mente de Scarlett se burló de él. Le estaba cayendo fatal aquel tipo tan soberbio. ¿Acaso no veía que estaba sucia y cansada? ¿Era necesario ser tan duro con ella? Trató de coger aire;

al fin y al cabo, necesitaba que ese impresentable se prestara a ayudarla.

—Sí, lo tendré en cuenta —dijo al final, a regañadientes.

Aprovechó para fulminarlo con la mirada. Él hizo caso omiso de su visible enfado y comenzó a coger algunas herramientas de una de las estanterías que poblaban el taller.

—¿Dónde lo tiene? —le preguntó sin prestarle demasiada atención.

—Lejos. Está muy lejos de aquí.

—¿Lejos...?

—¡Lejos! —alzó la voz, ya desesperada por tratar con ese hombre—. No tengo ni idea de a cuántos kilómetros está. Mire mis pintas —se señaló la ropa sucia—, creo que deduce que he estado un buen rato caminando. No tengo idea de lo que le pasa, ni le he puesto refrigerante como usted dice, ni he intentado nada más que buscar ayuda.

—Calma —pidió conteniendo una sonrisa, divertido por verla tan fuera de sí.

La observó hacer tres respiraciones profundas antes de hablar.

—Estoy calmada —replicó.

—Lo dudo.

Ese comentario crispó los nervios de Scarlett.

—Qué *simpáticos* sois en este pueblucho.

Hizo énfasis en la segunda palabra, pero soltó toda la frase en un tono de hastío, con la intención de que el tipo que tenía delante comprendiese lo desagradable que estaba siendo con ella. Christopher dejó de seleccionar herramientas y se giró repentinamente para mirarla con incredulidad. Scarlett sintió que se había pasado con el comentario, pero no dijo nada para disculparse. Se miraron a los ojos, esperando que alguno de los dos hablase. Ella no iba a abrir la boca, eso lo tenía más que claro.

—Voy a buscar las llaves de la grúa. —Se dio media vuelta, sin esperar respuesta. Solo tenía dos opciones: largarse de allí o herirla con alguna réplica mordaz.

—¡De acuerdo! —le gritó ella, quedándose en el mismo sitio.

Scarlett intentó relajarse cuando él se fue. Este le pareció un maleducado, igual que todos los que se había cruzado en Wickenburg. Deseaba largarse lo más pronto posible de allí y perderlos de vista.

Sin embargo, el irritante mecánico era endiabladamente atractivo. Sus fuertes músculos se marcaban a través de una camiseta blanca y pulcra de manga corta. ¿Quién se ponía ropa blanca en un trabajo como ese? Muy a su pesar, le quedaba como un guante y realzaba el tono dorado de su piel. Tenía atada una bandana roja en la cabeza, que le servía para mantener la cara despejada de su cabello castaño claro, rebelde en todas direcciones, algo demasiado largo para su gusto. Ojos grandes color miel, pestañas envidiosamente largas, pómulos marcados y, el detalle clave dentro de todo su atractivo: era muy muy muy alto.

Scarlett siempre había batallado con eso. Desde que en la adolescencia pegó el estirón, solo tuvo ojos para los idiotas del equipo de fútbol americano, y ninguno de ellos le prestó la más mínima atención. Fue objeto de burlas por parte de las animadoras, así que, hasta que pasó a la universidad, no se atrevió siquiera a ponerse unos tacones altos por miedo a que las otras personas, sobre todo las chicas, la criticaran y se riesen de ella.

Repasó mentalmente al chico.

«Es un idiota, está bueno, se cuida, es alto como yo... ¡Ah, y encima huele bien!»

Christopher caminó con las llaves en una mano mientras con la otra se acomodaba, o despeinaba, el pelo, y Scarlett se concedió unos segundos para hacerle de nuevo un escáner visual rápido.

—¿Y bien? —Su voz la distrajo de sus pensamientos.

Ella tuvo que parpadear varias veces al descubrirse mirándolo fijamente a solo unos centímetros de distancia. Su caminata por el desierto le había frito las neuronas y había acabado con su disimulo. La intensidad de sus ojos le impidió formular una frase coherente para justificarse.

—¿Qué...?

—¿Ha acabado de mirarme? —repitió Christopher.

Encima el tipo se lo tenía bien creído. Necesitaba explicar que no estaba mirándolo, mentir un poco y bajarle ese ego, pero ¿a quién iba a engañar? Scarlett soltó un bufido a modo de queja y su cara se puso más roja de lo que ya estaba. ¿Quién se creía que era para hablarle así? Sin esperar una respuesta por su parte, Christopher avanzó, dejándola atrás.

—Vamos.

«¡Encima me está dando órdenes!»

Cada vez más molesta con la situación, Scarlett tuvo que acelerar sus pasos para alcanzarlo. Antes de que ella pudiera abrir la puerta, Christopher se adelantó.

—Todo esto es innecesario... —refunfuñó ella en voz baja mientras entraba en el vehículo.

—De nada.

Christopher cerró con fuerza la puerta, sobresaltándola. Bordeó la grúa y se acomodó en el interior. Nada más arrancar el motor, encendió el aire acondicionado. Antes de ponerse el cinturón rebuscó por todo el coche, incluida la guantera, invadiendo el espacio personal de Scarlett.

—Tenga —dijo mientras le entregaba un bote verdoso—. Póngase esto en la cara. Lleva aloe vera, le aliviará la rojez.

Scarlett alternó la mirada entre el bote y su dueño, desconfiando de su repentina generosidad. Al final lo aceptó. Sus manos se rozaron y una corriente eléctrica le recorrió la espalda. Él se limitó a soltar el bote como si este le quemase.

—Gracias.

Salieron del taller y Christopher condujo hacia el lugar con ayuda de las indicaciones de Scarlett. El trayecto fue de lo más silencioso. La radio se quedaba muda cada dos por tres por la falta de cobertura. Scarlett no paraba de mirar por la ventanilla, rogando que el tiempo pasara más rápido para llegar cuanto antes. La tensión entre ellos se podía cortar con un cuchillo. Finalmente, Christopher fue el encargado de romper el mutismo.

—¿Qué hace usted por aquí?

Scarlett sostuvo en la punta de la lengua algo así como un «a ti qué te importa», aunque lo pensó un poco mejor antes de contestar y tuvo en cuenta el gesto de Christopher de preocuparse por sus quemaduras solares.

—Preferiría que nos tuteáramos —pidió ella.

—Ajá.

—Estoy de vacaciones. Me dirigía a ver a mi madre a Utah... y, bueno, el resto ya lo sabes.

—De aquí a Utah todavía quedan unos cuantos kilómetros.

—No me lo recuerdes. —Puso los ojos en blanco.

La radio seguía colapsando, así que Christopher optó por

apagarla. Nuevamente se quedaron en silencio. Ninguno de los dos hizo ademán de sacarle conversación al otro. Desobedeciendo las indicaciones de su mente, que le gritaba que parase de ser tan obvia, lo volvió a mirar de reojo, exponiéndose a ser descubierta de nuevo. Él estaba concentrado en la carretera y no se dio cuenta. Se relamió los labios inconscientemente y Scarlett siguió con todo detalle el recorrido de su lengua, embriagada por el olorcito tan apetecible que desprendía el hombre sentado a su lado. Parpadeó unas cuantas veces y desvió la mirada a la solitaria calzada, centrándose en la línea recta que esta trazaba para despejar su mente. De pronto, lo vio, vio su Mustang a lo lejos.

—¡Para! —ordenó mucho antes de llegar al coche.

—¿Aquí? —Desvió la mirada hacia ella, extrañado.

—¡Sí, es aquí! —exclamó eufórica señalando un punto rojo en el horizonte.

—No voy a parar aquí.

—¡Lo estoy viendo! ¡Avanza! —le ordenó.

Christopher enarcó una ceja, negó con la cabeza y aceleró a fondo para llegar cuanto antes, ya que la chica, que había ido todo el camino tranquila, de repente estaba de lo más insoportable. Aparcó delante del Mustang y se bajaron.

—Dame las llaves.

Le tendió la mano y Scarlett rebuscó en su bolsillo. Depositó las llaves con el cuidado suficiente de no volver a rozarlo. Él intentó arrancarlo. Nada. Probó una segunda vez y tampoco. Se bajó del coche y se acercó al capó seguido de cerca por ella. Lo abrió y miró por encima, toqueteando algunas partes.

—Yo creo que tiene algo que ver con el motor —oyó a sus espaldas Christopher. Scarlett trató de hacerse la lista, aunque en realidad no tenía ni idea.

—Claro —se burló—. Ven. ¿Ves?

Christopher señaló con su cabeza a la absoluta nada, según Scarlett. Aun así, ella asintió, todavía metida en su rol de chica experta en coches. Ignoraba por completo dónde mirar.

—Ajá.

Él alcanzó a abrir un tapón y la invitó a acercarse.

—¿Qué se supone que estamos buscando? —preguntó, inclinada sobre el motor de su coche, tratando de tocar lo menos posible las

piezas con la camisa y las manos.

—Oh, nada. Aquí, nada. —Cerró el tapón con una sonrisita en los labios. Scarlett salió de debajo del capó algo molesta.

—¿Entonces?

—Hay que agacharse para ver lo que hemos perdido —informó este mientras literalmente se tiraba al abrasador suelo a más de cuarenta grados centígrados y miraba por debajo del vehículo. Scarlett parpadeó varias veces con asombro. Estaba loco.

—¿Me tomas el pelo? ¡No pienso hacer eso!

—Tranquila, ya lo hago yo —le gritó desde abajo.

—Espero que te paguen extra por esto —dijo mientras lo veía levantarse y sacudirse el polvo de la ropa.

Vaya, en ese momento su camiseta blanca ya no lo era tanto. ¿Por qué demonios se ponía ropa clara para trabajar? Era todo un misterio para Scarlett.

—Es tu radiador —afirmó—. Tienes un charco debajo del coche.

—¿En serio? —preguntó sin creérselo todavía.

—Bueno, tampoco queda mucho. Se ha evaporado casi todo el refrigerante. Lo tendré que revisar bien en el taller. ¿Ha salido humo del capó?

—Sí, ya te lo había dicho.

—Pues es algo grave. —Dirigió su mirada hacia ella dándose cuenta de lo cerca que estaban el uno del otro—. Se te podría haber incendiado el coche con este calor, así que menos mal que has parado.

—¿Me lo he cargado? —preguntó, horrorizada.

La pobre estaba realmente asustada. De pronto a la chica de ciudad le importaba su coche viejo. Vaya, vaya...

—Para saber eso me lo tengo que llevar al taller y revisarlo a fondo.

El rostro de Scarlett seguía contraído en una mueca de preocupación, así que Christopher, sin ser consciente de que tenía la mano manchada con hollín negro del motor, la puso sobre su hombro para tranquilizarla. Scarlett se tensó con ese movimiento.

—Disculpa —retiró la mano, arrepentido—, te he ensuciado.

Miró el hombro de su camisa Polo Ralph Lauren y luego a Christopher. Después frotó con ahínco para ver si podía hacer desaparecer la mancha.

—Era mi favorita —gimoteó en voz baja, cesando en su intento

de limpiarla.

Inspiró y exhaló unas tres veces antes de dirigirse de nuevo a él, que la estaba mirando con cara de preocupación.

—¿Cuánto me podría costar? —desvió el tema.

—Depende. No te lo podré decir con exactitud hasta que no lo revise y vea qué le pasa. Además, es mi jefe quien lleva esos asuntos.

Scarlett palideció. Su mente empezó a descontar a la velocidad de la luz el dinero de su cuenta bancaria. ¡Maldita sea! Lo que costaba ahorrar el dinero y lo rápido que se iba. Respiró hondo y trató de ajustarse el moño, que se le estaba deshaciendo. La camisa se le levantó, mostrando un abdomen terso y trabajado. Christopher la miró con curiosidad. Instintivamente se le formó una sonrisa en los labios y vio la extraña mirada que Scarlett le dedicó. Recuperó las formas y volvió a su expresión normal.

—Hablaré con mi jefe, a ver si te hace precio.

—No estoy preocupada por el dinero —mintió—. Me preocupa más el tiempo de reparación. ¿Me quedaré muchos días sin coche?

—No sé qué decirte.

—Eres mecánico, deberías saber esas cosas —le recriminó.

Christopher volvió a enarcar una ceja y le sostuvo la mirada durante unos instantes.

—Deberías echarte más crema mientras yo lo cargo —le sugirió.

Scarlett levantó más la barbilla como respuesta a su comentario y se giró para subirse a la grúa. Su intención era perderlo de vista. Cerró de un portazo y bajó la visera para mirarse en el espejo. Sí, seguía estando roja como un tomate maduro. Destapó el bote con rabia, molesta porque era cierto que necesitaba otra buena capa del potingue raro que le había dado. Le había mejorado un poco la rojez, pero aun así seguía con las mejillas y la nariz encendidas. Necesitaba urgentemente una buena ducha, porque esas altas temperaturas no la ayudaban en nada con eso de dejar de sudar. Quería quitarse todo el polvo que llevaba adherido a la ropa, a la piel y a su pobre y maltratado pelo.

Christopher terminó de cargar el Mustang. Una auténtica joya de un color rojo brillante. Se preguntó cómo lo habría conseguido. Sin duda tenía buen gusto, y estaba intacto por dentro y por fuera a pesar de los años. Luego puso rumbo al taller. El trayecto de vuelta fue un poco menos tenso para Scarlett. Intentó sacar algún tema de

conversación a pesar de los largos silencios. Le preguntó sobre todo por sitios donde poder alojarse en Wickenburg, por si la reparación no iba a ser rápida.

—La mujer de mi jefe dirige el motel del pueblo. En la oficina te daré su número y la dirección.

—¿Motel?

—Sí, es el mejor cinco estrellas que tenemos —dijo con sarcasmo.

Scarlett se cruzó de brazos e ignoró su comentario.

—Haré turismo —sentenció en voz alta para consolarse.

—No hay mucha cosa para ver —la desanimó a propósito.

Christopher se torturó varias veces mirándola de reojo sin que ella se diera cuenta, aprovechando que tecleaba en su móvil. Cuanto más lo hacía, más resonaba en su cabeza lo atractiva que le parecía. La pilló en el momento justo en el que se desabrochaba discretamente un par de botones de la camisa, revelando parte del sujetador color crema. Si ella tenía calor, de pronto él también. Desvió la mirada a la carretera, horrorizado, porque inmediatamente una parte de su cuerpo reaccionó.

Maldijo mentalmente. Pero ¿qué le pasaba? Ni que un par de pechos fuesen para tanto. Ya no era un adolescente con las hormonas por las nubes. A él no le pasaban esas cosas, solo a los quinceañeros. La forastera estaba tremenda, pero, cuando le hablaba con esa superioridad de urbanita, tenía ganas de darse la vuelta y dejarla con la palabra en la boca. Bueno, eso él ya lo estaba haciendo. Le gustaba e irritaba a partes iguales esa vocecilla.

Cuando llegaron al taller, ambos se sintieron aliviados de no tener que compartir durante más tiempo el mismo habitáculo. Christopher se encargó de descargar el Mustang. Fred no tardó en acercarse a molestar como una mosca cojonera. Para colmo, no lo ayudaba. Estaba allí plantado haciendo apreciaciones con las manos metidas en los bolsillos.

—¿De dónde has sacado esta maravilla? —preguntó Fred a Scarlett.

Christopher también tenía esa curiosidad. No obstante, ella no contestó porque en ese instante recibió una llamada de su madre. Se apartó a un rincón para mantener una conversación privada. Ya se había dado cuenta de que la gente de ese pueblo era muy chismosa. Le contó el incidente del coche y que no sabía cuánto iba a tardar en

ponerse en marcha de nuevo. De vez en cuando levantaba la mirada en dirección a los dos chicos. Christopher estaba revisando otros coches mientras Fred seguía con las manos en los bolsillos. Bufó, frustrada. Con esa iniciativa no iba a irse nunca de allí. Colgó y volvió a meterse en el baño. Se soltó el moño e intentó peinarse la melena con los dedos. Ya no tenía tanto calor como antes, pero sí que necesitaba una buena ducha. Y comer.

Christopher la observó acercarse hasta donde él estaba.

—¿Has podido mirar lo que le pasa?

—Todavía no, tengo en cola algunos que pasan a recoger hoy.

—¿Puedo hablar con tu jefe?

—¿Por? —Christopher se cruzó de brazos.

—Asuntos privados.

—Claro —dijo con tono de burla—. Está por allí. —Señaló vagamente con la cabeza el fondo de la nave y luego siguió a lo suyo.

—¿Por dónde? —preguntó de nuevo al ver que Christopher ya no le prestaba la más mínima atención.

Este no le hizo caso y fingió no haberla oído. Ella examinó la nave con la mirada hasta que vio una especie de cubículo iluminado y acristalado al final. Imaginó que se refería a eso, así que anduvo en esa dirección. Tuvo la educación de llamar a la puerta, a pesar de que el señor mayor que estaba sentado tras la mesa de oficina ya la había visto llegar.

—Pasa, pasa —la instó a entrar.

—Buenos días, soy...

—Sí, sí, la chica del Mustang. Mi hijo ya me lo ha dicho. Siéntate. —Le ofreció la silla situada delante de su mesa.

—No es necesario, seré bre...

—Soy John, el dueño del taller —la cortó.

Scarlett apretó los labios y le dedicó una sonrisa fingida mientras le daba la mano. Al final, se sentó.

—Venía porque...

—Sí, sí, me ha contado que te has quedado tirada por ahí con este calorón. ¡Jesús bendito! Gracias a Dios que no te ha pasado nada. Has tenido suerte de no desmayarte caminando con este sol. Esta mañana en las noticias han dicho que iba a ser un día horrible y le he hecho caso a mi mujer, Cindy. He estado bebiendo agua todo el día y no pienso moverme de aquí dentro. —La cara de Scarlett era un

poema—. No estoy tan loco ni soy tan joven como esos dos de ahí. Mi hijo es un garrulo, está todavía en la edad del pavo, pero, tranquila, puedes confiar en nosotros. Christopher es muy bueno en lo que hace. Le enseñé yo mismo cuando llegó aquí. En cambio, mi hijo...

Paró un segundo a beber un poco de agua antes de continuar.

—¿Te apetece agua? —Scarlett negó con la cabeza—. Vamos, no seas tímida, pero si seguro que tienes hasta insolación. Estás muy roja, hija. En la cara, sobre todo —Comenzó a servirle un vaso y la miró de forma insistente para que lo aceptase.

—Gracias.

—Bueno, a lo que iba, tu Mustang está en las mejores manos. No sé cuándo lo vamos a tener, pero, en cuanto te lo repare, jamás te va a dar una falla, al menos no la pieza que nosotros te arreglemos.

—Respecto al tiempo...

—Oh, tranquila, hoy mismo lo pongo como prioridad para Chris.

Scarlett sonrió, agradecida. Esas eran justo las palabras que quería oír de su boca.

—Perfecto, es muy importante para mí que esté cuanto antes.

—Lo entiendo, hija. Lo importante para mis clientes es lo importante para mí. Que no te quepa duda de que pondré hasta al garrulo de mi hijo a trabajar en tu coche, a ver si aprende ya de una vez...

—Ya, bueno, en ese caso me iré a comer algo por aquí cerca mientras os ponéis manos a la obra. —Se levantó de la silla dispuesta a marcharse.

—¡Fantástico! —John también se incorporó y la siguió fuera de su oficina, contradiciendo su idea de no moverse de ahí en todo el día —. ¡Chris! —gritó detrás de ella mientras caminaba hacia el Mustang.

—Dime, John. —Se incorporó para mirarlos a ambos. La cara de satisfacción de ella denotaba que había logrado lo que quería con su charla sobre los *asuntos privados*.

—Hijo, sé que hoy estamos a tope, pero la muchacha me ha dicho que quiere irse a comer ahora. ¿Qué sitio le recomendarías?

Scarlett, incrédula ante lo que acababa de oír, se giró a mirar a John sin saber qué decir. No necesitaba que le preguntase dónde comer, necesitaba que Christopher moviese el culo y arreglase ya el Mustang. Al chico se le escapó una sonrisita burlona al verla tan desubicada. Le encantaba verla fastidiada porque su plan no había

salido tal y como esperaba.

—A ver, en mi opinión, creo que... —Intencionadamente se quedó pensativo y rascándose la barbilla unos segundos, haciéndose el interesante y sacándola todavía más de quicio—. Cerca de aquí, ¿eh? Y, además, rico... Déjame ver...

Scarlett se empezó a cabrear de verdad. Nada estaba yendo como esperaba y encima el muy tonto estaba fingiendo interesarse en ayudarla en un tema que a ella le daba igual. Del problema principal nadie se estaba encargando.

—Tanto me da dónde comer, lo que me importa...

—Sí, sí —la volvió a cortar John—, la cuestión es que esté cerca de aquí, lo sé, hija, lo sé. ¿Qué opinas del Mac's? —se dirigió a Christopher.

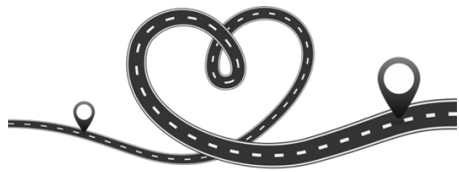
—Oh, claro, Mac's Corner. Ese está genial —habló hacia John, ignorando por completo el hecho de que Scarlett estuviera a su lado —. Las hamburguesas especiales del martes están riquísimas, pero en días como hoy yo me pediría el plato de costillitas con puré.

—Ya ves, hija, creo que es la mejor opción para ti. Te estaremos esperando. Come tranquila, tu Mustang no se va a mover de aquí. Me voy dentro, un minuto más y tendré que escurrir la camisa.

John se dio la vuelta y los dejó solos. Christopher la miró con desdén. Los ojos de Scarlett echaban fuego. Tenía ganas de matar a alguien. ¿Qué demonios le pasaba a la gente de ese pueblo? Estaban siendo unos maleducados con ella.

—Ve a comer tranquila —sonrió con petulancia—, tu Mustang no se va a mover de aquí.

2



Una hora después y con medio kilo de deliciosa comida en su barriga, Scarlett caminaba despacio de vuelta al taller. Le pesaba el estómago casi tanto como si hubiese engullido una vaca entera. Mientras comía había tratado de olvidarse de su mala suerte y concentrarse solo en el plato que tenía delante. Odió admitir para sí misma que la recomendación de almorzar en Mac's había sido muy acertada.

—Tengo buenas y malas noticias.

El chico había salido de la nada, lo que sobresaltó a Scarlett hasta el punto de hacerle pegar un bote.

—¡Joder! —exclamó llevándose una mano al pecho.

Christopher hizo caso omiso del susto que le acababa de dar, como si no tuviera mayor importancia.

—De nada por echarle un vistazo mientras no estabas —le echó en cara—. Tienes una fuga en el depósito del refrigerante. Con cambiarlo y que tengas la batería bien cargada, lo tendremos arreglado —hizo una pausa—... creo.

—¿Creo?

—Sí, creo. No soy Dios para saber todas las cosas.

—¿Y eso cuánto tiempo te va a llevar? —preguntó tratando de ignorar su comentario.

«De nuevo la pregunta del millón», se dijo Christopher.

—Quiero pensar que para mañana o pasado ya lo tendrás todo solucionado.

—¿Pasado? Pero ¿no acabas de decirme que con cambiarlo basta? —Abrió mucho los ojos.

—Tengo que pedir la pieza —contestó, algo molesto por su recriminación—. Además, ¿no me has dicho antes que estabas de vacaciones?

—¡Sí, pero no en Wickenburg!

Christopher quiso replicar, pero ella lo interrumpió al notar la vibración de su móvil. Eran varios mensajes.

—Espera —le ordenó, y luego leyó y tecleó a toda velocidad ante la expresión perpleja de él.

Los mensajes eran de Roger.

Me dijiste que llegabas esta semana, ¿verdad? 13:22

A mí ya me queda poco para mis vacaciones. Al final me iré a Europa de viaje. 13:22

Avísame cuando ya estés por aquí para vernos. 13:22

Claro, nos llamamos y quedamos. 13:22

—Bueno, no es que me quiera meter en tu vida, pero tampoco llegas tarde a ninguna parte.

—Como ya sabes, Wickenburg no es mi destino final —dijo sin mirarlo a la cara, todavía concentrada en su teléfono.

—Ya, bueno... Haré todo lo que pueda para que lo tengas lo antes posible. Me esforzaré mucho..., su señoría.

Scarlett paró en seco de teclear y levantó la vista de la pantalla. Lo fulminó con la mirada, a él y a la sonrisita que le estaba dedicando. El buen humor con el que había entrado después de comer y rehidratarse se había esfumado por completo. Resultaba evidente que se estaba burlando de ella, pero decidió relajar su respuesta para no enzarzarse en una discusión.

—Me quedo más tranquila, entonces —soltó al final, con ironía.

Después hubo un momento de silencio incómodo que ninguno supo cómo romper. Él se frotó la nuca intentando liberar la tensión que sentía y ella miró en todas direcciones menos en la suya, porque la camiseta se le había subido un poco y dejaba ver parte de su abdomen. Si viviesen dentro de un mundo de dibujos animados, habría carteles luminosos de neón apuntando hacia él con las palabras «tío bueno» por todas partes.

—¡Chris! —lo llamó a gritos John a lo lejos— ¿Qué haces, que estás ahí parado?

Christopher se giró hacia su jefe poniéndole mala cara.

—¿Quieres un refresco, hija? Venid aquí, no voy a pasar ni un minuto más sin aire acondicionado —les propuso a voces desde la mitad del taller, otra vez saltándose su regla de no salir de su aclimatado despacho.

La perspectiva de seguir hablando en un lugar fresco hizo caminar a Scarlett hacia allí, dejando atrás a Christopher. Este se deleitó con las vistas de su trasero en ese momento, cuando ella no podía darse cuenta. La forastera estaba tremenda. El contoneo de sus caderas lo tenía embobado y casi chocó con ella cuando se detuvo en la entrada para pedir permiso a John para pasar. El espacio era reducido y, como Scarlett no se quiso sentar en la silla libre que tenían, se quedaron los dos de pie delante de la mesa mientras sus hombros se rozaban de vez en cuando.

—Bien, acabemos con esto de una vez. —John rebuscó por su mesa una tarjeta de visita—. Toma.

Scarlett agarró el trozo de cartón y lo miró detenidamente mientras John le sacaba una lata de Coca-Cola fría del minibar que había detrás de él. Cuando la quiso abrir para servirla en un vaso, ella lo detuvo.

—No tomo bebidas con gas —manifestó de forma tajante.

John se quedó parado con la lata en la mano sin saber qué hacer. Christopher le puso una cara extraña a la chica. Menudo corte.

—Con un vaso de agua me conformo —añadió Scarlett al ver la situación.

John le sonrió, algo incómodo, y dejó la lata en su sitio, cambiándola por el agua. Sin poder aguantar más la tensión, Christopher habló.

—He revisado tu coche, como ya te he contado, y creo que mañana o pasado ya lo tendré listo —repitió delante de su jefe, que ya estaba más que enterado.

—Aquí tienes —anunció John, adelantando hacia Scarlett el vaso con agua—. Como hoy sí o sí tienes que pasar la noche en Wickenburg, esta es la tarjeta del negocio de mi mujer. El motel está limpio, es muy seguro, siempre hay gente en la recepción, tenemos cámaras, piscina y, lo más importante —sonrió—, habitaciones libres.

—Genial —dijo, con poco entusiasmo y una sonrisa falsa.

—También está bien ubicado, considerando que este pueblo tiene cuatro calles —bromeó John.

Scarlett no hizo ni el esfuerzo de reírle la gracia. No estaba para bromas. Los pocos días que tenía de vacaciones al año no esperaba tener que pasarlos en un motel en el culo del mundo. Ni esperaba tampoco depender de un tío al que claramente ella no le caía bien e iba a hacer el mínimo esfuerzo por ayudarla.

—La llamaré para avisarla de que vas —añadió John, dando por hecho que Scarlett no iba a rechazar su oferta—. Ah, otra cosa... Chris, ¿por qué no la llevas a cenar esta noche? —dijo con una sonrisa.

Así, sin más, John lo soltó como una bomba. Scarlett miró a Christopher con expresión de horror y se produjo un silencio muy incómodo en la diminuta oficina. Las personas, cuanto más mayores, menos les importaba todo, por eso a su jefe le pesaban poco las palabras que decía.

«¿Cenar? ¿Juntos? ¿Cenar con él? ¿Solos?»

—Oh, no —rechazó ella indignadísima—. No, no, no.

Christopher la miró mientras esta negaba con la cabeza. ¿Tanto le desagradaba la idea de cenar con él?

—¿No? —preguntó John.

—No —se reafirmó ella.

Christopher frunció el ceño.

—Pero ¿y quién te enseñará el pueblo? Aquí somos muy hospitalarios con los forasteros —preguntó, preocupado, John.

«Nadie, no quiero que me lo enseñe nadie. Y mucho menos él.»

—En Wickenburg no hay Uber Eats. Lo digo por si pretendes cenar algo sin salir de tu habitación —apuntó Christopher.

No había nada de malo en cenar juntos. Él hasta estaba dispuesto a sacrificarse y llevarse a la forastera unas horas a pasear por ahí. Observó a Scarlett y la vio muy poco convencida con la idea. Jugueteaba con sus anillos fingiendo que la conversación no iba con ella, sin saber qué más decir, así que decidió echarle un cable.

—Aunque sí que es verdad que hoy igual acabo muy tarde y...

Ahí murió la excusa de Christopher. Dejaba el balón en el tejado de ella. Estaba tan callada que hasta daba miedo lo que pudiese decir. Con que no fuese un ataque dirigido a él, le bastaba. Lo de cenar había sido idea de su jefe. Él no se lo hubiese pedido jamás, no estaba tan

loco.

—No creo que me haga falta conocer el pueblo, John. No quiero molestar a Christopher. Se nota que trabaja muchísimo —ironizó, y el aludido lo pilló al vuelo— y no voy a interferir en sus planes.

—No me molestas —contestó rápidamente solo por llevarle la contraria.

Scarlett lo miró desconcertada.

—Pero, pero... —balbuceó John, contrariado— ¡Tienes que conocerlo! Es algo pequeño, pero hay muchos lugares con encanto que seguro que te sorprenden. Estoy convencido de que Chris estará más que encantado de hacer de anfitrión y representante de todos nosotros.

«¡Pues menudo relaciones públicas tenéis!»

—Creo que hoy debería descansar e irme pronto a la cama —se excusó.

Oyeron el grito de Fred desde fuera de la oficina.

—¡Menudo par de muermos! —soltó este.

«¿Por qué son tan entrometidos todos aquí?»

—¡Eh, tú a lo tuyo! —le chilló John. Luego se giró de nuevo hacia ellos—. Hoy en Lucy's habrá un ambiente tremendo —comentó con una sonrisa.

—En el Lucy's siempre hay un ambiente tremendo, John —contestó rápidamente Christopher.

Más tarde mataría a su jefe por ponerlo en una situación tan incómoda. Sí, podía ser divertido ir al Lucy's... si lo que pretendías era cenar rico, beberte unas cuantas copas y acabar follando en el baño con tu ligue, y le daba la sensación de que ese ambiente no pegaba para nada con Scarlett. No era un mal local, solo que en algún punto de la noche se volvía algo... intenso, y ella era todo lo opuesto al sugerente Lucy's..., tan estirada, tan formal, tan pija... De pronto se le iluminó una bombilla en el cerebro. Seguro que sería divertido ver la cara de horror que ponía.

—Sabes, pensándolo mejor, John, no creo que hoy me quede hasta tan tarde. Llevo mucho trabajo adelantado. Ya le he echado el vistazo a tu coche —miró a Scarlett, que tenía un semblante indescifrable—, mañana me pondré manos a la obra con él en cuanto llegue la pieza. Siento mucho no poder hacerlo ahora, de veras. Sé lo importante que es para ti que esté solucionado cuanto antes y que

puedas continuar tu camino. —Se dirigió a Scarlett con fingida pena. John asintió desde su sitio—. Por eso te ofrezco mis disculpas invitándote a cenar *conmigo.* —Recalcó muy bien esa última palabra.

Ella parpadeó sin emitir sonido alguno.

—Una forastera como tú, sola y de noche, se puede perder por las callecitas de Wickenburg —agregó Christopher.

A Scarlett casi le dieron ganas de echarse a reír.

—Ya ves, hija, en este pueblo te cuidamos como si fueses parte de nuestra familia —expuso John.

Scarlett deseó explicarle al querido jefe de Christopher que la preocupación del chico no era más que un maldito engaño. Le importaban un bledo su coche, ella, que cenase o que se perdiese allí, en el culo del mundo, en un pueblo que en media hora lo cruzabas andando. Estuvo tan a punto de soltar toda esa espuma por la boca que, de nuevo, hizo tres respiraciones profundas. Se calmó. Se centró un poco. Quizá estaba siendo algo dura con todos los que había conocido ese día. Tal vez, si decía las verdades a la cara, metería a Christopher en un lío. Lo pondría en una situación comprometida con su patrón. A lo mejor podían hasta despedirlo después de oírla hablar. No. No, no, no. Ella no era tan mala persona como para...

—¿Te ha ido bien la crema que te he prestado esta mañana? —Él interrumpió su hilo de pensamientos.

—¿Cómo?

—La crema de aloe vera, ¿te ha ido bien?

Para su sorpresa, Christopher la estaba mirando con verdadero interés y preocupación. Qué raro viniendo de él, su nuevo archienemigo en Wickenburg. A ver si al final resultaba que sí tenía algo de corazón.

—Sí, supongo.

—¿Supones? ¿Cómo vas a suponerlo? —Scarlett frunció el ceño —. O es sí o es no. Supongo..., ¡qué ambiguo!

Se giró por completo hacia la chica, poniéndose de frente. El corazón de ella empezó a latir con violencia dentro de su pecho. Esperaba que no se notara lo nerviosa que se había puesto. Estaba a dos palmos de su cara.

—Yo te veo mucho mejor, estás bastante menos roja —concluyó él, haciendo un barrido concienzudo de cada rincón de su rostro, desde la frente, pasando por los párpados, la nariz, los pómulos y la

barbilla hasta el cuello.

Volvió de nuevo a mirarla a los ojos y se detuvo unos segundos de más. Tragó con fuerza. El intenso verde esmeralda lo cautivó. Sintió fuego en su mirada, un ardor que le estaba transmitiendo incluso a él. Por un segundo olvidó que John estaba ahí sentado, observándolos a ambos con perplejidad, y deseó acortar el espacio entre ellos y lamerle los labios, a ver qué cara le ponía. Despertó de su trance y desvió la vista a la mesa.

—Aunque, si te has mirado en el viejo espejo del baño que tenemos aquí, no me extraña que estés dudando —comentó con voz grave.

Scarlett estaba sofocada ahí dentro. ¿Habría apagado John el aire? Porque tenía mucho mucho mucho calor. Se quedó clavada en su sitio, sin mover un músculo, conteniendo la respiración, al notar cómo Christopher se había inclinado hacia ella de esa forma tan descarada y despreocupada. ¡Como si eso a ella no le afectase! Se maldijo en silencio por haberse puesto tan nerviosa. Su cuerpo la había traicionado y su corazón bombeaba la sangre de manera frenética a todas las partes de su cuerpo.

—¿Scarlett? —La voz de John sonó inquieta.

Salió de su ensoñación al ver que los dos la estaban mirando. Gracias a Dios, el chico se había apartado un poco.

—Estoy... bien.

—¡Bien! Eso es fantástico —exclamó John—. Seguro que os lo vais a pasar genial. —Se levantó de la silla y salió de su oficina. Christopher lo imitó y ella tuvo que desentumecer su cuerpo para poder seguirlos.

—¿Te recojo a las nueve? —Se giró para preguntarle.

¿Cuándo había dicho ella que sí?

—Sí —contestó más rápido que su sentido común.

«¡No! ¡Debemos decir que no!»

—Perfecto. —Christopher le dedicó una sonrisa traviesa.

—Hala, ya tienes una cita.

John palmeó la espalda de Christopher con más fuerza de la necesaria. Había estado trabajando sin descanso desde que la forastera los había dejado solos en el taller. Scarlett había rechazado el ofrecimiento de él de acercarla al motel y se había ido caminando, ¡caminando!, hasta allí. Ella, su maleta y su dichoso Google Maps. Christopher odiaba cuando se ponía en modo orgullosa, más aún si él se lo ofrecía con la mejor de las intenciones.

—No es una cita —tuvo la necesidad de aclarar, cruzándose de brazos.

—¿No? —preguntó John con un deje burlón.

—¡Claro que no! —soltó él con un bufido—. Ha sido todo idea tuya —lo acusó.

—No te hagas el tonto, hijo.

—¿Quién, yo? —replicó ofendido.

John asintió.

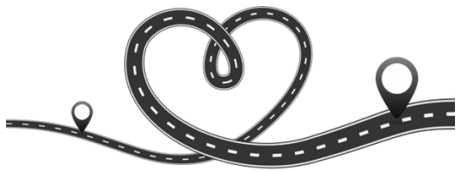
—Me he dado cuenta de cómo la miras.

—Creo que estás alucinando —farfulló visiblemente molesto por verse de nuevo escrutado por su jefe.

—Hijo, creo que necesitas un plato para la baba.

Tras darle otra palmada en la espalda, lo dejó solo con sus pensamientos.

3



Scarlett enrolló la toalla alrededor de su cuerpo mojado. Había llegado hacía unas cuantas horas y se había instalado en la habitación del motel La Posada. Como todo en el pueblo, le resultó algo viejo y muy polvoriento. La recepcionista, una tal Claudia, no le prestó mucha atención al entrar, ni siquiera al decirle que venía de parte de John, el marido de la dueña. Esperó poder ser atendida por Cindy, la susodicha dueña, para recibir un mejor trato, pero Claudia la informó de que a esa hora su jefa estaba en la cafetería, reunida con sus amigas, poniéndose al día de todo lo que había pasado el día anterior en Wickenburg.

«Ni que en el culo del mundo pasen muchas cosas interesantes día tras día.»

Su habitación era de tamaño mediano. Moqueta marrón con alguna que otra mancha, cortinas de flores tupidas para tener intimidad con algo más de polvo del que le hubiese gustado, una pequeña zona con un minibar, una mesa para trabajar con una lámpara de estilo retro y baño con bañera. No dudó ni un segundo y abrió el grifo para llenarla de agua. Asqueada, se quitó la ropa. Sacó todos los productos para el pelo que llevaba en la maleta. Para recuperar su melena era necesario ser meticulosa con todos los pasos de cada producto.

Mientras la bañera se llenaba, cotilleó dentro del minibar. Había dos botellas de agua y varias de alcohol. Luego sacó de su bolso uno de los pocos libros que se había llevado para las vacaciones. Cerró el grifo y se fue metiendo poco a poco con el libro en la mano, hasta que

el agua le llegó por encima de los hombros. En las películas, esas escenas eran bastante más fáciles que en la vida real. En la vida real había riesgo de resbalones, una causa de muerte bastante frecuente, según ella había leído. Se hundió durante unos segundos sujetando en alto el libro. Contó mentalmente hasta diez bajo la superficie y emergió para acomodarse y comenzar a leer sin nada más que el sonido de su respiración.

Entre sus manos tenía un *thriller*. Una mujer se veía acosada por alguien durante meses y la gente de su alrededor iba muriendo poco a poco sin explicación. Pasó tanto tiempo metida en la bañera que el agua se puso tibia. Los dedos de los pies ya parecían pasas, señal de que debía salir pronto de allí.

El trance de la lectura la mantuvo ocupada durante un rato. Sin embargo, su mente viajó más allá de la novela, pensando en su desgraciado presente. Se suponía que debía ir del punto A al punto B, de su casa a la de su madre, en el menor tiempo posible por carretera. La avería de su Mustang había desbaratado toda su planificación y en ese momento se encontraba en Wickenburg, lugar del que jamás había oído hablar hasta entonces.

Ella valoraba mucho sus días libres y las vacaciones de verano le venían de perlas para volver a ver a su madre. Por la distancia y su ajetreada vida, que consistía en perder el tiempo al llegar a casa del trabajo, hacer algo de deporte, preparar la cena y elegir entre leer o ver una serie, casi nunca podía ir a visitarla.

Además, hacía unos dos meses que había comenzado a mensajearse con Roger. Todo había sido culpa de Lauren, una colega suya del instituto. Salieron un viernes noche a cenar a un nuevo local de moda en la ciudad y no paró de insistirle acerca de que el tipo de la mesa de al lado la estaba mirando mucho. Ella no le dio importancia, pero, cuando su amiga se levantó para ir al baño, el hombre se acercó. Era muy guapo e iba vestido de traje; un tipo elegante. Estaba cenando en la mesa contigua con dos hombres más.

Intentó ligar con ella mientras su amiga estaba en el aseo. Scarlett le sonrió, agradecida por las atenciones, pero en ese momento de su vida estaba más que bien sola. Cuando Lauren regresó, él se disculpó y se dirigió a su mesa, y su amiga se pasó toda la velada cuchicheando sobre lo sucedido. Ojalá no se lo hubiese contado.

Antes de irse, Roger paró de nuevo en su mesa y le dejó una de

sus tarjetas de visita. Les regaló a ambas una sonrisa y les pagó la cuenta de esa cena. De eso se enteraron más tarde, cuando, preparadas para irse, la pidieron y uno de los camareros las informó de que estaba todo abonado. Scarlett frunció el ceño y Lauren comenzó a dar saltitos de alegría a su alrededor, oyendo ya las campanas de boda en su cabeza.

Su amiga insistió durante dos semanas para que contactase con él, al menos para agradecerle lo de la cena. Scarlett no lo veía del todo mal, pero sabía que esa había sido la excusa para conseguir su número. Harta de Lauren, una noche le escribió. Fue algo así como un «te agradezco lo de la cena». Gracias a Dios, él no respondió al segundo. De hecho, lo hizo al cabo de una semana. Fue tan educado y simpático con ella que, casi sin darse cuenta, se encontró hablando con él de forma continuada. Le pareció un tipo interesante, reservado y amable. Él no era de allí, vivía en Utah. Ella le contó que se iba a ir de vacaciones para allá. Así fue cómo Roger aprovechó la oportunidad para insistir en verse, al menos para invitarla a una cena, y ella accedió.

«Menudo día.»

Rebuscó en su maleta algún modelito y aprovechó para colocar algunas prendas que no quería que se le arrugasen en las perchas del armario. Por el calor que hacía, eligió un vestido verde con florecitas blancas que le llegaba a mitad del muslo. Dejó a un lado de la maleta las sandalias de tacón bajo que pensaba ponerse. Se aplicó loción hidratante por todo el cuerpo, se cepilló el pelo, de nuevo suave e hidratado, y se lo secó. Apoyado en la repisa del baño estaba el bote con la crema verde de Christopher. Sí, se lo había quedado. Sí, pensaba devolverlo. Solo se lo tomó prestado para el caso de que le hiciese falta echarse otra vez. Se felicitó por lo precavida que había sido, porque de verdad que lo volvía a necesitar. Cerrando los ojos, se la extendió de nuevo sobre la rojez de sus mejillas y nariz. Su cara ya era casi, solo casi, la de una persona normal.

Como si su sensatez se hubiese ido un rato de paseo, con los ojos cerrados, evocó la imagen de Christopher inclinado sobre ella, escrutando su rostro, a solo unos centímetros de sus labios, su aliento rozando sus mejillas, sus ojos dorados centelleando mientras la miraba. Se le puso la piel de gallina al recordarlo. Horrorizada, los abrió de golpe, cerró el bote de crema y prácticamente lo lanzó como

si los dedos le quemasen. Era un arrogante y un creído y ella había aprendido desde joven que los tipos así miraban por encima del hombro a los demás, y no estaba dispuesta a permitirlo.

Sacudió la cabeza para deshacerse de esos recuerdos. Buscó en su maleta el neceser con todo su maquillaje y comenzó a preparase. Eso le iba a llevar unos quince minutos. Cuando ya casi estaba terminando de aplicarse la última capa de rímel, llamaron a la puerta de su habitación. Se giró extrañada. ¿Sería el servicio de la limpieza? Era muy tarde para eso, pero considerando que era un motel modesto...

—¡Voy! —gritó, al tiempo que se acercaba a la puerta y la abría con más brusquedad de la necesaria.

—Hola. —Christopher le sonrió de manera descarada.

Se quedó con la puerta a medio abrir al verlo. Estaba cambiado. Estaba distinto. Vestía de negro. Llevaba una camiseta que se ceñía a cada centímetro de su torso, vaqueros rotos, botas, y se había quitado la bandana de la cabeza. En ese momento su media melena enmarcaba una cara endiabladamente hermosa. Se había esmerado tanto como ella en ponerse guapo para la cena y eso la dejó intranquila. ¿Por qué de repente vestía de negro? Era más lógico usar ropa oscura durante el día por su tipo de trabajo y reservar la blanca para salir, ¿no?

—¿Puedo pasar?

—¿Cómo has llegado aquí? —le planteó ella sin dejarlo entrar.

—¿Con mi coche? —contestó socarrón.

Scarlett alzó una ceja. Ahí estaban de nuevo él y su santa actitud.

—Quiero decir *aquí.* —Señaló la puerta de la habitación.

Christopher se hizo el loco.

—*Aquí* he entrado por la puerta. —Sonrió e hizo una pausa—. Luego he seguido el pasillo recto y mis... —Se quedó pensando, rascándose la barbilla— ¡Pies! Sí, mis pies me han traído hasta tu habitación.

—¿Has llegado hasta aquí pasando por delante de la recepción, sin identificarte, sin que nadie me haya llamado para advertirme y nadie te ha dicho nada? —Su voz sonó unos decibelios más alta de lo esperado.

—Más o menos. —Él obvió los detalles.

—¡Pero qué clase de seguridad es esta!

—Oye, tranquila.

Todavía parado frente a su puerta, con ella bloqueando el acceso,

colocó la mano sobre el hombro desnudo de Scarlett para calmarla. Ella sintió un escalofrío, fijó la vista en su mano y luego lo miró directamente a los ojos. Christopher vio el horror en su cara y enseguida la retiró, sin pedir disculpas. Le salía de forma involuntaria tocar a la gente para tranquilizarla, pero cuando lo hacía con ella esta se asustaba como si él tuviese la lepra.

—Le... diré... a la de... recepción que..., que no me deje pasar la próxima vez —balbuceó él, incómodo por la situación, mientras se frotaba la nuca, con lo que se le subió un poco la camiseta.

Los ojos de espanto de Scarlett se posaron en el trozo de abdomen expuesto de él.

«Muy buen momento para deleitarse con eso, Scarlett, muy buen momento.»

Christopher se aclaró la garganta, atrayendo su atención de nuevo.

—¿Ya estás lista?

La repasó de arriba abajo. Llevaba un vestido que se le ceñía al pecho y a la cintura y le llegaba hasta la mitad del muslo. Ya no quedaba rastro del nido de pájaros de esa mañana. La melena rubia le caía como una cascada por los hombros hasta la altura del ombligo. Se había maquillado resaltando el verde de sus ojos y se había pintado los labios con un *gloss* jugoso que, de pronto, le apeteció probar. Parecía otra persona o, más bien, era la misma, pero en una versión demasiado tentadora y mejorada.

—Dame un minuto —consiguió decir ella antes de darse media vuelta, dejando la puerta abierta, para ir a calzarse las sandalias.

Christopher aprovechó para recorrerla de nuevo de pies a cabeza. Sí, tenía unas piernas de infarto. Si hasta ese instante había pensado que esa noche iba a ser una tortura mental para él, en ese momento estuvo convencido de que la tortura física también estaría presente.

—Estás muy guapa —soltó sin pensar.

Scarlett se giró hacia él, sorprendida.

—¿Qué? —preguntó completamente descolocada.

—Estás guapa —reafirmó, sin querer retractarse.

—Esto no es una cita.

—Mejor —respondió él.

—No te desgastes halagándome.

—Solo constato los hechos —replicó con sonrisa socarrona.

—Ya.

Scarlett terminó de abrocharse las sandalias. Estaba tensa de nuevo. ¿Cómo había acabado saliendo a cenar con el tipo arrogante que se colaba en moteles y no tenía respeto por el espacio personal? Se acercó al minibar, dispuesta a caer en lo más bajo para mitigar sus nervios. Sacó una de las dos botellitas de Jack Daniel's y titubeó a la hora de agarrar la otra. Se giró para ver cómo Christopher seguía en la puerta, todavía sin pasar.

—Entra —le ordenó.

No supo bien qué le causó más sorpresa, si el alcohol que ella le estaba ofreciendo o que lo dejase acceder a su habitación.

—Toma, creo que lo vamos a necesitar. —Le ofreció una de las dos botellitas.

Christopher alzó una ceja pero aceptó. Sus manos se rozaron. La abrió, la levantó como haciendo un brindis y se la bebió sin dejar de mirarla fijamente. Scarlett tragó saliva. Igual había sido mala idea dejarlo pasar y estar tan cerca el uno del otro. Las dimensiones de la habitación parecían haber cambiado y la presencia de ese hombre llenaba demasiado el ambiente. Ella se pasó la lengua por los labios para no dejar escapar ni una gota, bajo la mirada atenta de él. Christopher, por su parte, se mordió el labio inconscientemente.

«Scarlett, tranquilízate», le dijo su conciencia.

—Bueno, ¿nos vamos?

Se encaminó hacia la puerta sin darle tiempo a contestar.

—Claro, lo que tú digas —siseó él.

Caminaron en silencio por el pasillo y torcieron a la derecha para llegar al vestíbulo. La chica de recepción estaba tan enfrascada en su móvil que ni siquiera los vio llegar.

—Hola. —Scarlett se plantó delante del mostrador.

—Hola —saludó distraídamente Claudia.

—La próxima vez que lleguen hasta mi habitación sin mi permiso, pondré una queja a tu jefa —la amenazó Scarlett.

La muchacha levantó la mirada del móvil, horrorizada con el comentario.

—Lo..., lo siento. —Lanzó el aparato y se centró en su huésped.

—Tienes suerte de que lo conozco...

—Somos amigos —bromeó Christopher a su espalda, intentando quitarle hierro al asunto.

—¿Así es siempre la seguridad en este motel? —inquirió.

—No..., no, señorita... —A Claudia le tembló la voz.

—Pues no lo parece. ¡Este hombre ha llegado hasta mi cuarto y ha llamado a mi puerta!

—Pero..., pero ¿no es su.... amigo?

—¡No!

—¡Sí!

Los dos hablaron al unísono.

—No. Bueno..., sí —trató de explicar Scarlett.

Amigos no era el término para calificar su relación. Es más, no había nada que calificar porque no existía nada más que un vínculo comercial entre ellos.

—¡No mientas! —exclamó él—. La llevo a cenar ahora, ¿cómo no vamos a ser amigos? —se burló de ella. Su cara de horror no tuvo precio.

—¿Vais al Lucy's? —preguntó Claudia, curiosa.

—¡Claro! ¿Dónde si no?

Incrédula por el rumbo de la conversación, Scarlett se giró hacia Christopher.

—¡Basta! —exclamó—. Estamos teniendo una conversación muy seria.

Christopher levantó las manos en señal de rendición, pero poniendo una sonrisita socarrona en los labios. Estaba complicando las cosas con sus apreciaciones. En ese momento la recepcionista no tenía claro cuál era su rol en todo eso.

—Si vuelve a venir, quiero que me avises por teléfono —exigió.

—¿Si vuelvo a venir? —Christopher la miró impertinente.

—Es un decir. —Scarlett hizo un aspaviento con las manos. Se giró hacia Claudia—. ¿Queda claro?

Esta asintió con ahínco. Christopher miró al cielo, rogando para que la noche fuese más tranquila, y le dijo:

—¿Nos vamos?

Desde la calle, a través de los cristales, ya se adivinaba que el

local estaba completamente abarrotado, pero Christopher había sido precavido y había reservado mesa para dos. Como lo conocían, le habían adjudicado una con vistas al exterior. El bullicioso ambiente era agradable. Las mesas tenían centros con velas perfumadas y flores, las sillas eran apropiadas para una película wéstern, hechas de madera y paja, y el aroma resultaba delicioso. «Galán de noche», pensó Scarlett, al tiempo que miraba las paredes revestidas de terciopelo azul oscuro. No estaba nada mal.

La simpática camarera llevaba un vestido de cabaret, plumas en la cabeza y los labios pintados de rojo. Los condujo hasta su mesa y tomó nota de la bebida.

—¿Vino?

Scarlett asintió en respuesta y la empleada lo anotó.

—¿De qué tipo?

—Tinto, por favor —se adelantó Scarlett—. ¿Te gusta?

—Claro, que sea tinto.

Ella tamborileó los dedos en la mesa y miró a través de la ventana la puesta de sol. Las calles estaban vacías.

Tras dejarles las cartas en la mesa y servirles el vino, Christopher cogió su copa, hizo un gesto en el aire a modo de brindis y bebió un trago quizá demasiado largo.

—Bueno, y… ¿a qué te dedicas, Scarlett?

Ella más bien tenía ganas de hablar de lo que había pasado antes, de cómo casi la desautoriza en su *speech* y de cómo había confundido a la pobre Claudia en el motel. Se guardó las palabras pensando en que la cena no le cayese mal. Le dedicó una sonrisa falsa antes de contestar.

—Soy profesora de literatura.

—¿Profesora? ¿Tú? —dijo extrañado—. Pero si no parece que tengas más de veinte años.

—Qué halago.

—No pretendía serlo —se burló.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Pues soy profe desde hace un año y medio. —Alzó la barbilla, orgullosa.

—¿Lees mucho? —planteó él.

—No tanto como me gustaría.

—Entonces, ¿te dedicas a eso porque…? —quiso saber.

—No sé, me gustaba desde joven.

—Guay. —Sorbió de su vino, dando por zanjado el tema.

La camarera los interrumpió en ese instante.

—¿Les tomo nota de la cena?

Ambos pidieron un *rib eye* poco hecho con patatas y verduras y una ensalada para compartir en el centro.

—Tú eres mecánico —afirmó, remarcando una obviedad.

Christopher terminó su copa y se sirvió más vino. El alcohol lo ayudaba a tolerar las conversaciones insustanciales y a la gente irritante como Scarlett.

—Sí.

—¿Desde cuándo? —En ese momento era ella la que estaba siendo chismosa, pero tenía que asegurarse de que dejaba su Mustang en las mejores manos.

—Desde hace mucho. —Su imprecisión fue a propósito.

—Qué bien. —Bebió de su copa, algo molesta por su respuesta.

Les sirvieron los platos y se centraron en cenar. Ninguno de los dos le sacó tema de conversación al otro. Mientras Scarlett tragaba un trozo de carne, Christopher apuraba su copa de vino, para luego preguntarle:

—Tengo cierta curiosidad. ¿Cómo es eso de trabajar en un instituto?

Scarlett lo miró intrigada por ese interés repentino por su trabajo. Se tomó su tiempo. Terminó de masticar la comida, le dio un sorbo al vino y le contestó.

—Es... entretenido y... frustrante.

—¿Frustrante?

—Me explico. Cada día hay algo nuevo que enseñarles, así que procuro que mis clases sean divertidas y que disfruten aprendiendo porque, de lo contrario, acaba siendo un tostón. Fui alumna, como todos, así que entiendo que mis alumnos prefieran que les peguen muy fuerte en la nuca y morir antes que entrar en una clase aburrida —dijo mientras hacía el gesto y ponía los ojos en blanco.

Christopher rio con el comentario y se sorprendió por su propia risa. Ella también sonrió. Cuando la vio hacerlo se dio cuenta de que era la primera vez que sonreía desde que se conocían. Normalmente le dedicaba miradas asesinas y comentarios acusatorios. Christopher se recostó en su asiento, mirándola con renovado interés.

—¿Cómo eras en el instituto?

—¿Yo? —preguntó sorprendida.

—Ajá. —Hizo una pausa—. Bueno, no, no, no, espera, mejor deja que adivine. —La estudió con la mirada.

—Adelante. —Ella se cruzó de brazos después de acabarse su copa de vino.

—Tú... A ver, creo que tú eras del grupo de las populares —aventuró.

Estaba prácticamente seguro de su respuesta. No podía ser de otra manera: esa ropa, ese maquillaje, la forma de enfrentarse al mundo y... Bueno, era una chica muy atractiva. La típica por la que todos los adolescentes de su clase (incluido, quizá, él mismo) hubieran babeado sin parar. ¿Cómo no iba a ser popular una chica como ella?

No obstante, la reacción de Scarlett fue reírse con ganas, como si hubiera dicho algo completamente absurdo.

—¿De las populares? Claro, por eso acabé estudiando literatura. Muy propio de una persona popular —se burló.

Christopher se echó un poco hacia atrás en su silla, genuinamente sorprendido por la respuesta. Estaba seguro de que la había calado bien.

—Así que me equivoco... —Se rascó la barbilla.

—Completamente.

—Entonces eras la cerebrito de la clase, de las que dirigían el club de ajedrez o algo así. ¿Capitana del equipo de debate?

Scarlett no pudo reprimir una sonrisa auténtica en cuanto oyó sus nuevas teorías. Le estaba resultando divertido el jueguecito que él había iniciado. De hecho, incluso él mismo le estaba cayendo mejor. Toda una sorpresa después de esa fachada de tipo duro con la que la había torturado hasta ese momento. Estaba más relajada en su compañía. Quizá el vino la estaba ayudando con sus nervios.

—¡Era la rara! —lo corrigió enérgicamente, enorgullecida.

—¿La rara? —preguntó extrañado.

—¡Sí! —afirmó ufanada. La luz del local le iluminó la mirada—. Era el bichito raro: muy callada, supertranquila, me gustaba leer y disfrutaba estando sola.

—¿Y por eso eras *la rara?* —se atrevió a cuestionar.

—Sí. Por eso y porque ningún grupo me quería cerca —explicó sin una pizca de melancolía en la voz.

—Eso en mis tiempos lo llamábamos *marginada*.

Scarlett detuvo el camino de la copa hacia los labios. Lo fulminó con la mirada y luego bebió un largo trago.

—Claro, en tus tiempos... ¿Y puede saberse qué tiempos fueron esos?

—Si me quieres preguntar la edad, no te andes con rodeos. —Puso su sonrisa más descarada.

—¡No quiero saber tu edad! —le soltó, ofendida por su acusación.

La miró intensamente antes de preguntar, serio. Él sí quería saber la suya.

—¿Qué edad tienes? —planteó sin pizca de burla en la voz.

—Veinticinco —contestó rápidamente.

—Genial. —Sonrió de lado, más relajado, recostándose de nuevo en el asiento—. Me siento como si fuese tu padre. —Se sorprendió exagerando sobre sí mismo.

Scarlett rio.

—Exagerado.

—Qué va. —La miró por encima de su copa al beber.

—¡No me jodas! Ni que tuvieras cuarenta años.

—¡Ajá! Así que quieres saber la edad que tengo.

—¡Claro que no!

—Tengo veintinueve.

Poco a poco la conversación fluyó entre ambos. Ya no había tantos silencios incómodos y a Scarlett comenzó a agradarle un poco más su compañía. La noche no estaba siendo la tortura que ella se había imaginado. El tipo resultó ser culto, gracioso en algunas ocasiones y bastante ingenioso y coqueto en sus respuestas. Nada que ver con lo que había pensado de él horas antes. Se descubrió a sí misma mirando embobada los hoyuelos que le salían cuando sonreía. Estaba más guapo cuando eso sucedía. La realidad era difícil de negar: le atraía mucho y no tenía idea de cómo lidiar con eso. Saber que podían mantener una conversación como dos personas normales, sin matarse, no la ayudaba en su propósito de sacarle punta a todo lo que él decía.

—Chris —se aventuró a preguntar—, ¿tú cómo eras? En el insti y esas cosas.

Christopher soltó una carcajada.

—Vaya, ahora soy Chris. —Le sonrió de forma presumida. De

nuevo esos hoyuelos hicieron acto de presencia.

«El vino... Definitivamente, estás tan embobada por culpa del vino», pensó Scarlett, a la vez que notaba que se ruborizaba.

—Si te molesta...

—No, no, al contrario, me gusta. Suena bien cuando lo dices tú —recalcó eso último mientras la miraba a los ojos.

Scarlett tragó saliva. ¿Cuándo había cambiado el ambiente? ¿O solo lo estaba notando ella? Quizá él estaba jugando a algo... Nunca había sido muy propensa a fiarse de los hombres, y mucho menos si empezaban con tan mal pie.

—¿Cómo eras? —le insistió.

—Será mejor que no lo sepas —contestó con aire misterioso y cambió abruptamente de tema—. ¿Por qué conduces un Mustang del sesenta y nueve?

Era la pregunta que Christopher se había hecho desde que la había conocido.

—¿Y por qué no? —se defendió.

—Es raro —sentenció él.

—¿Perdona?

Otra vez volvían a enzarzarse para ver cuál de los dos quedaba por encima.

—Bueno, eras la rara, así que conducir un coche raro... te pega.

Scarlett bufó como protesta.

—¿Por qué raro motivo usas ropa blanca para trabajar en un taller mecánico?

Era la pregunta que ella se había hecho desde que lo había conocido.

—Así que te has fijado —comentó con coquetería.

—¡Por supuesto que no! —Scarlett se cruzó de brazos mientras lo negaba.

—Embus...

—Oh, vaya... Buenas noches, *pareja*.

Una figura femenina se detuvo en su mesa. Scarlett pegó un brinco en su silla. Estaba tan enfrascada en mirar al hombre que tenía delante que no la había visto llegar. ¿Había dicho «pareja»?

Él ni siquiera se giró para mirarla, se limitó a saludar con educación.

—Catherine.

Tendría que haber previsto que se encontrarían allí. Al fin y al cabo, vivían en un pueblo y no contaban con demasiadas opciones de ocio. La mayor parte de la población joven se repartía entre los mismos locales.

—¿Cómo va la noche, Chris?

Dio dos pasos en sus altos tacones para colocarse en medio de los dos, apoyando las yemas de los dedos en la mesa. Ignoraba a Scarlett por completo, como si no existiese. Eso a ella no le gustó nada. ¿Quién era? Le pareció una maleducada.

—Te presento a Scarlett. Ella es Catherine. —A Christopher se lo notaba incómodo.

La tipa era más bajita que ellos dos. Tenía la melena rubia y un cuerpo de infarto. Iba bien maquillada, peinada y perfumada, y llevaba una blusa negra desabotonada y unos vaqueros ajustados, con botas.

—¿Es tu nuevo ligue? —Enfiló su mirada por primera vez hacia una Scarlett que se había puesto roja de ira por el comentario.

Estuvo a punto de soltar una grosería, pero, como era habitual en Wickenburg, la volvieron a interrumpir antes de hablar.

—Perdona, cariño, yo y mis malos modales. —Dirigió una de sus manos con las uñas perfectamente pintadas de rosa hacia Scarlett—. Soy Catherine, me acuesto con Christopher de vez en cuando.

—¡Cath! —exclamó él.

Como si tuviera un resorte en su silla, Scarlett se levantó y apoyó con fuerza las palmas en la mesa, asustando a ambos con su gesto.

—¿Por qué sois tan desagradables en este pueblo?

—Oye, yo no... —trató de excusarse Christopher.

—¡No estaba hablando de ti! —En ese momento le tocó a ella el turno de interrumpir a alguien—. Hablaba de ti. —Señaló a la recién llegada con el dedo índice.

Catherine recobró la compostura. No iba a cesar en su intento de arruinarle la noche y... el ligue.

—Así que te van las rubias, ¿eh? —comentó, ignorando a Scarlett de nuevo—. Nos parecemos un poco, ¿no crees? —preguntó fulminando con la mirada a Christopher.

—No seas grosera —saltó de nuevo el chico.

—Habría que estar muy ciego para ver un parecido entre nosotras.

La tal Catherine entonces la fulminó a ella con la mirada y, volviendo a ignorarla, habló de nuevo.

—Claro, solo en el rubio, en lo demás...

El bochorno que estaba pasando en ese momento Christopher no se lo desearía ni a su peor enemigo. No sabía cómo intervenir para reconducir la situación entre ellas. Tendría que haber previsto que algo así podía ocurrir. Era un pueblo pequeño. Catherine y él se conocían desde que él llegó a Wickenburg. Eran amigos y una noche se pasaron de copas y acabaron follando. Desde entonces se buscaban de forma esporádica. No era nada serio, eso Christopher lo tenía claro. Sin embargo, desde que se acostaban, ella se daba el lujo de incordiarlo cuando lo veía con otras mujeres. Parecía una novia celosa y necesitaba hablar urgentemente del tema con ella.

Scarlett ya no pudo contenerse más.

—¿Es que acaso tienes quince años para andar comportándote de esta manera tan ridícula? —Alzó la cabeza y le sostuvo la mirada con ojos chispeantes.

—¿Perdona?

—Lo que has oído —recalcó.

Christopher apoyó una de sus manos encima de la de Scarlett para tratar de calmarla. Ignoró el vuelco que le dio el estómago al notar su piel. Scarlett se tensó. Catherine desvió la vista a sus manos juntas.

—¿Has oído lo que me está diciendo? —le preguntó esta última, ofendida.

—Catherine...

—Que te diviertas.

Escupió las palabras, dio un paso atrás, enderezó la columna y se alejó de la mesa meneando las caderas. Fue a sentarse con el grupo de amigas que había dejado minutos antes y con las que estaba cenando. El local seguía igual de bullicioso, y la mano de Scarlett, debajo de la suya.

—Qué mujer tan desagradable —sentenció al tiempo que tomaba asiento y retiraba su mano, quizá con más brusquedad de la necesaria.

La mano de Christopher añoró al instante el tacto de la de la chica.

—Discúlpame, de verdad. No sé qué mosca le ha picado —explicó, apenado.

—¿Habitualmente tienes este gusto con las mujeres?

«Ocasionalmente también me atraen ciertas forasteras de lengua afilada...»

—Solo... —«follamos», estuvo a punto de decirle, pero dejó la frase en el aire.

—Entiendo —intuyó ella, cortándolo—. ¡Es una maleducada! ¿Cómo se le ocurre soltar esas cosas?

—Scarlett, ignórala —le pidió, tratando de que no indagase más en el tema.

—A lo mejor está celosa —insistió ella.

—¿Celosa? ¿De qué? —Él se hizo el tonto.

—No lo sé, dímelo tú. —Se cruzó de brazos.

—Por favor, ¿podrías repetir la misma frase pero con el tono de voz de Leslie Chow de *Resacón en Las Vegas?*

El intento de Christopher de relajar el ambiente no salió como le hubiera gustado, puesto que Scarlett se empezó a poner cada vez más roja, con una mezcla de ira y frustración.

—Eres... —balbuceó, sin encontrar una sola palabra amable para dedicarle.

—¿Soy...?

Scarlett realizó tres respiraciones profundas.

—Da igual, tú solo controla a tu amiga.

—Claro, como si a las mujeres les sentase muy bien ser controladas.

Touchée.

—Mira, sé que no es culpa tuya —señaló, poniéndose en el lugar del chico por un segundo—. Solo espero que no me moleste más.

—Me fliparía verte sacando las garras con ella —comentó distraídamente.

Christopher pensó que quizá, con ese malentendido, la noche ya estaba perdida, pero ver que Scarlett no se levantaba para salir indignada del Lucy's le bastó para adivinar que no. Se había quedado sentada en su sitio, bebiendo vino y echando un vistazo de vez en cuando a la mesa de Catherine. Si se armaba una pelea entre ellas, él tendría sentimientos encontrados. Por un lado, querría salir corriendo del local y, por otro, se pondría en primera fila para verlas. De un trago, se acabó su copa.

Claramente, Catherine había ido a su mesa a mear para marcar su

territorio, y le había restregado sus privacidades en la cara. Tampoco era un dato que solo ellos dos conocieran. Como no podía ser de otra manera, corrían rumores por Wickenburg. Su propio jefe o las amigas de ella eran conscientes de lo que pasaba entre ambos, y él tampoco había puesto especial atención en ser discreto. Podría decirse que no lo escondían, pero tampoco lo gritaban a los cuatro vientos. Tenían sexo ocasional y no se debían más explicaciones. Él al menos la dejaba en paz cuando la veía coqueteando y yéndose de los locales de la mano con otros hombres.

—Que sepas que jamás me habían dicho algo así a la cara. Nunca —explicó, visiblemente molesta—. Nunca nadie se me había presentado así. —Acto seguido, trató de imitarla—. Hola, soy Catherine y me follo a este hombre, ¿cómo estás?

—Te debo una —Christopher le dedicó su mejor sonrisa—, por no salir pitando.

—Una copa —exigió descaradamente ella.

Scarlett se propuso no arruinar lo que le quedaba de noche. Además, le iba a pagar con la misma moneda a la tipeja esa solo por lo grosera que había sido. Habitualmente ella no se rebajaba de esa manera, pero la satisfacción de ver su cara roja de rabia seguro que valdría la pena. A ver si la tal Catherine se atragantaba con el postre...

—¿Quieres tomar una copa conmigo? —preguntó, extrañado.

—Sí.

—Pretendes ligar conmigo esta noche —afirmó, risueño.

—¡Claro que no!

—Sí, Scarlett. Lo que tú digas.

Se miraron a los ojos de forma intensa y ambos acabaron desviando la mirada a los labios del otro. Scarlett tragó saliva y rompió el contacto para coger la copa de vino. Lo siguiente que dijo salió sin control alguno de su boca.

—Seguro que tú eras el malote de la clase. Te huelo a kilómetros de distancia.

Esto hizo reír de modo descontrolado a Christopher. Trató de calmarse para poder responder.

—En ese caso, me tendría que duchar más a menudo para ocultarlo.

—¡Lo digo en serio!

—Sí, y yo también. Desde que trabajo en el taller me da la

sensación de que nunca me ducho lo suficiente.

Scarlett sonrió. Si él supiese lo bien que olía...

—Así como me ves, en realidad, el que sufría en el colegio era yo. Nunca fue al revés.

—Me cuesta creer que una mole como tú haya sido un niño indefenso.

—Bueno, fui indefenso hasta que les empecé a sacar una cabeza a todos. Ahí me comenzaron a dejar en paz. Me gustaría pensar que fui el rebelde de clase, pero ese título mejor se lo dejo a mi hermano.

—¿Tienes hermanos?

—Sí, uno más pequeño. —Y añadió—: Y bastante más capullo.

—Si tenías esos brazos en el instituto, no me extraña que nadie te molestase —comentó Scarlett, ignorando su último comentario.

—Así que te has fijado, ¿eh? —le dijo con una media sonrisa.

—Tengo ojos, es obvio —se justificó, restando importancia a su observación.

—Ya. Yo también tengo ojos, Scarlett. —Sonrió de medio lado.

—Ojos, ¿para qué? —le siguió el juego.

—Para forasteras.

Ella casi escupe el vino.

—¡Venga ya! Eres mi archienemigo.

«¿Soy tu archienemigo?»

—Del odio al amor hay un solo paso —declaró él.

—Hay un abismo. Un foso enorme... lleno de cocodrilos.

Christopher empezó a reír con fuerza.

—Tranquila, estaba bromeando.

Scarlett dudó de la veracidad de su último comentario.

—Nunca saldría con alguien como tú —sentenció entonces él.

Ofendida, le clavó cuchillos imaginarios en el pecho.

—No, por supuesto que no. Ya he visto las tipas con las que sales.

—¿Acaso eres de esas personas que juzgan a la gente sin conocerla antes?

—No, yo soy de las que se defienden cuando las atacan esas personas que van por la vida con tres neuronas en la cabeza.

—Antes me has juzgado —le recordó.

—Y casi he acertado.

Cambiaron abruptamente de tema y Christopher trató de limitar su coqueteo con ella. La idea de que estaba guapísima esa noche

cruzaba con excesiva frecuencia por su mente. Cuando se ponía a la defensiva con él, le ponía el triple. No tenía manera de evitarlo, y eso se le antojaba peligroso. Le gustaba demasiado mirarla mientras hablaba y, cuando no fruncía el ceño y le sonreía, la sangre de sus venas se calentaba. Trató de imaginarse su cara en otro tipo de... situaciones y su pulso se disparó. No debía torturarse pensando en eso. Lo había dejado claro, él era su..., ¿cómo había dicho? Ah, sí, su archienemigo.

Cuando la camarera se acercó para entregarles la cuenta, se percataron de que la zona del restaurante del local estaba por cerrar.

—Te invito yo, Scarlett —se apresuró a decir él, sacando su cartera y poniendo unos cuantos billetes en la mesa.

—Por favor, estamos en el siglo XXI —refunfuñó al tiempo que depositaba el dinero en la mesa.

Él le atrapó la mano para levantarla de la silla y evitar que lo hiciera.

—Guarda eso —le advirtió—. Te recuerdo que eres una invitada en Wickenburg.

—Una invitada que tiene su propio dinero y se paga sus cosas —declaró.

—Scarlett, por favor.

Hizo que se alejara de la mesa tirando suavemente de su brazo. Con un movimiento de cabeza, se despidió del servicio del restaurante y la condujo a la parte superior del Lucy's, a la zona del bar.

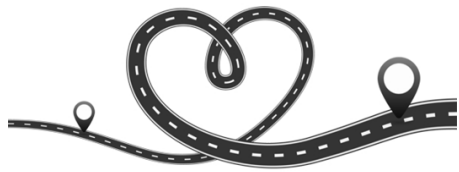
—¿Así funcionan las cosas por aquí? —preguntó visiblemente molesta mientras lo seguía escaleras arriba.

—Así funciono yo. Me parece justo, yo pago la cena y tú, las copas.

—Menos la primera.

—Menos la primera. —Christopher sonrió.

4



La zona del bar era más íntima, situada en la parte de arriba del local. La luz era tenue. Había sillones y mesas bajas distribuidas de manera uniforme por el espacio, así como mesas altas, pero sin taburetes, perfectas para dejar allí las bebidas y bailar. Cada rincón se había diseñado para tener cierta intimidad. La barra, hecha de mármol, estaba iluminada con luz cálida y se extendía por uno de los laterales de toda la planta. Había una zona acondicionada como pista, pero en ese momento no sonaba nada más que jazz de fondo. Christopher le aclaró que en una media hora pondrían canciones más bailables y que se llenaría todo.

—Whisky seco para mí, y para la señorita...

—La señorita tomará lo mismo, pero con un hielo, por favor —dijo Scarlett a la vez que sacaba de nuevo su monedero—. Y me da igual lo de esa primera copa, ahora sí que pago yo.

—¿Cómo estás, amigo? —lo saludó el barman mientras les servía las bebidas.

—Muy bien, Stan, ¿y tú? ¿Cómo está la familia?

—Bien, bien. Mary y yo ya estamos esperando con ganas a que llegue la semana que viene para irnos de viaje. Me cojo unas vacaciones, que ya me van haciendo falta. A ti tampoco te vendrían mal...

Mientras el barman cerraba la botella, se fijó en su acompañante. Sus ojos fueron desviándose de uno al otro mientras Christopher enarcaba una ceja.

—Es una clienta del taller —explicó, sin darle tiempo a hacer la

pregunta obvia.

—Oh —fue lo único que dijo Stan—. Amigo, sigo a lo mío porque... ¡aquí hay que dar de beber! —lo último lo gritó con fuerza hacia la sala.

Un rugido de voces le contestaron, jaleándolo, seguidos por el grito entusiasmado de algunos clientes del Lucy's. Christopher y Scarlett cogieron sus bebidas y fueron a buscar una mesita alta donde dejarlas, ya que apenas quedaban sillones disponibles. Sorbió el whisky y lo miró.

—¿Y bien?

—Dime —Scarlett lo alentó a seguir con su pregunta.

—¿Qué te parece esta zona bastante más... íntima?

—Pues es... bastante más íntima —quiso burlarse Scarlett.

Un par de parejas pasaron por su lado con muy poco cuidado y la empujaron hacia delante. Rebotaron tanto ella como su whisky en la camiseta de Christopher. Avergonzada por haberle tirado la copa encima, dejó el vaso en la mesa, agarró un puñado de servilletas y comenzó a frotar la mancha.

Christopher no fue consciente de lo sucedido hasta que notó las manos de ella apoyadas en su pecho. Se limitó a observarla mientras trataba de eliminar una mancha que para él era inexistente. Tenía la sangre hirviendo en sus venas. La deseaba, la deseaba demasiado, y eso le produjo un escalofrío que hizo que sacara la fuerza necesaria para terminar apartándola.

—Déjalo, por favor —le pidió en voz baja mientras ponía sus manos encima de las de ella, intensificando el ardor que sentía por dentro.

La cabeza de Scarlett se alzó para mirarlo. Estaban demasiado cerca y él olía demasiado bien. Tragó saliva. Tenía un revoltijo de nervios en el estómago y su pulso disparado. Permanecieron quietos los dos, mirándose. Su respiración se volvió pesada. El ruido del local parecía lejano y no veía más allá de su mirada dorada. Su cercanía confundía su mente.

«Bésame», rogó Scarlett. No sucedió y ella se alejó de él.

—Perdona —logró pronunciar—. De verdad que lo siento mucho.

—No pasa nada, en serio. —Inspiró hondo y bromeó—. Tan solo me debes veinte pavos de la camiseta.

—¿No habías dicho que no pasaba nada?

—Mi camiseta —señaló—. Estoy empapado —se hizo la víctima.

Scarlett levantó las manos en el aire, asumiendo su responsabilidad.

—Bien, elige. Otra copa o una nueva camiseta.

«¿Hay algo más para elegir? Ojalá lo hubiese.» Christopher se relamió los labios. Tenía muchas ganas de besarla en ese momento. Ojalá no se hubiera apartado. Ojalá hubiese tirado un poco de ella, levantado su barbilla y acercado sus bocas. Tenía ganas de probar a qué sabía. ¿Sería tan amarga como el whisky que estaba bebiendo? ¿O sería igual de dulce que su voz?

—Invítame a otra y estás perdonada. —Le dedicó su mejor sonrisa y apuró el contenido del vaso.

—Marchando otra para ti. —Enfiló hacia la barra—. ¡Yo por hoy ninguna más! —le gritó desde lejos.

Se acercó a la barra y pidió. Stan le sirvió la copa. Su mirada era amable y, sin embargo, se sentía estudiada. Sí, ya sabía que era una forastera. No necesitaba otro par de ojos juzgándola.

—Es un buen tipo.

Le sorprendió su comentario.

—Lo sé —respondió ella rápidamente.

Le dejó los quince pavos sobre la barra y fue a su encuentro con la idea de que la noche podía dar más de lo que había imaginado.

Esquivó a algunas parejas de camino a la mesa donde estaban. El local ya estaba lleno y era difícil abrirse paso, no quería llevarse otro empujón. La gente bailaba frenéticamente. Levantó la cabeza y lo vio. La vio.

«Catherine.»

Y lo vio. Un beso.

Estaba sosteniendo un vaso en la mano y sonriendo a Christopher, quien, desde donde ella estaba, le daba la espalda. Estaba peligrosamente cerca de su cara. Lo agarró de la nuca y lo besó. ¡La muy estúpida lo estaba besando! El rencor se apoderó de su cuerpo. El chico había estado coqueteando con ella toda la noche y ella había

intentado mantener a raya las sensaciones que le provocaban sus comentarios. ¡Por Dios! Si hasta había deseado besarlo y quizá acabar la noche de otra forma. Se sentía idiota por siquiera haber dado cabida a eso en sus pensamientos.

¿Catherine lo quería para ella? Muy bien, pues que se lo quedase. Se dio la vuelta y volvió de nuevo a la barra.

Al otro lado, Christopher empujó suavemente a Catherine. No quería ser brusco ni grosero, pero esa noche se estaba pasando. Se dio cuenta de que había aprovechado que Scarlett lo había dejado solo para acercarse. Eso sí, lo de besarlo lo pilló por sorpresa.

—No vuelvas a hacerlo —le advirtió.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

Necesitaba mantener una seria conversación con ella, pero ese no era ni el momento ni el lugar. La dejó ahí plantada, con los brazos en jarras, y se giró dispuesto a irse.

—¡Christopher! —lo llamó Catherine por encima de la música.

Él la ignoró y comenzó a pasear la vista por la sala para buscar a Scarlett. La vio en la barra, sentada. Se abrió paso como pudo entre toda la gente. El local estaba cada vez más lleno.

—Creía que esa copa era para mí —dijo con ironía.

Scarlett fingió una sonrisa y se giró para enfrentarlo. ¿Por qué tenía que acercarse tanto a ella?

—Era.

Christopher frunció el ceño. El buen humor de la chica había desaparecido.

—Ponle otra —ordenó Scarlett. Stan asintió.

—¿Te pasa algo? —No se pudo resistir a preguntar.

—¿A mí? —Scarlett fingió sorpresa—. Nada.

—Pues, para no pasarte nada, tienes cara de querer matarme.

—Siempre tengo esa cara cuando estás cerca —se defendió.

—¿Siempre? —replicó, coqueto, recordando el fuego de su mirada. No, ella no siempre era así. Algo había cambiado.

Sin poder resistirlo más, Scarlett le dijo:

—Veo que *tu chica* no consigue despegarse de ti.

«Ajá. Así que es eso.»

—No es *mi chica*.

—Claro, lo que tú digas.

—Has visto el beso. Es eso, ¿no?

Scarlett apartó la mirada.

—Me ha besado ella —se sorprendió justificándose.

—*Tu chica* —insistió.

—Que me haya besado no significa que sea *mi chica.* —Luego añadió—: ¿Quieres que te bese para que veas que tú tampoco lo serías?

Scarlett casi se rompe el cuello por la velocidad a la que lo giró para mirarlo a los ojos, furiosa. ¿Cómo se atrevía a trivializar con algo así? Era un auténtico engreído, maleducado, soberbio, idiota...

—Tú a mí... —La ira le impedía formular la frase—... ni en un millón de años.

—Te podría besar ahora mismo y te apuesto a que no te apartarías —dijo muy muy serio y muy... muy cerca.

—Como te atrevas a hacerlo... —Se puso de pie, roja de rabia, enfrentándolo. Estaban a un palmo y ninguno de los dos sonreía.

—¿Qué? ¿Tienes miedo de que te guste? —la desafió.

No se reconoció a sí misma. Lo empujó con fuerza para alejarlo. Stan los estaba mirando desde detrás de la barra, perplejo con la situación. El cara a cara más tenso que había visto en su vida.

—Amigo —se atrevió a interrumpir—, tu copa.

Aprovechó el momento en el que Christopher se giraba a cogerla para largarse de allí. Fue a mezclarse con la muchedumbre. Necesitaba perderlo un poco de vista. Todo eso, la provocación y su cercanía, la tenían con el corazón desbocado. ¡Mierda! Debía recordarse a sí misma que los tipos como él eran los que después le acababan haciendo daño. Demasiado coqueto, demasiado atractivo, demasiado impertinente. Todo era demasiado en él.

Notó que la agarraban del codo y le daban la vuelta. Luego la soltaron.

—¿Qué pasa? —La mirada de Christopher era de preocupación.

Scarlett estaba exhausta y, con los ojos clavados en los suyos, quiso transmitírselo todo sin una palabra de por medio. Siempre había opinado que la solución a cualquier problema era el diálogo, que todo se podía hablar. Pero, en ese caso, ¿de qué iba a hablar con él cuando ni ella misma tenía claro lo que opinaba al respecto? ¿De que le gustaba? ¿De que para ella un beso sí era importante? No era algo trivial. ¿Iba a hablar de sus sentimientos en ese momento con él? No.

Solo quería irse a casa.

—Te llevo al motel.

Scarlett sonrió amargamente. Era justo lo que necesitaba y justo lo que él le estaba ofreciendo. Asintió, derrotada.

—Temía que me dijeses que no y que me volvieses a empujar —intentó hacerla reír.

Scarlett sonrió sin ganas y avanzó por las escaleras, rumbo a la salida del Lucy's, seguida de cerca por Christopher.

—Hemos venido juntos y nos vamos juntos —oyó decir a su espalda—. Además, a mí también se me hace tarde y mañana entro pronto a trabajar. Todavía tengo que arreglarte el coche, ¿recuerdas?

No era ni la una de la mañana. Caminaron en silencio por las calles desiertas. En el fondo, Scarlett agradeció que estuviese a su lado, ya que de noche el pueblo le daba un poco de respeto, con las calles solitarias y tan poco iluminadas como estaban. Era como si los alegres colores de las casas se hubiesen esfumado y estuviesen en una de esas películas de zombis en las que por cualquier esquina podían aparecer corriendo para devorarte. Sin poder evitarlo, se estremeció y se frotó los brazos, lo que captó la atención de Christopher.

—¿Tienes frío?

—Oh, no, no.

—Me gustaría darte mi chaqueta, pero no llevo —dijo, ignorando su comentario—. Normalmente las noches son algo más frescas por aquí.

—No tengo frío, era otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Nada, una chorrada.

—Cuéntamela.

—Nada, no te preocupes —insistió.

—Ahora me has dejado con la intriga.

Scarlett suspiró y se paró en seco.

—Bueno, pero no te rías.

—No prometo nada si empiezas así —contestó ya con tono

burlón.

—Cierto..., se me olvidaba que estoy hablando contigo. Vas a hacer justo lo contrario de lo que te pida.

Christopher le dedicó una sonrisa ladeada. Lo iba conociendo.

—Pensaba en que... esto está tan solitario que una manada de zombis podría salir en cualquier momento y que agradezco estar ahora contigo. Al menos no tengo todas las posibilidades de ser su cena.

Sin poder contenerse, Christopher estalló en una carcajada.

—Has dicho que no te reirías. —Avanzó un trecho de calle dejándolo atrás.

—¡Eh, espera! Nunca he dicho eso. —La siguió entre carcajadas —. Está claro que tienes una imaginación desbordante.

—Gracias —farfulló entre dientes.

—Oye, la única zombi del pueblo que podría aparecer sería la señora Lupe, con casi noventa años. Admito que a estas horas te podría dar mal rollo, por lo de las arrugas y tal, pero es muy buena persona.

Una sonrisa se formó en el rostro de Scarlett.

—Entonces, ¿confirmas que es una zombi? —dijo mientras giraban a la derecha y veía al fondo de la calle el motel.

—¿Yo? No, no. Jamás revelaría su secreto. —Eso hizo sonreír a Scarlett todavía más—. Como mucho lo que te puedo confirmar es que los domingos, siempre que nos vemos, me invita a tomar atole y tamales. —Vio la cara de curiosidad de Scarlett y se explicó mejor—. Vive cerca de mi casa, así que pone dos sillas en su porche, saca todas las cosas y me espera para que desayunemos juntos. En Wickenburg cuidamos de nuestros mayores.

Saber eso derritió un poquito el corazón de la chica.

—Qué amable.

—Se me hace muy tierna la señora Lupe. Vive sola desde que la conozco y, por lo que sé, no recibe muchas visitas. Sus hijos trabajan en Canadá, así que vienen a verla muy pocas veces al año, por las distancias.

—¿Y vive sola con noventa años?

—Sí. Nos conocimos a través de mi jefe, John, que me llamó para echarle una mano y reparar el tejado de su casa. Desde ese día me invita a desayunar con ella cada domingo y yo voy todos los que puedo.

—Qué considerado. —Sonrió.

—La tendrías que conocer. Igual, si se entera de que he dicho «zombi» y su nombre en la misma frase, me patea el trasero, pero... será nuestro secreto, ¿de acuerdo? —pidió con ojos de corderito.

—O bien podría usar esta información en tu contra —resolvió mirándolo.

—Sabía que en el fondo querías arruinarme la vida —bromeó, siguiéndole el juego.

—Nah, tan solo un poco.

Scarlett le sonrió. Le costaba visualizar la imagen de una persona de noventa años charlando con un tipo de menos de treinta como si fuesen amigos. A lo mejor desempeñaba el papel de abuela adoptiva más que de amiga de Christopher. Le entró la curiosidad. ¿Cómo sería la escena?

—Ya hemos llegado. —Christopher la sacó del trance. Miró por encima de su hombro la puerta acristalada del motel y esperó a que ella se despidiese.

—Sería interesante conocer a tu amiga nonagenaria.

—Cuando quieras, *listilla* —se permitió bromear.

—¡Oye! ¿A qué ha venido eso? —le siguió el juego.

—¿Nonagenaria? ¿En serio?

—Bueno, búscalo en el diccionario. —Levantó la barbilla para mirarlo con aires de superioridad.

—Para tu información, todavía no tiene noventa. Estaría en la categoría de octogenaria.

—Pues eso —sentenció ella.

—Cuando la conozcas, me gustaría que le repitieses lo mismo para ver cómo empieza a despotricar y poder reírme a gusto —lo dijo a sabiendas de que jamás podría presentársela.

Scarlett se guardó la frase que tenía preparada en la punta de la lengua y se limitó a negar con la cabeza mientras se encaminaba a la puerta del motel. Christopher era un idiota engreído, aunque esa noche había descubierto otras de sus facetas y, sinceramente, no había esperado que le gustasen tanto. Creía que iba a estar toda la noche incómoda y a la defensiva, y lo único verdaderamente incómodo había sido lo de su *amiga*. Su enfado procedía de ella misma, de lo que en el fondo se negaba a admitir. Su archienemigo le gustaba y no sabía cómo controlar todas las emociones y sentimientos que florecían

cuando estaban juntos.

—Buenas noches.

—Buenas noches —le contestó Christopher.

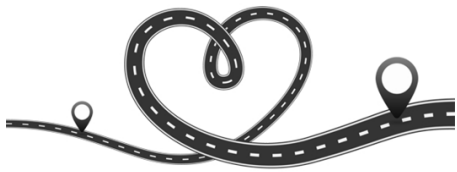
Se quedó contemplándola mientras ella subía las escaleras. La vio dudar un segundo, girar la cabeza para mirarlo y, después, entrar en el motel.

Una idea cruzó su mente.

«¿Estás segura de que no quieres que te bese?», se planteó él.

Christopher estuvo un buen rato parado en medio de la acera, meditándolo bien. Luego puso rumbo a su casa.

5



Christopher se levantó de muy buen humor a pesar de no haber dormido las horas suficientes. Le había costado bastante conciliar el sueño y la culpable era cierta forastera rubia, con piernas de infarto y comentarios mordaces. Su despertador sonó sobre las siete de la mañana y lo primero que hizo fue ir a la cocina a preparar café. No imaginaba empezar el día sin una gran taza de café negro, del más amargo que hubiese en la tienda. Mientras dejaba que la cafetera derramase el líquido en la jarra de cristal, se metió en la ducha. Después, aún con la toalla como toda prenda, fue hacia la cocina a servirse una taza.

Como siempre le sobraba tiempo, encendió el televisor en el canal de noticias para ponerse al día, o más bien para que el sonido le hiciese algo de compañía y no sentir su casa tan vacía. Se pasó una mano por el pelo todavía húmedo y dejó la taza en el fregadero al terminarla. Se vistió, cogió las llaves de casa y las de su coche y puso rumbo al taller.

Una vez allí, fue él el encargado de abrir el negocio, ya que John solía llegar a media mañana con su hijo. «Mejor», pensaba él, así podía concentrarse en algunas de las reparaciones más complicadas sin que Fred estuviese por allí incordiándolo como un moscardón. En realidad se llevaban bien, pero Christopher necesitaba su espacio a la hora de trabajar, y eso Fred parecía no captarlo del todo. Incluso sospechaba que, en ocasiones, lo molestaba a propósito, pero no le podía decir nada: era el hijo del propietario, al fin y al cabo. Además, estaba aprendiendo..., o eso intentaba decirse para no acabar arrancándole la

cabeza.

Esa mañana empezó con el Mustang de Scarlett, siendo fiel a su palabra de tenerlo arreglado lo más pronto posible. Lo admiró como a su dueña la noche anterior. Abrió el capó y se dispuso a quitar el depósito del refrigerante, que estaba dañado, poniéndose manos a la obra. Casi para la hora a la que John y su hijo solían aparecer, él ya tenía medio problema resuelto.

—Buenos días por la mañana —lo saludó enérgicamente Fred.

—Buenos días.

—Buenos días. Voy a encender la cafetera. He traído dónuts de la pastelería de Cece, por si te apetecen —informó John antes de dirigirse a su despacho—. Descansa un poco, hombre —añadió entrando ya en su oficina.

—¡Voy! —le gritó.

Se limpió las manos y fue a su encuentro. Vale, tenía el problema medio resuelto. Le faltaba el depósito, que supuso que no tardaría mucho en llegar, ya que fue precavido y lo encargó en cuanto fue evidente que sería necesario. En cuanto llegara, una hora más de trabajo y por la tarde ya se podría ir con la reparación hecha.

Sin embargo...,, eso significaba decir adiós a Scarlett.

Tan solo de pensar en que se marcharía y que no la volvería a ver se le revolvió el estómago. Descartó esa idea de su cabeza, contrariado consigo mismo. Pilló uno de los dónuts de la caja y esperó para tomar el café, el segundo del día, igual de intenso que el primero. Se metió medio bollo en la boca de un solo bocado y lo masticó tranquilamente mientras observaba las gotas de la cafetera caer.

—Ya casi tengo el coche de la rubia listo —anunció, sin dirigirse a nadie en particular.

Quizá, si lo decía en voz alta, se haría antes a la idea, como si se convirtiese en algo real solo por pronunciarlo.

—¿Cuál? ¿El de Scarlett? —preguntó John, como si no supiese a quién se estaba refiriendo.

Christopher se limitó a asentir. John estudió su expresión, mudo y pensativo.

—Qué pena —soltó al rato.

—Sí, una auténtica pena no ver su culo moviéndose por aquí nunca más. —Con ese comentario, Fred se ganó una colleja de Christopher—. ¡Eh!

—A callar. Sirve café y tal vez te deje en paz.

—¿Desde cuándo eres mi jefe? —replicó, insolente.

—Desde que tú no te ganas el puesto.

Fred sirvió tres tazas y se las tomaron juntos antes de que cada uno retomase sus tareas. Era viernes, normalmente la carga de trabajo ya se la habían quitado de encima a lo largo de la semana. Faltaba llamar a algunos dueños para que pasasen a recoger sus vehículos y pagasen las reparaciones. La nave estaba repleta, pero pronto se vaciaría porque no abrían ni los sábados ni los domingos, así que los clientes eran conscientes de que, si querían el coche para el fin de semana, tenían que recuperarlo el viernes.

En cuanto llegó la pieza que faltaba, se esmeró en acabar el Mustang, incluso priorizándolo, poniéndolo por delante de otros encargos, porque sabía que su dueña lo necesitaba. No quería dejarla con el marrón de tener que quedarse en Wickenburg hasta el lunes, sin nada interesante que hacer. Aunque quizá a él sí que se le ocurrían algunas cosas muy interesantes que podría hacer con ella.

«¡Otra vez no!», lo reprendió su conciencia.

Soltó una maldición por lo bajo antes de tirar con fuerza el trapo al suelo. Entró en el despacho de John y lo informó de que el Mustang estaba ya terminado. De nuevo, el único comentario de John fue «qué pena», y después se limitó a seguir concentrado en el ordenador, imprimiendo facturas.

¿Por qué no paraba de decir eso? ¿Qué coño quería que hiciese? ¿Que no lo reparase?

—Cuando quieras, la llamas y la avisas de que ya está...

Pero no tuvo tiempo de acabar la frase porque, como invocada por sus palabras, la vio entrar por la puerta de la nave con otro vestido veraniego, el pelo suelto, un café en la mano y una sonrisa en los labios. Era raro verla sonreír, más todavía cuando estaba cerca de él, pero, cuando lo hacía, toda su cara se iluminaba y estaba incluso más guapa. Sintió una punzada en el pecho. En apenas un día había conseguido cambiar su percepción de ella. Poco quedaba ya de esa pija malhumorada y sucia que solo tenía respuestas afiladas para todo lo que él le decía.

Le hizo una seña con la mano para que lo viese, a lo que ella respondió alzando la barbilla en su dirección. Fueron los segundos más largos de su vida. La vio avanzar a cámara lenta. Vestida de

amarillo, era la representación del cálido verano entrando por la puerta. Se preguntaba si ella se daba cuenta de la energía que desprendía al aparecer en cualquier sitio o de las miradas que acaparaba. ¿Qué le estaba pasando?

—Buenos días, hija —oyó la voz de John—. Hoy estás de mejor humor.

—Cómo no voy a estarlo si seguro que me dais buenas noticias. ¿Verdad, Christopher?

Este se giró para ver a su jefe con una sonrisa deslumbrante.

—Justo te íbamos a llamar ahora.

—Genial. Ya no os hace falta, estoy aquí.

Christopher trató de concentrarse en algo más que no fuese su sonrisa y, cuando la miró a los ojos, notó que se perdía. Su hilo de pensamiento era un desastre. Las imágenes del sueño tan intenso en el que Scarlett era la protagonista desfilaron por su mente. ¡Qué gran momento para excitarse!

—¿Cómo va la reparación, Christopher? —Captó el *tonito* con el que John había pronunciado esa pregunta y tragó saliva.

—Verás..., la reparación está yendo... —Lo pensó dos segundos antes de contestar—: lenta, muy lenta.

En cuanto pronunció las tres últimas palabras, se sintió culpable, pero aun así no rectificó. Jamás en su vida había engañado de ese modo a un cliente y no entendía cómo había sido capaz de soltar semejante tontería delante de su jefe. La cara de John fue de asombro, pero no lo desmintió . Bajó la cabeza hacia su ordenador y continuó tecleando a medida que una sonrisita mal disimulada se colaba en su cara. La cara de Scarlett pasó de la alegría a la preocupación.

—¿Lenta? —planteó ella, compadeciéndose de sí misma por su mala suerte— Pero... dijiste que solo era cambiar el depósito de agua o algo así...

Christopher pensó rápido y comenzó a contarle que, a pesar de haber sustituido el depósito, había un problema en el motor debido a unos cables afectados, además de soltar toda una retahíla técnica sobre botones y luces que acabó por confundir a Scarlett e incluso un poco a sí mismo. A pesar de que no había entendido nada de nada, Scarlett se fio de su palabra. ¿Por qué? Porque él era el mecánico y ella no tenía ni idea de coches, claro. Lo mismo habría pasado si hubiera llevado puesta una bata blanca, su profesión fuese la de

médico y le hubiera dado una noticia desagradable. Las personas confían en los profesionales sin poner en tela de juicio sus palabras.

Por eso, en cuanto le dijo que todavía le quedaban horas con su coche, que tenía mucho trabajo con los demás y que cerraban en fin de semana, Scarlett se limitó a sorber de su café, atenta a sus explicaciones, con el gesto cada vez más serio y preocupado. Finalmente, asintió y valoró sus posibilidades.

Quedarse hasta el lunes era la mejor opción que tenía, por no decir la única. Por muchas ganas que tuviese de irse y ver a su madre, estaba metida en un problema sobre el cual no tenía ninguna capacidad de intervención. Dependía de terceros. Dependía de Christopher.

—He hecho lo que he podido para tenerlo cuanto antes.

En realidad, era una mentira a medias. Christopher oyó cómo John carraspeaba.

—Ya, seguro que sí —dijo ella con ironía, dejando atrás las sonrisas y los gestos amables.

Christopher se sintió aún peor.

—Entonces, si hoy no lo tienes al final del día, me tocará esperar al lunes —repitió las palabras exactas de Christopher. Su buen humor se iba desmoronando.

—Sí, así es. Voy a poner de mi parte para ver si consigo sacarlo antes de esta tarde, pero no las tengo todas conmigo —mintió de nuevo.

Esa vez oyó toser a su jefe. Lo estaba poniendo nervioso y suficiente tenía ya con sus propios nervios. De nuevo, Scarlett no cuestionó nada de lo que le dijo.

—En ese caso, avisaré en el motel de que me quedo unos días más.

—Mi mujer te hará precio seguro. Aquí somos hospitalarios con los turistas —intervino John—. ¿Te gustan las historias de miedo? —saltó de golpe a otro tema.

«Oh, no. Otra encerrona», pensó Christopher. Aunque ¿no era eso lo que quería? Le estaba bien merecido, él se lo había buscado.

—Lo que me está pasando con el Mustang podría considerarse una historia de terror.

John ignoró su comentario. Se levantó de la silla de su despacho y se colocó al lado de Christopher, dándole una palmada en el

hombro.

—Hoy hacen el *tour* de leyendas y fantasmas en el centro del pueblo —insistió este.

—No es mal plan —comentó Christopher.

—Llévala cuando salgas del trabajo.

Scarlett tuvo la sensación de que le estaban organizando el día sin tener en cuenta su opinión. ¿Y si el coche ya estaba arreglado? En ese caso, era muy probable que ella se marchara en lugar de hacer ningún *tour* de leyendas.

—Podemos ir si te apetece.

Scarlett entrecerró los ojos. Estaba demasiado propositivo esa mañana. Más le valía currar en su Mustang.

—Yo ya lo hice y me lo pasé bien. Además, recuerdo que repartían *shots* de tequila.

—Podríamos ir si no tengo listo el coche —mencionó Scarlett.

La chica, a pesar de su racha de mala suerte, intentó centrarse en las cosas positivas. Al menos no iba a estar sola. Haría alguna que otra actividad para no aburrirse mientras le hacían la reparación. Quizá podría hacer algunos planes más con Christopher o bien explorar ella sola. Veía la parte buena de la situación.

Se despidió de ellos después de seguir fastidiando a Christopher con que acabase cuanto antes su coche. Incluso le dijo que le daría una buena propina si eso sucedía. Él se limitó a mirarla de un modo extraño, casi como si lo hubiese ofendido con el ofrecimiento. Acordaron llamarla por la tarde para tenerla informada. Luego se marchó.

En cuanto desapareció por la puerta, John tuvo que hablar.

—No voy a decir que hayas hecho bien con esto, Christopher —empezó la reprimenda, más como padre postizo que como jefe—. Mentir está muy mal, pero me alegro de que se quede unos días más.

—No seas hipócrita, ¡tú me has incitado a hacerlo desde el principio! —lo acusó.

—¿Yo? ¡Lo que hay que oír!

Christopher lo señaló con un dedo acusador.

—Has sido la semilla del mal. Para futuras ocasiones, ahórrate lo de «qué pena» si no es lo que quieres que haga.

—¿Lo que quiero que hagas? ¡Pero si lo has decidido tú!

—Porque me estabas..., me estabas... ¡coaccionando!

—¡Jesús! «Coaccionando», dice el muchacho. —John rio sin poder contenerse.

—Puedo dejarlo en «confundiendo» si te sientes menos ofendido.

—Hijo, has tomado la decisión que has querido. Quizá no es una muy buena decisión, tal vez te rebaje de tu sueldo todo el gasto extra que le vas a suponer a la joven. Quizá tendría que haber abierto mi bocota y delatarte, pero... estoy viejo, hijo, no quiero problemas.

—Ahora resulta que te dedicas a hacer de celestina conmigo.

John subió y bajó los hombros con gesto inocente antes de contestar.

—Mis ojos de viejo te ven demasiado solo, oxidado y baboso.

—¡Eh! —replicó.

—¿Qué? Si quieres te repito lo del plato para la baba cada vez que la miras. Muchacho, ¿por qué lo niegas? Si se ve a leguas que te gusta y, permíteme que me entrometa esta vez, a ella también le gustas.

—¿Tú crees? —preguntó, curioso, pero al segundo rectificó—. ¡Oh, vamos! Ya me estás liando. ¡John, no tiene gracia! Deja de reírte. Me he metido en un buen lío. Mira, luego me das su número y la llamaré antes de que cerremos el taller para decirle que tiene el coche listo. Fin del drama. Exacto, eso haré...

Paró en seco al darse cuenta de que estaba andando en círculos mientras hablaba.

—¿Eso es lo que verdaderamente quieres hacer?

Dudó unos segundos y, sin una pizca de convencimiento en la voz, le dijo que sí. John resopló.

—Crees que me engañas, pero solo te engañas a ti mismo. Llamaré a mi mujer para que no le cobre las noches de más que se va a quedar.

—Qué amable por tu parte —escupió, negando con la cabeza y alejándose de allí.

Christopher pasó todo el día desconcentrado, con la conciencia pesada por la mentira. Dio tumbos de aquí para allá, haciendo pequeñas reparaciones y evitando acercarse al Mustang, como si este le quemase. Entregó cinco vehículos a sus respectivos propietarios e hizo el parón para comer con su jefe y con Fred. Como había supuesto, el Mustang ya estaba más que listo por la tarde, solo faltaba que viniese Scarlett a por él. A la hora de la salida, enfiló hacia el

despacho de John.

—Dame su número. La voy a llamar para que venga a recogerlo.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí, lo he pensado demasiado bien.

—En ese caso... —Tecleó en su ordenador, frunció el ceño y añadió—. Tenemos un problemilla.

—¿Ahora qué pasa? —suspiró desesperado.

—Que la chica no me dejó su teléfono.

—Me tomas el pelo, ¿verdad?

—No, no, esta vez sí que no. Mira. —Le enseñó la pantalla con la ficha del Mustang y los datos de Scarlett. El campo del teléfono estaba vacío. Tenía razón.

—Mierda. ¿Estás seguro de que no te lo apuntaste en una hoja suelta o algo así?

—Muy seguro.

—¿Podrías comprobarlo?

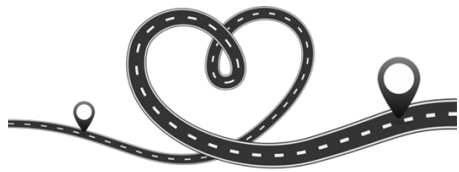
John le sostuvo la mirada un buen rato. Luego revisó los papeles que había encima de su mesa, escrutando uno por uno.

—Ve a verla y se lo dices en persona. Tienes las llaves aquí, en todo caso le sacas el coche y ya.

—Eso haré —sentenció.

Se fue al baño primero a lavarse las manos. Frotó bien hasta no ver ni rastro de grasa y suciedad. Se miró en el espejo sintiéndose una persona horrible. Por eso iba a hacer lo correcto. Pasaría por el motel, le daría la buena noticia, esperaría a que ella recogiera todas sus cosas, irían al taller y le entregaría el Mustang. Si John se iba y lo cerraba todo antes de que llegasen, él mismo podría abrir la puerta con el juego de llaves que tenía. Otra vez una sensación rara en el pecho lo inundó al pensar en que no la vería más, pero sacudió la cabeza, disipando sus tonterías.

6



Scarlett decidió pasar el día por el centro del pueblo, callejeando. No es que se tratara del lugar más interesante o peculiar del mundo —de hecho, se le hacía un poco feúcho y solitario—, pero quería distraerse. Nada más salir del taller había llamado a su madre para ponerla sobre aviso. Esta, Miranda, lo entendió perfectamente y se quedó bastante más tranquila sabiendo que a su hija la estaban ayudando allí en Wickenburg.

—No todos son tan amables conmigo —le explicó al teléfono mientras recordaba a cierta rubia impertinente y a cierto mecánico engreído.

No se acordaba de la última vez que había salido por el placer de dar una vuelta, sin el objetivo de ir al banco, a comprar algo al supermercado, a devolver un paquete o a hacer deporte. Durante el paseo se topó con algunas tiendas de antigüedades y otras en las que vendían ropa de segunda mano. Se pasó más de dos horas curioseando. En las primeras, en las estanterías, encontró ediciones viejas y gastadas de libros antiguos, pero no le llamaron demasiado la atención. En una de las segundas, finalmente, compró un vestido marrón con lunares blancos. Cuando quiso darse cuenta, ya era la hora de comer, así que paró en El Ranchero, un restaurante que prometía auténtica comida mexicana. En el jardín de la entrada tenían plantados nopales y los famosísimos agaves azules, de los cuales se extrae el tequila.

Al acceder al local fue el blanco de todas las miradas de los lugareños. Había unas pocas familias y bastantes mesas con hombres

mayores esperando su pedido. Por educación, saludó nada más entrar y unas cuantas personas le contestaron. La joven camarera, que vestía de negro y llevaba un delantal de colores y una corona de flores artificiales en la cabeza, la guio hasta una mesa cerca de la ventana. Desde allí podía ver la fuente, los coches y los pocos transeúntes que pasaban. Sin dejar de sonreír, le tomó nota de la bebida, le entregó la carta y le indicó que pasaría en un rato a tomar nota de su pedido. Antes de irse, le hizo la pregunta reglamentaria:

—Usted no es de por aquí, ¿verdad?

—No, no lo soy.

Scarlett se decantó por unos tacos y una cerveza fría y por gentileza de la casa le sirvieron también unos totopos con guacamole. Cuando ya creía que no podría comer más, revisó la carta de postres y pidió una nieve.

—Así llamamos al helado en México —le explicó la camarera.

Todo estuvo riquísimo. Le dejó una buena propina a la chica que le había servido y volvió al motel a descansar y entretenerse leyendo lo que le quedaba de tarde. Algunas de las calles ya le eran familiares. Al fin y al cabo, Wickenburg no tenía más que unos siete mil habitantes, nada comparado con la inmensidad donde ella vivía: Phoenix, capital del estado de Arizona.

Sus planes de lectura se fueron al garete, ya que nada más llegar y tumbarse en la cama se quedó profundamente dormida. La despertó el sonido insistente del teléfono de la habitación. Abrió los ojos asustada, rodó sobre el colchón y descolgó el auricular. La joven voz de la muchacha le dijo:

—Tiene visita, señorita. Un chico pregunta por usted en la recepción.

«Por fin se dignan hacer su trabajo.»

—¿Quién es? —preguntó, aunque ya sabía de quién se trataba.

—Es Christopher. ¿Lo dejo pasar?

Al menos esa vez sí habían tenido la decencia de avisarla.

—Eh..., sí, dame un momento. —Se apresuró a levantarse de la cama y mirarse en el espejo.

Mierda. ¿Qué hora era? Oyó susurros a través del auricular y finalmente le dijeron:

—Dice que la espera en el vestíbulo.

—No, dígale que pase. —Intentaba peinarse con los dedos de una

mano mientras con la otra sostenía el auricular.

De nuevo oyó susurros.

—Insiste, dice que la espera aquí.

—De acuerdo —bufó.

¿Qué mosca le habría picado a ese hombre? No lo esperaba tan temprano. El plan de las leyendas lo habían hecho de cara al anochecer. Aun así, se dio prisa. Retocó un poco su maquillaje, se peinó bien la melena y volvió a calzarse y a meter en el bolsito todo lo que necesitaba: llaves del motel, cartera, el brillo de labios y el móvil. No tardó más de quince minutos en salir. Al no haber recibido ninguna llamada del taller, dio por hecho que esa noche también la pasaría en Wickenburg.

Recorrió todo el pasillo hasta que lo vio en el vestíbulo, Christopher estaba de cara a la calle. Lo repasó con la vista unos segundos, más de los necesarios, y se fijó en que iba vestido con la ropa del trabajo. Aun así, no pudo apartar los ojos de la ceñida camiseta blanca, con alguna que otra mancha de grasa esa vez, y de cómo esta le marcaba los músculos de la espalda y dejaba al descubierto sus fuertes brazos. El carraspeo de la chica que estaba en la recepción, que la observaba con curiosidad, la sacó del trance. En ese momento, Christopher se giró. Se quedó mirándola durante unos segundos y le dedicó una sonrisa.

—No te esperaba tan pronto —le expuso Scarlett—. ¿Tienes mi coche listo? —planteó a sabiendas de que le iba a dar una negativa.

Él se quedó callado durante más tiempo del normal y la vio ajustarse el bolso al hombro.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —se burló.

Estuvo a punto de decirle que sí, que ya tenía su Mustang reparado y que ya se podía marchar si quería; que le había contado una mentira solo para que se quedase unas horas más en el culo del mundo, un buen rato a su lado. Pero tenía tanto miedo de esos pensamientos que no se atrevió a pronunciarlos. Estuvo tan, pero tan a punto de confesarlo...

Había conducido hasta allí con la seguridad de que la subiría en su camioneta, la llevaría al taller y se despediría de ella, cortando toda relación, permitiendo que se marchase, que siguiese con su vida, que fuese a ver a su madre a Utah. Sin embargo, no fue capaz de pronunciar una sola palabra del discurso ensayado en su cabeza al

verla en medio del vestíbulo, con el mismo vestido que por la mañana y con las mejillas algo sonrojadas. El plan de hacer lo correcto hizo aguas por todas partes... de nuevo.

«A la mierda el plan A», pensó.

—No, pero ya sabes que... —empezó a hablarle con voz seductora.

Se ganó un manotazo en el brazo por parte de ella, intuyendo por dónde iban los tiros.

—¡Mi coche! Déjate de historias.

—¿Siempre eres así de agresiva? —volvió al ataque con su sonrisita burlona.

—Chris.

Eso sonó a amenaza.

—No he tenido tiempo. Lo siento, princesita. —Scarlett abrió mucho los ojos al oír ese apelativo—. He venido a recogerte en mi humilde carruaje y a pasear contigo hasta la medianoche como compensación por lo del Mustang. Incluso estoy dispuesto a darte la mano si te cagas de miedo en algún momento.

Scarlett lo fulminó con la mirada.

—¿Nos vamos? —le pidió él, ignorando su evidente malhumor.

—¿No vas a querer cambiarte antes? —le planteó ella.

Christopher se miró un segundo la ropa y bromeó.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no te gusta?

«Demasiado», pensó Scarlett. Sin embargo, expresó indiferencia.

—No te cambies si no quieres. A mí me da igual.

Él soltó una risa.

—He venido a recogerte directamente del trabajo.

—¿Y no habría sido mejor que fueras antes a cambiarte? —le respondió ella, ignorando ese detalle.

—Entonces no te gusta —sentenció con una sonrisa burlona.

—¡Sí! —Scarlett ya se estaba poniendo de los nervios—. Bueno, quiero decir..., a lo mejor quieres cambiarte. Por mí no hay problema si quieres ir así, te queda muy bien... todo.

La sonrisa de él se ensanchó. Scarlett se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja y lo miró desafiante.

—Claro que voy a cambiarme, no pensaba ir así —le aclaró.

—Vale.

Ambos se quedaron en silencio mirándose durante unos

segundos. Al ver que él no le decía nada, se animó a preguntarle.

—¿Voy contigo?

—¿A dónde? —dijo Christopher sin entenderla.

—Pues, ¿a tu casa a que te cambies? ¿Qué coño te pasa? Para eso has venido antes, ¿no?

Vaya, el plan de Christopher para nada había sido ese, pero qué podía decir.

—Sí, sí.

—¿Qué te pasa, Chris?

—Nada.

Scarlett estudió su expresión.

—Pareces asustado.

—A ver, voy a dejar entrar a mi archienemiga a mi casa. Tengo miedo de que me juzgues duramente —contestó tratando de volver a su actitud despreocupada.

—Puedes dar por sentado que lo haré.

—No esperaba menos de ti. —Le dedicó una mirada muy intensa.

Scarlett tragó fuerte. De golpe se vio metida en la guarida del lobo... con el lobo dentro.

—¿Vamos?

Atravesaron el vestíbulo. Claudia, la recepcionista, los miraba con curiosidad mientras se dirigían hacia la salida. Iban los dos pegados, casi tocándose hombro con hombro, pero con el suficiente cuidado de no hacerlo. Le salió una sonrisita traviesa al verlos. Había estado fingiendo que tecleaba en su móvil cuando en realidad estaba poniendo la oreja en la conversación de la pareja.

—Por aquí. —La dirigió a la camioneta y le abrió la puerta.

Scarlett lo miró de reojo y susurró un «gracias» antes de acceder al interior. Él sonrió como un idiota. Al menos no había sido igual de borde que la primera vez. Luego se instaló junto a ella, tras el volante. Apretó la mandíbula, tenso. Su perfume había llenado todo el ambiente. Carraspeó antes de meter la llave en el contacto, arrancar y conducir hacia su casa.

En menos de cinco minutos llegaron y estacionaron frente al garaje. Era una construcción sencilla de color marrón con las contraventanas blancas y un coqueto jardín delantero repleto de diferentes tipos de cactus. El camino principal estaba cubierto por piedras blancas. Scarlett miró a ambos lados y se fijó en que por allí

todas las viviendas eran del mismo estilo. Tampoco estaban muy separadas las unas de las otras, era más bien una zona residencial.

Caminaron en silencio oyendo el crujido de las piedras bajo sus pies. En la puerta, pintada en un tono rojizo, Christopher dudó un segundo ante lo que estaba a punto de suceder. Iba a meter a Scarlett en su casa y eso lo tenía intranquilo. Allí, después de su exnovia Melissa, no había entrado ninguna mujer con la que no tuviese intenciones de acabar en la cama. Por supuesto, Scarlett estaba momentáneamente excluida de esa lista, lo que la dejaba en un limbo interesante.

Ella también estaba algo nerviosa. Al fin y al cabo, las casas eran el rinconcito de privacidad y bienestar de cada uno, un lugar demasiado privado como para dejar entrar a cualquiera. Para ella, su pisito en Phoenix era su templo, decorado a su gusto, apacible y tranquilo. Cerraba la puerta y se olvidaba del mundo y de los problemas. Solo tenía una habitación, pero no le hacía falta nada más que eso. No recibía visitas allí.

Obviando eso, su gran pregunta fue... cómo había accedido a ir con él a su casa, siendo casi un desconocido. ¿Y si era un asesino? ¿Y si la secuestraba? Iba a meterse dentro por propia voluntad, pero... ¿volvería a salir? Su cerebro comenzó a bombardear mensajes y tramas argumentales extraídas de todas las novelas que había leído. Muchas de ellas comenzaban igual, y ella era la víctima y protagonista perfecta. Trató de calmarse y borrar esas paranoias de su mente. Llevaba el móvil encima. Además, ya lo conocía, no había nada de lo que preocuparse. No era un mal tipo, hasta el barman de la noche anterior se lo había comentado.

Trató de aferrarse a esa ridícula idea cuando oyó cómo la puerta se cerraba y se quedaban solos. Titubeó al dar el primer paso dentro.

—Bienvenida a mi humilde hogar.

La intimidad de estar en su casa le provocó un escalofrío. Scarlett paseo la mirada por la estancia antes de decir una palabra. Era amplia, diáfana, luminosa. Desde la entrada se veía el salón completo. A un lado estaba la cocina, abierta y con una isla con taburetes, y, al fondo, un pasillo. Tenía dos grandes puertas correderas acristaladas justo al lado de la cocina, que daban al porche y al jardín traseros.

—Qué bonita —expresó con absoluta sinceridad.

—Vivo aquí de alquiler. Tengo suerte, los propietarios son muy

simpáticos, algo mayores y con gustos tradicionales —le explicó al tiempo que señalaba el sofá de rayas—. Para mí solo está bien, no me quejo.

—Es acogedora.

—Venga, te la enseño.

Recorrieron juntos la distancia hasta el salón y Scarlett pudo ver más de cerca el sofá y dos sillones, colocados frente a las ventanas. Había una mesita de café en el centro y una televisión grande encajada entre dos estanterías repletas de libros y elementos decorativos.

—Así que... ¿lees? —Alzó una ceja, curiosa.

—¿Te caería mejor si te dijese que sí? —le coqueteó.

—No —contestó tratando, sin conseguirlo, de ponerse seria.

—Entonces, no tanto. Casi todos los libros son de los propietarios. Hay muy pocos míos.

—¿Qué te gusta leer?

—Me gustan las novelas de terror y misterio y esas cosas.

—A mí también —comentó paseando la mirada por los estantes y deteniéndose en un ejemplar de Lovecraft.

—En ese caso, esta noche lo pasaremos bien.

Lo dijo con un tono tan sugerente que a ella se le aceleró el ritmo cardiaco y no se atrevió a mirarlo en ese momento. Sabía que se refería al *tour* de leyendas al que iban a ir en cuanto se cambiase de ropa, pero se maldijo mentalmente por pensar de más.

—Ven, te muestro la cocina.

Se podía ver desde el salón. Estaba en un lateral. Se percató de que era un hombre ordenado y limpio: tenía la cocina recogida y no había un solo cacharro en el fregadero. Todo estaba en su sitio. Se giró para curiosear el pequeño porche trasero a través de las puertas correderas de cristal.

—¿No te da miedo vivir sin cortinas?

—No, ¿por?

—¿Y si alguien se para enfrente y te observa... de noche?

Christopher sonrió de lado y se apoyó con la cadera en la isla de la cocina. Se distrajo por un segundo pensando que Scarlett estaba realmente guapa con ese vestido. Sin embargo, ese no fue el comentario que salió por su boca.

—Según quien fuera, la invitaría a pasar.

—¡Hablo en serio!

—Y yo también.

Y, sí, Scarlett se lo creyó. También pilló la indirecta.

—Creo que has visto muchas películas de terror que te han traumatizado.

—Es una posibilidad. —Le devolvió la sonrisa—. ¿Tomas el café por las mañanas ahí? —Señaló una mesa de madera con dos sillas a juego que había en el jardín.

—Menos veces de las que me gustaría.

—Suele pasar.

—Por ahí está mi habitación...

«Ojalá algún día la veas, tú y yo sin mucha ropa de por medio», fabuló Christopher mentalmente. Por suerte no lo dijo en voz alta.

—... y el baño. ¿Te apetece tomar algo mientras me cambio?

—No, así estoy bien. Gracias.

—En ese caso me voy a duchar rápidamente antes de irnos. Faltan algunas horas para que empiece, pero podemos tomar algo, cenar o lo que sea.

—Claro —respondió como una autómata.

—¿Estarás bien? —le preguntó desde el pasillo.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo? —preguntó extrañada.

—No sé, igual ves a alguien al otro lado de las puertas de cristal... observándote —se mofó.

—¡Eh! No es gracioso.

—Ya lo creo que lo es. —Dicho esto, le regaló una sonrisa antes de desaparecer tras la puerta del baño.

Ella fue a sentarse en uno de los taburetes altos de la isla. No tardó mucho en oír el sonido del agua de la ducha. Trató de centrarse en otra cosa porque su mente empezó a imaginarlo desnudo y enjabonándose cada parte del cuerpo. Tragó saliva, nerviosa. Si ella había entrado con el miedo de que él fuese un asesino, él no sabía que había dejado entrar en su casa a una persona con una imaginación desbordante.

Notó cómo con tan solo ese pensamiento se excitaba, así que intentó con todas sus fuerzas obviarlo y pensar en asesinos, en mirones y en gente extraña que se asomaba por ventanas ajenas a observar. Era mejor centrar la mente en eso que en que apenas una puerta y una mampara la separaban de un hombre desnudo

y atractivo. Después de un rato, el sonido del agua cesó. Ella contuvo la respiración cuando la puerta del baño se abrió y lo vio salir con solo una toalla alrededor de la cintura. Si su intención era provocarla, lo estaba consiguiendo.

«¿Se la podemos arrancar como si estuviéramos sedientas de deseo, oh, mi ama?» preguntó su conciencia.

«Paciencia, querida. Todo lo bueno se hace esperar.»

Llevaba otra toalla más pequeña en la mano con la que se estaba quitando el exceso de humedad del pelo. Decir que estaba tremendamente sexy era quedarse muy muy muy corta. Christopher levantó la mirada, le sonrió de lado y se metió en su habitación.

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!»

¿Por qué tenía que estar tan bueno? La desilusión le duró poco porque este volvió a salir, esa vez con un pantalón beige puesto y... sin camiseta.

Y-estaba-caminando-hacia-ella.

No pudo despegar los ojos de su torso, muy bien trabajado en el gimnasio. Al chico le gustaba cuidarse y a ella le gustaba que a él le gustase cuidarse, así podía deleitarse con las vistas. Estaba siendo muy obvia y descarada, pero había llegado un punto en el que le era imposible quitarse de la cabeza la idea de follárselo. Se le había disparado el pulso, la sangre le corría loca por las venas y tenía mucho mucho mucho calor.

—¿Scarlett?

—Hum...

—¿Quieres un poco de...? —insistió en lo que ya le había dicho antes, pero ella no lo estaba escuchando.

Se acercó hasta el taburete en el que estaba sentada. Se colocó exactamente delante. Ella tuvo que alzar la mirada para verlo.

«Un poco de... ¿¡De qué!? ¿Qué está diciendo? ¡Scarlett, presta atención! Debemos decir algo, por Dios.»

—¿... agua? —reiteró con tono burlón, contemplándola desde arriba.

—Agua —repitió ella sin sentido.

—¿*Solo* agua?

Estudió su expresión. Tenía las pupilas dilatadas, los labios entreabiertos y la respiración pesada. Dio un paso al frente, acortando más la distancia entre ellos. Scarlett no se apartó. Christopher se

atrevió a tocarla y poner un mechón de pelo detrás de su oreja, despejando su cara. Quizá se entretuvo de más recorriendo despacio, con un dedo, su mandíbula para después descansar el brazo a un lado. Ella había cerrado los ojos y se había inclinado hacia él. Sería tan fácil alzarle la barbilla y besarla. Tan, pero tan fácil. Sin embargo, se apartó y fue directo al frigorífico.

—¿La quieres fría?

—¿Qué? —preguntó incrédula y con voz ronca. Se giró para verlo frente al frigorífico abierto, esperando una respuesta.

—¿Fría?

Scarlett se lamió los labios.

—Muy fría —susurró.

Ardía por dentro. Tenía los nervios a flor de piel. Incluso estaba empezando a sudar un poco de lo acalorada que estaba. Se levantó del taburete para ir a por el agua, pero Christopher se situó exactamente delante de ella, acorralándola contra la isla de la cocina. El estómago le dio un vuelco y ella lo dejó jugar a ese jueguecito. Lo miró a los ojos. Aceptó el vaso y sus manos se rozaron. De sus ojos pasó a mirar su boca y volvió a los ojos. Necesitaba desesperadamente que la besara. Se acercó un poco más. Ella se bebió el vaso entero buscando calmarse.

Ya vacío, él se lo arrebató de las manos y se inclinó para dejarlo sobre la encimera de la isla. Se incorporó sobresaltado al notar cómo la piel le ardía a medida que ella trazaba el recorrido de una gota de agua que se deslizaba por su pecho. Scarlett no lo miraba a los ojos, los mantenía fijos en esa gota que resbalaba lenta, casi sin poder respirar, mientras notaba los latidos de su corazón en los oídos.

—Scarlett... —susurró Christopher.

Estaba tan cerca que podría besarla si quisiera. Era lo que quería, ¿verdad? Christopher acunó su mejilla y le levantó la cabeza, dirigiendo sus labios al encuentro de los de Scarlett. Ella no se movió. Tenía los ojos cerrados. Se inclinó para acortar toda la distancia porque era lo que estaba deseando, lo que estaba bien y mal a la vez. En su mente comenzó a sonar el inicio de la canción *Devil eyes,* de Happy Sabotage.

Las respiraciones de ambos se entremezclaron. Christopher paró justo en el momento en el que sintió el ligero roce de sus labios... tan suaves, tan dulces, tan pecaminosos. Se estaba ahogando en el deseo

de besarla, de tocarla. Le daba vueltas la cabeza. El plan era provocarla un poco, no acabar follando en la cocina..., pero un torbellino de pensamientos sin sentido le impedían ver con claridad lo que estaba a punto de suceder. Deseaba pasar las manos por sus muslos, subirle la falda y hundirse entre sus piernas allí mismo. Sin sentimientos de por medio, solo deseo, solo sexo, como a él le gustaba.

—Sabía que no te apartarías —dijo con voz ronca.

Ella abrió los ojos súbitamente y actuó por puro orgullo. Puso una mano en su pecho desnudo y lo separó. Su cuerpo le gritaba que no lo hiciera y la recorrió un escalofrío. Su cerebro, sin embargo, decidió no dejarle pasar ese comentario tan soberbio que se acababa de marcar.

—¿Qué has dicho? —Lo fulminó con la mirada.

Christopher quedó completamente descolocado. Jamás en su vida una mujer lo había rechazado en un momento como ese. ¡Ni nunca en general! Creía que ella quería también lo mismo. La había cagado. Había estado tan cerca de besarla, de saborearla, de quitarse la duda de a qué sabrían sus labios, que no había pensado bien lo que había dicho.

Scarlett se cruzó de brazos y le devolvió una sonrisa arrogante. ¿A qué clase de juego tortuoso lo estaba haciendo jugar? Él ya se había rendido. Por dentro lo había admitido, la deseaba e iba a hacer lo que fuese por besarla.

—Lo siento —se disculpó él, poniendo más distancia entre ambos.

—¿Te has propuesto como reto besarme o algo así? —le recriminó ella.

—¿Cómo? No, claro que no —mintió Christopher.

En realidad no era un reto, se estaba convirtiendo en una necesidad.

—No sé en qué estaba pensando. —Scarlett se apartó algunos mechones de la cara.

A Christopher su comentario lo ofendió, pero hizo lo que mejor sabía hacer: tratar el tema con indiferencia.

—Ni que fuese para tanto. Querías besarme —afirmó mientras veía la expresión de horror que ponía, y añadió sonriendo de lado—: Si te apetece besarme, puedes hacerlo, Scarlett.

—¡No quiero besarte! —mintió ella.

—No, no, claro que no —soltó con un deje burlón.

—No —repitió con orgullo—. Ha sido un error —sentenció ella —. No volverá a pasar.

Se quedó callado, cavilando sus palabras.

—Claro.

No le creía nada. La miró a los ojos y volvió a ver fuego, ese calor abrasador que también lo mataba a él por dentro. Era una mentirosa, lo había deseado tanto como él, solo que no se había atrevido a dar el paso, a admitirlo.

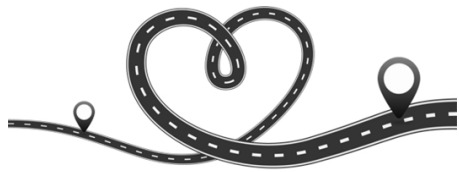
«Pronto no vas a aguantarte tanto las ganas que me tienes.»

—Como digas —determinó—. Voy a acabar de vestirme. —Se encaminó por el pasillo hasta su habitación, pero se detuvo a medio recorrido—. Si quieres algo, solo tienes que llamar a la puerta —la provocó antes de desaparecer en el dormitorio.

—Gilipollas... —susurró Scarlett por lo bajo.

Christopher tardó menos de quince minutos en salir vestido y arreglado de su casa junto con Scarlett. Estaba hecho un lío. Empezaba a costarle pensar con lógica cuando estaba a su lado y controlar sus ganas de tocarla. Para más inri, en ese momento también se sumaban las ganas de besarla. Definitivamente, debía llamar a Catherine esa noche. Sería la falta de sexo y que la forastera se le hacía atractiva. Sí, debía de ser eso.

7



Fueron en su camioneta hasta el centro del pueblo y aparcaron cerca del ayuntamiento. El trayecto se desarrolló en completo silencio. Scarlett estaba enfrascada en sus pensamientos, tratando de encontrar sentido a sus emociones. Christopher se preguntaba si se habría arrepentido del plan de esa noche. Quizá ya no se sentía cómoda. Él tampoco lo estaba del todo. Trató de despejar su mente y se centró en pasarlo bien.

Había montada una pequeña verbena. Los lugareños paseaban con tranquilidad por la plaza, tomaban fotos, alimentaban a los pájaros y comían en los múltiples puestos callejeros, que olían de maravilla. Los niños masticaban algodón de azúcar y jugaban en algunas casetas de feria, juegos como explotar el globo o encestar unos aros de plástico en botellas de vidrio. Sonaba música a través de altavoces. Estaba anocheciendo y Wickenburg se quedó con la iluminación tenue de la hilera de pequeñas bombillas que se extendía a lo largo de la plaza. El resto de las farolas estaban apagadas. Scarlett pensó que esa atmósfera tenía cierto encanto.

—¿Te apetece tomar algo?

La voz de Christopher la sacó de su ensimismamiento. Estudió los diversos puestos antes de decantarse por el de refrescos con fruta recién exprimida. Pidió un zumo de piña y mango. Le ofrecieron darle un toque con un poco de tequila, pero declinó la oferta. Ya sabía cómo le nublaba el juicio el alcohol y prefería mantenerse sobria, al menos un rato más. Sobre todo teniendo en cuenta que el día ya había sido suficientemente intenso. Christopher pidió lo mismo y chocaron sus

vasos antes de dar el primer sorbo.

Pasearon por allí haciendo tiempo hasta que empezara el *tour* de leyendas. Cuando se hizo la hora, se congregaron en el punto establecido: el *jail tree* o árbol de la cárcel de Wickenburg. Eran poco más de quince personas, contándolos a ellos y a los guías, quienes iban vestidos con trajes de época, haciendo honor al mítico y salvaje Oeste. Antes de comenzar, repartieron por parejas un portavelas de bronce con su respectiva vela y la encendieron para alumbrar el camino. «Tétrico», pensó Scarlett. Les indicaron que el recorrido terminaría en el cementerio de la localidad, que no debían separarse de sus compañeros y que, si la vela se apagaba en algún momento del trayecto, podría significar que les rondaban los fantasmas del pueblo, tratando de evitar que sus historias fuesen contadas.

Scarlett no era tan miedosa. No le temía a la oscuridad, ni a los fantasmas, puesto que no creía en ellos; aun así, no pudo evitar sobresaltarse cuando uno de los dos guías se separó del grupo y luego los asustó en un callejón oscuro y mal iluminado. Christopher se rio de ella y se ganó un empujón que casi hizo que se le cayese el portavelas al suelo.

—Admite que ha sido gracioso.

—Gracioso para ti —susurró ella, acercándose para tratar de no molestar al grupo, que iba atento a la explicación.

—Me has agarrado tan fuerte del brazo que seguro que me va a salir un moratón —susurró de vuelta.

—¡Claro que no!

Christopher negó con la cabeza y desvió la mirada al frente para seguir al resto y la explicación. Se acabó su zumo de fruta y tiró el vaso desechable en una papelera cercana. Luego procedió a intentar, durante el tiempo que duró el recorrido, asustar lo máximo posible a Scarlett. Ella gritó de terror al menos una vez más, cuando notó un roce en su hombro derecho. Todo el mundo se giró a mirarla. Scarlett se prometió que se la devolvería en algún momento de la noche, pero no lo consiguió. Christopher no se asustaba con nada de lo que ella intentase hacerle, quizá porque ya se lo esperaba.

La última parada del recorrido fue, efectivamente, el cementerio. A esas horas, vacío y mal iluminado, tampoco le pareció nada del otro mundo, ni tan aterrador. Eso sí, su parte más cobarde tampoco querría estar allí sola de noche. No estaba tan loca. No era tan valiente.

Retrocedió un poco y se topó con el pecho de Christopher. Este se inclinó para murmurarle al oído:

—Gallina.

Como un resorte, se separó y lo miró molesta por encima del hombro. Christopher dio un paso adelante para volver a colocarse cerca de ella y, cuando Scarlett lo notó y quiso volver a apartarse, él puso una mano en su cadera para retenerla pegada a su pecho. Ella ni se movió. De hecho, se quedó petrificada, muy muy quieta..., casi sin poder centrar su atención en la última explicación que les estaban dando. Tan solo era consciente del súbito calor de su propio cuerpo. Sintió cómo bajaba por su espina dorsal una descarga eléctrica que le puso el vello de punta. La mano aferrada a su cadera le quemaba la piel y fue incapaz de ignorarla hasta que el *tour* de las leyendas y los fantasmas acabó. Por fin.

—Eres muy miedica. —La señaló con el dedo.

—¡Ha sido culpa tuya! Me estabas intentando asustar como si tuviésemos cinco años —se defendió.

—Gallina.

—Vuelve a decir eso y... —lo amenazó acercándose a él. Su respuesta fue salir corriendo y dejarla sola—. Eh, ¡ven aquí!

Sofocada, lo pilló justo al lado de la verbena, en pleno centro.

—Parece que tengas siete años, no treinta —refunfuñó al alcanzarlo.

A pesar de la tensión que había experimentado en algunos momentos, se estaba divirtiendo a su lado. De nuevo. Ya casi se había olvidado del momento tenso vivido entre ellos. Estaba disfrutando de su compañía y de lo que ese pueblecito, que estaba encantador esa noche, podía ofrecerle.

Curiosearon entre los diferentes puestos de comida callejera. Scarlett miró con interés el de algodón de azúcar. Una niña estaba esperando a que la vendedora terminase su esponjosa bola de color verde. Cuando por fin estuvo lista, la agarró sonriente y se fue corriendo junto a sus amigos.

«Quizá más tarde», pensó. Avanzó hasta el puesto de perritos calientes y pizza en el que Christopher estaba esperándola.

—¿Qué opinas? —le preguntó.

Después de echar un breve vistazo, Scarlett asintió.

Se alejaron de allí con tres perritos, uno para ella y dos para él,

y fueron a sentarse en un banco cercano a cenar tranquilamente. Antes de que le pudiese dar el primer bocado, él se levantó de golpe, le pidió que le sujetase la comida y se fue. Scarlett lo miró extrañada e hizo todo lo posible para que no se le cayesen de las manos mientras lo veía alejarse, llegar hasta el puesto de algodón de azúcar, comprar una gigantesca nube y volver con una sonrisa dirigida a ella.

—Pero ¿qué...?

—Será el postre. —Se lo tendió e intercambió sus perritos por el algodón de azúcar—. Te he visto mirarlo antes. Hace años que no como algo así. A lo mejor quieres compartirlo conmigo.

—Gracias. —La mirada de agradecimiento que le dedicó fue realmente sincera.

Se había fijado y había sido todo un detalle por su parte. Se observaron durante unos segundos, compartiendo quizá el momento más tranquilo desde que se conocían. No se habían dado tregua, Scarlett era consciente, y aquel gesto parecía una especie de ofrenda de paz. Y notó algo... en el pecho, a medio camino entre una presión y una liberación. En lo que ella tardó en acabarse su *hot dog,* Christopher ya había devorado los suyos y la miraba con impaciencia.

—¿Qué? —planteó ella.

—Nada, estoy esperando a que termines. No quiero empezar la nube sin ti.

—Ah, coge sin miedo. —Le tendió el palo del algodón. Él rompió un trocito con los dedos y se lo llevó a la boca, saboreándolo con los ojos cerrados.

—¿Está rico? —preguntó ella, divertida al ver su cara.

—Mucho. —Asintió mientras se chupaba los dedos—. Es azúcar. No puede estar malo. Pruébalo —la animó.

Scarlett se sacudió las manos e imitó el gesto de Christopher. Tomó un pedacito con los dedos y se lo llevó a la boca bajo su atenta mirada. Después de que se deshiciese en la lengua, se chupó los dedos para eliminar el resto de azúcar.

—Me siento como si tuviese diez años de nuevo. —Sonrió.

Juntos devoraron la gran bola azucarada entre risas y anécdotas de la infancia. Ella le contó que jamás se había roto un hueso y él, cómo su hermano lo tiró de la bicicleta y le rompió el brazo porque, según él, no lo dejaba usarla.

—Ojalá hubiese tenido hermanos... —comentó ella.

—Yo preferiría no tener al mío, la verdad.

—No digas eso, seguro que os lo pasabais genial juntos. No tienes idea de lo solitaria que es la vida siendo hija única. Y siendo la rara del colegio también —puntualizó.

Christopher se limitó a sonreír y escuchar.

—Cuando era pequeña lo deseaba tanto tanto tanto que por Navidad siempre le pedía a Papá Noel tener hermanos, por encima de cualquier juguete. Mi madre no pudo tener más hijos después de mí, así que llegó un día en el que me resigné y dejé de intentarlo. Bajé los brazos y asumí que jamás iba a suceder.

—¿Te sentías muy sola? —preguntó, leyendo entre líneas.

—En la adolescencia ya no tanto, pero, cuando era más pequeña, sí. Mucho. Muchas veces no tenía con quién hablar ni con quién jugar. Mis padres se pasaban el día trabajando y yo era una niña responsable, de clase a casa y de casa a clase, sin muchos amigos. Así que tendía a aislarme.

Oírla hablar así de su infancia, cuando se supone que son los años más puros, inocentes y fantásticos de una persona, lo entristeció. Le hubiese gustado darle un abrazo en ese momento, besarle el pelo y ayudarla con la nostalgia que cargaba consigo.

—Bueno, tuvo su parte buena —prosiguió, alejando esos malos recuerdos—. Era el ojito derecho de mamá y papá, y me portaba bien, así que todo era para mí. —Pensó durante un segundo y añadió, con una risita—: Las broncas también.

—¿Cómo conseguiste el Mustang que conduces? —vio el momento de preguntarle.

Scarlett suspiró profundamente antes de contestar. Era una pregunta sencilla y la respuesta era fácil de dar, aunque, cada vez que lo recordaba, se le quebraba un poco la voz. Se emocionaba sin lograr controlarlo.

—Me lo regaló mi padre... —Su voz tenía un deje de tristeza—... antes de que... —Se le quebró la voz. Carraspeó para tratar de controlarlo—. Me lo compró cuando aprobé y obtuve mi permiso de conducir.

El silencio cómodo de Christopher, la expresión relajada de su cara y la intensidad de sus ojos dorados escrutando hasta el fondo de su alma la alentaron a decir lo siguiente:

—Me lo regaló antes de morir.

Ya está. Lo había hecho. Se lo había dicho y no se había echado a llorar como le solía pasar siempre que hablaba de su padre. Notó la palma de su mano, cálida, grande, segura, encima de su rodilla desnuda. Se estremeció. Su piel ardió con el contacto. Lo miró a los ojos y susurró un «gracias» que ni siquiera salió proyectado de su boca. Había notado que Christopher tenía por costumbre tocarla para tranquilizarla cuando estaba nerviosa. Antes le habría molestado mucho. En ese momento...

«Parece que el chico tiene un lado dulce, a pesar de todo», convino para sí.

Christopher despegó la palma de su mano, carraspeó y cambió de tema. No había pretendido incomodarla ni hacerle recordar momentos tristes. Así que desvió la conversación y le fue contando algunas de sus batallitas con su hermano, esas que se podían confesar... y esas en las que los dos todavía eran eso: hermanos.

Luego dieron una vuelta por los puestos de juegos en los que los peluches gigantes, las diademas, los cochecitos, las mesas de herramientas y cualquier juguete hecho a base de plástico estaban expuestos para que los niños los anhelasen y jugasen.

Christopher paró en uno que consistía en romper cinco globos con cinco dardos. Si los explotabas todos, te llevabas un oso gigante y, si eran menos, había premios menores para elegir. Falló tres tiros, provocando una risa descontrolada en Scarlett. Entonces fue su turno de fulminarla con la mirada. Después de obtener como premio una rana de peluche pequeña, la alentó a que lo intentase ella... y falló solo un tiro.

—¡Mierda!

—Asombroso —silbó él.

Scarlett le dirigió una mirada a medio camino entre el agradecimiento y la sorpresa. Eligió el peluche de un mono sonriente con un plátano en la mano, y acabaron regalando ambos a dos críos que los observaban con interés. Se marcharon alegres y sonrientes hacia sus padres enseñando, con los bracitos en alto, el tremendo detalle que habían tenido con ellos.

—Aquí hace falta una noria —sugirió Scarlett al comprobar, después pasear un rato, que no había ninguna.

—La hay, pero la reservan para las fiestas de septiembre. Ahí el ambiente sí se pone bueno. —Aminoró el paso—. Podrías venir.

El corazón de ella se saltó un latido y bajó la vista para centrarse en el pavimento, temerosa de detectar en sus ojos aquello que no estaba preparada para ver. Sin embargo, le dijo:

—Podría.

—Se celebran en fin de semana —insistió él—. El pueblo se llena de turistas y entonces sí tendrás una noria en la que subir.

—¿Contigo? —se precipitó a insinuar.

—Si es lo que quieres… —contestó dedicándole una intensa mirada.

—En ese caso, me lo pensaré. —Sonrió.

—Genial.

Un largo y silencioso minuto pasó sin que ninguno de los lo rompiese, mientras en el aire flotaban las declaraciones no verbalizadas, los anhelos y deseos de ambos. Se lo habían pasado muy bien esa noche. El habitual tira y afloja se había quedado a un lado y, en cambio, las conversaciones habían sido más íntimas.

—Se hace tarde. ¿Volvemos?

Scarlett asintió, pero en realidad no tenía ganas de marcharse tan rápido de allí. Estaba muy a gusto con Christopher. Le apetecía quedarse un rato más compartiendo la velada, aunque fuese en el vestíbulo del motel charlando con él, a sabiendas de que la cotilla de la recepcionista pondría la oreja. No obstante, no tuvo el valor de decirle absolutamente nada. Tras el trayecto de vuelta, él se bajó de la camioneta para acompañarla hasta la entrada.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —comentó.

—Yo también —admitió ella.

La voz de Scarlett se le hizo extraña incluso a sí misma, pues sonó incómoda e impaciente al mismo tiempo. Carraspeó para quitarse esa sensación de encima mientras evitaba mirar al chico, que la observaba con atención. De repente, el ambiente había cambiado, como si todo se hubiera detenido un segundo solo para ellos. La luz del portal estaba encendida y dentro, tal y como Scarlett había previsto, la misma chica joven estaba tras el mostrador, mirándolos con curiosidad y masticando chicle.

«Eso rompe un poco el momento», farfulló mentalmente.

—Imagino que nos veremos el lunes —susurró.

—Sí, nos veremos —confirmó él sin moverse de su sitio.

—En el taller —añadió ella.

—Sí, allí.

—Genial. —Su voz no sonó tan alegre como pretendía.

—Buenas noches —se despidió él.

Christopher se giró hacia su camioneta sintiendo un hormigueo en la punta de los dedos. El corazón le latía con fuerza. No había sido la despedida que él se había imaginado y su cuerpo le estaba reclamando que volviese e hiciese aquello que deseaba desde el día anterior, desde el momento en que la vio. Paró en seco y se giró para mirarla. Ella estaba quieta en la entrada del motel, observándolo. ¿Habría pensado lo mismo que él? No era la despedida que se merecían. Esa noche, no.

—¿Qué? —preguntó a lo lejos con una diminuta sonrisa.

—¿Una copa? —propuso ella en un impulso.

Christopher recorrió los metros que había avanzado, hasta la entrada del motel, y entraron juntos. La cabeza de Claudia se alzó como un resorte y los miró de hito en hito. Él no pudo ocultar la sonrisa. Ella inventó una excusa.

—Se le ha olvidado algo. Lo recoge y se va —se justificó ante la recepcionista.

Automáticamente, Christopher la miró y trató de disimular la sorpresa. La joven les sonrió. Entonces Christopher revisó su móvil: había recibido una notificación. Luego, mientras ella buscaba la llave, le entró una llamada. Catherine. La ignoró y dejó que el teléfono vibrase dentro de su bolsillo. Saltó otra notificación. Avanzaron por el pasillo y, más alejados de ojos ajenos, él se inclinó hacia ella.

—Eres toda una mentirosa.

—Oh, ¡por favor! —Se sintió ofendida—. Tampoco tiene por qué enterarse de todo.

—Créeme, ya está más que enterada, y eso que tú no sabes todavía lo que va a pasar.

—¿Y qué va a pasar? —le insinuó, con el corazón desbocado, dejando la pelota en su tejado.

—Pues… —Christopher se relamió los labios—, que vas a abrir esa puerta, irás a por las botellitas de Jack Daniel's que te habrán repuesto ya a estas alturas y nos las beberemos hablando de la vida.

—Claro.

Llegaron a la habitación. Scarlett lo miró con las llaves en la mano, todavía sin abrir. Su pulso estaba por las nubes. Si un médico la

hubiese auscultado, le habrían reventado los tímpanos al pobre.

—Una copa —repitió ella, apoyándose con la espalda en la puerta, tan nerviosa que hasta le costaba reconocerse a sí misma teniendo esa actitud con un hombre.

Su cabeza daba vueltas. Le hormigueaba la piel por la anticipación. Se consideraba una persona fuerte y decidida, daba cada paso con seguridad y jamás mostraba titubeos o inseguridades ante los demás. Sin embargo, estaba frente a él con el corazón en un puño, dudando de cada una de sus palabras, dudando de cuál sería su próximo paso.

—Sabes, en realidad no quiero una copa —balbuceó nerviosa.

Christopher arrugó el ceño, confuso. Habría jurado que estaban los dos en la misma onda.

—¿No? Bueno, en ese caso..., puedo irme si quieres —dudó él.

Ante tal afirmación, Scarlett abrió mucho los ojos, asustada. Negó con la cabeza. ¡Por supuesto que no quería que se fuera! De nuevo el silencio, largo y denso, entre ellos. Estaban cerca el uno del otro, pero Christopher avanzó un poco más. Fue cauteloso, era consciente de que estaba pisando arenas movedizas y que cualquier movimiento en falso podría ser fatal. Ella no se movió. La miró a los ojos, queriendo descifrar el anhelo oculto tras ellos.

—¿Qué es lo que quieres? —susurró.

Le gustaba y disgustaba a partes iguales ese jueguecito entre ellos de tira y afloja. Ninguno de los dos parecía dispuesto a ceder ante el otro, pero a él tampoco le importaba dar el primer paso esa noche.

Y él sí se arriesgó. Alargó el brazo y le rozó la mejilla con una mano, una caricia suave. Scarlett cerró los ojos y cada célula de su cuerpo se activó. El recorrido hasta su barbilla fue tortuoso y lento, el mejor de los castigos. Le alzó la cabeza y se acercó tanto a ella que notó sus alientos fundiéndose. Todo su cuerpo le gritaba que lo hiciese y, sin embargo, quiso disfrutar con la anticipación.

Le rozó los labios con la yema de los dedos. Scarlett suspiró, embriagada por las emociones. Su otra mano acarició lentamente el brazo desnudo. A ella se le puso la piel de gallina. Desde el antebrazo, pasando por el codo, subiendo por su hombro, deleitándose en recorrer la clavícula y posando la mano en la nuca, trazando pequeños círculos por su piel. Le costaba respirar.

—Voy a besarte.

Scarlett abrió los ojos y asintió. Tenía muchas muchas muchas ganas y, aun así, Christopher no se movió. Scarlett lo miró con un nudo en el estómago. Esa noche, en ese momento, tenía muy claro lo que quería, y él se estaba haciendo de rogar. Su cuerpo tomó la decisión por ella y, antes de poder pensar en lo que estaba haciendo, se precipitó hacia sus labios.

«Te gusta.»

«Solo será una noche.»

«No lo volverás a ver.»

Fue fugaz, apenas un roce tierno. Christopher abrió los ojos con sorpresa al notar que se separaba. No, definitivamente no. No había estado torturándose con ese momento como para que acabase tan pronto. La mano detrás de su nuca la proyectó de nuevo hacia sus labios. La tentó mordiéndole el labio inferior, despacio, sin prisas. Quería que hirviese tanto por dentro como estaba haciendo él. Ella literalmente dejó de respirar.

—Pídemelo.

Scarlett no dudó.

—Bésame —murmuró.

Sus deseos fueron órdenes. La pegó a su cuerpo y se coló en su boca, furioso. No fue nada delicado, sino rudo y salvaje. La besaba con pasión y rabia. La pasión que despertaba siempre que estaban cerca y la rabia por haberse negado ambos a ese momento. Ella sabía exactamente a lo que se había imaginado: a dulce y amargo pecado.

Scarlett le pasó las manos por el cuello mientras abría la boca para recibirlo como si lo estuviese esperando, como si besarla así estuviese destinado para ella. Soltó un gemido que no pudo contener y le pasó las manos por el pelo. No había un centímetro que separase sus cuerpos. Encajaban a la perfección.

Christopher estaba flotando en una nube, como la nube de algodón que se habían comido juntos horas antes. Una de sus manos seguía aferrada a su nuca y la otra acarició suavemente su espalda, deteniéndose en la parte baja y arrimándola a él. Entonces sí que no los separaba nada. Estaba muy duro y tenía unas ganas terribles de que abriese ya la puerta. Abrió los ojos y se topó con el verde intenso de los de Scarlett. Ella le mordió el labio inferior descaradamente. Él ahogó un gemido.

La mano de su nuca se desplazó al hombro, tocó con suavidad el

tirante de su vestido, jugando con la tira de esa prenda que le quedaba tan bien, deseando arrancarlo porque sabía que desnuda estaría todavía más guapa. Ella se estremeció ante su contacto y notó cómo caía sin control hacia abajo. Necesitaba abrir la puerta ya. Christopher dirigió sus besos al cuello, dejando un rastro húmedo al pasar por su mandíbula. Scarlett cerró los ojos, ansiosa por lo que iba a ocurrir.

De golpe, en medio de la silenciosa y ardiente escena, se oyó una música estridente. El teléfono, además, vibraba en el bolsillo de Christopher y todo pasó en menos de cinco segundos. Los besos de él cesaron. Scarlett abrió los ojos, despertando del trance. Lo miró furtivamente mientras silenciaba su móvil, no sin antes ver el nombre de la persona que lo llamaba. Antes de que pudiese volver a besarla, Scarlett puso ambas manos en su pecho y lo frenó bruscamente. Christopher la miró extrañado, sin entender nada.

—Tengo que irme —musitó Scarlett, con el corazón desbocado, mientras lo empujaba con fuerza para apartarlo.

No pudo reaccionar a tiempo, así que la vio desaparecer por la puerta de su habitación. Se quedó petrificado en su sitio. ¿Se habría arrepentido? ¿Habría hecho él algo mal? Se frotó la nuca, nervioso, y respiró hondo, tratando de bajar su nivel de excitación. El bulto de su entrepierna resultaba más que visible, así que quería controlarse y calmarse antes de hacer nada.

Llamó suavemente a la puerta que tenía delante, tragando saliva. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró inmediatamente al darse cuenta de que en realidad no tenía nada que decir. ¿Qué iba a decirle? No le salían las palabras. Miró la superficie de madera que los separaba, intentando adivinar qué estaría haciendo ella al otro lado. Frustrado, se giró y anduvo por el pasillo hasta la recepción.

—Buenas noches —se despidió de Claudia.

Ya en la camioneta, todavía con la llave sin girar en el contacto, volvió a oír el sonido que le indicaba que había recibido otra notificación. Las miró sin interés. Era Catherine de nuevo. Decía que quería verlo y que si pasaba por su casa. Joder, qué inoportuna. Seguro que Scarlett había visto su nombre cuando había sacado el teléfono para cortar la llamada mientras se besaban. Por eso lo había dejado ahí fuera... temblando de deseo. Debía de estar hecha una furia y sabía que había hecho bien al irse y no insistir, para no acabar en una bolsa negra de plástico hecho pedacitos.

Meditó durante unos minutos si debía responder a Catherine en ese momento, hasta que le entró una llamada. Frustrado consigo mismo, con Scarlett y con Catherine, le contestó:

—Te veo en diez minutos.

Era lo último que le apetecía.

Scarlett intentó controlar sus palpitaciones. Seguía apoyada en la puerta, esa vez en la seguridad de su cuarto de motel, sin él cerca. Oyó cómo llamaban suavemente y su corazón empezó a latir de nuevo con fuerza, contradiciendo las indicaciones de su cerebro de apartarlo de ella. Luego unos pasos se alejaron por el pasillo.

Se permitió moverse de sitio e ir hacia el baño. Necesitaba ducharse, despejar su mente y arrancar el perfume de ese hombre de sus fosas nasales. ¿Cómo podía ser tan estúpida de dejarse llevar? Los tipos como él eran los que le hacían daño. Los tipos como él la rechazaron en su adolescencia y luego jugaron con ella en la edad adulta. El mal recuerdo de su ex le vino a la cabeza.

Lo conoció en un bar, en la última cena navideña que celebró con todos sus compañeros de trabajo del instituto. Era alto, guapo, tenía una sonrisa irresistible y mucha mucha mucha labia. Se enrollaron esa misma noche y empezaron a verse con asiduidad. Meses después se enteró de que ella había sido «la otra», y todo lo que había comenzado a imaginarse para un futuro junto a él se hizo añicos. Se sintió culpable por haberle hecho daño a la otra chica, aunque ella nunca había sabido de su existencia. Sin embargo, él no tuvo ningún remordimiento, ni siquiera cuando Scarlett se lo recriminó, enfadada y entre lágrimas. Solo se encogió de hombros y salió por la puerta de su apartamento para no volver jamás.

Por eso le daba la sensación de que la historia se repetía y que volvería a tropezar con la misma piedra. «No voy a ser la querida de nadie nunca más», pensaba mientras recordaba cómo había visto el nombre de Catherine en la pantalla del móvil de Christopher. Scarlett no era ese tipo de chica que se entromete en una relación, o lo que sea que ellos tuviesen. Sencillamente eso iba en contra de sus principios. Y

tenía la sensación de que esa mujer impertinente del día anterior sentía algo más por él, aunque este parecía no darse cuenta.

Enrollada todavía con la toalla, se secó el pelo, se puso el pijama, se metió bajo la fría sábana y apagó la luz. No pudo quedarse dormida hasta bien entrada la madrugada porque no paraba de pensar qué habría pasado de no haber parado a tiempo.

Eran las doce del mediodía del sábado y la luz se filtraba por las cortinas entreabiertas de su habitación. Se pasó una mano por la cara y miró a Catherine tumbada bocabajo, profundamente dormida a su lado. Se quitó la sábana de encima, con cuidado de no despertarla, y buscó su pantalón de pijama por la cama. Lo encontró tirado al otro lado de la estancia.

Pasó a la cocina y sus ojos se clavaron en el taburete en el que Scarlett se había sentado la tarde anterior. El corazón le dio un vuelco al recordarlo. ¿Qué le estaba ocurriendo con esa chica? Luego dirigió su mirada más allá, hacia la botella de whisky y los dos vasos vacíos de la encimera.

Le dolía un poco la cabeza, y eso que solo se había tomado dos copas. Se notaba que se acercaba a los treinta, y que beber y la resaca no se llevaban igual de bien que con veinte años. En realidad, el whisky no había formado parte del plan. Resultó necesitarlo para calmar sus nervios antes de que llegase Catherine a su casa... porque no conseguía que se le fuese el hormigueo que sentía en los labios ni que sus latidos se moderaran al recordar a Scarlett tan entregada y dispuesta, besándolo con las mismas ganas.

Cuando la noche anterior entró por la puerta, Catherine fue directa al grano y lo besó con ansia. A él no le importó, solo la necesitaba para olvidar lo ocurrido una hora atrás y borrar todo rastro de Scarlett de su cuerpo y, lo más importante, de su mente. En ese momento los besos no tuvieron ese sabor dulce, sino el amargo del whisky.

Cerró la puerta y la levantó al vuelo para dejarla sobre la encimera y apartar de un manotazo el vaso. La chica gimió mientras él

la besaba con el ceño fruncido, todavía más frustrado que antes. Buscó un condón y, sin mucho preámbulo, se hundió en su interior sin dejar de mirarla a los ojos, cerciorándose de quién era y consciente de a quién estaba jodiendo. Por una fracción de segundo se imaginó otra cara, otro cuerpo, y cuando llegó al clímax no fue capaz de borrarse la imagen de Scarlett de la mente.

Se quedaron en silencio, tranquilizando su respiración. Catherine lo estudió con la mirada y enseguida se percató de que algo no andaba bien. Normalmente, después de hacerlo tenía cara de satisfacción y los músculos relajados, pero en ese momento lo notó tenso, callado y ceñudo y no supo el motivo. Desconcertada, le dio por beber unas cuantas copas, las suficientes como para tener que quedarse a dormir con él.

Christopher despejó su mente de los recuerdos de la noche anterior. Catherine se levantó y este le ofreció cocinar para ambos en casa, pero ella declinó la oferta. Tenía mucho trabajo por delante con la sección de ropa en línea que había abierto hacía poco para su *boutique*. Catherine se despidió con un corto beso en los labios. Cuando se quedó solo, se arrepintió profundamente de lo que había hecho. Esa noche la había utilizado para olvidar. No, eso no estaba bien, nada nada bien. Él no era así.

Cabreado consigo mismo, con miles de pensamientos rondando por su cabeza, agarró su mochila del gimnasio, se cambió de ropa y condujo hasta Snap Fitness. Se cansó más de lo habitual, se duchó allí y salió poniendo rumbo a su casa con el pelo todavía húmedo.

Sus músculos se tensaron al pasar por delante del motel en el que cierta persona que no quería nombrar se alojaba. Apretó el volante con las manos y pegó un acelerón, alejándose lo más rápido posible de allí. Al llegar, metió la ropa en la lavadora, comió y se pasó la tarde del sábado haciendo *zapping* hasta que lo venció el sueño.

El despertador de Christopher sonó el domingo a las diez de la mañana. Le dolía el cuello por haberse quedado dormido en una mala postura en el sofá. En menos de una hora había quedado con la señora

Lupe para desayunar. Se preparó café, se duchó, se cambió y fue andando hasta allí. La anciana ya lo esperaba sentada en una de las dos sillas con asiento de paja que solía dejar fuera en el porche de su casa. Se levantó cuidadosamente, agarró su bastón y se acercó a abrirle la puerta de la verja exterior.

La señora Lupe vivía en una casa grande de dos pisos, pero, por su condición física, solo usaba la planta baja para hacer vida y se pasaba el día en el porche, mirando cómo la gente corría de lado a lado llegando tarde a todas partes.

—*Pásale, mijo*.

—Buenos días, señora Lupe.

—Buenos días, *mijo*.

Christopher accedió al porche, agarró la mesa de madera plegable y la puso entre ambas sillas. Normalmente la señora Lupe no la necesitaba, porque se ponía el plato en el regazo, pero cuando él iba a verla sí le daba uso.

Su casa era la más pintoresca de la calle, pintada de un color azul intenso con las ventanas blancas. Tenía todo tipo de macetas con flores que regaba con ayuda de Carmen, su vecina de al lado, bastante más joven que ella. Todas las sillas de su casa eran de colores, con la pintura algo desconchada por el paso del tiempo. Christopher le había prometido que un día iría a pintarlas de nuevo, pero la señora Lupe había declinado su ofrecimiento diciéndole que así estaban bien. En realidad, sus palabras fueron «los años pasan para todos, *mijo*. No hay que tratar de ocultarlo, hay que enorgullecerse».

Entraron juntos hasta la cocina. Christopher cogió dos platos y la señora Lupe depositó un tamal en uno y dos en el otro. Él ya se manejaba allí como en su propia casa, así que supo qué cajón debía abrir para sacar los cubiertos. Hizo un primer viaje con todo eso. Luego volvió a entrar. Apiló dos vasos y sacó la jarra con atole caliente, una bebida hecha a base de maíz molido, y en esa ocasión endulzada con chocolate. Debido a su total desconocimiento de la comida mexicana, la señora Lupe le había explicado que casi toda tiene como base el maíz. De hecho, los tamales están hechos de masa de maíz que luego se rellena con lo que a uno más le guste, después se envuelven en hoja de plátano o de maíz y se cuecen al vapor.

—Para esta vez los he hecho de pollo con mole, *mijo*. Le regalé unos cuantos a Carmen porque este mediodía vendrán sus hijos a

verla. ¿Te apetece un cafecito?

—No, gracias, ya he tomado. Así está bien.

Todavía no asimilaba cómo había conseguido entablar una relación tan bonita con esa mujer tan mayor, pero es que para algunas cosas no debía haber edad de por medio como impedimento. Además, tenía la sensación de que se alegraban los domingos mutuamente.

—A ver, cuéntame, *mijo,* ¿cómo te ha ido la semana?

—Mejor empiece usted, luego le cuento yo.

Así, ella tomó la iniciativa y le relató lo que había hecho durante la última semana. Sus hijos la llamaron al teléfono de casa el martes y estuvo hablando con ellos y con sus nietos. Fue al mercado a hacer la compra y se le olvidaron la mitad de las cosas porque se dejó la lista en casa. Le tocó regresar a por ella y volver a ir. Eso pasó el jueves. Se puso al día con su telenovela. Eso pasó el sábado. Desde hacía un tiempo veía cualquier tipo de novela de cualquier parte del mundo porque el propio Christopher le había instalado una televisión nueva, más moderna, y le había puesto su cuenta de una plataforma de *streaming,* enseñándole a su edad a usar las mil opciones que le ofrecía.

—*Mijo,* ahora cuéntame tú, que mi vida ya sabes que es muy aburrida.

Él le dio un sorbo a su atole y la miró sonriente.

—Igual que la mía.

—Bueno, algún pajarito me ha dicho que esta semana ha habido novedades.

—Vaya..., ¿se puede saber qué pajarito ha sido? —contestó con una sonrisa en los labios.

—Yo tengo mis fuentes, querido, pero me temo que son privadas.

—Ya. —Comió un poco de su plato antes de continuar—. Llegó una clienta nueva al taller, hace unos días. Una forastera. Esa es la novedad —dijo tratando de restarle la importancia que realmente estaba adquiriendo el asunto en su vida.

La mirada de la señora Lupe se iluminó.

—Qué interesante. —Juntó las manos en su regazo.

—Es simplemente una clienta más —volvió a insistir, para dejar las cosas claras.

—Ah... —Se mantuvo callada esperando a que él hablase, pero, como no lo hacía, le preguntó—: ¿Cómo es?

Christopher tardó demasiado en contestar, buscando las palabras adecuadas. ¿Qué pensaría si la describiese como un rayo de sol en medio de una tormenta, como ese pedacito de cielo intensamente azul y brillante que miras cuando estás tumbado sobre el césped? ¿Sería muy exagerado describirla de esa forma?

—Es joven, alta y rubia.

—Qué aséptico —se burló la señora Lupe.

—¿Qué más quiere saber?

—Mis pajaritos me han contado que es una chica joven, sí, pero que también es muy guapa. ¿Es verdad, Christopher?

—Sí, es guapa.

—*Muy* guapa, me la han descrito como *muy* guapa.

—Muy guapa —reconoció entre dientes.

¿Por qué la noche anterior había tratado de olvidar lo que había sentido al besarla y esa mañana la estaba recordando y describiendo? A lo mejor en su vida anterior había cometido crueldades y la manera de pagar por ello era torturándose entonces con su imagen cada día.

—Eso está mejor. ¿Te cuesta admitir que es muy guapa?

—No, para nada. —Desvió la mirada.

—Pero hay algo que no me cuentas, ¿no es así?

Mierda, ¿por qué la gente que de verdad lo conocía lo podía leer tan bien?

—Se va en unos días —le mintió con respecto a la pregunta, haciéndole creer que eso era lo que no estaba contando.

—¿Y te preocupa? —indagó con curiosidad.

—No, ¿por? —mintió él de forma descarada.

—Porque has venido con cara de perro y, cuando me lo has contado, has fruncido el ceño —señaló, como la auténtica detective que era. Ni Miss Marple, esa entrañable anciana metomentodo que sale en las novelas de Agatha Christie, tenía tan buen olfato como la señora Lupe.

—He dormido mal, eso es todo —se excusó.

La anciana no dijo nada. Bajó la mirada al plato y a la bebida de Christopher, instándolo a que continuase comiendo y bebiendo. Este captó la indirecta y se puso manos a la obra, rezando para que la mujer cambiase de tema.

—¿Y cómo se llama?

«Perfecto. Hoy será *ella* el tema del día.»

—Scarlett —contesto justo antes de tragar—. Se llama Scarlett.

Por dentro sintió la necesidad de contarle toda la historia que había ocurrido con su coche, omitiendo un pequeño detalle que solo él y John conocían para evitarse una buena bronca.

—He salido varias veces con ella por el pueblo. —Su boca habló sin permiso de su mente. ¿Le habría puesto alguna clase de droga a la comida para hacerle decir la verdad sin que él se hubiera enterado? Tenía que callarse.

—Sí, eso también lo sé. —Alzó las cejas.

—Vaya, en Wickenburg todo corre como la pólvora.

—¿Le gustó la verbena del viernes?

«Genial. ¿Qué más sabe?»

—Sí, la lleve al *tour* de leyendas y fantasmas. —Antes de que ella se lo dijese, añadió—: Y cenamos en el centro unos *hot dogs.*

—¿Te gustó?

—¿El qué?

—Besarla.

«¿He oído bien?»

—La cena. ¿Os gustó? —repitió por segunda vez la señora Lupe.

«Esta pregunta tiene más sentido.»

El alivio se apoderó de él y tragó saliva.

—Sí, sí, estaban muy ricos.

—Entonces, mañana o pasado ya se irá —sentenció la señora Lupe.

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría.

—Sí, eso creo. El lunes o martes, probablemente.

—Ya veo. —Le dio un sonoro sorbo a su atole—. Sabes, *mijo,* cuando conocí a mi Juan andaba tan perdida como tú ahora mismo.

—¿Por qué me dice eso?

La dura mirada de la señora Lupe le hizo cerrar la boca y solo escuchar. ¿Le habría leído la mente? ¿Habría adivinado todos los pensamientos que cruzaban por su cabeza cada vez que se nombraba a Scarlett?

—Él dio el primer paso en invitarme a salir. Tuve suerte —le explicó— porque, si él no se hubiese lanzado, quizá no habríamos llegado a ser la familia que fuimos.

—¿Y eso me lo cuenta porque...?

—¿De verdad fuiste tú quien dio el paso para invitarla a salir?

—No, seguramente John ya se lo haya explicado. Me ha tendido dos encerronas.

—¿Y te gustó salir con Scarlett?

Dudó antes de responder.

—Sí —afirmó con total seguridad.

—¿Y de qué tienes miedo?

—¿Perdón?

—Te pregunto a ti, Christopher. ¿De qué tienes miedo?

La pregunta resonó miles de veces en su cabeza. ¿Tenía miedo? La repitió tanto, en bucle, porque quería obviar la cruda verdad y no contestar. Le estaba dando miedo todo lo que esa chica le había hecho sentir en solo dos días.

—Señora Lupe, yo no tengo miedo —volvió a mentir, incapaz de reconocerlo.

—Entonces, ¿por qué actúas como si lo tuvieses?

«¿Cómo...?»

Se instaló un largo silencio hasta que él lo rompió.

—Estoy algo confundido. —Otra vez su boca hablaba antes de que la mente le hubiese dado permiso.

—Bueno, y... ¿quién no lo estaría, en tu caso?

Resopló, rindiéndose, sabiendo que no iba a conseguir acabar con el tema si no era sincero con la señora Lupe.

—Es que no sé qué quiero. No quiero liarla. No la conozco de nada. —Sus palabras salían ya todas sin control—. No es de aquí. Está de paso. Se va en unos días. Yo no quiero nada con ella, nada serio al menos, pero... Está Catherine, que usted ya sabe que nos vemos de vez en cuando. Entonces... pienso que, si yo estoy confundido, no quiero confundirla a ella tampoco. No sería justo para nadie. Porque a mí ella no me gusta; es decir, me parece guapa y demás, pero no estoy enamorado de ella. Apenas la conozco y no quiero hacerle daño o que ella me lo haga a mí.

—¿Quién ha hablado de estar enamorado? —le preguntó, burlona.

—Usted.

—No, yo nunca he dicho eso. Lo has dicho tú, *mijo*.

Frustrado, se pasó la mano por el pelo, despeinándose.

—Si no estáis enamorados, ¿cómo te podría hacer daño ella a ti o tú a ella?

«A lo mejor cierta mentira que le he dicho le puede hacer daño», gritó mentalmente.

—¿Qué hago? —planteó, omitiendo por completo sus pensamientos.

—¿Quieres saber lo que yo haría?

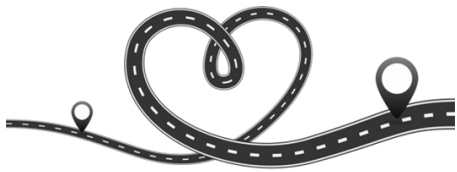
—Sí.

—Escuchar mi corazón, darle la oportunidad de que hable, aunque sin olvidar lo que dicte mi mente.

—Señora Lupe, tengo un lío enorme en la cabeza.

—En ese caso, *mijo,* simplemente encuentra el extremo y desenreda la maraña de tus sentimientos y pensamientos, poco a poco. Día a día, día a día —repitió—. Y, sobre todo, disfruta el momento. Disfruta el momento, *mijo.*

8



Aburrimiento. *A-bu-rri-mien-to.*

Tumbada en la cama y mirando el techo de la habitación, volvió a comprobar la hora en su móvil, harta de que el tiempo pasase tan despacio. Echó un rápido vistazo al vaso de cartón que descansaba sobre la mesita de noche, arrepentida de haberse tomado ese café a las seis de la tarde sabiendo que luego eso no la dejaría dormir. Pero ¿qué más podía hacer? Estaba harta de pasarse el día encerrada en el motel o dando vueltas sin sentido por todo el pueblo. Si ya casi podía decir que se sabía algunas calles de memoria e incluso podría llegar de vuelta al motel sin necesidad de usar Google Maps. No podía hacer ningún plan con nadie más que con el idiota de Christopher porque no conocía a ninguna persona más allí.

Echaba de menos su cama, su pequeño piso, tan acogedor allá en Phoenix. Echaba de menos a su madre, a quien había llamado más veces de las necesarias las últimas veinticuatro horas, las primeras para charlar y las otras para tratar de calmar la ansiedad que le producía la situación. Estaba sola y atrapada en ese pueblucho dejado de la mano de Dios.

Bufó, compadeciéndose de su suerte, muy despierta por la cafeína ingerida, contando mentalmente las horas que se pasaría en vela de noche. Se entretuvo viendo varias películas a través de su cuenta en una plataforma de *streaming.* El libro que había metido en la maleta para leer en casa de su madre ya se lo había terminado. Se hicieron las ocho de la noche. Le dolía el cuerpo de estar en la misma posición sentada en la cama. Se levantó y se estiró. Se frotó la nuca y, justo en

ese momento, el teléfono de la habitación comenzó a sonar. Descolgó con cuidado el auricular.

—¿Sí? —Ni se molestó en saludar.

—La buscan en la recepción.

Su corazón empezó a latir con fuerza. No podía ser, ¿verdad?

—¿Quién?

—Es Christopher.

Y ahí estaba: el fallo en el sistema. Su corazón empezó a latir con fuerza, la sangre se le agolpó en los oídos y balbuceó palabras sin sentido hasta que consiguió formular algo coherente todavía con el teléfono pegado al oído.

—Ya voy.

Llevaba puestos unos pantalones cortos viejos, una de sus camisetas de estar por casa y sus pantuflas de pelo rosa. No tenía una gota de maquillaje y se había recogido el pelo en una coleta alta. Antes de salir por la puerta se detuvo en seco y pensó en cambiarse de ropa. Se dijo que tampoco buscaba impresionarlo, así que al final decidió salir así.

Era necesario estar con él en un territorio neutral y, a ser posible, supervisada por otros adultos para no cometer de nuevo una tontería. Porque le había encantado besarlo y no lograba sacarse de la cabeza los miles de mariposas y libélulas furiosas que sentía en el estómago al estar cerca de él... o al recordar los besos que se dieron. Se lamió los labios inconscientemente.

Estaba apoyado con la cadera y un brazo en la zona de la recepción, charlando con Claudia. En cuanto oyó el resonar de sus pasos, giró la cabeza en su dirección.

—Hola —la saludó poniendo su mejor sonrisa.

Demonios, estaba guapísimo y ella había decidido salir con su peor pinta. Llevaba un pantalón de vestir gris, una camisa blanca con las mangas enrolladas y unas deportivas del mismo color. Lo escaneó de los pies a la cabeza y tuvo que admitir que cada vez que lo veía tenía mejor gusto para elegir sus *outfits*. Estaban justo delante del mostrador de Claudia, y ella los miró con renovada curiosidad.

—Hola.

Christopher se incorporó. Él también la escaneó, deteniéndose unos segundos de más en sus pies. Sonrió de lado y la miró a la cara. Así, tan natural, estaba arrebatadora. Su piel estaba inundada por

pequeñas pecas, sobre todo en la zona de la nariz. Y el verde de sus ojos lo tenía hipnotizado.

—Bonitas pantuflas —comentó, burlón.

—¿Qué haces aquí? —escupió con los brazos en jarras. Hizo la pregunta en un tono excesivamente borde.

En realidad no estaba enfadada con nadie más que con ella misma, pero no entendía qué hacía Christopher ahí. Pensaba enfrentarse a ese problema el lunes en el taller, cuando fuese a implorar a John que le prestase una bicicleta para poder largarse pedaleando si era preciso; hasta un triciclo le serviría.

—¿Crees que podemos hablar en un sitio más privado?

—Yo creo que aquí estamos bien —contestó rápidamente, llevándole la contraria a propósito.

Igual era mejor alejarse para tener algo de privacidad, vistas las miraditas que les echaba Claudia. Sin embargo, no se sentía en condiciones de enfrentarlo en su vacía habitación. No quería quedarse a solas con él.

—Vale —vaciló Christopher y comenzó a hablar—. Estoy aquí porque quería saber cómo estabas.

—Estoy perfectamente. ¿Debería estar de otra forma? —dijo poniéndose a la defensiva.

Christopher soltó un bufido y comenzó a contar mentalmente para evitar soltar lo primero que se le viniese a la boca, sin procesarlo antes. Su actitud lo estaba sacando de sus casillas. Estaba controlando las ganas de agarrar y darse la vuelta para largarse por donde había venido. Se tragó el orgullo de nuevo.

—Quería pedirte disculpas por lo del viernes.

Los ojos de Scarlett se abrieron con sorpresa y Claudia puso más atención a su conversación. Él siguió, ignorándola. Había tomado la decisión de hablar con Scarlett sobre lo que había ocurrido entre ellos, intentando seguir el consejo de la señora Lupe de desenmarañar el hilo de emociones. Pensó que sería lo mejor para ambos.

—Siento mucho haberte bes...

—¡No es necesario! —gritó ella, interrumpiéndolo, desesperada porque no lo dijese en voz alta.

—El viernes, justo antes de irme, quise hablarlo contigo, pero... —dijo bajito, consciente de que a Scarlett le molestaba tratar el tema frente a la chica de la recepción.

—¡Bien! —lo cortó en seco. Haciendo caso omiso a los consejos de no quedarse a solas con él de nuevo, añadió—: Entremos.

Se giró sin esperar respuesta y comenzó a enfilar hacia el pasillo. No le hizo falta comprobar que él la seguía, pues notaba su mirada clavada en la nuca. Abrió la puerta y la sostuvo para dejarlo pasar. Estaba muy nerviosa porque las imágenes de ellos dos besándose llegaron de golpe para atormentarla.

—Gracias.

La puerta se cerró y el ambiente se tensó.

—¿Qué quieres, Christopher?

—Pedirte disculpas —insistió él, mirándola. Estaban cada uno en una punta de la habitación—. El viernes creí estar en la misma onda que tú y... —Dejó la frase flotando en el aire, esperando la respuesta de ella.

—Lo del viernes fue un error.

Christopher sintió una punzada en el corazón.

—No volverá a ocurrir —sentenció fríamente, recordando todos los pensamientos que la invadieron después de haberse besado. No, ella no volvería a meterse en la vida de nadie. Y añadió, advirtiéndolo —: Tú deberías pensar lo mismo.

Christopher se mordió la lengua. No, ella no le podía decir a él lo que debía o no debía pensar o sentir con respecto a lo ocurrido. Estaba dispuesto a hablar con Scarlett sinceramente y sin tapujos para intentar entender cómo se sentían los dos con respecto a haberse besado y en qué punto estaban. Toda esa diplomacia se fue al garete vista su actitud.

—Por supuesto que pienso lo mismo —mintió, y continuó hablando con altanería—. Solo me he tomado la molestia de acercarme a pedirte disculpas por lo ocurrido.

—Qué detalle por tu parte. —Le dedicó una sonrisa falsa.

—Tampoco quiero que eso enturbie nuestra relación de amistad —añadió él, sorprendiéndose de ser tan políticamente correcto con ella.

—¿Somos amigos?

—Bueno, a mí no me importaría. Me caes bien —admitió, sincero.

«¿Te caigo bien?»

—Tú a mí no me caes tan bien como crees —replicó, con un

punto bromista en la voz, y añadió, al ver la cara de Christopher—, pero tampoco soy de rechazar amistades en pueblos dejados de la mano de Dios. Además, tengo que caerte mucho mejor para que me arregles a toda prisa el Mustang.

—Oh, claro, eso por supuesto —bromeó al oírla decir la última frase.

Ya está, al menos él se había quitado un pequeño peso de encima. Serían amigos y nada más, y eso era lo mejor para ambos. ¿Cómo no lo había pensado antes? Así las cosas serían menos complicadas. Al fin y al cabo, la chica le caía muy bien. «Excesivamente bien», resonó en su mente, pero se iba a ahorrar dolores de cabeza. Podría seguir tan tranquilo como hasta entonces haciendo lo que él quisiera con quien él quisiera.

—¿Qué has hecho hoy? —cambió de tema, cerrando la conversación anterior.

—He salido a comer por ahí, he leído, he visto unas películas... He matado el tiempo aquí sola.

—¿Has cenado?

—No.

—Ven a cenar conmigo —la alentó, con un tono de voz irresistible—. No puedo dejar que mi amiga se aburra encerrada la noche del domingo.

Christopher dio un paso adelante, quedándose a menos de un metro de ella. No iba a rendirse. Estaban demasiado cerca el uno del otro y Scarlett sintió de nuevo esa descarga eléctrica que le recorrió desde la nuca a la punta de los pies.

A ella le chirriaba demasiado eso de «amigos», pero tampoco quiso verse metida entre esas cuatro paredes más tiempo un domingo por la noche. Pensó en su respuesta. Podrían ir a cenar por ahí como amigos, dándose una tregua, y tratarse con cordialidad. Le quedaban mínimo dos noches que pasar en Wickenburg, tampoco era tan mal plan salir por ahí con alguien conocido.

—Una cena —insistió él—. Y pagamos a medias —añadió con tono burlón.

Eso le sacó una sonrisa a Scarlett.

—De acuerdo. Cenemos —y matizó— como amigos.

Christopher sonrió de lado.

—¿Eso quiere decir que no me atacarás con tus comentarios

ahora que entro en tu selecto grupito de amistades?

—Oh, con lo divertido que es..., me lo pensaré —contestó ella.

Una cena. De nuevo, una cena. Scarlett pensó en qué podía salir mal de eso. Solo tenía que controlarse, no dejarse llevar por los impulsos; actuar como una persona adulta, como ella siempre actuaba ante todo; sin dejar que se filtrasen las emociones por el muro de ladrillo que las contenía. Eso debía quedar a buen recaudo dentro de ella. La presa no tenía que abrirse. Las fugas debían repararse. El control tenía que volver. Necesitaba sentir que no solo la dominaban sus pasiones. Podía ser la ocasión perfecta para demostrarse a sí misma que recuperaba el poder sobre sus emociones.

—¿Te espero aquí a que te cambies o...? —preguntó este mirándola de pies a cabeza.

«El plan de recuperar el control empieza ya», se dijo ella.

—Puedes quedarte, no hay problema.

Christopher se sentó en el borde de su cama y ella fue de aquí para allá, seleccionando ropa, zapatos y complementos. Corrió al baño a vestirse. Se soltó el pelo y se maquilló levemente. Quince minutos más tarde salía con una falda negra, una blusa suelta y zapato plano. Su perfume llenó el ambiente y, cuando fue a agarrar su bolso de la mesita de noche para que pudieran irse, sintió la mirada de él sobre ella. Una alerta sonó en su cabeza. La miraba como un depredador observa a su presa. Esperaba de verdad que la nueva idea de *amigos* los mantuviese a raya a ambos. Ella iba a dar todo de sí misma para que así fuese.

Fueron andando otra vez al Lucy's. Christopher estuvo más callado de lo normal durante el corto trayecto. Estaba procesando la idea de que podían ser amigos y llevarse bien, a pesar de que a él se le removía todo por dentro cuando la veía. Ella le había dejado clarísimo que no quería nada y que el hecho de que se besaran había sido un error. Resignado, se conformó con la idea de que ser amigos era mejor que nada, aunque jamás dejaría de meterse con ella. Resultaba demasiado divertido descubrir cuáles eran sus reacciones.

El local estaba lleno, y menos mal que Christopher era un habitual, porque les hicieron un hueco en una de las mesas del fondo.

—¿Lo mismo del otro día? —preguntó él en cuanto se sentaron.

Scarlett asintió, aunque en vez de vino se pidió un refresco sin gas. El alcohol no solía ser buen aliado en esos casos, o eso pensaba

ella, y necesitaba todas sus neuronas bien despiertas. Lo pasaron bien, volvió a haber esa complicidad entre ellos, esa que salía a relucir cuando el ego de ambos se quedaba a un lado. Christopher, por su parte, no podía evitar sacar su vena coqueta con ella de vez en cuando.

—¿Me prometes que mañana me arreglarás el coche? —dijo ella poniéndole ojitos.

—Siempre que me mires así, por supuesto. —Sonrió de lado.

—Es la técnica que uso para tratar de conseguir lo que quiero: la amabilidad.

Christopher se rio con ganas.

—Me queda claro. Tu punto fuerte fue la amabilidad cuando nos conocimos.

Scarlett bufó, ofendida.

—Lo intenté, pero no me lo pusiste nada fácil.

—Es que yo no soy un chico fácil.

—No, claro que no. Tú eres de los complicados —dijo, más para ella que para él.

Christopher levantó una ceja. ¿Eso pensaba de él? Porque, si era así, le molestaba. ¿Por eso no quería nada y consideraba un error haberlo besado? Él había sido un chico complicado en el pasado, pero se había reformado. Se había mudado y había buscado un trabajo decente. Incluso se había entregado de lleno en su antigua relación, aferrándose a que era lo correcto, a que las personas decentes tenían ese tipo de relaciones: serias y estables.

Por desgracia, el karma le devolvió parte de lo que le debía e hizo que su relación con Melissa, su ex, acabase siendo un fracaso. Desde entonces, al menos en cuanto a lo sentimental, ya no se aferraba a nadie, ni buscaba nada serio, ni complicaciones. Pero eso era porque nadie había conseguido removerlo tanto por dentro como cierta señorita a la que estaba mirando en ese momento. ¿Por qué demonios no se la podía sacar de la cabeza?

Como si la hubiese invocado en sus pensamientos, se le iluminó la pantalla del móvil. Scarlett desvió la mirada justo para ver el nombre de Melissa. Christopher puso los ojos en blanco y bloqueó el teléfono, colgándole la llamada. Scarlett se mordió la lengua. A punto estuvo de preguntarle que quién era. Se moría de curiosidad por saberlo, pero agarró su vaso y bebió fingiendo que no le importaba.

—Mi ex —bufó él con desgana.

Scarlett lo miró con renovado interés y aprovechó el momento.

—¿Seguís en contacto?

—Solo me busca para resolver sus problemas.

—¿Problemas con su coche? —insistió.

Christopher le dedicó una mirada significativa y luego estalló en una carcajada amarga.

—Ojalá fuera por eso.

—Ah. Entonces son otro tipo de *problemas.* —Sorbió de su bebida, dejando la afirmación flotando en el aire.

Christopher alzó una ceja. ¿Qué le estaba insinuando? No tuvo que esperar mucho para averiguarlo.

—Pobre Catherine —murmuró.

—Scarlett, yo no me acuesto con mi ex —le aclaró molesto—. Y a Catherine no le debo explicaciones sobre mi vida.

Ella desvió la mirada.

—Tú le gustas, Chris. Pude notarlo la vez que vino a molestarme. Estaba celosa. ¿Acaso no te diste cuenta?

—Claro que me di cuenta, pero dejamos muy claro que no hay nada serio entre nosotros.

Scarlett notó cómo se le aceleraba el corazón al oír eso.

—No quiero nada serio con ella —se reafirmó.

Quiso pensar lo que iba a decir antes de hablar, pero a continuación sus palabras salieron sin que él pudiera controlarlas. Porque no se lo podía callar más. Era como una olla a presión a punto de estallar. Le daba igual su mala experiencia en su pasada relación, que lo llamase su ex, que Catherine le montase dramas, que solo se viesen para acostarse. Necesitaba decírselo para que al menos ella lo supiera. Intentaría seguir siendo su *amigo,* pero necesitaba ser sincero con Scarlett.

—Porque me gusta otra persona.

La intensidad de su mirada le quitó el aliento. De golpe, todo a lo que ella se había negado volvió a salir a la superficie. Si realmente estaba siendo sincero con ella, eso cambiaba mucho las cosas. Eso abría muchas posibilidades. Al pensarlo, su corazón se aceleró. ¿Acaso estaba diciendo que...?

En ese momento, sintió una mano sobre su hombro y levantó la cabeza para encontrarse con los ojos de Fred mirándolos a ambos. Iba

acompañado de una chica joven, más o menos de su misma edad. Malditas las confianzas de la gente del pueblo. Scarlett lo fulminó con la mirada. Por una parte, porque quería que inmediatamente dejase de tocarla, y, por otra, por haber interrumpido esa confesión.

—¡Eh, tío! No esperaba verte por aquí.

Christopher dejó de mirarla para prestarle atención. Más tarde lo mataría por interrumpirlos.

—He traído a Scarlett, que todavía no había cenado —se justificó.

—Yo he venido con Ashlee y unos amigos a cenar, e íbamos a ir ahora a tomar algo arriba. ¿Os apuntáis?

—Lo que quiera ella. —Christopher la miró.

«Quizá no es buena idea meterse tan pronto en la boca del lobo», pensó Scarlett. Pero, al final, la insistencia de Fred, el mayor juerguista de Wickenburg, la acabó liando. Unas copas no harían daño a nadie..., ¿verdad?

La parte superior estaba abarrotada. Se notaba que era domingo y que la mayoría del pueblo libraba. Pararon primero en la barra. Scarlett pidió cerveza. Luego buscaron la mesa de Fred. Había más amigos suyos sentados allí: Amanda y Cooper, una pareja de la edad de Fred, y dos chicos, Denis y Jacob, algo mayores. Se presentaron a Scarlett todos y cada uno de ellos.

Christopher ya los conocía, así que no hicieron falta las presentaciones por su parte. Notó cómo la mirada de Denis se centraba de inmediato en la forastera. No podía culparlo, él también tenía ojos, pero no le gustó nada el ardor que sintió en la boca del estómago.

Fred propuso un brindis cuando estuvieron todos sentados. Allí hacía demasiado calor, la gente se apelotonaba a su alrededor, así que la primera cerveza le voló rápido. La noche prosiguió entre risas y escapadas de Scarlett al baño. Cuando bebía se volvía una meona. Además, esos chicos bebían demasiado rápido. Solo Christopher iba a su ritmo. Le ofrecieron tequila. Dudó pero aceptó dos chupitos. La casi confesión de su *amigo* Christopher rondaba por su mente.

«¿No habíamos quedado en que no íbamos a beber?»

El grupito era muy hablador y dicharachero y, aunque tenía intención de marcharse pronto, cambió de opinión al sentirse una más e incluida en las conversaciones. Escuchó anécdotas de todos ellos, cosas incluso ridículas y vergonzosas, y deseó poder tener momentos

así más a menudo, poder tener un grupo con el que reunirse y charlar de las batallitas del pasado con unas cervezas de por medio. También fue consciente de que uno de los chicos, el que dijo que se llamaba Denis, se sentó a su lado en sofá cuando al regresar del baño.

Era simpático. Tenía dos años menos que ella y no paraba de hablar, huyendo por completo de los silencios incómodos. Scarlett se centró en él, olvidándose de las demás personas del grupo y, en concreto, de un par de ojos dorados que cada dos por tres estaban fijos en ella.

Christopher, por su parte, hubiese estado en su salsa esa noche de no ser por Scarlett y su simpatía hacia Denis. Sabía que no debía molestarle, pero le resultaba inevitable. Quería ser él el causante de su risa. Quería que le prestara atención a él. Desvió la mirada a la pista de baile. En ese mismo instante, Fred estaba arrastrando a Ashlee de nuevo hacia la barra para pedir más cerveza para todos y más copas para ellos. Negó con la cabeza. Era un juerguista nato y traía a su padre de cabeza. Amanda y Cooper, la otra pareja, aprovecharon para enrollarse como si respirar no les hiciese falta para sobrevivir. Carraspeó divertido, llamando la atención de Jacob, tan solitario como él en ese momento.

Unas manos de mujer lo abrazaron por detrás y esta le susurró al oído. Él se tensó. No la había visto venir. Catherine.

—Hola, cariño.

Scarlett se había quedado a media frase de explicarle algo a Denis y en ese instante los miraba a ambos con interés. Christopher intentó zafarse de su agarre, pero ella se aferró a sus brazos. Catherine le depositó unos cuantos besos en el cuello. Él trató de apartarse.

—Cath, para, por favor —le advirtió.

Ella lo ignoró.

—Me voy ya, que mañana abro temprano la *boutique* —explicó Catherine—. ¿Quieres venir a casa y repetir lo del viernes? —dijo con tono meloso. Su invitación auguraba una noche muy prometedora. Quería dejarle claro a la forastera que Christopher era suyo. A ver si lo entendía ya de una vez.

Este se puso nervioso. Miró en dirección a Scarlett. Ya no estaba.

«Mierda.»

La buscó con la mirada por el local y no la encontró. Sí que vio a los demás en la pista de baile, incluido Denis.

—Cath, no puedes hacer estas cosas.

Ella lo soltó y emitió un bufido.

—¿No puedo invitarte a follar a casa?

—Sabes a lo que me refiero.

Catherine lo miró desafiante.

—Cuando tu amiguita forastera se vaya y te deje aquí, volverás a acordarte de mí —le recriminó molesta.

Se alejó de él y de su mesa con la cabeza bien alta. Ya se daría cuenta de lo que estaba perdiéndose. Todo por una puta cara nueva...

Ella hubiese preferido que la acompañase esa noche, en vez de quedarse ahí bebiendo y comiéndose a Scarlett con los ojos. ¿Acaso no se daba cuenta de cuánto le gustaba él?, ¿que desde hacía meses ignoraba a todos los moscardones del pueblo?, ¿que solo se centraba en Christopher?, ¿que se moría de ganas de tocarlo y dormir con él todas las noches?, ¿¡que quería algo más que un polvo!?

Scarlett estaba dentro de uno de los cubículos del baño intentando tranquilizarse. Se había puesto muy celosa. Sentía la sangre hirviendo en su interior y un malestar en el estómago por verlos así. Más aún al haber oído la propuesta de Catherine de pasar la noche juntos.

Se quedó más tiempo del habitual en el pequeño baño y solo salió cuando se formó cola para entrar y empezaron a aporrear la puerta. Algunas de las chicas la miraron mal, pero le dio igual, al menos esos minutos la habían ayudado a sosegarse. Trató de proyectar una imagen serena. Estaba ahí para divertirse un poco y era lo que pretendía hacer.

Se abrió paso hacia la barra y pidió otra cerveza fría. Avanzó con cuidado entre la gente mientras ubicaba la mesa en la que estaban. Se sorprendió al verlo ahí sentado, solo. Había esperado otra cosa de él. Catherine ya no estaba. Genial, el destino los quería a los dos solos. Se sentó justo delante, con la mesa que servía de separación, poniendo cierta distancia entre ambos. Menos mal que la música estaba bastante alta, así no tenía ni la necesidad de hablarle.

Sintió cómo su mirada la recorría de pies a cabeza. Ella trató de no prestarle atención. Jugueteó con su móvil, ignorándolo. Lo vio levantarse. Menos mal, porque no sabía cuánto tiempo iba a durar su fachada de «no me importa». Pero el muy idiota, en vez de irse, se sentó a su lado en el sofá. Ella se movió un poco para separarse todo lo posible y evitar que sus muslos se rozasen. Christopher giró el torso y la estudió de perfil antes de romper el hielo.

—¿Dónde estabas? —preguntó inocentemente.

—He ido al baño. —Bebió de su cerveza.

—¿Lo estás pasando bien?

—Claro —dijo sin mirarlo.

¿Sería buena idea hablar con ella de lo que había ocurrido con Catherine? A lo mejor, si se explicaba, Scarlett no estaría tan molesta. Meditó la idea, pero al final la rechazó. Tenía la sensación de que no era el mejor momento ni lugar. En vez de eso, dijo lo más estúpido que se le vino a la cabeza.

—Denis es buen tipo —soltó sin saber bien a dónde quería llegar con todo eso, pero despertó la curiosidad de Scarlett, que se giró para mirarlo con una ceja alzada.

—¿Y?

—Nada, solo te lo hacía saber.

Scarlett lo miró visiblemente molesta.

—¿Por qué lo dices?

—Ah, no, por nada. Os he visto tan juntos hoy que, bueno, simplemente te lo quería comentar.

—Puedo hablar con un tío sin querer follar con él —gruñó, borde.

—No lo decía por eso.

—Entonces gracias por darme tu bendición, papá —escupió ella echando fuego por los ojos.

—No hace falta que seas tan ácida, ¿sabes?

—Lo soy con los entrometidos como tú.

—¿Entrometido? —Abrió los ojos en señal de sorpresa ante tal acusación—. ¿Soy un entrometido por preocuparme por ti?

—Déjalo, no quería decir eso. —Le dio un trago a su cerveza. Su cercanía la volvía a poner nerviosa y estaba empezando a confundir ideas, a no procesar bien lo que decía en voz alta. Su sistema fallaba... otra vez.

—Me preocupo por ti porque somos amigos y eso es lo que hacen los amigos —explicó mientras la veía soltar un bufido y poner una sonrisa socarrona.

—Claro.

—Eres nueva por aquí. Solo te aviso, no vaya a ser que te juntes con tíos raros.

—Tranquilo, soy perfectamente capaz de ver a un gilipollas cuando lo tengo delante —lo atacó. Estaba claro a quién se estaba refiriendo—. No necesito ni consejos ni tu ayuda —puntualizó.

Hubo un silencio. Él captó la indirecta.

—Tendrás estropeado el radar de gilipollas, porque hace unos días besaste a uno. Menos mal que paraste a tiempo.

Scarlett levantó una ceja, y lo miró decidida.

—Esto ya lo hemos hablado, ¿por qué vuelves con el mismo tema?

Christopher rompió el contacto visual y pegó un largo trago a su cerveza.

—No lo sé —respondió mientras se relamía los labios.

—Pues olvídalo —sentenció ella, removiéndose incómoda en el asiento—. Simplemente te besé. Fue un simple beso. He besado a muchos tíos. No te sientas especial por eso —añadió a riesgo de ofenderlo.

Christopher meditó bien lo que le iba a decir a continuación porque iba a ser toda una provocación, una verdad, solo para ver su reacción. Le daba mucha satisfacción verla fuera de sus casillas. Por lo menos, provocaba algo en ella.

—Me gustó besarte.

Scarlett se quedó a medio camino con la cerveza en el aire, congelada.

—¿A qué viene esto? —Lo apuntó con el botellín.

—A que yo sí quiero ser sincero. —Scarlett levantó ambas cejas con sorpresa—. No como tú —la provocó de nuevo.

Ella soltó otro bufido, indignada.

—Voy a repetirlo una vez más para que quede claro, pesado. Te besé y me arrepiento de haberlo hecho. Las señales son claras. —Dijo eso último acercándose cada vez más a él, completamente enfadada.

Christopher la sujetó del codo y la acercó.

—Sí, las señales son muy claras, Scarlett —contestó irónico.

—No me toques —soltó a centímetros de sus labios mientras echaba fuego por los ojos.

—Ya te gustaría a ti que yo te tocase —escupió él sin ningún tipo de autocontrol. Al segundo se arrepintió, pero puso su mejor sonrisa socarrona.

—Jamás —mintió ella con el corazón ya en la boca.

Christopher le acarició el brazo y se acercó a su oído y, asombrosamente, ella no se alejó, así que no se arrepintió de lo que le dijo a continuación:

—Te encantaría, pequeña mentirosa —susurró y se relamió los labios mientras añadía lo siguiente—: ¿No te has imaginado nunca cómo sería que tú y yo...? —Dejó la frase en el aire y la miró a los ojos, retándola a que le dijese lo contrario.

A ella le costó encontrar la voz.

—¿No éramos amigos? —musitó, mirando alternativamente sus labios y sus ojos.

—No quiero ser tu amigo.

—¿Por qué? —Contuvo el aliento.

—Porque me gustas —confesó con el corazón en un puño—. Y no está bien lo que pienso cuando te miro.

A ella le iba a dar un infarto. Se debatía entre salir huyendo de allí o besarlo de una vez por todas y acabar ya con esa tensión.

—Besarte una sola vez me supo a poco —murmuró Christopher —. Fue toda una pena que no me dejaras pasar a tu habitación. Nos lo habríamos pasado muy muy muy bien.

Scarlett se quedó muda, procesando la última frase. Sus insinuaciones le provocaron cosquillas en la piel.

—¿Y tu *amiga?* —insistió.

—Olvídate de ella.

El ritmo cardiaco de Scarlett empezaba a ser preocupante. A continuación, lo oyó decir:

—Quise follarte esa noche —la miró a los ojos con las pupilas dilatadas— y quiero hacerlo ahora.

¿Cómo se suponía que se hacía eso de respirar? Porque ella lo había olvidado por completo. Le temblaban las piernas. Toda ella lo hacía. No era capaz de articular una sola palabra. En cambio, su cuerpo le pedía a gritos que lo besara de una vez por todas.

—Y, si tú no quieres, será mejor que me vaya —concluyó

Christopher, conteniendo todas sus emociones—. Porque me estoy aguantando las ganas de besarte —se sinceró.

Con esa última frase, ella se habría abalanzado sobre él y lo habría besado hasta quedarse sin aliento, demostrándole que su cuerpo le pedía exactamente lo mismo, que vibraban en la misma frecuencia. Todo eso hubiese pasado de no ser por el idiota de Denis, que interrumpió el momento.

—Eh, Scarlett, ¿vienes a la pista?

Lo había hecho a propósito. Christopher tenía ganas de matarlo. Iba a matarlo en cuanto tuviese ocasión. ¿Por qué todo el mundo le jodía los momentos? ¿Estaba acaso pagando de nuevo su karma?

Scarlett lo empujó de forma brusca para separarse y huyó de allí. Huyó de la verdad, de la sinceridad y de sus emociones. Huyó de todo lo que ese hombre le hacía sentir y huyó de su dolorosa realidad: le encantaba, le gustaba demasiado. Le gustaba más todavía al saber que estaba «libre». Estaba excitada. Todo lo que él le había dicho la había excitado. Y había estado a punto de reconocerlo, de besarlo... Lo habría hecho de no haber sido por Denis. Se alejó de la mesa y de un Christopher atónito al ver cómo se marchaba.

Caminó hasta la barra, pasando de Denis, de Fred, de todos. Ellos la llamaron, pero ella no se giró. Quería estar sola. Corrección: quería estar con Christopher. Pidió un chupito de tequila, haciendo todo lo contrario de lo que se había propuesto para esa noche. Stan, el camarero, se lo sirvió mirándola con preocupación.

Necesitaba anestesiar la mente. Apoyó los codos en la barra y escondió la cara entre las manos. Notó cómo el alcohol le subía rápido a la cabeza. Una mano se apoyó en su hombro y no tuvo que adivinar quién era porque le cosquilleaba la piel. Su presencia llenaba el ambiente.

—Scarlett... —comenzó a decir.

Ella se giró, acercándose a él, y puso un dedo sobre sus labios, interrumpiéndolo.

—Solo esta noche —susurró.

Christopher capturó su mano y, sin soltarla, la miró a los ojos.

—Pueden ser las que tú quieras.

Se comieron con los ojos. La agarró de la nuca y la besó de una forma en la que nunca nadie la había besado; con exigencia, urgencia y pasión. Le devoraba los labios, activando todas las células de su

cuerpo. El corazón le empezó a latir con fuerza en el pecho y notaba el bombeo de la sangre en los oídos.

—No aguanto más —murmuró—. Ven conmigo. —Entrelazó sus manos y tiró de ella.

—Eh, Chris —lo llamó Fred cuando pasaron por su lado. Él ni siquiera lo oyó.

La guio entre la multitud y entró por la primera puerta que encontró. Un par de mujeres salieron y se quedaron solos en el baño. De un manotazo, abrió un cubículo y se colaron dentro del diminuto espacio. La acorraló contra la pared y hundió la cara en su cuello.

—Pídeme que pare —gruñó mientras metía las manos bajo su blusa y rozaba el borde del sujetador.

—Sigue —jadeó ella.

—Dime que no quieres que te toque. —Pasó las manos por detrás y le desabrochó el sujetador con impaciencia.

—Quiero que me folles. —Tiró de él hacia su boca. Sentía una necesidad lunática de continuar.

Se besaron de manera desesperada mientras ella le desabrochaba el botón del pantalón y le bajaba la cremallera para colar su mano dentro. Sintió un jadeo contra sus labios cuando palpó la calidez de su miembro. La agarró de la muñeca, deteniéndola.

—Si haces eso ahora, voy a estallar. —Sus ojos ardientes le sostuvieron la mirada.

Él la apretó contra las baldosas de la pared, le subió la falda y se arrodilló. Scarlett le sostuvo la mirada mientras bajaba con cuidado su ropa interior. La chica se quedó expuesta frente a él.

Dios mío. Necesitaba que la tocase.

—Tenía muchas ganas de hacerte esto —susurró él cerca de su centro.

—Por favor... —dijo con un quejido lastimero.

Como no la tocase en ese mismo instante sería ella la que bajaría las manos para aliviarse. Se estaba volviendo loca.

—Por favor... ¿qué? —le exigió con una sonrisa.

—Por favor, por favor, por fav... —Se quedó sin habla en cuanto la recorrió con su lengua.

Después, la sujeto por las caderas y enterró su cara entre las piernas, haciéndola gritar de placer. Le daba igual todo, que la oyeran o no. Christopher jugueteó con su clítoris al tiempo que le metía dos

dedos y comenzaba a moverlos. No, no iba a ser nada delicado ni se iba a andar con rodeos. Ni ella lo quería, ni él lo buscaba. Le bastó con unas cuantas lamidas y embestidas para notar el orgasmo recorriendo hasta la última fibra de su cuerpo. Él la sostuvo y la comió hasta que se calmó. Sacó sus dedos de su interior y se levantó. Los chupó bajo su atenta mirada.

—Qué bien sabes —susurró.

Scarlett impulsó su boca hacia la suya. Necesitaba más. No le bastaba solo con eso. Christopher se separó. Lo vio buscar en sus bolsillos y, cuando encontró el condón, se bajó los pantalones y su ropa interior y se lo puso bajo su atenta mirada. La miró a los ojos cuando la punta de su miembro rozó su entrada y se mordió el labio.

—Esa cara me gusta. —La agarró de la cadera y la levantó al vuelo mientras Scarlett enrollaba las piernas a su alrededor.

—Me encanta el sexo —susurró esta en su oído.

—Te encanto yo. —Ella sintió cómo contoneaba las caderas buscando hundirse.

—Me encantas tú —admitió mientras le mordía la barbilla.

—Buena chica.

La penetró de una sola estocada y la dejó sin respiración. Él gruñó, enterrando la cara en su cuello, todavía sin moverse. Era todo lo que quería en ese momento, follarla como un loco, y eso fue lo que hizo. Comenzó con un ritmo salvaje, provocando que sus gemidos fueran cada vez más altos e incontenibles. Era perfecto. Atrapó sus labios, y sus lenguas, furiosas, se encontraron. Sabía que no iba a durar mucho porque llevaba deseándola demasiado, pero trató de alargar esa situación todo lo que pudo. Su cuerpo estaba acercándose más y más al borde, cada vez más cerca. Tenía unas ganas tremendas de follarla otra vez y todavía ni habían acabado. Ella arqueó la espalda para profundizar las embestidas.

—Me voy a correr, Scarlett.

—Hazlo. Córrete —jadeó en su oreja—. Córrete, córrete, córrete —repitió sin descanso, hasta que lo oyó gritar mientras se vaciaba dentro de ella.

La estaba aplastando con su cuerpo y todavía la tenía sujeta mientras ella le envolvía con las piernas la cintura. Descansó la cabeza contra su pecho y trató de calmar su agitada respiración. Cuando recuperó un ritmo normal en sus latidos, la soltó con suavidad y ella

se apoyó en las baldosas frías, y tomó conciencia de lo gelatinosas que tenía las piernas. Había sido tan intenso y salvaje, tan incontenible, espontáneo y perfecto que Christopher solo pudo pensar en arrastrarla a su cama toda la noche y tocarla de mil maneras más, parándose concienzudamente en cada rincón de su piel desnuda.

—Vamos a mi casa —susurró.

Ella solo pudo asentir. La noche era joven y lo quería de nuevo, de todas las formas y maneras posibles. Se sentía incapaz de parar. El cuerpo le hormigueaba tan solo con mirarlo, ansiosa por la anticipación. La caja de Pandora se había abierto, al menos por unas horas, al menos por esa noche.

Se acomodaron la ropa y, antes de abrir la puerta del cubículo, la boca de Christopher exigió otro encuentro con la suya. Eso la hizo gemir contra su garganta. Todavía estaba muy caliente y excitada, y él también. La fogosidad poco a poco fue disminuyendo y se quedaron pegados frente con frente.

«Detente», gritó una pequeña parte en su cabeza. La silenció sin pensarlo dos veces. Esa noche solo quería sentir ese cuerpo a su lado. Necesitaba vibrar en sus brazos. Salieron de allí y notó varios pares de ojos femeninos posados en ambos. Se puso roja al instante y deseó que la tierra la tragara. Normalmente solía ser más discreta. Normalmente acababa la noche en su piso con la otra persona. Normalmente no se acostaba con tíos en baños públicos. Normalmente no le pasaban esas cosas a ella. Pero a la mierda la normalidad.

«Abrazaremos el caos como mantra durante esta noche.»

Christopher tiró suavemente de su brazo y cruzaron el local. Ni siquiera se detuvo a despedirse, solo a recoger su bolso, que seguía en el sofá donde habían estado todos antes. La noche era cálida y agradable. Christopher entrelazó sus manos, sintiendo el cosquilleo que ese gesto le provocaba, y comenzaron a andar por la calle desierta. El silencio no era incómodo, pero ambos eran conscientes de que la situación se estaba empezando a salir de control, así que, para que ninguno de los dos se arrepintiese luego, sobre todo ella, el chico tuvo que preguntarlo en voz alta.

—¿Estás segura de esto?

La miró. Estaba jodidamente preciosa bajo la luz de la luna. Tenía los labios hinchados por los besos y en su mirada podía notar el fuego que seguía llameando en su interior. Un fuego destinado solo a

él. Cruzó los dedos mentalmente para que esa belleza no recapacitara y se diese la vuelta, dejándolo allí plantado con el mayor calentón de su vida. A la vez rezó todo lo que sabía porque esa noche le fuesen concedidos sus deseos. La sangre palpitaba furiosa en sus venas.

—Sí.

Un gran alivio se asentó en su pecho.

—Joder, ven aquí. —Tiró de ella para besarla en medio de la calle. La besó con todas las ganas del mundo.

No se paró a analizar las consecuencias de nada; esa noche solo sentiría, al igual que ella. Christopher la llevó directamente a su casa. El camino se le hizo demasiado largo porque cada vez que se giraba a mirarla la acorralaba contra la fachada de algún edificio, la besaba con pasión y colaba las manos debajo de su blusa como un poseso.

La luz de su porche los iluminó. Buscó con desesperación las llaves. Scarlett miró a izquierda y derecha y, viendo que tardaba en atinar con las llaves, hizo algo que jamás en su vida y en su sano juicio habría hecho. En medio de la noche y con la calle solitaria, se sacó de un tirón la blusa y se la lanzó a la cabeza. Christopher se la quitó y miró por encima de su hombro antes de oír el clic de la puerta de la entrada.

—Estás chalada —sentenció con una sonrisa en los labios.

—Quería darte algo de motivación.

—No jodas, y yo que pensaba que querías que te follase aquí en el porche.

Scarlett rio con ganas y puso las manos en el borde de su faldita, dispuesta a sacársela.

—Trae eso, ya lo hago yo. —Tiró de ella y la metió en su casa.

Cerró con brusquedad la puerta de la calle y la acorraló para besarla. Se deshizo rápidamente de su sujetador. Se separó y la miró de pies a cabeza. Su pecho subía y bajaba alterado por la excitación.

—Qué buena estás.

Se quitó la camiseta y la lanzó por la estancia, importándole bien poco dónde acabara. Lo que sí le importaba era dónde iban a acabar ellos. Avanzó con la respiración cada vez más pesada hacia el dormitorio. Lo estaba volviendo completamente loco. Christopher la atrajo hacia su boca. Su necesidad era urgente y sus bocas se buscaban exigentes. El instinto era primitivo, animal. La tendió con suavidad en su cama. La despojó de la falda y la ropa interior y forcejeó con sus

sandalias. Scarlett se rio.

—Te noto desesperado. —Se apoyó con ambos codos en el colchón y lo miró de arriba abajo, sin ningún pudor, completamente desnuda.

—Es que me pones muy enfermo —admitió.

Se quitó los pantalones y la ropa interior. Rebuscó en la mesita de noche, sacando varios condones, y trepó por la cama a su encuentro.

—Esto es solo sexo. —Ella le sostuvo la mirada, con el corazón en un puño, aterrada por oír otra cosa diferente.

Él se tragó sus verdades. Se la quedó mirando. Sí, era sexo, pero no era solo sexo. Lo había sabido al notar que su corazón no paraba de latir con frenesí al verla desnuda en su cama, dispuesta y entregada. Sin embargo, la tranquilizó.

—Claro, no esperes un anillo en el dedo después de esta noche —se burló él, y comenzó a besarle el cuello.

Pese a ser lo que ella quería oír de él, experimentó un pinchazo en el corazón, pero el frenesí de sus labios buscando probarla por todas partes la distrajo. Notaba el latido de su corazón en los oídos. Con ritmo tortuoso, Christopher comenzó a acariciarla con los dedos mientras le devoraba los pechos con la boca. Su piel se erizó y sus caderas comenzaron a mecerse, moviéndose al son de sus caricias. El hormigueo que sentía era la anticipación de que el segundo orgasmo de la noche estaba cerca.

—Voy a follarte hasta oírte gritar —le dijo Christopher, notando cómo su humedad crecía con las caricias que le hacía.

«Oh, Dios. Sí a todo», pensó ella. La intensidad de su mirada le secó la boca.

—Eso espero.

—Mírame, Scarlett —le ordenó.

Fue bajando poco a poco hasta situar la cabeza en medio de sus piernas, deteniéndose a escasos centímetros de su húmedo centro. Ella siguió su recorrido con la mirada, expectante. Podría morir en ese momento y no le importaría, con esa lengua juguetona que de forma experta la recorría entera. Comenzó a gemir cada vez más alto mientras él enterraba su boca, succionaba y lamía. Era puro pecado y necesitaba acabar quemándose en el infierno.

—Dios mío, me voy a correr otra vez —susurró. Se agarró con

fuerza a las sábanas cuando notó la segunda oleada llegar.

Su cuerpo volvió a hormiguear, cerró los ojos con fuerza y estalló.

—Me vas a volver loco —gruñó.

Christopher notaba su erección palpitar furiosa. Quería enterrarse en esa mujer como un animal salvaje. Al mirarla a los ojos comprendió que ella también lo deseaba con la misma intensidad. La tomó por la cintura y le dio la vuelta. Ella se apoyó en los codos y giró la cabeza para mirarlo. Christopher alargó una mano y pilló un preservativo. Con la boca, rasgó el envoltorio, se puso el condón y se agarró a ambos lados de su cintura. La vista de ella desnuda de espaldas era tremendamente sexy. Se inclinó para dejarle un reguero de besos desde el cuello hasta llegar la nuca y se posicionó en su entrada.

—Te deseo —dijo al tiempo que se enterraba en ella con un gemido. Scarlett gritó de placer—. Te deseo muchísimo —susurró repitiendo el proceso con lentitud.

Su mente iba a mil por hora. Le mordió el hombro y se volvió a enterrar en ella con más fuerza, exigiendo, forzando. Quería estallar, pero necesitaba controlarse para disfrutar del momento. Su ritmo se fue acelerando al tiempo que Scarlett empujaba las caderas contra las suyas, jadeando. Una fina capa de sudor cubría sus cuerpos y los gemidos se perdían en medio de la noche.

—Joder, nena... —fue lo único que pudo articular.

Estaba descontrolado, a punto de correrse. La embestía como un animal, buscando su propia liberación, que no tardó en llegar. Se tumbó a su lado, intentando controlar los latidos de su corazón. Luego se apartó y fue al baño. Al volver la vio tumbada en la cama, un poco tapada con una fina sábana. Estaba con la cabeza en las nubes, mirando uno de los cuadros de su habitación, con las mejillas sonrosadas y el pelo revuelto. Estaba guapísima y la idea de verla así todos los días de su vida cruzó por su mente. Ella desvió la mirada del cuadro. Sus ojos verdes se clavaron en él. El corazón empezó a latirle fuerte en el pecho, ahí parado, en medio de la penumbra, observándola, consciente de que se estaba enamorando de esa forastera.

—Quédate esta noche.

Ella sonrió y asintió, provocando que él también sonriera de

vuelta. Se tumbó a su lado y la atrajo por la cintura. Scarlett se apoyó en su pecho, amoldándose a su figura. Percibió la aceleración de su corazón y trató de ignorar que el suyo latía a la misma velocidad.

No se sentía fuera de lugar; de hecho, estaba cómoda apoyada en su pecho. Pocas veces se había quedado a dormir en las casas de los hombres con los que se había acostado. Siempre trataba de acabar en su propio piso, y así los despachaba rápido o, más bien, ellos captaban la indirecta. Pasó una mano por su torso, trazando su contorno. Como respuesta se ganó un pellizco en el trasero.

—¡Eh! —protestó Scarlett.

—Ten las manos quietas..., aunque ya sé que es imposible. Soy irresistible —dijo volviendo a su tono arrogante, esa vez con una sonrisa boba en los labios.

Por parte de Scarlett solo ganó un bufido, pero se abrazó más a él.

—Está bien, lo admito, eres irresistible.

Él siguió sonriendo en la oscuridad y la apretó más contra su cuerpo.

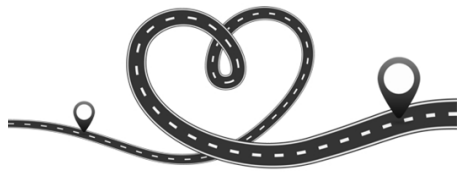
—¿Y ese arranque de sinceridad?

—No sé, será que quiero volver a follarte alguna vez. Así que más me vale halagarte un poco, aunque te odie y me parezcas un engreído.

—Te encanto.

Ella se limitó a sonreír contra su pecho antes de relajarse y quedarse completamente dormida.

9



La espléndida mañana se filtraba a través de las tupidas cortinas a pesar de que Christopher las había cerrado concienzudamente. El hilo de luz la golpeaba en la cara. Abrió un ojo con desgana, deseando quedarse más rato en la cama resguardada del sol. El calor a esa hora del día era asfixiante. Cuanto más se acercaba el mediodía, más insoportable era el bochorno.

Tenía el regusto amargo del mal aliento matutino en la boca por no haberse lavado los dientes antes de irse a dormir. Seguía desnuda y satisfecha. Se frotó los ojos y bostezó con ganas. Palpó la cama. No notó ningún cuerpo a su lado y se asustó. Se incorporó de golpe, apartando la sábana sin ningún pudor. Todo estaba en completo silencio.

—¿Chris? —pronunció en voz alta.

Miró por la habitación y aguzó el oído. Nadie contestó. De un bote bajó de la cama y empezó a buscar con la mirada su ropa. Él había tenido el detalle de dejarla sobre un coqueto sillón, bien doblada, con una nota encima y una toalla de baño al lado.

> Tienes café en la cocina.
> Estoy en el taller.
> Me encantó lo de anoche.

No estaba nada mal, un detalle muy simpático por su parte. Al segundo, la asaltó otro tipo de pensamiento. Madre mía, pero, a ese hombre, ¿qué le pasaba? Dejaba a una desconocida sola en su casa. ¿Y si le robaba? ¿Y si en realidad era una psicópata? ¿Y si, no sé, le

incendiaba la cocina, por ejemplo? Todo era cuestión de probabilidades. Menos mal que se tenía a sí misma por una persona decente y respetuosa con las propiedades ajenas.

Se vistió rápidamente y fue a la cocina. Decidió no ducharse en su casa, ya había invadido su privacidad demasiado, lo haría al llegar al motel. La cafetera estaba llena, otro detalle. Estaba agradecida con sus atenciones, pero no eran necesarias. ¡Ni que la estuviese cortejando! Ni quería ni necesitaba todas esos gestos de cortesía..., ¿verdad? Esas atenciones quizá serían más indicadas antes del sexo, porque en esos tiempos que corrían todo lo previo a *eso* se hacía con el objetivo único de conseguirlo, según ella había podido comprobar. Pero ellos dos estaban por encima: fuera romanticismo, fuera cortejos y directos al grano. Era perfecto.

¿Tendría ese mismo modo de proceder con las otras chicas que se ligaba? Error, error, error... No era de su incumbencia y no debía pensar de esa forma, así que fuera todo eso. Ellos ya habían alcanzado su objetivo. Y pensar que había creído que el pueblito no le iba a dar entretenimiento...

«Mal, mal, mal.»

Encendió la cafetera para calentar el café, pues no entendía a los psicópatas que lo tomaban frío por la mañana, aunque hiciese cuarenta grados fuera. No había nada más asqueroso en el mundo, bajo su punto de vista, que el café frío a primera hora. Se te quedaba el cuerpo destemplado. Como cuando te iban a dar un beso y al momento se arrepentían y te besaban en la mejilla, o cuando ibas a ducharte y se acababa el gas y el agua te salía helada, o cuando sacabas toda la ropa de la secadora y un calcetín siempre se quedaba desparejado. Eran circunstancias que una prefería evitar siendo previsora y cerciorándose de antemano de que todo va según lo planeado: que el café se pone a calentar, que das tú el paso para besar a la otra persona dejando claras tus intenciones o que te cercioras, antes de meter la ropa a lavar, de que todos los calcetines están emparejados.

Era cuestión de organización, aunque de eso su vida últimamente tenía poco.

Solo eran unos pocos baches que debía superar. Ella lo había hecho todo bien. Había solicitado las vacaciones en plazo y forma, tenía la maleta lista y cerrada un día antes de emprender su viaje, a

excepción de los libros que se iba a llevar. El que estaba leyendo allí en Wickenburg lo eligió antes de salir por la puerta de su piso. Todo controlado, todo en orden, todo según el plan. Lo que no esperaba encontrar en su viaje era a un chico atractivo, atento, bastante desvergonzado y que le removía todo por dentro. Sí, esos últimos días se salían de su estructurada rutina, pero, ¡demonios!, para eso eran las vacaciones, ¿no?

De todas maneras, sí odiaba tener que perder su valioso tiempo allí, dependiendo de terceros para que solucionaran sus problemas. Ella de mecánica no tenía ni idea y confiaba en los profesionales. Sí, se podía decir que confiaba en que Christopher hiciese un buen trabajo con su Mustang, tan bueno como el que le había hecho a ella an...

«Listilla, para el carro. ¿Me estás comparando su trabajo como profesional con su desempeño sexual contigo? ¿Es que acaso estás tomando drogas con el café?»

«A ver, si es tan eficaz con el coche como lo fue anoche...»

«Lo que hay que oír un lunes por la mañana...»

La casa de Christopher era tan luminosa que rozaba lo absurdo, por la falta de cortinas en algunas zonas. Aun así, nadie lo podía ver a menos que se colase en el patio y jardín trasero. Quizá fuese una de esas personas pudorosas y no fuera desnudo por su casa a pesar de vivir solo, aunque lo dudaba mucho. La de cosas que habrían visto esas paredes... y que ella misma había visto hacía unas horas... Sí, se estaba sonrojando, y menos mal que no había nadie como testigo.

Se tomó la molestia de fregar la taza que había dejado él sucia en el fregadero para evitar fisgonear en sus armarios en busca de una nueva. Así era ella, intentaba a toda costa no meterse en la privacidad de nadie. Eso sí, necesitó salir a disfrutar del patio trasero con su taza de café, a pesar del calor que hacía, sentándose en la sombra solo por la paz y tranquilidad que le transmitía. Se llevó el café a los labios con la absurda idea de que él había hecho lo mismo antes. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y pensó en lo poderoso que se veía la noche anterior su cuerpo desnudo sobre ella.

Como había sospechado, Christopher tenía un cuerpazo de infarto. Todavía mejor de lo que esperaba. Además, era apasionado, salvaje y fogoso, a la vez que complaciente con ella. Inevitablemente la recorrió una ola de calor y un cúmulo de tensión se posó en su bajo

vientre. Sí, había sido todo un caballero al complacerla a ella primero, antes de correrse él. No muchos lo hacían, y en ocasiones era tan frustrante que pensaba en el error que había cometido acostándose con auténticos idiotas a lo largo de su vida. Los de la velada anterior habían sido unos polvos difíciles de superar..., a no ser que volviesen a probar de nuevo... y en nuevas posturas y...

«Me tomas el pelo, ¿verdad? Tanto negarte y ahora...»

Silenció a su conciencia, enterrándola bien hondo, y dejó libre el pensamiento irracional y emocional, volviendo a excitarse con la idea de follar otra vez con él. Sí, no entendía el motivo por el que lo había estado alejando tanto cuando luego se lo habían pasado tan bien juntos. A lo mejor se quedaba unos días más en Wickenburg si él quería... repetir.

Se aseguró de no dejarse nada en la casa y salió por la puerta principal comprobando que nadie la viera, mirando a ambos lados de la calle como si la estuviesen espiando. El vecindario estaba tranquilo a esas horas. No había nadie, ni a pie ni en coche. Puso el GPS y, con el móvil en la mano, demostrando ser una auténtica forastera, puso rumbo al motel, que era, desde hacía unos días, su casa temporal.

Entró, y Claudia y ella intercambiaron miradas. ¿Le notaría la satisfacción en la cara? Podía no llevar el mejor pelo del mundo, pero al menos su ropa no estaba arrugada. Quizá nadie podría sospechar que no había pasado allí la noche. La recepcionista podría suponer que había salido a tomar el desayuno temprano y que en ese momento volvía. De hecho, deseaba que pensase eso para ahorrarse el mal trago y sentirse juzgada. Soltó un suspiro cuando la chica desvió la mirada y se concentró en el ordenador. Casi llegando a su puerta, oyó a alguien caminando detrás de ella.

—Scarlett, querida... —Una voz unos decibelios más altos de lo habitual la llamó.

—¡Buenos días! —Pegó un brinco, sobresaltada, con las llaves en la mano.

—Desde luego que buenos —le insinuó entrecerrando los ojos—. Soy Cindy, la dueña. Mi marido es quien te está reparando el coche. Bueno, técnicamente no es él, es *Christopher* —remarcó mucho su nombre—. Oye, ¿cómo estás? No pude pasarme antes a saludarte.

«¿Acaso sabía algo? Maldición. No nos gusta nada el tonito de su voz», rezongó su conciencia. Tenía que empezar a disimular un poco si

no quería que sus intimidades salieran a la luz. ¿Cómo había dicho que se llamaba?

—Bien, estoy bien. Vengo de... de comerme el desayuno.

«Más quisieras tú “comerte el desayuno”.»

Debía de tener alucinaciones, porque la voz de su conciencia había pasado a ser la voz de Christopher...

—Ah... —La miró de hito en hito—. Claudia me ha dicho que no has pasado la noche aquí.

—¿Cómo? —La miró horrorizada. Lo que le faltaba por oír.

—Bueno, las cámaras del motel no mienten. Por la seguridad y esas cosas, una tiene que revisar las grabaciones, y más siendo la dueña. —Terminó riendo.

«Chismosa», pensó Scarlett. Pero ¿qué sabría, concretamente? Fuera como fuese, iba a negarlo todo rotundamente delante del juez. Se declararía inocente hasta que demostraran lo contrario.

—Ya —dijo de forma seca.

—Sí, bueno..., intentamos ser concienzudos con la seguridad. Tomo nota de todo lo que veo y... de todo lo que no —soltó con malicia.

A Scarlett ya no se le hacía tan simpática la mujer.

—Bien —respondió cortada.

—Bueno, eso y que mi Fred me dijo que te vio saliendo del Lucy’s con Christopher anoche.

—Qué bien —contestó con sorna.

«No sabía que me espiaba todo el mundo aquí.»

—Nada, querida. En todo caso espero que te haya gustado Wickenburg y que regreses pronto. He oído que ya tienes el coche listo.

Obvió la tirria que le estaba cogiendo a esa voz aguda y entrometida y le preguntó con interés.

—¿Le han dicho algo esta mañana de mi coche?

—No, no. Me lo dijo el viernes John, que ya lo tenían reparado. —Al ver la cara de duda de Scarlett tuvo la necesidad de excusar a su marido—. Igual se les pasó avisarte, querida.

—Claro, sí, eso debió de...

Y entonces se dio cuenta de la importancia de lo que acababa de revelarle.

El viernes.

EL VIERNES.

«Viernes. Friday. Vendredi. Divendres. Vrijdag. Παρασκευή. 金曜日.»

Sí, su mente lo procesaba de la misma manera, fuese en el idioma que fuese.

Su Mustang estaba listo el viernes. Lo tenían arreglado el viernes. Se podría haber ido el viernes.

«Me cago en su puta madre.»

La cabeza le iba a mil por hora procesando esa información. Trataba de rememorar todas las series y libros de asesinatos que había visto o leído en su vida, a ver si alguno le valía para ayudarla a cometer un crimen sin ser descubierta. Porque iba a matar a alguien ese mismo día si nadie la paraba a tiempo. Concretamente, lo iba a matar a él. No se merecía ni que pronunciase su nombre mentalmente. Sería, a partir de ese momento, el Innombrable, el estúpido Innombrable. Intentó serenarse antes de hablar. La rabia se manifestaba a través de sus puños apretados a los costados. La mujer seguía mirándola, extrañada, esperando a que dijese algo.

—Gracias por su ayuda —fue lo único razonable que se le ocurrió decir.

Cindy le sonrió de vuelta, pensando que había cumplido su objetivo de ser una buena anfitriona para esa turista.

—Para cualquier cosa, nos tienes a tu disposición. —Antes de girarse e irse, añadió—: En este pueblo nos caracteriza la amabilidad.

Scarlett le dedicó una sonrisa falsa. Quería que se largara de allí y la dejase en paz. Necesitaba planear la muerte de alguien y debía estar sola para eso.

«En este pueblo nos caracteriza la amabilidad.»

«In isti piibli nis quirictirici li imibilidid.»

«Aaaaaaaaaaaahhhhhhhhhhhh.»

Obviamente, no lo gritó, fue más como una implosión. ¡A la mierda! Volvió a guardar las llaves de la habitación y enfiló por el pasillo por donde Cindy se había ido. La adelantó, llegando antes que ella a la recepción, y ni siquiera se giró cuando oyó cómo la llamaba a sus espaldas. Estaba enfadada. Estaba furiosa. Que el Innombrable rezase, porque lo iba a despedazar.

Le había costado horrores tener que levantarse y separarse del abrazo de Scarlett. Estaba tan a gusto y la sentía tan tranquila durmiendo a su lado que pensó en inventar una excusa solo para quedarse y verla dormir un rato más. Disfrutó de su expresión relajada, de verla tan bonita, desnuda, durante un buen rato. Paseó la mano por su espalda, acariciándola. Ella murmuró en sueños, se movió y se acercó más a él. Christopher la abrazó con gusto y le besó el pelo en un gesto que hasta a él se le hizo extrañamente cariñoso.

Todavía en la cama, le vinieron recuerdos de la noche anterior..., de lo salvajes que fueron sus besos, de ellos desnudos vibrando en la misma onda, de lo mucho que habían conectado. El cuerpo de Scarlett respondía a cada una de sus caricias. Hinchó el pecho con orgullo. Observarla mientras se corría, disfrutar de su cara de placer y de su voz gimiendo contra sus labios había sido de las cosas más excitantes que había hecho en su vida. Su piel sonrojada, los labios húmedos y el fuego en sus ojos lo consumían. Tuvo que tragar fuerte porque le bastaba ya con la erección matutina, no quería agravar más la situación. Apartó su brazo a un lado con suavidad y se levantó de la cama. La miró de pie, su cara serena y tranquila y su respiración acompasada. No le importaría levantarse con esas vistas todas las mañanas, desde luego que no.

«Cuidado.»

Recogió toda la ropa que estaba tirada por el suelo y la dobló cuidadosamente, dejándola en el sillón. Se acercó al borde de la cama, se aproximó a ella y le rozó una pierna con las yemas de sus dedos. Era preciosa. Estaba preciosa entre sus sábanas. Scarlett se removió y hundió su cara en las almohadas. La dejaría dormir tranquila. Se aseguró de cerrar bien las cortinas de la habitación y dejó la puerta entreabierta. Con la mayor de sus sonrisas fue al baño a ducharse. El sexo más salvaje de su vida, sin lugar a duda.

Por mucho que al principio lo negase, esa chica lo había atraído desde que la vio parada en medio del taller hecha un cristo. Había notado la atracción física, la corriente eléctrica cada vez que la miraba a los ojos, y cómo su cuerpo se tensaba a su lado. Lo que no sabía al

principio era que ese sentimiento era mutuo, que el deseo era mutuo. Otra estúpida sonrisa volvió a sus labios. Su mente la recordó gimiendo en su cama.

«Concéntrate», se dijo.

Pero quería que volviese a pasar, su cuerpo quería volver a sentirla. Viendo el rumbo que tomaban sus pensamientos, se acabó el café que había preparado de golpe, dejó la taza en el fregadero, miró la hora y cogió las llaves del coche. Se acercó al dormitorio a dejarle una nota y pegar un último vistazo. Fue una mala decisión porque salió por la puerta de casa empalmado. La asaltaría de nuevo si no se iba ya, como un auténtico maníaco sexual.

Christopher llegó al taller temprano, tal y como acostumbraba a hacer siempre. Los lunes eran los peores días.

—Vamos, hombre, cuéntanos qué tal fue anoche con la chica —rogó por enésima vez Fred.

«Muy bien.»

«Demasiado bien.»

«Jodidamente perfecto.»

Christopher se limpiaba las manos llenas de grasa mientras lo miraba irritado. No soltó nada, a pesar de sus cientos de preguntas e insistencia. Que si los había visto irse juntos del Lucy's, que la tía estaba cañón, que menudo culo tenía... y mil cosas más como esas tuvo que aguantar.

—Déjalo ya, es una tumba —puntualizó John. Una palmada en la espalda era siempre inevitable cuando hablaba con cualquiera—. Con que os lo hayáis pasado bien, me vale.

Se dirigió a la oficina de John más tenso de lo normal. No le gustaba que indagasen en su vida privada, la reservaba para él a menos que él quisiera explicar algo, lo que no era el caso. Tampoco quería dar explicaciones de más de la noche anterior. No estaba preparado para contarle a nadie que se habían acostado y que se sintió tan a gusto a su lado que hasta él mismo se sorprendió.

—Vamos, tío, dime algo. Seguro que está tan buena como parece.

Dios, hasta yo me la fo... —No terminó la frase.

Los ojos de Christopher rebosaban ira contra él. Tuvo que contenerse para no soltar una maldición y pegarle a ese niñato.

—Ni se te ocurra decirlo —le gruñó—. Punto final de la conversación.

—¡Ja! Eso no te lo crees ni tú —volvió a insistir, como si no apreciase su vida, porque realmente se estaba ganando una buena.

—Fred —inspiró hondo—, no me acuesto con las clientas del taller —mintió descaradamente.

—Querrás decir que sí te acuestas con ellas —escupió este.

—Me estás tocando ya los cojones.

—¡Chicos! —los reprendió John, sentado tras la mesa de su despacho.

—Se rumorea que te la follaste en el baño. —Fred habló por lo bajo—. Niégalo —lo retó.

Se miraron unos segundos con odio en los ojos, uno buscando saber la verdad y el otro detestando que esta se supiese, a ver quién de los dos cedía antes.

—No me gusta Scarlett y nunca me acostaría con ella —siseó—. ¿En qué idioma quieres que te lo diga?

—Os vio Ashlee. No solo os vio, oyó lo que sea que le estuvieses haciendo en el baño.

—¡Venga ya! —bufó exasperado—. ¿Mandaste a tu novia a espiarme?

—Quería asegurarme. —Sonrió burlón.

Christopher respiró hondo y relajó los puños que mantenía apretados a los costados de su cuerpo. Estaba fuera de sus casillas. Todo el mundo andaba entrometiéndose en su vida como si tuviese el derecho a hacerlo. Ese era el único problema de Wickenburg, la gente cotilla y metomentodo, la falta de privacidad y los excesivos rumores. Aunque en ese caso eran ciertos. Totalmente exasperado y exhausto de negarlo todo, explotó contra Fred.

—Sabes, gilipollas, no solo me la follé en el baño. Me la follé también en mi casa. Lo digo para que el rumor se acerque más a la realidad. ¿Contento? —siseó entre dientes.

Fred se quedó mudo.

—¿Y ahora qué mierda te pasa?

Su mirada se dirigió por encima del hombro de Christopher.

Estaba pálido.

«No puede ser», pensó.

—Hola.

Una conocida voz femenina lo hizo girarse.

La vio allí plantada, con la misma ropa que le había quitado la noche anterior. Una fina capa de sudor le cubría la frente. Estaba furiosa, se lo notaba en la mirada. Scarlett puso los brazos en jarras antes de avanzar un paso en su dirección.

—Sabía que eras un cretino, pero has superado con creces mis expectativas. Dime una cosa, ¿me ibas a decir lo de mi coche antes o después de volver a llevarme a la cama? —Cuando él se dispuso a responder, ella alzó una mano, deteniéndolo—. Mejor no contestes, no me creo ni una palabra que venga de ti.

«Tierra, trágame», pensó Christopher. Dio un paso al frente mientras veía por el rabillo del ojo cómo Fred desaparecía para dejarlos solos. Genial, los lunes eran unos días estupendos.

—Mira, no sé qué has oído, pero...

—He oído lo suficiente. —Sus ojos lo estaban enterrando vivo—. Le he dado vueltas mientras llegaba hasta aquí. ¿Por qué viniste el viernes a verme? Me tomaste el pelo y yo te seguí el juego como una boba. ¿Tu plan era conseguir acostarte conmigo? Me pude haber ido de este pueblucho esa tarde, pero no. Aquí tuviste tú el honor de intervenir en mi vida y ponerla patas arriba. Te daré un consejo —avanzó hasta casi pegarse a él—: limítate a hacer tu puto trabajo y jamás jamás jamás me vuelvas a tocar. Odio a los mentirosos y tú... —lo miró de arriba abajo con desprecio—, tú has resultado ser el peor.

Si en ese momento las miradas matasen, a él ya le habrían dado sepultura y probablemente ella estaría escupiendo sobre su tumba. La furia centelleaba en sus ojos. Al final, todo lo que podía salir mal había salido mal. Sí, los lunes eran unos días cojonudos...

—Scarlett, yo no...

No le permitió terminar. Giró sobre sus talones y lo dejó con la palabra en la boca. Se metió en el despacho de John y cerró la puerta. Después de unos diez minutos, ambos salieron de allí, John con cara de preocupación y Scarlett un poco más relajada, pero sin perder la pose de cabreo que llevaba consigo. Tenía ya las llaves del Mustang en la mano y pasó por su lado sin mirarlo, con la cabeza bien alta. Se dispuso a abrir la puerta del conductor cuando este tomó aire y se

aproximó.

—Lo siento —dijo sujetándola del brazo con suavidad.

—No se te ocurra tocarme.

Lo dijo con un tono tan gélido que el chico la soltó de inmediato. Scarlett se montó rápidamente en el coche y bajó la ventanilla. Apretó el volante con ambas manos y los nudillos se le pusieron blancos. Christopher aprovechó el momento para seguir con su disculpa.

—Oye, en serio, no quise...

—No necesito escucharte más. —Le dedicó la mirada más fría desde que la había conocido.

—No quise hacerte daño, en serio, yo... —Y se quedó con la frase en el aire, incapaz de justificarse.

Ella lo observó con perplejidad. Se sentía como una completa idiota. Le dolía el pecho y le hervía la sangre, con la rabia fluyendo por sus venas. Todos los recuerdos de la noche anterior estaban envueltos en una telaraña de mentiras, y ella había caído de lleno en ella. Lo miró directamente a los ojos mientras rebuscaba en sus bolsillos, y con rabia le tiró la nota que le había dejado esa mañana. Este trató de pillarla al vuelo, pero cayó al suelo y tuvo que agacharse a recogerla.

—Eres un gilipollas —le soltó mientras arrancaba el motor.

Subió la ventanilla, dio marcha atrás, sacó su coche del taller y puso rumbo al motel.

El sonido del Mustang rugiendo a la salida del taller resonaba en la cabeza de Christopher, al igual que las palabras tan hirientes que ella le había dedicado. Tiró con fuerza al suelo el trapo que llevaba en la mano mientras maldecía. John lo observaba a unos pasos.

—Soy imbécil —farfulló en voz alta.

—No soy quién para juzgarte, hijo —se acercó y le puso una mano en el hombro—, pero creo que le has hecho mucho daño con tu manera de proceder.

Rumió esa frase durante casi una hora, desgranándola en su cerebro hasta exprimirla. Sí, le había hecho daño y lo que quería era

disculparse y darle una explicación del porqué de su forma de actuar, aunque no tuviese el más mínimo sentido. Le dolía pensar que ella creyese que le había mentido con la intención de llevarla a la cama. Eso no era cierto. Simplemente las cosas se habían dado así. Se arrepentía profundamente de lo que había hecho. Solo..., solo había pretendido que se quedase unos días más, pero engañarla de esa forma no había sido la mejor manera de lograrlo. Ojalá ella no fuese más que el recuerdo de la chica guapa que llegó al taller, a la que ayudó y que se marchó. Sería un bonito recuerdo si hubiese sido de ese modo. Pero no; a partir de ese momento, cada vez que pensase en ella, vería su cara de decepción y enfado.

Estaba bien jodido.

—Tengo que irme, John, es urgente —se disculpó, y no se quedó a escuchar la réplica de su jefe.

No pudo aguantar más los nervios. Algo en su cerebro hizo clic. Nervioso, entró corriendo en el despacho y agarró las llaves de su camioneta. Condujo directo hacia ella. Necesitaba darle una explicación, la que fuese, pedirle perdón, pero no podía aguantar más a su cabeza dándole vueltas a la situación. Aparcó en un lateral, en el parking de grava, y suspiró aliviado al ver todavía el Mustang. Le dio un poco igual que la chica de recepción lo viese entrar como un loco, andando con rapidez hacia las habitaciones mientras oía de fondo algo como «no puedes hacer eso». Su objetivo era llegar allí como fuese, así que más valía que nadie se interpusiera en su camino, porque le pasaría por encima.

«Quince, dieciséis, diecisiete y... ¡dieciocho!»

Se paró con las manos a ambos lados del cuerpo; estaba nervioso y no tenía ningún discurso sensato preparado. Quizá volver a decirle que lo sentía valdría para que no acabasen tan mal las cosas entre ellos. Todo era tan incierto que dudó antes de tocar con los nudillos a la puerta. Sentía las palpitaciones de su corazón agitado. Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Scarlett, abre la puerta, por favor —suplicó con suavidad desde fuera.

No obtuvo respuesta, pero sabía que estaba dentro. Tenía que estarlo.

—Scarlett, abre, por favor —rogó de nuevo con más insistencia.

—¡Piérdete, gilipollas! —gritó ella desde dentro.

—Solo quiero que hablemos.

—¡Y yo solo quiero perderte de vista de una vez!

Abrió los ojos con sorpresa. Rumió qué hacer y decidió no darse aún por vencido. Vale, tal vez se estaba comportando como un acosador, pero llegados a ese punto no podía detenerse. Le debía una disculpa y pensaba dársela. Giró sobre sus talones y enfiló el camino de nuevo a la recepción, casi chocando con Claudia en el camino, que lo andaba persiguiendo.

«Si no va a ser por las buenas, será por las malas.»

Esta lo miró de hito en hito. Christopher puso su mejor sonrisa, tratando de sacar a flote su amabilidad e ignorando el nudo de su estómago. Claudia avanzó indignada y acalorada hasta su mostrador en la recepción. Él se apoyó en este y trazó su estrategia mentalmente.

—Sabes que no puedes entrar así, ¿verdad?, por mucho que conozcas a la dueña. Nuestros clientes aprecian mucho su privacidad y cualquier visita debe ser informada previamente. Va en contra de las normas..., y esa clienta en concreto ya se quejó de eso y lo sabes, estabas presente cuando lo hizo.

—Claro, Claudia, lo comprendo.

—¡Pues me ha tocado perseguirte por el motel! —le recriminó.

—Verás, bueno, cómo explicarte... —No tuvo otra que improvisar —. Cindy, la dueña, evidentemente sabes que la conozco. Sí, eso es. Ehhh, bueno, pues mi amiga se aloja aquí y me ha llamado y..., y, verás, dice que se encuentra fatal. ¡Una indigestión! —Claudia puso cara de no creerse una palabra—. Y he entrado corriendo porque estoy preocupado por ella y... no me abre la puerta.

—Ajá.

—A lo mejor tú me puedes hacer el favor de dejarme otra copia de la llave. Es la dieciocho —expuso cuidadosamente—. Como te he dicho, estoy preocupado. Igual ni se puede levantar del baño. Las diarreas son terribles, ¿sabes? —Le dedicó una expresión de fingida inquietud.

—Vas a tener que inventar algo más creíble.

—Claudia, dame la llave —le advirtió, desesperado.

—No voy a hacer eso.

—¡Oh, vamos! Conozco a tu jefa, ¿recuerdas?

—¿Me estás amenazando? —Entrecerró los ojos.

—¡No! No quería insinuar nada de eso.

—No voy a darte la llave. Tu *amiga* acaba de entrar y se la veía muy en forma.

«Mierda.» Vale, había llegado el momento que no quería que llegase. Era hora de preparar su artillería pesada. Le regaló su mejor sonrisa y trató de coquetear con ella. Christopher colocó su mano sobre la de ella. Claudia se puso nerviosa.

—Claudia —pronunció su nombre de forma sensual—, hazlo solo por esta vez, por favor. Nadie se va a enterar.

La guerra por conseguir esa llave había comenzado y necesitaba ser el ganador. Nadie lo mandaba a la mierda de esa manera, no al menos con una puerta de por medio. Que se lo dijese a la cara si tenía valor. Él solo pretendía disculparse con ella. «¡Piérdete, gilipollas!» Recordó el modo en el que Scarlett lo había despachado. Negó con la cabeza. A lo mejor eso era lo que tenía que hacer, darse la vuelta y mandarlo todo al carajo.

—No debo hacer eso.

—Claudia, hay muchas cosas que no debemos hacer y las hacemos igualmente.

—Me estás pidiendo la llave de una clienta. ¡La llave de su habitación! —susurró, como si fuese pecado lo que le estaba diciendo —. ¿Por qué quieres esa llave? —le insistió.

—Tiene una indigestión, ya te lo he dicho.

Claudia bufó. Christopher seguía sosteniendo su mano.

—Vamos a hacer una cosa: voy a llamarla primero. —Christopher la miró con esperanza en los ojos—. Según lo que diga, te dejaré pasar. ¿Qué habitación has dicho que es?

—La dieciocho.

Se puso nervioso. El plan iba de mal en peor. Scarlett le iba a decir a Claudia que por nada del mundo lo dejase pasar y, entonces, ¿qué haría él? Aun así, aguardó mientras ella marcaba la extensión y esperaba con el auricular en la oreja. La vio fruncir el ceño: nadie respondía al otro lado.

—Déjame que pruebe otra vez.

Después de tres llamadas fallidas, vio que la muchacha se ponía algo nerviosa.

—¡Te lo he dicho! Está en el baño seguro, o tirada por el suelo de la habitación. Me está esperando desde hace un rato. Dame la llave, por favor. —Puso su mejor cara de cordero degollado. En ese instante

sostenía la mano de ella entre las suyas.

—No sé...

—Por favor. Por favor, Claudia.

—Está bien —musitó—. Voy a hacerte el favor —dijo ya con un tono de voz normal—, pero te voy a acompañar porque no me fio de ti —añadió girándose en dirección al armario que contenía todas las copias de seguridad.

Oyó el tintineo y el número dieciocho brilló bajo la luz del sol. Depositó la llave en el mostrador y se dio la vuelta para cerrar el armario. Christopher aprovechó su descuido para pillar la llave y correr hacia el pasillo, dejándola atrás.

—¡Te debo una!

—¡Eh! ¡Oye! Me cago en...

Pero no la escuchó. Sintió que sus pies no tocaban el suelo de lo rápido que corría. Volvió a recorrer la hilera de puertas iguales, solo distinguidas por un número, hasta situarse frente a la dieciocho. Lo tenía, lo había conseguido. La mujer de su jefe iba a matarlo por eso, pero le dio igual, ya se disculparía con ella. Tampoco era para tanto. Se mordió el labio, nervioso. Las explicaciones amenazaban con salir de su mente a borbotones antes de tiempo. Debía contenerse. Si no entraba ya para hablar con ella le soltaría el discurso a la mismísima puerta fingiendo que era Scarlett.

—¡Eh! ¡Demonios, espera!

La voz de Claudia resonó por el pasillo, así que se dio prisa. Metió la llave en la cerradura, la giró y abrió poco a poco. Sus ojos pasearon por toda la estancia, sin verla.

«¿Dónde se ha metido?»

Una cabeza mojada asomó por la puerta del baño y, cuando lo descubrió allí de pie, junto a la puerta abierta, no pudo evitar gritar.

—No... —Solo pudo decir eso antes de que Scarlett soltase un chillido atronador.

Cerró la puerta de golpe colándose dentro y acortó la distancia que había entre ellos con pasos rápidos, sujetando la puerta del baño con un pie antes de que se la cerrase en las narices.

—Scarlett —insistió.

—¿Cómo coño has entrado? —dijo con pánico en la voz—. ¡Sal de aquí! —le volvió a gritar al tiempo que trataba de cerrar.

—¡Eh! Llamaré a la policía como no salgas —vociferó la

recepcionista pegada a la puerta.

Scarlett estaba a punto de volver a chillar cuando le tapó la boca y habló por ella.

—Está todo bien, Claudia. —Scarlett le estaba pegando en los brazos para que la soltase—. Tranquila, estaba en el baño. —Los ojos de Scarlett se abrieron mucho—. Voy a soltarte en cuanto se vaya la pesada esta —le susurró mientras mantenía su boca tapada.

—Te juro por Dios que, como no salgas, llamaré a Cindy —lo amenazó—. ¡Y me da igual que la conozcas!

Scarlett balbuceó un ininteligible «hijo de puta» y le pegó tan fuerte en el hombro que le hizo daño.

—Llámala, aquí te estaremos esperando —se burló él.

Se coló por completo en el baño con Scarlett. El espacio era reducido, el vapor de agua de la reciente ducha seguía cargando el ambiente y casi le dio un ataque al ver que ella solo llevaba una toalla alrededor del cuerpo. Lo miraba con pánico en los ojos y agarraba con fuerza la única prenda que cubría su desnudez. Él la soltó, muy consciente de la poca distancia que los separaba.

—Lo siento, no he podido entrar de otra forma.

—¿Estás loco o qué?

—Lo siento, por lo general no hago estas cosas.

—Me da igual lo que hagas. ¡Sal de aquí! —ordenó de nuevo, furiosa.

—No —sentenció.

—¿Cómo? —Se estaba cabreando mucho.

—He dicho que no me voy a ir.

—¿Cómo has entrado? —gritó exasperada.

Scarlett solo pensaba en que le estaba bloqueando la única vía de escape que tenía. ¿Acaso era de verdad un asesino? ¿Un acosador? ¿Había venido a matarla en la ducha como en *Psicosis?* Mil preguntas surgieron de inmediato en su mente.

—Tengo mis habilidades.

La convicción con la que soltó eso enervó a Scarlett. Eso y su estúpida sonrisa arrogante.

—Scarlett, quiero hablar contigo.

—¿Te das cuenta de que podría llamar a la policía ahora mismo?

—Pufff —bufó él.

—¿Pufff?

Trató de empujarlo con su cuerpo para apartarlo y salir de allí con la mayor dignidad que le podía ofrecer su toalla, pero le fue imposible; eso era casi como intentar mover una viga de acero con el dedo índice. Miró la ventana del baño como posible vía de escape. Mierda, era demasiado pequeña.

—Voy a llamarla como no te apartes.

—Quiero hablar contigo. —Esa vez sí fue más delicado al hablar.

—Yo no. —Lo empujó de nuevo con el brazo que tenía libre. Se sentía muy vulnerable en ese momento.

—Scarlett, lo siento —empezó a decir—. Las cosas no han pasado como tú crees. Vengo a aclararlo todo, a que me des la oportunidad de hacerlo.

—Ah, ¿no? —Ladeó la cabeza—. ¿En serio? Entonces, ¿por qué me mentiste el viernes? Es que todavía no entiendo por qué lo hiciste. Me quería ir, ¿sabes? Y fuiste tú el único que me puso las trabas. Me engañaste con un propósito. ¿Cuál era? Porque no creo que olvidases decírmelo —y añadió, pegándole un manotazo—, ¡capullo!

Abrió los ojos ante el insulto. Vale, estaba claro que con o sin puerta de por medio lo iba a mandar a la mierda, y bien merecido que se lo tenía. Christopher se pasó una mano por el pelo mientras pensaba. Respiró hondo y la miró de nuevo. Scarlett se aferró todavía más a la toalla. Notaba gotas de agua caer a lo largo de su espalda. Su corazón martilleaba con fuerza en el pecho y quiso creer que era a causa de la furia y rabia que sentía por la impotencia de no poder salir de allí, no por su proximidad. Christopher abrió la boca y la cerró, sin nada bueno que decir, sin una excusa coherente que pudiese formular.

—¿Sabes? —Levantó la barbilla, orgullosa—. No me tienes que explicar nada, no me interesa lo que tengas que decir.

—Me he portado como un idiota.

—Ya, bueno, déjame salir de aquí —exigió ella, irritada.

Christopher se quedó pensativo y negó con la cabeza antes de apartarse de la puerta y darle vía libre. Los nudillos de Scarlett estaban blancos por la presión que ejercía su mano aferrada a la toalla, pues era verdaderamente consciente de lo vulnerable que era en esa situación. Suspiró aliviada cuando pasó por su lado y se situó en medio de la habitación.

—¿Puedes irte?

—De verdad que no lo hice con mala intención. Ni lo hice con el

propósito de llevarte a la cama. Joder, es que te vi ahí plantada y..., y...

«Y fue como ver la representación del verano y la calidez personificadas y quizá me latió demasiado rápido el corazón y deseé por un momento que nunca te marchases.»

Pero no dijo nada de eso. En vez de eso, inventó una excusa.

—Se me fue la idea de la cabeza. Me apetecía volver a verte y... Te juro que fue lo que sentía.

Scarlett arqueó una ceja antes de contestarle. No entendía nada.

—Me importa una mierda lo que sintieses —le dejó claro—. Me tendrías que haber dicho la verdad.

—¿Te hubieses quedado? —preguntó rápidamente.

—¿Cómo? —contestó, desconcertada por su pregunta.

—¿Te hubieses quedado si ya te hubiese dado el coche el viernes?

—¡Por supuesto que no! —mintió con rabia.

—¡Pues por eso no te lo dije!

—¿Me tomas el pelo, Christopher? —preguntó seriamente—. Es una broma, ¿verdad? ¿Te das cuenta de que me mentiste solo para que me quedase? Si hubiese querido quedarme, lo habría hecho de forma voluntaria, no manipulada por una trola.

—Lo siento —repitió—. La cagué, lo siento. Lo hice mal. ¡Joder! Sí, muy mal. Así no se hacen las cosas. No me lo creo ni yo, de veras. Pero por eso he venido. El remordimiento me estaba matando y cuando te vayas le seguiré dando vueltas al tema y por eso estoy aquí pidiéndote disculpas.

—¿Me ves cara de cura para confesar tus pecados?

—Scarlett, por favor..., perdóname.

Ella lo miró durante un largo rato en silencio. Caviló todas las posibilidades que tenía de deshacerse de él y que la dejase tranquila, porque estaba siendo muy pesado. Además, mirarlo no le estaba haciendo mucho bien a su cuerpo. Notaba un calor extendiéndose por todas partes. Estaba tensa porque imágenes que no quería recordar en ese momento volvían una y otra vez a su mente para atormentarla. Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Vale. Déjalo ya —se resignó e intentó sonar lo más serena posible.

—¿De verdad me disculpas? —planteó parándose en medio de la habitación, todavía no muy convencido.

Hubo un silencio incómodo entre ambos. Scarlett hundió los dedos de los pies en la moqueta por puro nerviosismo y desvió la mirada. Quería que se marchase y olvidar todo aquello, que fuese solo un recuerdo. Christopher, por su parte, no podía dejar de contemplarla. Sus hombros seguían cubiertos por una fina película de agua, el pelo empapado le goteaba entre el cuerpo y la toalla. Ah, y de más estaba decir que esa toalla era absolutamente diminuta: apenas le llegaba a la mitad de los muslos.

—¿Te vas a ir ya? —Centró la vista en su maleta abierta encima de la cama con casi todo guardado dentro.

Había recogido las pocas cosas que había desempaquetado, pero quiso ducharse antes de continuar su viaje.

—Sí, me iba a marchar en cuanto me cambiase.

—Claro.

Scarlett lo vio meter las manos en los bolsillos. Sus miradas no se apartaron hasta que ella la desvió para dirigirla a la moqueta. Sentía flotar entre ellos palabras cargadas de sentimiento, confesiones que ninguno de los dos se atrevía a pronunciar. Quizá era mejor así. Ella no era tan valiente.

—Me voy —aseguró.

—Vale —dio un paso, acercándose—, que tengas buen viaje. —Sus palabras fueron poco más que un susurro.

El corazón de Scarlett empezó a latir con nerviosismo por la cercanía, plenamente consciente de su desnudez. De hecho, pensaba que esa toalla no le impedía a él verla tal y como vino al mundo. Se lo notaba en la mirada. La atracción era demasiada. Tenía que salir de allí.

—Gracias.

Quieto, a un paso de ella, titubeó al hablar.

—Ha sido un placer conocerte.

La duda inundaba los ojos de Scarlett porque, a pesar del cabreo que llevaba encima, a pesar de que él le había mentido y de que se había colado allí sin su permiso, no era capaz de controlar el fuego que corría por sus venas. Era automático. Lo miraba y todo comenzaba a arder.

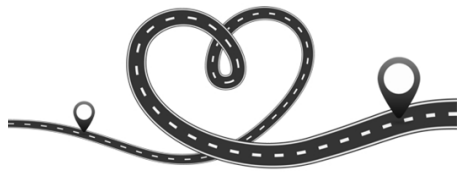
—No sé si soy capaz de decir lo mismo —murmuró ella.

—Lo entiendo. —Cabizbajo, dio un paso hacia atrás, separándose, y puso rumbo a la puerta. Casi a punto de salir, se giró y la miró de

arriba abajo—. Buen viaje. —Dejó escapar un suspiro junto con una negación de cabeza y cerró la puerta.

Ella suspiró aliviada. Por fin había puesto la distancia que quería y que necesitaba.

10



Christopher se pasó una mano por el rostro y abrió los ojos poco a poco. Le dolía muchísimo la cabeza y tenía la boca seca.

Mala señal. Muy mala.

El tiempo había volado desde que se había ido del motel. Suspiró y trató de incorporarse en la cama, pero lo detuvo una delicada mano sobre su cintura. Mierda. Se giró y vio la espalda de Catherine tumbada bocabajo. ¿Qué había pasado? No recordaba bien cómo había acabado de nuevo metida en su cama, y su dolor de cabeza parecía indicar que no tenía todos sus sentidos cuando tomó esa decisión. Apartó su delicado brazo a un lado y fue desnudo hacia el baño. Una vez allí, apoyó las palmas en el lavamanos y se miró en el espejo. La barba le había crecido un poco. Sacudió la cabeza a la vez que soltaba un suspiro y fue directo a la ducha. Cinco minutos después llevaba una toalla alrededor de la cintura y se secaba el cabello. Cogió su cuchilla de afeitar y empezó a rasurarse. Tenía mala cara y no se sentía nada bien, seguro que por las copas de más. Por culpa de estas también estaba Catherine allí. Doble mierda porque no se acordaba muy bien de nada. Hizo memoria, forzando a su dolorida cabeza a recordar lo que había sucedido hasta llegar a ese momento...

Después del motel volvió al taller de malhumor y estuvo así hasta

que terminó su jornada laboral, sin dirigir la palabra a nadie, ni a John ni a Fred. Ellos lo dejaron en paz y ni siquiera le preguntaron por Scarlett. Supuso que su cara lo decía todo. Era lo mejor para él, porque no quería dar explicaciones de nada. Se concentraría en su trabajo como buen profesional y se iría luego a su casa. Eso fue lo que pensó, pero, al final de su turno, Fred lo cogió por banda.

—¿Nos tomamos una cerveza, Chris? —preguntó con tacto.

Lo miró dubitativo y estuvo a punto de rechazar la propuesta, pero no le apetecía encerrarse en la soledad de su casa y acabar pensando en ella. De su boca finalmente salió un «sí». Así fue cómo, después de ir a cambiarse y arreglarse, acabaron de nuevo en el Lucy's. Arriba. Eso le trajo demasiados recuerdos, demasiadas emociones encontradas en un mismo lugar.

Apoyado en la barra, pidió una cerveza que dio paso a otra y a otra y a otra. No comieron nada, solo bebieron juntos. Su cuerpo era grande, pero no para aguantar cuatro cervezas seguidas con el estómago vacío. Fred lo acompañaba, sonriente, alegre, hablando de sus temas, intentando distraerlo. Era un buen chico en el fondo, algo rebelde, pero lo normal para su edad. ¿Quién no había sido un poco irresponsable y loco con veinte años? Él mismo había sido la viva imagen de eso, pero sacudió la cabeza para alejar los recuerdos.

Stan, el barman, se compadeció de él en algún punto de la noche y le fue dejando patatas fritas en la barra para que fuera picando, su única fuente de alimento. Fred desapareció de su vista y se quedó solo con sus reflexiones. Le dio un largo trago a su cerveza. Estaba casi borracho y sus ojos examinaron el local buscando a una rubia muy particular, como si realmente estuviese esperando encontrar a Scarlett allí de nuevo.

A la que sí que vio entre el gentío fue a Catherine; a ella y a sus amigas. La chica se dio cuenta de que la estaba mirando y no desaprovechó la oportunidad para ir a su encuentro. Contorneó sus caderas, con una sonrisa socarrona en los labios. Tenía un punto innegablemente seductor y provocativo, y él necesitaba a alguien esa noche que le lamiese un poco las heridas.

—¿Hoy solito? —le preguntó al acercarse.

—Hoy solito —repitió mientras dejaba su botellín vacío en la barra. A esas alturas ya había perdido la cuenta de cuántos se había bebido.

Catherine dudó antes de preguntarle.

—¿Y esa chica?

Christopher puso los ojos en blanco. No, justo eso no era lo que le tenía que preguntar. Solo quería distraer su mente y follar con ella un rato. No tenía ganas de pensar en Scarlett otra vez, joder.

—Se ha ido. —Al pronunciar esas palabras, una sensación extraña se posó en su estómago. Lo achacó a demasiadas cervezas de golpe.

—No te diré que lo siento.

—Era lo que querías —la acusó mirándola a los ojos.

—Esa estirada no encajaba aquí —soltó con odio en la voz.

A Christopher le molestó pero no le dijo nada.

—No.

«Y por eso me empezaba a gustar tanto.»

—Sabía que volverías —insinuó ella.

La respuesta de él no pretendió ser tan ácida como lo fue.

—Me has venido a buscar tú, no yo.

Catherine lo miró de hito en hito muy callada. Él tragó saliva y trató de despejar la mente. Cerró los ojos un segundo y acabó hundiéndose otra vez en el recuerdo de Scarlett como un imbécil. Se relamió los labios de manera inconsciente. La notaba tan real... Había sentido de una forma tan real a su lado que le era imposible olvidarla. Pero ya no estaba, ya no estaría nunca más. Y ni siquiera tenía su condenado teléfono. Frustrado, pidió otra cerveza.

—¿Cuántas llevas esta noche para olvidarla? —dijo la chica mirando el botellín. La voz de Catherine sonó extrañamente lejana.

Stan se la entregó de mala gana. Notaba en su cliente el reflejo de muchas personas que pasaban por su barra, personas despechadas que bebían para olvidar. Negó con la cabeza, compadeciéndose de Christopher.

—He perdido la cuenta —le contestó.

Se tomó la mitad casi de un trago y sus pies comenzaron a andar hacia Catherine. Todo sucedió muy rápido. Le pasó una mano por la cadera y la atrajo hacia él.

Ella lo miró a los ojos. Estaban vidriosos y reflejaban dolor. No quería caer esa noche. No buscaba ser el segundo plato de nadie, pero le fue imposible apartarse. Ya hacía demasiado tiempo que se había enamorado. La amenaza de la forastera había desaparecido y solo quedaban él y su corazón hecho pedazos. Catherine se veía con la

suficiente fuerza como para reconstruirlo, así que lo besó con ganas. A partir de ese instante, él no recordaba nada más, ni cómo habían llegado hasta a su casa ni cómo pasó todo.

—Buenos días —lo saludó Catherine, despertándolo del trance.

Llevaba únicamente unas bragas cubiertas de forma parcial por una de las camisetas de Christopher.

«Que ella me lo explique y punto —pensó Christopher, con una mano en la cabeza—. Mejor ir al grano.»

—¿Qué pasó anoche, Cath?

La visible molestia en la cara de ella le anticipó que nada bueno o de lo que sentirse orgulloso.

—Nos besamos y vinimos aquí.

—¿Follamos? —preguntó preocupado.

—Ibas demasiado borracho —lo acusó.

—No me acuerdo de nada, lo siento.

Él estaba inquieto. Puede que no quisiera nada más que sexo con la muchacha, pero tampoco era su intención tratarla mal, en ningún caso. Tragó saliva.

—Te quedaste dormido. —Catherine le aguantó la mirada, aunque tenía los ojos un poco rojos. Luego no se lo pudo callar más—. Me llamaste Scarlett mientras intentabas quitarme la ropa.

Tras soltar la bomba, visiblemente dolida, bajó la cabeza y se levantó, dirigiéndose al baño para ducharse. Sus ojeras y sus ojos hinchados esa mañana le indicaban que posiblemente se había pasado la noche llorando. ¡Joder! Lo había hecho fatal. Se sentía en una espiral en la que no paraba de hacer daño a todas las personas de su alrededor. Esa época de su vida ya había pasado y no quería que se volviese a repetir.

Él ya le había dejado claro que entre ellos solo podía suceder lo físico, nunca algo sentimental; jamás le dio esperanzas con respecto a eso último. Creía que ambas partes lo tenían claro, pero por lo visto no era así. En ese momento tenía a Catherine con el corazón roto y a la chica que le gustaba siguiendo adelante con su vida.

Su teléfono móvil comenzó a vibrar en la encimera. El nombre en su pantalla atrajo su atención y negó con la cabeza. Otro puto dolor de cabeza. ¿Justo entonces tenía que juntarse todo? ¿A quién coño había enfadado ahí arriba como para que esa misma mañana su ex lo estuviese llamando? «Mierda, mierda, mierda.» No tenía ganas de hablar con ella en ese instante, pero sabía que, si no se lo cogía, seguiría insistiendo, así que descolgó.

—Mel.

—Hola, Chris.

—¿Ahora qué pasa?

Catherine apareció en la cocina con una toalla alrededor del cuerpo, descalza, moviéndose con una agilidad sorprendente para coger una taza y servirse café. Ya se manejaba allí como si fuese su propia casa.

—Nada va bien —respondió Melissa con voz entrecortada—. No logro dar con él. Nadie sabe nada. No sé a quién llamar ya. —Comenzó a sollozar al teléfono.

«Por favor, no lo digas.»

—Me preguntaba... —continuó su ex—, me preguntaba si tendrías algo de tiempo para venir aquí.

«Joder. ¿En serio?»

Desde las Navidades pasadas no pisaba esa maldita ciudad. A ver cómo podía dejarle claro que ni aunque le cortasen un brazo volvería allí. Jamás. O, en todo caso, si se veía obligado a hacerlo, sería por las típicas obligaciones familiares. Estaba harto de todo eso, cada vez le pesaba más regresar a casa. Y, sí, una parte de ese desencanto era por Melissa.

—No me hagas esto... —pidió con la tensión acumulándose en sus hombros.

—Chris, por favor —suplicó—. Brad ya no me coge las llamadas. No sé dónde está. ¿Y si le ha pasado algo malo?

«Pues se lo tendría bien merecido por joderme la vida.»

—¿Y piensas que soy la persona indicada para ayudarte? —replicó con sorna.

—Ya me has ayudado en otras ocasiones.

—Ya, y siempre digo que será la última.

—Lo sé... —Se quedó muda al otro lado de la línea.

—No merece que lo ayude, ¿sabes? Y tú tampoco.

—Sé que lo hice mal, muy mal, de hecho. Sin embargo, eso pasó hace un tiempo y...

—Sí, superado está, por eso no hace falta que te preocupes. Pero tampoco quiero ser es el héroe de la película... otra vez.

—Chris, nadie de los que conozco me coge el teléfono. Nadie.

—No me extraña —bufó.

—Por favor, ayúdame. Me desespera llevar días sin saber nada de él. ¿Y si le ha pasado algo grave? Hasta me he planteado ir a la policía y denunciar su desaparición, pero, conociéndolo, igual es mejor que tratemos de dar con él de otro modo...

—Igual deberías hacer lo segundo y dejarme a mí en paz.

—Chris —imploró—, por favor. Eres el único capaz de ayudarlo. Seguro que conoces a mucha más gente que yo para indagar sobre su paradero.

Rumió su respuesta durante unos segundos de más.

—¿Chris?

—Me estás presionando para que vaya.

—Brad necesita tu ayuda —lo urgió.

«Siempre necesita mi ayuda.»

Eso lo pensó, pero no se lo dijo. Cerró los ojos y se frotó una sien.

—Veré lo que puedo hacer. —Nada más decirlo, se arrepintió—. Pero dependo de que mi jefe deje que me vaya.

Mentía, pero para ganar tiempo. Sabía que no tendría problemas con John. Le debía vacaciones y siempre le estaba insistiendo en que no descansaba lo suficiente. Técnicamente no se las pediría para descansar, pero eso John no tenía por qué saberlo, aunque..., ¿a quién quería engañar?, al final se acabaría enterando. Esa misma tarde hablaría con él para ver cómo lo podían arreglar.

—De verdad que te lo agradezco. —Melissa sonó aliviada a través del móvil.

—No cantes victoria todavía. —Y, dicho esto, cortó la llamada.

Sin embargo, en cuanto colgó, le mandó un mensaje de texto a John. A ver si después de todo sí que tenía complejo de héroe.

Se pasó una mano por el pelo bajo la atenta mirada de Catherine. Ella lo observaba en silencio. Si lo estaba juzgando por sus actos, quizá se lo merecía. Marcó el número de John, sin esperar que contestase el mensaje. Su jefe descolgó al segundo tono.

—Dime, hijo. —Un murmullo de gentío de fondo se colaba a

través del teléfono—. ¡Un momento! —gritó y pareció que se movía—. Dime, ahora sí.

—John, necesito un pequeño favor.

—El que quieras, hijo.

—¿Te importa si... —carraspeó—, si me cojo algunos días libres a partir de hoy?

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Es un poco precipitado, ¿no crees?

—Lo sé, lo sé. Ojalá te lo hubiese dicho antes.

—¿Es por lo de esa chica?

—¿Cómo?

—¿Es por Scarlett? Te ha pegado fuerte, ¿eh? —Le llegó su risa a través del auricular.

—No, no, no. No es por ella. —Catherine lo miró con una mueca de disgusto en la cara. La estaba cagando demasiado—. ¿Recuerdas la llamada de hace unos días de Melissa, mi ex?

Catherine abrió la boca, incrédula. Primero la forastera y, entonces, su ex. Definitivamente las cosas no estaban saliendo tal y como ella quería y se estaba cansando de ser siempre la segunda en la fila.

—Oh, sí, sí, sí.

—Pues es un tema grave, necesita que vaya.

—¿Necesita que vayas tú? —quiso saber.

—Sí, tengo que ir yo.

John suspiró.

—Deja de comportarte como su perrito faldero.

—John, en serio, esto es grave —intentó justificarse—. No te lo pediría con tan poca antelación de no ser así.

Se hizo el silencio unos segundos.

—En ese caso, vete sin problemas —sentenció—. Nos organizaremos esta tarde con todo lo que hay pendiente para que te puedas marchar cuanto antes. Pero deja de ser su chico de los recados. —Colgó.

Miró la pantalla de su móvil, absorto en sus pensamientos.

—Qué considerado por tu parte —le dijo Catherine antes de acabarse el café.

—No estoy de humor, Cath.

Esa frase fue la que la hizo explotar.

—La que no está de humor hoy soy yo. Ni hoy ni posiblemente nunca más contigo —lo atacó.

—¿Esto va en serio?

—¿A qué juegas?

Caminó delante de él de lado a lado gesticulando con ambas manos y alzando la voz, lo que a él le empezó a dar dolor de cabeza.

—Primero, lo de esa tipeja rubia del otro día, que menos mal que ya se ha ido, y ahora, ahora lo de que te llame tu ex y vayas corriendo detrás de ella.

Nunca la había visto tan enfadada.

—¿Estás celosa? —preguntó.

Catherine lo miró como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—¡Sí! ¡Sí, lo estoy! ¿Algún problema? —Plantó las manos en la encimera, encarándose a él.

Esa confesión le sentó a Christopher como una patada en el estómago.

—Oye, no tengo que aguantar estos dramas —rugió—, sabes perfectamente que no somos nada.

—¡Exacto! Has dado justo en el clavo. Llevamos follando tanto tiempo y nunca hemos sido nada. Nunca me has visto para nada más que para eso.

—Nunca he querido hacerte daño, Cath. Y siento haberte confundido más con lo de anoche.

—¡Me llamaste Scarlett! —chilló.

—Cath, por favor, no me grites. —La cabeza le iba a estallar.

—Me has estado utilizando todo este tiempo...

Esa frase crispó sus nervios.

—No seas mentirosa. Creo que lo dejamos claro antes de todo, ¿no es así? —le preguntó, molesto.

Catherine dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Había algo en su mirada..., algo similar a la derrota.

—Sí, pero yo... —Se aclaró la voz—. Yo sí que he llegado a sentir algo más por ti. He tratado de demostrártelo y parece que no quieres darte cuenta. Te busco cada vez más y tú solo me ignoras, o me quieres para follar y punto, y yo... ya no es lo único que quiero contigo.

Ya le había soltado la bomba, tal y como Scarlett le había advertido. Catherine quería comprometerse, ir a más. Para él, la idea

no era del todo descabellada, pero había decidido no involucrarse tanto en una relación después de lo que le pasó con su ex, Melissa. No estaba preparado..., o al menos eso era lo que creía hasta que Scarlett se cruzó en sus planes.

De todos modos, ella ya no estaba y él no había desarrollado los mismos sentimientos por Catherine. Muy a su pesar, esa parte loca e irracional de su corazón, que aún albergaba la esperanza de enamorarse, estaba flechada por la forastera que había puesto su estabilidad emocional patas arriba en tan solo unos días. Necesitaba tiempo, recomponerse y aceptar que jamás volvería a verla.

—Siento mucho decirte esto, Cath —la miró a los ojos—, pero yo no quiero nada de eso contigo.

Vio las lágrimas contenidas en su rostro, fruto del despecho, con un posible corazón roto como daño colateral. Era mejor que lo supiese cuanto antes.

—Entonces no me vuelvas a llamar nunca más, porque solo consigues hacerme daño.

Se dio la vuelta y fue al dormitorio a vestirse. Él se quedó en la isla de la cocina, sentado en un taburete, pensando en Scarlett, en Melissa, en Catherine y en lo complicada que se había vuelto últimamente su por lo general tranquila y aburrida vida. Al poco salió hecha una furia, con lágrimas en la cara, y le dedicó la mirada más derrotada que jamás en su vida había visto en ella. Se arrepintió de haber sido tan sincero y destrozarla de esa forma. Ella se fue dando un portazo.

Hundió la cara en sus manos, todavía en la barra de la cocina.

Poco después se marchó a trabajar y, cuando acabó su jornada laboral, se quedó con John y Fred a planificar los coches pendientes. Dio un abrazo a cada uno y se fue a su casa. Buscó la maleta y, una hora más tarde, ya estaba repostando en la última gasolinera del pueblo, rumbo al huracán que presentía que iba a encontrarse. Condujo durante cuatro horas antes de hacer la primera parada en un bar de carretera. La regordeta camarera le sirvió café nada más sentarse. Pidió el plato estrella: guisado con judías y patatas. Se quedó absorto en sus pensamientos durante un rato, dubitativo sobre qué debía esperar al volver a verlos. La tensión de su cuerpo aumentó. Dejó el dinero en la mesa y la correspondiente propina a la camarera y volvió a su camioneta. Le quedaban todavía largas horas antes de

llegar.

La tarea de dar con Brad se le estaba haciendo realmente complicada. Era como si se lo hubiese tragado la tierra. Se había ido poniendo en contacto con gente que, intuía, volvía a frecuentar, pero era todo muy hermético, nadie sabía nada. Y por eso se empezó a preocupar.

Entró en el edificio, a esas horas no había movimiento. Oyó el eco de sus pisadas y fue en dirección a las escaleras. Se detuvo un momento. Retrocedió y buscó el ascensor. Se bajó en la sexta planta. Llamó suavemente a la puerta y un par de ojos marrones lo miraron desde el otro lado cuanto esta se abrió.

—Hola, Melissa —la saludó al pasar a su apartamento.

Ella asomó la cabeza fuera y miró a ambos lados antes de cerrar de nuevo.

—Gracias por ir a hacer la compra, Chris —le dijo mientras la desembolsaba en la encimera de la cocina.

Este solo asintió. Miró la estancia y clavó sus ojos en el sofá. Bueno, al menos habían tenido la genial idea de cambiarlo. Sintió una punzada en el estómago y sacudió la cabeza. Malos recuerdos acudieron de nuevo a su mente para atormentarlo. Igual alguien lo estaba grabando y todo era una película dramática, con él como actor principal.

—Quería...

—Melissa, escúchame y, por favor, no te pongas a llorar otra vez —replicó viendo que se le volvían a agolpar lágrimas en los ojos—. Encontraré a Brad, ¿vale? Puedo dar con él.

Normalmente no prometía en vano, aunque parecía que su hermano se había esfumado como por arte de magia. Se dijo que solo le hacían falta unos pocos días más y hablar con unos viejos amigos, aunque no le hacía especial gracia volver a verlos. Brad hacía esas cosas. Desaparecía dos, tres, a lo sumo cuatro días, y luego regresaba sin dar explicaciones. Era su *modus operandi* cuando se volvía a juntar con malas compañías. En dos ocasiones anteriores había tenido que

intervenir para echarle un cable. No tenía muy claro cuánto sabía Melissa de sus *problemillas*. Christopher, desde luego, era una tumba con todo el mundo que conocía, porque no estaba orgulloso de ese periodo concreto de su pasado. No había nada de lo que sacar pecho. Joder, no sabía quién era el más idiota en esa situación: si Melissa por acabar queriendo a un capullo como Brad, el propio Brad por hacer esas mierdas o él mismo por estar allí, tanto para el uno como para la otra. Igual el único idiota en todo ese asunto era él.

—Morirá siendo así, más vale que lo asumas rápido. —Melissa abrió mucho los ojos—. ¿Qué? Solo te digo la verdad.

—Es buena persona, a pesar de todo lo que ocurrió entre nosotros.

—Sí, creo que propondrán santificarlo cuando muera —bufó.

Esto se lo dijo sin ningún tipo de mala intención, solo con el objetivo de abrirle los ojos y que se apartase de él antes de que fuera tarde. Solo deseaba que Brad no le hiciese daño. Después de todo, ella era una buena chica. Sí, cometió un error garrafal que destruyó su relación, pero seguía siendo una buena chica. Siempre había sido muy trabajadora y apreciaba su ambición.

Sabía que Melissa no provenía de una familia adinerada, que había tenido que ponerse a trabajar desde muy joven debido a sus escasos recursos. Cuando se conocieron, ella era recepcionista en el motel de Cindy, donde acabó Christopher por pura casualidad la noche en la que se marchó de su ciudad para nunca más volver, después de los fatídicos acontecimientos que tuvieron lugar allí.

Todavía no comprendía cómo la sedujo Brad. Era un charlatán de primera, eso era cierto, así que la pobre seguramente se dejó embaucar. Posiblemente fuera porque Melissa aspiraba a otro tipo de vida, muy distinta de la que había tenido hasta entonces, pero sin duda Brad no era la persona indicada. Este era un peligro andante. Atraía problemas allá donde iba, y seguiría haciéndolo. Era el tipo más egocéntrico del mundo, únicamente preocupado por sí mismo y, como mucho, por sí mismo otra vez. El tipo que arrasaba con todo cuando quería conseguir algo..., aunque en eso no se diferenciaban mucho él y su hermano.

—Haz que vuelva —le rogó Melissa.

«¡Como si fuese tan sencillo!»

—Lo solucionaré —trató de sonar convincente—. He intentado

dar con él estos días. He hablado con unas cuantas personas y he pedido algunos favores.

—A mí sigue sin contestarme las llamadas —dijo con desesperación en la voz.

—Tú sigue intentándolo, ¿de acuerdo? —Al menos así la tendría entretenida—. Quizá lo encuentres tú primero.

—Vale, Chris.

—Melissa —la miró a los ojos—, no merece la pena y lo sabes.

Ella esquivó su mirada, centrándose en cualquier cosa de la habitación menos en él.

—No quiero que me des consejos, Chris. Voy a vivir mi vida como quiera y con quien quiera. Solo necesito que lo encuentres.

—Ese capullo sabe cuidar de sí mismo —mintió. «Oh, Dios, por supuesto que no»—, pero lo haré.

Se las había hecho pasar putas en la adolescencia y siempre terminaba cubriéndolo, pero todo tenía un límite. De hecho, todo tuvo un límite muy específico.

—Chris...

—Hazme caso, Melissa. Estará bien. Lo sé... Al fin y al cabo, es mi hermano.

Christopher no pudo averiguar nada más hasta el viernes. Uno de sus antiguos colegas, Jonathan, lo llamó sobre las ocho de la tarde; era uno de los tantos a los que había logrado contactar durante esos días.

—Voy a pasar a por ti a las doce —le dijo sin preámbulos.

Christopher miró su reloj de pulsera.

—Vale, estaré listo. Recógeme en casa de Brad —se limitó a contestar y, dicho esto, colgó.

No le contó nada a Melissa, no quería darle falsas esperanzas ni que se hiciese ilusiones. Pasó la tarde haciendo *zapping,* tratando de fingir que su mente no iba a mil por hora, cavilando acerca de todas las posibles opciones, todos los posibles lugares en los que Brad podía estar. Después de cenar, fue al baño a ducharse. Se puso ropa de calle y salió al comedor. Melissa lo miró con un rastro de preocupación en

los ojos. Se sentía observado y no era para menos.

—Sabes algo, ¿verdad? —preguntó. Su voz temblaba.

—No —mintió—. No todavía —se corrigió—. Voy a salir un rato.

Melissa solo asintió, dándole a entender que no le haría más preguntas al respecto. Luego se acurrucó más en el sofá, se abrazó las piernas y siguió prestando atención a la televisión mientras el chef Ramsay pegaba gritos y daba órdenes a diestro y siniestro. En torno a las doce, Christopher se cercioró de que llevaba las llaves, la cartera y el móvil encima y se fue.

Se subió al coche saludando a los ocupantes. Le sudaban un poco las manos por el nerviosismo. Joder, no se imaginaba a sí mismo volviendo a hacer esas cosas. Jonathan era quien conducía y a su lado había un tipo tatuado hasta el cuello. Se presentó como Boris y no habló en todo el trayecto. Detrás, junto a él, había un chavalín de unos veintipocos que no abrió la boca. Estaba serio.

Miró la carretera. Jonathan trataba de sacarle algún tema de conversación, pero Christopher intentaba ser lo más escueto posible a la hora de contestar. Nada de dar más información de la cuenta, nada de detalles personales. Tomaron un desvío y se alejaron del centro de la ciudad. Condujo durante veinte minutos. Grandes naves industriales con letreros de neón luminosos fueron pasando ante sus ojos. Jonathan aparcó en la entrada de un local con un neón rojo iluminando la fachada.

«Red House.»

No se lo podía creer, aunque debería haberlo visto venir. Su pesadilla volvía de nuevo, esa vez muy real.

Había cola fuera. La gente entraba poco a poco mientras los empleados de seguridad comprobaban que llevasen la indumentaria correcta y que cuadraran con el perfil de gente que se movía por allí. Parecía que el Red House seguía siendo lo que había sido en el pasado, el local de moda más cotizado de todo Sandy, en el estado de Utah. Boris fue quien los guio hasta la entrada. Tan solo una mirada de este les bastó a los porteros para dejarlos pasar.

Cruzaron un estrecho pasillo negro bastante poco iluminado. Al final, el ambiente se mostró ante sus ojos en todo su esplendor. El Red House no lo estaba defraudando, era exactamente como lo recordaba: oscuro, pecaminoso e indecente. En las barras había mujeres y hombres enmascarados y vestidos con transparencias. Todos

llevaban pezoneras y servían bebidas a lo loco. Sillones de terciopelo rojo y mesas de cristal se distribuían por el espacio. Miró hacia arriba. De los altos techos colgaban lámparas de cristal. Unas escaleras conducían a la planta de arriba. Boris los dirigió hacia allí. De nuevo, otro segurata los esperaba al final de las escaleras. Accedieron a la parte vip. Allí dentro el champán corría y las drogas se servían en bandeja de plata. Mujeres con minúsculos tangas y pezoneras bailaban *pole dance* al servicio de algunas parejas que se dedicaban a observarlas.

«Dios mío, ¿dónde me estoy metiendo otra vez?», pensó mientras seguía andando. Boris los llevó hasta el fondo de la sala. Otro hombre de seguridad en la puerta. Joder, se estaba empezando a cansar, parecía de película. Esa vez sí que los pararon. Oyó cómo Boris le gritaba unas palabras para hacerse oír por encima de la música. Christopher y Boris accedieron sin problemas, sus dos acompañantes fueron detenidos.

—Solo entrarás tú conmigo —le comunicó.

Por fin hablaba. Tenía acento extranjero.

—No sabía que mi hermano estaba tan custodiado —dijo tirándose un farol. Se permitió bromear. Por lo visto a Boris no le hizo gracia.

Entraron a una especie de vestíbulo con varias puertas numeradas: 1, 2, 3, 4, 5, 6... y se pararon frente al número 7. Todo allí estaba silencioso. Boris gruñó una serie de palabras que no logró entender. La puerta se abrió. Una chica rubia de ojos azules enfundada en un vestido rojo los dejó pasar a ambos. Cerró de un portazo. Allí estaba su hermano en todo su esplendor, sentado en una mesa de juego. Estaban los cuatro solos: la rubia, Boris, Brad y él. Lo habían llevado a una sala de juego privada.

Así que eso era todo. Había tenido que seguir el camino con el rastro de migas de pan, como en el cuento de Hänsel y Gretel. Todo su esfuerzo, todos esos días en los que había preferido quedarse en su casa, tranquilo y sin pensar en nada lo habían llevado al antro más peligroso de la ciudad de la que se había marchado tiempo atrás. Bajo la apariencia de lo que parecía un local de ambiente, las personas iban a jugarse dinero, casas y hasta a sus hijos en esas salas que claramente habían modernizado. Él no las recordaba tan lujosas. Además, el tema de la seguridad se había vuelto más serio. Intuyó que la cosa había

escalado y la clientela que jugaba era otra mucho más exclusiva, gente de pasta. Qué rabia le daba cuando algo se ponía de moda entre los ricos, porque iban todos como moscas.

—Toma asiento —oyó decir a la rubia.

Había una silla vacía que entendió que era para él. No se movió.

—Prefiero quedarme de pie, gracias —replicó.

—No te lo está pidiendo —rugió Boris.

—Está bien.

La mujer le dedicó una sonrisa cínica.

Así que la guapa rubia con cara de rottweiler era la que mandaba allí. Bien, le estaba entrando algo de curiosidad por todo el asunto. Con paso lento, y sosteniéndole la mirada a ella, fue a instalarse en la silla, quedando de espaldas a la puerta. Se cruzó de brazos. Por dentro el corazón le iba a mil por hora, pero puso su mejor cara de póquer.

—Hemos oído por ahí que andabas buscando a este. —Señaló a Brad con una uña larga y perfectamente pintada de rojo.

—Sí —se limitó a contestar. En esos casos era mejor dejar que hablasen los demás a meter la pata revelando demasiada información.

—Bien. —Se quedó unos segundos callada. Ocupó la posición del *dealer,* barajó las cartas y las repartió—. Juega un poco con nosotros —le dijo al tiempo que le extendía dos boca abajo.

—No he venido a jugar —respondió secamente.

La mirada que le pegó la rubia le hizo replantearse su negativa.

—Boris.

Eso le sonó a orden. Un sudor frío recorrió su cuerpo. «Relájate.» Boris puso una mano en su hombro. «Mejor no te relajes tanto.»

—Natasha te está pidiendo de forma educada que juegues —intervino Boris al tiempo que clavaba los dedos en su hombro.

—Vamos, hermanito, ¿es que acaso no echas de menos los viejos tiempos?

La voz de Brad lo cogió desprevenido, como si hubiera olvidado por un segundo que estaba allí. Lo miró con odio. Los viejos tiempos... Aquellos años en los que las fiestas, el alcohol y la sensación de sentirse como un dios le nublaron el juicio. Todo por culpa de su hermano. Los tiempos en los que se creyeron todopoderosos por ir de timba en timba desplumando al personal. Por simple, pura y llana diversión. Él y su hermano creyéndose los reyes y ocultándolo todo a su familia..., hasta que se toparon con las personas equivocadas; hasta

que le metieron la paliza de su vida y lo mandaron al hospital. Sí, lo recordaba muy bien.

—Eh, espabila. —Boris le dio una colleja.

Parpadeó un par de veces, incrédulo por lo que acababa de pasar. Se levantó de golpe y se encaró al tatuado. Eran igual de altos. No iba a permitir que lo tratasen así. El coraje que le entró no le permitió medir bien sus palabras.

—Como me toque de nuevo tu gorila... —siseó.

Boris gruñó y no se apartó. Por desgracia, allí el que iba a salir perdiendo era él. Intentó calmarse y se sentó de nuevo. Ese tío era de su misma estatura, sí, pero estaba tan musculado, era tan grande, como un luchador de la WWE.

—Está bien, tigre —comentó Natasha—. Tienes genio —resolvió.

Luego añadió algunas palabras en un idioma que no comprendió y el matón salió por la puerta.

—Mi socio estará contento de saber que te tenemos aquí, porque necesito tu colaboración.

—¿Mi colaboración? —La miró incrédulo—. No voy a ayudarte con nada.

—Vale. Voy a replantearte la frase y será mejor que me escuches. Vas a hacer lo que te digamos, y no te lo estoy preguntando.

—¿Y por qué debería hacer eso? —La encaró desafiante. La mujer se puso de pie.

—Creo que no comprendes la situación en la que está tu hermano ahora mismo. —Los tacones resonaron en el pavimento. Un fuerte sonido metálico hizo eco. Instintivamente se agachó a mirar debajo de la mesa. Brad tenía un pie encadenado. Pero ¿por qué? ¿Qué estaba pasando allí? Se irguió en su silla.

—¿Por qué demonios lo tenéis encadenado? —preguntó horrorizado.

—Tu hermano nos debe dinero.

—¿Y por eso lo tenéis atado como a un perro?

—Ahora las cosas funcionan así por aquí. Si me debes dinero, me debes tu vida. —Y poniendo una de sus mejores sonrisas, añadió—: Es nuestro nuevo eslogan.

La repulsión que sentía de por sí hacia el Red House se incrementó. La clase de gente que lo regentaba en ese momento no tenía escrúpulos, al parecer. Ya en su tiempo, cuando él y Brad

jugaban allí, había cosas turbias, pero llegar a esos extremos jamás lo había visto.

—¿Cuánto? —quiso saber. A lo mejor, dependiendo de la cantidad, él podría pagarles e irse en ese mismo instante de ese antro.

—Bastante. —Le dedicó su mejor sonrisa falsa. Era realmente espeluznante a pesar de que la mujer era muy guapa.

—¿Cuánto os debe? —insistió.

—Tu hermano —ignoró su pregunta— va de fanfarrón cuando no sabe ni sumar dos más dos. Por ser amigo de mi socio y comerle la oreja le fue dejando pasar cosas, pero... No, no. No más. Por mí ya no pasa. Mi gente está enfadada y quiere su dinero.

—Yo os pagaré.

—¡Eso es fantástico! —exclamó con una sonrisa burlona en los labios—. Dime, tigre, ¿tienes ciento cincuenta mil dólares para darme esta noche?

Miró a su hermano, flipando. Brad estaba extremadamente callado. ¿Ciento cincuenta mil dólares? Le costó un rato procesar esa cifra mentalmente. Era mucha mucha pasta. Ni sumando todos sus ahorros podría llegar a esa cifra ni de lejos. ¿Cómo había podido acumular una deuda de ciento cincuenta mil dólares? Si decidía pagar parte de esa deuda, su cuenta quedaría a cero con un golpe de clic. ¿En serio estaba dispuesto a eso? Además, ¿serviría de algo si no lograban liquidar todo lo que se debía?

—Por la cara que pones, me da que no los tienes. Mierda. ¡Joder! Me cago en... —Se encaró a Brad, que se hizo pequeño en su silla. Fue bastante cómico de ver porque la Rottweiler, a la que acababa de poner ese mote, pesaba veinte kilos menos y medía apenas un metro sesenta—. Cuánto te odio, Dios. Solo sigues aquí porque eres amigo de mi socio; de no ser así, te juro que ya estarías nadando con los peces.

«Vaya.»

—Quizá te pueda dar una parte... y luego ver cómo arreglamos lo demás —propuso.

Se quedó callada durante un largo rato, de pie, mirándolo. La sonrisita que puso antes de hablar auguró malas noticias para él. Menudos cambios de personalidad tenía la tipa.

—Voy a contarte una historia.

Christopher la miró como si fuese un alien.

—Seré breve. Digamos que tu hermano tenía un pequeño encargo

que hacer para nosotros. Mi socio le perdonaba la deuda si lo lograba, pero... ya ves —dijo al tiempo que levantaba las manos en el aire—, ahora estamos aquí los tres juntitos.

—Y yo voy a colaborar contigo, supongo.

—Tú serás mi fichaje estrella y su nueva oportunidad —contestó mientras lo señalaba con la cabeza.

—Oh... —No entendía nada y la situación era cada vez más tensa.

—No tienes que saber nada más que lo que te voy a decir ahora. Jugarás para mí haciendo esos truquitos que tan bien sabes hacer en las partidas. ¿Verdad que se os dan muy bien las trampas, Brad?

Christopher fulminó a su hermano con la mirada. Estaba alucinando con todo eso.

—¿Qué le has contado? —le preguntó Christopher, alarmado.

—¡Nada! —mintió el susodicho.

—Como tú no tienes el dinero y tú tampoco —Natasha los señaló a ambos, respectivamente—, hay que buscar otros métodos para conseguirlo.

—¿Me estás pidiendo que haga trampas en vuestras propias partidas? —Tuvo que preguntarlo para cerciorarse de que había entendido bien su insinuación.

—Sí, básicamente. ¿Cómo pretendes hacerte con todo ese dinero si no? Lo quiero rápido, así que justo a mí es a la que menos le importa a quién se lo quites. Vas a jugar en unas cuantas partidas. Más te vale ir ganando, porque llevo mucho esperando que se me pague. Pero te vas a llevar tu *cash,* tigre.

—¿Quieres desplumar a tus propios clientes? —repitió la idea en voz alta, incrédulo ante tal petición.

Christopher se quedó pensando en el problema. Ciento cincuenta mil dólares... Volver a jugar sucio. Mierda. ¿De qué le sonaba todo eso?

—Mi socio es más moralista en este caso y lo entiendo, porque muchos de los que juegan aquí son sus amigos, pero para mí es solo un negocio. Me da exactamente igual cómo se consiga, ¿entiendes? Vende lo que sea, róbale a tu madre, prostituye a quien quieras, pero el dinero tiene que ir apareciendo. Estoy siendo muy buena con Brad dándote esta vía para lograrlo, y solo porque mi socio y él son colegas.

Natasha se encaró a Brad de nuevo, con la mirada llena de odio.

—Si todo sale bien, te irás y nunca jamás se hablará de todo esto.

No habrá existido. Pero como te vayas de la lengua o te oiga fanfarroneando por el Red House acerca de cómo conseguiste la pasta, te juro por Dios que nunca más van a saber de ti —lo amenazó.

Brad tragó saliva, consciente de que Natasha cumpliría su palabra si se le ocurría mencionar todo ese asunto. Christopher habló para desviar la atención sobre su hermano, intentando calmar las aguas.

—¿Con quién voy a tener que jugar?

—Con mis peces más gordos. Donde mueven dinero de verdad.

—Me vas a meter tú en las partidas, supongo.

—Obviamente, pero no vas a ir así vestido, cómprate algo decente. —Lo miró de arriba abajo con desprecio—. Nada de venir aquí con vaqueros y capucha. Se creerán que vienes a atracarlos.

—Ya contaba con eso —siseó Christopher.

—Tienes que darlo todo. Es tu momento y tiene que ser creíble. Te irás dejando ver por aquí y participarás en algunas partidas de pacotilla, para que se vayan familiarizando con tu cara bonita; que se hable un poco de ti. Tu hermano me ha dicho que eres muy bueno en el póquer. No me fío de su palabra, pero sí de algunas otras personas que te conocen. Más te vale hacerlo bien.

Caviló su respuesta antes de hablar.

—Necesito que Brad esté en las mesas, jugando conmigo. —Notó la mirada de este clavada en él.

—Me temo que eso no va a ser posible.

—Mi equipo somos él y yo, no voy a hacerlo con nadie que no sea él.

—Adoro cuando pensáis que estáis en posición de negociar algo aquí...

—Créeme, nos quieres a los dos juntos trabajando en la misma partida. Ya lo hemos hecho antes, pero imagino que tú eso ya lo sabes.

—Sí, algo me ha contado un pajarito. —Miró de reojo a Brad.

—Tiene que estar él si quieres que salga bien.

Christopher sentía que cargaba con un muro de hormigón sobre sus hombros en ese momento. La Rottweiler se lo estaba pensando demasiado. La entendía, no se fiaba.

—Está bien. Estará solo en las partidas —remarcó.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Es obvio, ¿no? Que se queda aquí conmigo hasta que su deuda esté saldada. —Y mirándolo a los ojos con el mayor de los desprecios,

añadió—: Melissa puede dormir sola unos cuantos días más.

Un sudor frío recorrió su cuerpo, y por inercia desvió la mirada hacia un Brad completamente horrorizado. ¿Cómo demonios habían llegado a eso? Apretó los puños, conteniendo las ganas de arrancarles la cabeza a ambos; a Natasha, por utilizar a Melissa como parte del chantaje, y a Brad, por no pensar en que las consecuencias de sus mierdas salpicaban a todos los demás.

—Si colaboro en todo esto, quiero fuera a toda persona que no seamos Brad y yo. No menciones a Melissa y, por supuesto, dejadla tranquila y en paz. No tiene que pagar los platos rotos de nadie.

—Te doy mi palabra. —Le dedicó una sonrisa falsa.

Christopher hizo una mueca. Poco se fiaba de su palabra. Sin embargo, no le quedó más remedio que aceptar.

—De acuerdo.

—No tienes ni idea de lo feliz que me siento al oír esto —respondió con sorna—. Será todo tuyo cuando esto acabe. —Se levantó y se colocó detrás de Brad, apoyando sus finos dedos en los hombros de este—. Hasta entonces, se queda aquí.

Boris asomó la cabeza por la puerta y llamó a Natasha. Ella desapareció junto con él, dejándolos solos unos minutos. Christopher aprovechó para mirar a su alrededor, pensando en la idea descabellada de escapar de allí huyendo de ellos, pero no había forma de salir de allí con su hermano. ¿Qué clase de personas encadenaban a otras y las doblegaban de esa manera? Jamás en su vida había visto nada semejante. Negó con la cabeza, mirándolo.

—¿Qué has hecho esta vez, Brad?

Él se encogió de hombros. Christopher entrecerró los ojos pidiéndole explicaciones. Este habló en un susurro.

—Joder, Chris, que no soy de hierro. Uno de los dueños de todo esto es un amigo, vengo mucho por aquí. Al principio no jugaba, te lo juro. Me contuve mucho, pero soy humano. —Christopher puso los ojos en blanco—. Me daba cancha cuando perdía, me prestaba dinero, hasta vendí unas cuantas cosas para pagarle..., pero, claro, la deuda se me ha hecho bola.

—¿Bola? ¡Son ciento cincuenta mil dólares! ¿En qué estabas pensando?

—¡No grites, joder! —exclamó—. No sé..., no sé cómo acabé en todo esto. Lo que sí sé es que a más de uno la familia no lo encuentra

cuando interviene *ella* —susurró, haciendo alusión a Natasha.

—¿Cómo? —preguntó, espeluznado.

—La tipa es el demonio, hermanito. He visto cómo han dado algunas palizas... Estoy realmente muerto de miedo, Chris. Me ha recordado a cosas y..., Dios, creía que me iban a dejar algo más de plazo, para vender algo o quizá pedir dinero a papá.

—¡Ni se te ocurra! ¿Me has oído?

—¡Sí! ¡Sí! No grites, joder. Además, ¿cómo coño les voy a llamar para pedirles nada si me lo han quitado todo? ¡Hasta el pasaporte!

—Estás en un lío de los grandes. No metas a papá y a mamá en esto —le advirtió de nuevo.

—Pero ¿tú me has escuchado?

—Sí, imbécil, ya te he escuchado —contestó Christopher.

—Que sepas que me avergüenzo de esto, por eso no les dije nada antes de acabar aquí contra mi voluntad. Me estaba reformando, ¿vale? No quiero cagarla otra vez.

—Pues ya lo has hecho, y estás en una muy gorda.

Silencio.

—¿Quiénes son? —dijo señalando con la cabeza hacia la puerta.

—Son los socios de mi amigo —respondió captando la pregunta.

—No, Brad. Te lo repetiré otra vez. ¿Quiénes son?

Su hermano suspiró, cogiendo aire profundamente después.

—Son peligrosos, muy muy malos. Te lo he dicho, la rubia es la peor de todos. Es su nueva socia. Traen de todo al local, lo que les pidas. Armas, drogas, chicas... —suspiró, frustrado—. Boris casi me parte las piernas antes de que vinieras. Me tocó hablarles de ti y de mí, de lo que hacíamos antes y toda esa mierda. Así que aquí me tienes y aquí estás.

—¡No pudiste mantener tu enorme bocaza cerrada, ¿eh?! —rugió— Tú...

—Joder, hermanito, ¿cómo quieres que no hable de ti?

—¡Pues no haciéndolo! —soltó exaltado—. Dios mío, Brad, ¿has visto en qué lío te has metido? Gilipollas, ¡estás encadenado!

—¡Eh! Era eso o que me dejasen la cara como un mapa.

—¿De verdad esperas que acepte meterme en esto, sin más?

En el fondo sabía que era una pregunta estúpida, porque ya había aceptado. Había asumido que le tocaría ceder y meterse en el barro.

—Christopher —Brad se tensó y su mirada destellaba

preocupación—, tienes que hacerlo.

—¡Cabrón de mierda! Si tanto miedo les tienes, no haberte metido en este lío —gritó de nuevo, exasperado.

—Habla más bajo —pidió, al tiempo que miraba la puerta por donde habían desaparecido—. Christopher, tienes que sacarme de aquí. —Eso lo dijo en un susurro.

Era lo más cerca que estaba de un «por favor». Su hermano lo miró con odio en los ojos, pero el pequeño siguió tirando de ese hilo, del que sabía que funcionaría con él.

—Joder, no he podido hablar con Melissa, avisarla...

«Bueno, al fin algo sensato que sale por su boca.»

—Has metido a Melissa en todo esto. ¡Por Dios! Si hasta sabrán en qué tienda compra y dónde pone gasolina —soltó en voz baja mientras se pasaba las manos por el pelo.

—Me puedo imaginar lo mal que me va, créeme, me lo puedo imaginar. —Y tiró de su pierna, haciendo sonar la cadena metálica otra vez—. Llevo demasiado aquí dentro.

—Melissa está desesperada buscándote. ¡Deja de hacer el gilipollas! Es una buena chica a la que solo le estás buscando problemas.

—Le tienes que contar... —Se quedó callado, cavilando sus palabras.

—¿Qué quieres que le cuente, exactamente?

—Madre mía. —Se pasó una mano por la cara—. No lo sé, no sé qué puedes decirle.

—La verdad, le contaré la verdad —sentenció mientras veía el miedo reflejado en los ojos de Brad.

—Joder, Christopher, yo la quiero.

Una punzada de dolor atravesó su estómago. Era muy extraño oír a su hermano diciendo esas cosas. Dudaba seriamente del concepto de «querer» que tenía Brad.

—¡Mierda! No quería que nada de esto pasase. —Emitió un suspiro mirando al techo.

La puerta de la habitación se abrió y Natasha se quedó en el umbral. Oyó cómo les hablaba a su espalda.

—¿Y bien? ¿Cuándo empezamos?

De vuelta en la casa, encontró a Melissa dormida en el sofá con la televisión encendida. Buscó por la cocina un trago para llevarse al estómago y calmarse. Ya le parecía extraño que la vida no lo jodiese de nuevo. Últimamente le estaban yendo las cosas muy muy mal. Le había mentido a la chica que le gustaba, había rechazado a la que estaba enamorada de él, les había hecho daño a las dos... Había esperado pasar sus días fuera olvidando a una y tratando de poner paz con la otra, al menos tratar de acabar bien.

Lo que menos le apetecía en ese momento era ayudar a Brad, pero en esa ocasión sí que lo necesitaba de verdad. Se prometió que sería la última vez que haría algo así por él. Si no cambiaba como él mismo había hecho, a la mierda. Borraría su número y el de Melissa. Borraría de su vida al gilipollas integral que, además, había destruido su relación.

Le vinieron recuerdos de aquel momento: Melissa, sin poder aguantarse ni callarse, se lo confesó en el coche, después de pasar todas las Navidades en casa de sus padres, mientras volvían a casa. Él tuvo que frenar en seco en el arcén porque la cabeza le iba a explotar. De la impresión que se llevó no pudo contenerse y, exasperado, le pidió explicaciones de por qué lo había hecho, por qué se había tenido que acostar precisamente con su hermano. Ella lloraba desconsoladamente y le pedía perdón, lo que crispó todavía más sus nervios.

Enfurecido, arrancó de nuevo y recorrió el camino de vuelta con Melissa al lado hecha un mar de lágrimas. Cuarenta minutos más tarde, le estaba pegando un puñetazo en la cara a su hermano. Los miró a ambos, ella agachada intentando controlar la hemorragia de su nariz rota, por la que salía sangre a borbotones, y él tirado en el suelo. Se fue solo de allí y no volvió a mirar atrás. Melissa volvió al cabo de dos semanas al piso que compartían en Wickenburg a recoger sus cosas.

Ese mismo día sus padres lo habían llamado, conmocionados por lo que había ocurrido entre sus dos hijos. No tuvo que dar muchas explicaciones porque Brad y Melissa ya los habían informado de todo.

Lo apoyaron a él, pero a Christopher no le sirvió de mucho consuelo. Durante más de un año la familia permaneció dividida, y no fue hasta las Navidades siguientes, por la insistencia de sus padres, que se volvieron a ver todos las caras. Fue un encuentro tenso e incómodo, y asistió más para ver a sus padres y dar fe de que seguía vivo, ya que no hablaba mucho con ellos.

Su familia tenía el mismo pensamiento que su jefe, John. Sostenían que por encima de todo eran hermanos, familia, más allá de los amoríos y los problemas, y que los unía la sangre que corría por sus venas. Christopher pensaba que justo por eso su hermano Brad se había aprovechado de él y que había dejado de sentirse como su hermano muchos años atrás.

«Jodido imbécil», lo insultó mentalmente.

Fue cada noche al Red House. Le daba la sensación de que lo tenían vigilado, y usando esa excusa buscó un hotel decente en vez de quedarse en la habitación de invitados del piso de Brad y Melissa. Del hotel salía a comer, luego descansaba y se presentaba religiosamente en el Red House después de las diez de la noche.

Limitó el contacto con Melissa al teléfono. Le contó que había dado con Brad y tuvo que oírla llorar al otro lado de la línea unos diez minutos cuando le explicó el lío en el que estaba metido. Sinceramente, él no era la persona adecuada para adornar la verdad; que Melissa decidiese por sí misma en función de las circunstancias. Si luego mataba a Brad, no era cosa suya, al igual que si lo perdonaba.

Le tuvo que explicar lo de la deuda y acordaron entre los dos juntar parte del dinero. Melissa, muy a su pesar, vendería algunas joyas que Brad le había regalado, y así reunirían algo más entre ambos. Por su parte, Christopher hizo una retirada de su cuenta bancaria, ese dinero que tanto le había costado ahorrar como mecánico y con el que ya no iba a contar. Desde que se había marchado de Sandy, no les había pedido a sus padres ni un centavo, y seguía orgulloso de ganarse el dinero por su cuenta, a pesar de saber que en un clic ellos le podrían depositar el doble de la deuda de Brad

en su cuenta bancaria.

No, las cosas no debían funcionar así. Las cosas fáciles siempre conllevan problemas. Además, en ese caso no bastaría solo con pedirles el dinero, les tendría que dar una explicación de todo y, de forma indirecta, los estaría involucrando en algo turbio. Era mejor tratar de solucionarlo a su manera y tener como último recurso a sus padres. A pesar de la mala relación con su hermano, tampoco lo quería dejar en evidencia delante de la familia. Estaban ya mayores y no era necesario ensombrecer sus días de ese modo. Así que entre él y Melissa habían logrado juntar algo más de cincuenta mil dólares, un pellizco interesante.

Había llamado a John para contarle que necesitaba quedarse unos días más, no sabía cuántos, pero sí que tenía que hacerlo. Esperaba acabar con todo pronto y no pasar ni un segundo más de lo imprescindible entre las paredes carcelarias del Red House.

Siguió el consejo de Natasha y se fue dejando ver por el local, coincidiendo en muchos casos con ella. Le volvió a hacer la observación de la ropa, así que no tuvo más remedio que alquilar algunos trajes y comprar zapatos y complementos También se había cortado el pelo y siempre iba bien afeitado. Necesitaba dar la impresión de que encajaba en el ambiente. Todos esos cambios pegaron fuerte también a su cuenta bancaria, que pedía a gritos dejar de ser saqueada, pero eso era un futuro problema que debería solucionar más adelante.

—Hoy ya entras en una de las timbas grandes —le anunció Natasha mientras bebía de su copa y miraba hacia la sala repleta de gente.

—Brad estará, ¿verdad?

—Claro, te di mi palabra. —Le dedicó una coqueta sonrisa.

Christopher asintió.

—He ido siguiendo tu juego estos días. Es bueno. ¿Se te dan igual de bien otras cosas?

—No vas a conseguir nada conmigo.

No prestó atención a la respuesta de Natasha, porque una figura alta con melena rubia cruzó por el local. Su mano se cerró con fuerza alrededor de la copa. No era ella. Sacudió la cabeza para alejar los recuerdos. Debía centrarse. En ese momento tenía problemas graves que resolver.

Vació de golpe su copa y la dejó con demasiado ímpetu en la barra, antes de marcharse con Natasha hacia las salas, escoltados por Boris. Esa noche jugó cabreado. Su hermano lo notó, pero no le dijo nada después de la partida, cuando pudieron pasar un poco de tiempo a solas. Habían ganado unas cuantas manos, juntándose con unos veinticinco mil dólares. Realmente sí que habían participado en una mesa de peces gordos, y se notaba que lo que les sobraba a estos era dinero. Natasha los condujo a su despacho y allí le entregaron las fichas. El monto de la deuda iba disminuyendo cada vez más. Fruto del enfado, le planteó a Brad que jugasen de forma más agresiva en las próximas partidas, fuesen o no peces gordos. Christopher tenía como objetivo largarse cuanto antes.

—¿Cómo está Melissa? —le preguntó Brad mientras se recostaba mejor en el sillón del despacho de Natasha.

—Está preocupada. Me ha dicho que va a intentar conseguir más dinero por su cuenta, pero no me ha especificado cómo.

Brad negó con la cabeza con expresión de arrepentimiento.

—Juro por Dios que nunca más me va a pasar esto. Te lo juro, Chris.

A Christopher le costó creerse sus palabras a pesar del gesto descompuesto de su cara. Quizá tarde o temprano volviese a caer y, sinceramente, esperaba no verse involucrado de nuevo.

—Nos estás jodiendo a todos con tus malas decisiones.

—¡Volveré a terapia! —prometió.

—Más te vale hacerlo. ¿Es que no te acuerdas de lo que pasó cuando teníamos la mierda hasta el cuello? Eso debería hacer que te alejaras de todo este mundo. Te va a destruir la vida, Brad, y me vas a arrastrar contigo.

—Lo siento, hermanito. Te prometo que esta es la última vez. Me reformaré.

Asintió levemente y oyó la puerta abrirse a sus espaldas. Era Natasha. Se estaba fumando un cigarrillo. Se sentó detrás de su escritorio y se sirvió una copa. Volvía a vestir de rojo y sus ojos volvían a estar llenos de maldad.

—¿Os apetece? —les preguntó.

—No, gracias —contestó Christopher por ambos. Él pensaba salir de allí y tomarse una tranquilamente, sin Brad y sin Natasha de por medio.

Dio una calada profunda al cigarrillo y soltó el humo despacio.

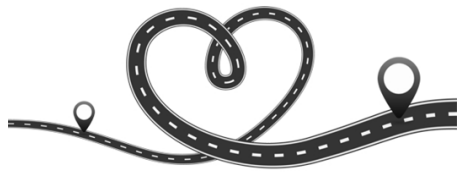
—Sois el dúo fantástico —se burló Natasha.

Christopher ignoró la ironía en su voz.

—Si todo va como hasta ahora, en dos semanas nos podremos hacer con todo lo que se te debe.

—No prometas tan a la ligera, tigre. —Estampó medio cigarrillo que todavía le quedaba en el cenicero de cristal y alzó la vista hacia ellos—. Me voy. —Se puso de pie—. No sois los únicos que me deben dinero en esta ciudad. Brad, tú te vas con Boris. Tigre —dio un par de pasos en su dirección—, ya sabes dónde encontrarme.

11



El tenedor se clavó con fuerza en el plato. Miró la crujiente lechuga que había quedado atrapada. El tomate cherry se le estaba resistiendo, rodando de lado a lado. ¿Por qué su madre prefería dejarlos enteros a cortarlos por la mitad? La mente de Scarlett daba vueltas alrededor de los temas más absurdos con tal de no pensar en lo que de verdad la estaba asolando esos días.

—Tenerte de vuelta es maravilloso, hija. —Le sonrió.

Las arrugas de Miranda se concentraron alrededor de sus ojos. Se le marcaban profundas líneas de expresión en los mofletes cuando dejaba de sonreír, que eran indicadores de que había sido muy feliz a lo largo de su vida. Ella había sido una mujer risueña, tranquila, feliz y atenta, tanto con ella como con su padre. Su profesión de maestra de colegio inspiró a la propia Scarlett a seguir sus pasos, solo que decidió ir más allá y formarse para educar a los adolescentes.

—Yo también me alegro de estar aquí, mamá —dijo con una sonrisa sincera.

—Necesitabas descansar, cariño. Trabajas demasiado —comentó con ternura.

—Mira quién fue a hablar. —Y recalcó lo siguiente meneando el tenedor en el aire—. La educación es una rueda siempre en marcha, gracias a Dios.

—Lo es, cariño, pero eso no quita que debamos tener vacaciones de vez en cuando para no volvernos locos. —Rio—. No me imagino lo que es lidiar cada día con una clase de adolescentes de dieciséis y diecisiete años.

—Ya, porque tú lidiabas con los pequeños, no con los mayores. —Suspiró—. En ocasiones es la guerra —declaró para luego volver a vaciar el tenedor en su boca—. No obstante —habló con la boca llena—, créeme cuando te digo que sentimos un... amor mutuo. Respeto, para ser exactos.

—Si eres tan buena profesora como hija, eso dalo por hecho. —La observó mientras seguía hablando—. Tengo la teoría de que los llevas a todos de cabeza. —Como su hija no entendió lo que quiso decir, se explicó mejor—. A más de uno tendrás enamorado.

—¡Mamá! —Trató de quitarle importancia a sus palabras—. Para nada, mis alumnos me respetan.

—Sí, yo también respetaba a mis profesores de la universidad, pero eso no quita que fuesen tremendamente guapos —insistió.

—Retira eso, no quiero saber más. —Al ver la sonrisa burlona de su madre tuvo que ponerse más seria—. Mamá, son adolescentes. Tienen sus amores entre ellos y, sí, están con las hormonas que no paran, pero yo soy un fósil de la Edad de Piedra para ellos.

—Vale, vale, yo solo digo que...

—¡Ya basta! —Rio contagiada por ella—. Nada es como tú dices. —Aunque quizá en el fondo dudaba de sus propias palabras—. Mis alumnos me ven como el mamut del Pleistoceno que les da las clases de Literatura. ¡Eso es lo que les parezco y nada más!

—Lo que tú digas, Scar.

—Mamá, eres consciente de que me llamas igual que el malo de *El rey león,* ¿verdad?

—¡Pamplinas! —La sonrisa traviesa de su madre la delató.

—¿Lo haces para provocarme, acaso? Porque, si es para hacerte la guay conmigo, perdona pero esa etapa ya la pasamos. Ya tengo mis veinticinco bien cumplidos y a mucha honra.

—Sí, sí, sí. Olvidémoslo.

—Mejor.

Se hizo el silencio mientras seguían comiendo; no era un silencio incómodo, al fin y al cabo estaba con su madre, no con un desconocido. Lo que la llevó a pensar en...

Ya no estaba en la cocina comiendo con su madre. Estaba envuelta en su toalla después de la ducha, con unos nervios en el estómago terribles y sintiendo el calor de un cuerpo pegado al suyo.

Una pregunta de Miranda la sacó del trance. Puso su mejor cara

de póquer, le sonrió y le hizo repetirla, apartando los recuerdos. Al acabar de cenar, recogieron la cocina entre ambas. Su madre se quedó fregando los platos y ella fue al piso de arriba, a su antigua habitación, para abrir la maleta. Estaba cansada del viaje. Era absurdo haber pedido vacaciones y estar más cansada que cualquier día normal de trabajo. Abrió la puerta del que había sido su cuarto. Por un momento creyó que se encontraría de nuevo con los pósteres de famosos, las estanterías repletas de libros y la colcha de flores que tanto le gustaba.

Su madre había modernizado la estancia. En ese momento la cama ya no era su antigua cama nido, sino que había puesto una más grande, con más cojines encima de lo necesario para una sola persona. En las paredes no había rastro de Brad Pitt en *El club de la lucha* ni de DiCaprio y Kate Winslet. Una alfombra crema cubría casi la totalidad del suelo de la habitación, y en las estanterías quedaban unos pocos libros suyos; el resto eran de su madre y algunos objetos de decoración. A pesar de todos esos cambios, Miranda se había encargado de que fuese igual de acogedora. Descorrió la tupida cortina y abrió la ventana. La brisa de la tarde entró.

—¡Mamá! —gritó.

—Dime.

—Me voy a tumbar un rato, ¿vale? —Esperó a oír su respuesta.

—De acuerdo, mi vida. Descansa.

Con rápidos movimientos, vació la maleta y colgó las prendas en el armario. Colocó el neceser y su kit de maquillaje en el baño y se sentó en la cama para quitarse los zapatos. Cogió unos pantalones cortos negros y una vieja camiseta gris con algún que otro agujero de más y se puso cómoda. Suspiró antes de meterse bajo las sábanas. Necesitaba al menos una hora de desconexión. Luego volvería a ser ella, llena de energía. En cuanto su cabeza tocó la almohada, se quedó profundamente dormida.

Scarlett abrió los ojos poco a poco, estirando los brazos por encima de la cabeza. Había dormido como un tronco, sin soñar nada,

y lo agradeció. No necesitaba que su propio subconsciente se sumara a lo demás para atormentarla. Apartó la fina sábana que la cubría y bajó de la cama. Eran las nueve de la mañana. Caminó por el pasillo arrastrando los pies sobre la alfombra y, con pasos ligeros, bajó las escaleras. Su madre ya estaba despierta y había preparado café. La encontró concentrada haciendo un crucigrama, tamborileando un bolígrafo en la mesa con sus gafas de lectura puestas sobre el puente de la nariz. Estaba muy graciosa.

—Buenos días, mamá —la saludó, al tiempo que ahogaba un bostezo.

—Buenos días, cariño. —Le dedicó una sonrisa.

La casa estaba silenciosa. El vecindario en el que había crecido era así: silencioso y tranquilo. Hillshire era un buen barrio para vivir. Las casas eran unifamiliares, con jardines enormes y distanciadas unas de otras. La suya era la última de la calle, pintada en un tono crema y con tejado a dos aguas. Tenía más habitaciones de las que sus padres habían necesitado, pero no la compraron por el tamaño, sino por las hermosas vistas a las montañas. Siempre habían vivido allí hasta que se mudó a Phoenix, en ese maravilloso hogar que le traía tantos recuerdos cuando estaba de vuelta, como la risa de su padre mientras ambos lavaban el coche delante del garaje, las veces que su madre la empujaba en el columpio del jardín, que ya no estaba; la alegría que sentían todos ante la llegada de la primavera, viendo brotar las flores que con tanta dedicación plantaba su madre. Sonrió y, sin pretenderlo, sintió nostalgia de ese tiempo tan perfecto de su vida.

Observó nuevamente a esa mujer, Miranda, que tanto amor había dado a su familia, e inevitablemente recordó el dolor en sus ojos cuando recibió la llamada de la policía. Había pasado tiempo desde entonces, pero quizá no el suficiente. Recordó las lágrimas brotando de sus ojos y su cara descompuesta.

«Lo sentimos», oyó a través del auricular antes de romperse en mil pedazos. Su madre estaba en *shock*. Scarlett corrió a abrazarla. No sabía qué estaba pasando, pero tenía que estar ahí para ella, para apoyarla. Luego los hechos fueron sucediendo muy rápido.

Hospital, forense y una sala fría. Entró con su madre agarrada de la mano. Era él. Era su padre. El forense asintiendo, guardando de nuevo el cadáver. «Un accidente de coche», les explicaron. El desmayo de su madre. Caos, preparativos, el entierro y las lágrimas. Los

sollozos en la noche. Su propio dolor. La casa silenciosa, tal y como estaba esa mañana. Él ya no estaba y eso le seguía doliendo como el primer día. ¿Por qué? Porque algunas cosas no acabarían sanando nunca del todo.

«Todo el mundo se va algún día, por eso es mejor no encariñarse», pensó para sí, endureciendo esa coraza que se había construido desde entonces.

—¿Qué harás hoy, cariño? —le preguntó su madre, sacándola del trance.

—Pues... —le costó hablar—, creo que... —«Vamos, sigue»—. Iré a dar una vuelta, a correr un poco. Luego ya veremos.

—Oh, genial. —Sonrió sin indagar más. Volvió a bajar la vista al crucigrama.

Después de desayunar se cambió de ropa, se hizo una coleta alta y salió a la calle trotando rumbo a Bell Canyon Boulders Trailhead, una de las rutas de senderismo más cercanas a su casa. El día acompañaba y pronto comenzó a sudar. Cargaba una pequeña mochila con agua y algunos frutos secos para cuando parase. No llevaba música. Se concentró en su respiración y avanzó por el serpenteante camino. Correr la relajaba y le despejaba la mente. Llegó a su casa de vuelta bien pasada la hora de almorzar. Se excedió demasiado en su salida ,y eso fue porque se desvió, se paró, se sentó y admiró el paisaje que hacía tanto que no veía. Bell Canyon era un lugar maravilloso.

Por suerte, su madre ya había preparado unas empanadas con verdura y, nada más entrar en casa, el estómago le rugió al oler la deliciosa comida. Fue arriba corriendo a ducharse y a cambiarse de ropa y revisó su móvil.

¿Ya has llegado, Scarlett? 22:37

Genial, había olvidado por completo la existencia de ese hombre. Mierda. Roger. Ni siquiera se acordaba de haberle contestado. Entró en la conversación. Confirmado, no le había dicho nada desde hacía muchos días.

¡Hola! Perdóname, pensaba que te había dicho algo. ¿Cómo estás? 13:43

«Enviar.» No había pasado ni un minuto y ya obtuvo una

respuesta.

Intuyo que eso es un sí. Espero que lo estés pasando bien. 13:43

Sí, es genial volver a estar con la familia. 13:44

Tengo muchas ganas de verte. ¿Quedamos hoy? 13:44

Tragó saliva.

Vale. Veámonos hoy. 13:44

Esperó un poco antes de darle a «Enviar».

Perfecto. Déjame que piense dónde podemos ir. 13:44

—Hoy saldré a cenar por ahí —anunció en voz alta.

—¿Sola? —Su madre la miró intrigada.

—No. —No le quiso dar más explicaciones.

—Pásalo bien, cariño.

Miranda no indagó más. Al fin y al cabo, siempre había confiado en ella y en las decisiones que tomaba sin cuestionarla.

—Sí. —Bajó la mirada al móvil esperando su mensaje.

¿Qué te parece algo más bien informal para la primera vez?
Hay un restaurante cerca de mi casa que está genial. 13:49

Me parece perfecto. 13:49

«Enviar.»

Estupendo. Te mando la ubicación y la hora en un momento. Un beso. 13:50

Terminó de comer y pasó la tarde en el salón con su madre, cotilleando mientras de fondo sonaba un *reality show* de unas personas muriéndose de hambre en una isla desierta. Miranda intentó sonsacarle un poco sobre su cita de la noche, pero solo consiguió que

Scarlett le contase, sin mucho entusiasmo, cómo un hombre le pagó a ella y a su compañera Lauren la cena en un bar de Phoenix para llamar su atención.

Acabaron viendo una de esas películas con culebrón de por medio en la que la protagonista descubre que su marido guarda un oscuro secreto y tiene que huir de él, forcejean en un momento dado y acaba matándolo sin querer.

Más tarde se cambió y puso rumbo a la dirección que Roger le había facilitado.

Había elegido un conjunto fresco, un pantalón holgado color crema y una blusa negra semitransparente con zapatos de tacón a juego. Se dejó el pelo suelto y se maquilló. Quería sentirse guapa esa noche, pero no para impresionarlo a él, sino porque era su manera de ganar seguridad ante las situaciones nuevas. Además, no iba excesivamente arreglada para un... primer encuentro. Decidió ir en Uber, era la mejor forma de regresar a casa si se tomaba alguna copa o quería volver pronto en el caso de que la velada no fuese como ella esperaba.

Llegó a tiempo a pesar del tráfico. El local estaba en pleno centro. Bajó y lo vio parado en la puerta, tecleando en su móvil. De nuevo, vestía con traje. ¿No tendría calor? A lo mejor ya estaba más que acostumbrado. Evidentemente, era el hombre más elegante de toda la calle y le sentaba de fábula. Llevaba el pelo corto engominado hacia atrás. Alzó la vista del móvil y sonrió al verla, haciendo que pequeñas arrugas se formasen alrededor de sus ojos. Ella se acercó y le devolvió la sonrisa. Estudió las facciones de su rostro: ojos grandes, verdes y expresivos, pómulos altos y marcados, barba muy cuidada y labios finos.

—Estás guapísima esta noche. —Roger se acercó a darle un beso en la mejilla.

—Tú vas muy elegante también.

—Me siento afortunado de tenerte aquí —dijo aguantando la sonrisa.

—¿Entramos? —Scarlett ignoró su comentario. Que la halagase en exceso la incomodaba.

—Permíteme. —Le abrió la puerta, invitándola a pasar.

—Gracias.

Muy a su pesar, el local no era tan informal como él le había prometido. Más bien parecía estar demasiado abarrotado de personas que se olía desde lejos que tenían dinero. Le valía mientras las porciones de comida fuesen tan grandes como para no usar un microscopio o no tener que recurrir a un McDonald's después de la cena. El restaurante contaba con un diseño industrial, con detalles en cobre tanto en la barra como en las paredes, y el uso del cemento era predominante en la decoración. A Scarlett le recordó las viejas naves industriales neoyorquinas rehabilitadas y convertidas en preciosos *lofts* o galerías de arte. Muchísimas bombillas colgaban del techo y estaba todo lleno de plantas.

—Menos mal que me has dicho que veníamos a un sitio informal...

—Una belleza como tú se merece lo mejor.

«Ya, bueno...»

De nuevo sintió la incomodidad ante tanto halago. Lo agradecía, pero no estaba acostumbrada. Además, sabía de sobra que ese tipo de piropos iban con segundas, y la cena claramente no era una cita, al menos para ella.

—El negocio es de un amigo. Se me ha ocurrido que sería simpático cenar aquí. Formal, informal, al final qué más da, la cuestión es que estás aquí.

Ella se limitó a sonreír. Caminaron hasta la mesa asignada que Roger ya había reservado previamente, justo al lado de los ventanales que daban a la concurrida calle. Lo siguió en silencio, observándolo desde atrás. Se sentaron uno frente al otro.

—Ha sido muy interesante conocerte estos meses.

—Sí, eres *interesante*... o atrevido, no sé qué te describe mejor.

—Aquella noche en Phoenix, cuando te vi, tuve la necesidad de acercarme. —Los ojos de él brillaron.

—Fuiste bastante descarado.

Roger puso su mejor sonrisa. Estaba acostumbrado a hacer las cosas a su manera, cuando y como quería.

—Aproveché mi oportunidad.

Entusiasmado, le acarició el dorso de la mano y la miró a los ojos. Scarlett se removió incómoda en la silla. No, eso no iba a ir tan rápido. Si se creía que con pagar una cena que nadie le había pedido que pagase y hablar unos cuantos días podía invadir tan pronto su espacio personal, lo llevaba claro. Aun así, ella trató de soltarse sin resultar excesivamente borde.

La camarera se acercó con las cartas en la mano. Scarlett paseó la mirada por los tentempiés y al final eligieron varios platos para compartir. Roger insistió en pedir una botella de vino para ambos. Ella no se quejó, incluso viendo que pedía el más caro de la carta. La chica desapareció y volvió al rato con la botella. Sirvió el vino, él lo probó y, tras dar su aprobación, ambos brindaron. El añejo y afrutado líquido bajó por su garganta. Roger volvió a insistir en lo afortunado que se sentía. Estaba claro que le encantaba colmar de elogios a las mujeres con las que salía. Demasiado halago para su gusto.

Charlaron de su viaje y ella omitió toda parte que tuviese que ver con el Innombrable. Roger se tomó los problemas con su coche bastante en serio, asegurando que podría encontrarle comprador para su Mustang en caso de que lo quisiese cambiar por algo más nuevo y fiable. Ella hizo una mueca y negó con contundencia. No le gustaba nada esa insistencia en querer deshacerse de algo que para ella tenía un valor sentimental enorme. De ninguna manera iba a vender su coche. Era un regalo de su padre.

Él se pasó la cena parloteando sobre su proyecto de expansión empresarial en la industria del carbón. Con treinta años ya era gerente de una fructífera empresa minera con sede en Salt Lake City. Eso Scarlett no lo sabía. «Increíble.» Obviamente le iba muy muy bien, lo dedujo por el Rolex de su muñeca. Lo vio cuando este levantó la mano hacia la camarera cuando esta pasaba cerca de su mesa. Le señaló la carta recordando que les faltaba un plato. Scarlett dirigió la mirada hacia el ventanal, algo aburrida de oírlo hablar de él, sus inversiones, sus negocios y de lo bien que le iba.

De pronto, tuvo que contener el aliento. Se le secó la boca y abrió y cerró los ojos varias veces.

«¡No, no, no! ¡No! ¿Sí?»

La iluminación de la calle le permitió ver dos figuras pasando por delante del ventanal, y una de ellas le resultó demasiado familiar. ¡No! Debía de haberlo soñado. ¿En qué momento el destino se había

tornado en su contra? Cogió la copa de vino y se la acabó de un trago, hecha un manojo de nervios, sin dar crédito a la situación. Inmediatamente oyó el sonido de la puerta del local abriéndose.

«Un momento..., es que acaso..., acaso...»

No tuvo ni que acabar de plantear la idea en su mente. La pareja pasó por su lado siguiendo a un camarero, que los instaló en la última mesa, justo al fondo del restaurante. Lo habría podido reconocer en una sala a reventar de gente. En ese instante, un millón de emociones juntas la apuñalaron. Sintió el corazón desbocado, un nudo en la garganta, el estómago con la sensación de que miles de libélulas revoloteaban salvajes y sin control. Su entereza mental se fue al traste. Su cuerpo se prendió como si la estuviese calentando una potente estufa y se maldijo a sí misma por reaccionar así por él. Se quedó completamente descolocada.

«Innombrable.»

Algo muy malo tendría que haber hecho en su vida anterior como para que la torturasen de esa forma. Seguro que había sido una cucaracha y en ese momento estaba pagando las consecuencias. Deseaba poder escapar de allí corriendo por el suelo, esquivando zapatos de tacón, botas altas y zapatillas deportivas, aun a riesgo de ser aplastada y que sus vísceras quedasen pegadas en cualquier suela. Miró a Roger procurando seguir con la conversación, obviando todos los cambios físicos que le estaban sucediendo en menos de un segundo.

—Sí, mis alumnos son un... —Inclinó la cabeza disimuladamente hacia la derecha. Christopher estaba cara a ella, pero no la veía porque los separaban más mesas y muchísimas plantas.

«¡Gracias, Dios, por darnos naturaleza!»

«Gracias también por permitir que me oculte detrás de ella... y de la cabeza de Roger, claro.»

—¿Scarlett? —La miró extrañado mientras volvía a su posición inicial—. ¿Estás bien?

—Sí. —Tragó fuerte.

La morena sentada con él en la mesa estaba de espaldas y no podía verle la cara. ¿Quién sería ella? ¿Otro de sus ligues? No podía ser que tuviese *amigas* por todas partes, a cientos de kilómetros de distancia de donde se conocieron, en la misma ciudad en la que ella estaba. Era francamente absurdo. Un momento, ¿cómo es que se

planteaba esa pregunta siquiera? Necesitaba volver su atención hacia Roger.

—¿Me puedes servir un poco más de vino?

—¡Claro! —Agarró la botella—. Me estabas contando sobre las formas de manejar el estrés —la ayudó a retomar el hilo—. Realmente te admiro por tu forma de gestionarlo. Imagino que lleva algunos años de entrenamiento domar a una clase de adolescentes.

Nerviosa, se bebió la mitad de su copa ante la sorpresa de Roger. Lo vio fruncir el ceño. Debía controlarse porque lo estaba asustando.

«Concéntrate.»

—Yo, del estrés, me estoy quedando calvo. —Scarlett se fijó en la melena de su acompañante, intacta sobre su cabeza. Seguía teniendo una buena mata de pelo, menudo exagerado.

—Autocontrol —explicó ella. Más bien parecía que se estuviese dando un consejo a sí misma en voz alta para ese justo momento—, es necesario mucho autocontrol.

Sí que lo era. Era necesario tener el mayor autocontrol del mundo para no levantarse y salir huyendo del local. No podía ser que, en otra ciudad diferente, a más de mil kilómetros de distancia, se hubiesen cruzado de nuevo. Era un chiste de mal gusto. Por el rabillo del ojo observó cómo la camarera tomaba nota al fondo.

—Pueden ser muy intensos —dijo volviendo la atención a Roger —, y trato de comprenderlos cuando me sacan de quicio. Tienen las hormonas a flor de piel. Yo también estuve en su posición, así que, cuando me frustran o se ponen soberbios, intento hacer micromeditación. —Roger enarcó una ceja, divertido, y ella se explicó —. No sé si existe esa palabra, igual me la he inventado ahora. —Rio, nerviosa—. No es más que contar hasta diez mentalmente, de manera descendente, y mantener una respiración constante. Así evito soltar alguna barbaridad.

Justo eso necesitaba hacer en ese instante.

—Como técnica me vendría bien con algunas personas incompetentes de mi empresa.

—En mi caso es eso o matarlos a todos y salir en las noticias. —Una fuerte carcajada salió de él. Alrededor de sus ojos se marcaron suaves arrugas.

—Qué graciosa.

Ella se limitó a sonreír. Procuró ignorar el tormento que se

formaba en su estómago cada vez que veía movimiento al fondo, en la mesa del Innombrable. La comida estaba deliciosa y, a pesar de las malas circunstancias, su paladar era el que más lo estaba disfrutando. La velada transcurrió más lenta de lo que ella hubiese querido. No era por culpa de Roger, porque ponía todo su empeño en darle tema de conversación. Más bien era cosa suya, porque se distraía cada dos por tres con un capullo sentado a varias mesas con el que había tenido una noche tórrida de la que quería olvidarse.

Se pasó al agua en mitad de la cena, porque de los nervios no podía parar de beberse el vino como si fuese inofensivo zumo de uvas. Aunque igual, si acababa borracha, la velada no le importaría tanto. Al menos, con demasiadas copas encima era más valiente y, si se cruzaban, podría enfrentarse a él con más desparpajo y no ocultarse detrás de plantas como estaba haciendo desde que él había entrado. A ver, ya le había dado calabazas en el motel, no le importaría hacerlo una segunda vez. De todas formas, quería ahorrarse la vergüenza delante de Roger y las posteriores explicaciones, que no pretendía ni quería darle.

Lo que creyó una buena decisión al principio pasó a ser una muy muy mala, porque se moría de ganas de ir al baño. La vejiga le iba a explotar. Ahogó un suspiro y puso su mejor cara, cerrando las piernas con fuerza y buscando con desesperación un letrero que le indicase dónde estaban los servicios.

«¡Cuerpo, no me traiciones ahora!»

Sí, desde luego había sido una cucaracha asquerosa en su vida pasada y estaba pagando las consecuencias entonces. Fijo que había sido una muy malvada, de patas negras y largas antenas, que seguro que se había colado en alguna cocina y se había revolcado por encima de la comida de alguien, transmitiendo enfermedades y matando a mucha gente. Por eso en ese momento tenía mal karma.

—Perdona —llamó la atención de la camarera—, ¿el baño, por favor? —Solo quería su confirmación tras localizar con la vista el cartel que lo indicaba.

—Al fondo a la derecha.

«Maldita sea.»

Bien, si no podía ser de otra manera, tendría que pasar por ese mal trago. A la mierda todo. Hombros rectos, cabeza erguida y, cuando estuvo a punto de levantarse, vio que Christopher también lo

hacía, lo que la devolvió sin pensarlo de nuevo a su asiento como un resorte. Él también iba al aseo.

—¿Scarlett? —La cara de confusión de Roger captó su atención durante unos segundos.

—Voy al baño. —Le aclaró con una sonrisa forzada.

El hombre tan solo asintió con la cabeza y bebió de su copa.

Scarlett vio desaparecer a Christopher tras la puerta abatible. Estudió sus posibilidades como si ella misma fuese la pieza de ajedrez que se debía desplazar por el local con el menor número de movimientos para conseguir su objetivo. Se volvió a levantar y puso rumbo al fondo, en su misma dirección.

Decidido, lo haría a lo kamikaze.

«A lo estratega», la corrigió su mente.

Iba a aprovechar esa oportunidad para que no la viera. Era eso o pasar por delante de él, de cara, directa a los servicios. Su cuerpo se tensó y los cuádriceps le dolieron por apretarlos tanto y por la rapidez con la que andaba. Tenía las manos hechas puños y la espalda rígida. Evitó mirar a la mujer con la que él estaba cenando. No había necesidad de torturarse tanto. Ya era suficientemente tortuoso su camino a los lavabos.

«Rápido.»

Contuvo la respiración hasta llegar a la puerta y la cruzó. Tres pasos más, solo tres, y con un empujón se vio dentro del baño de señoras. Una vez allí se permitió respirar. Apoyó las palmas en el lavamanos y se miró en el espejo. ¿Qué estaba haciendo?

«Estás escondiéndote.»

Negando la evidencia, giró hacia uno de los cubículos. Solo estaba intentando no generar una situación incómoda entre ambos.

«Mentirosa.»

¿Cómo iba a reaccionar si se viesen? Sería muy extraño todo. Era mejor así.

«Lo estás evitando.»

Pudo deshacerse de toda la rigidez de su cuerpo al dejar escapar el pipí.

«Oh, necesidades fisiológicas, qué poca consideración tenéis.»

Scarlett, mujer de veinticinco años, en ese momento se estaba escondiendo de un chico en el baño, como una adolescente de instituto, solo porque tenía pipí. De lo contrario, se estaría

escondiendo como hasta entonces, detrás de las plantas y de su compañero de esa noche. La maniobra estaba saliendo a la perfección. Podía sobrellevar perfectamente la noche, claro que sí.

Era una equilibrista de su propia vida. «Ni cuando esquivaba balones en el instituto en clase de gimnasia era tan buena», pensó tratando de ensalzarse. Era una ilusionista esquivando los problemas, como cuando desaparecía en el cuarto del conserje al ser perseguida por sus compañeros de primaria, que solían hacerle *bullying*.

¿En qué absurdo mundo más que en el suyo, normalmente tranquilo y pacífico desde hacía unos cuantos años, ocurrían estas cosas? Fue al lavamanos a limpiarse. Un poco de jabón, frotar entre los dedos como los médicos aconsejaban, un poco de agua y ya estaría lista. Se secó las manos con el moderno secamanos de aire.

«Vámonos.»

Pero su cuerpo no reaccionó. No conseguía dar un paso adelante. Estaba petrificada. Aterrorizada. Nerviosa. ¿Y si la veía porque ya había salido del servicio? ¿Cómo lograría evitar pasar por delante de su mesa rumbo a la suya? Deseó ser vampiresa en ese momento y tener la habilidad de transformarse en un murciélago para irse volando de allí. Magnífico, de estar atrapada en la mesa a estar atrapada en el baño. Estaba saliendo todo a la perfección.

«Tú puedes. ¿Qué estás haciendo?»

Su conciencia comenzó a martillear en su cabeza para tratar de romper las barreras mentales que se había construido.

«No va a pasar nada, deja de poner excusas y enfréntalo. Es un simple tío. Es una mota de polvo en tu vida. Ni te afecta. Te va a mirar, se va a sorprender al verte y ya está. Cabeza alta, que no has matado a nadie. Será un momento extraño volver a encontraros, pero las cosas son así. Vas a pasar unos instantes de vergüenza y ya. Nada malo te va a pasar. No te va a comer.»

«A comer...» Tragó con fuerza.

De pronto la puerta del baño de mujeres se abrió de par en par, y unos ojos marrones se quedaron mirando directamente a los suyos. Scarlett estaba plantada allí en medio como una idiota. La morena que pasó por su lado era la misma que estaba cenando con Christopher, de eso estaba segura, y, joder, también era muy guapa.

Su conciencia atacó de nuevo.

«Ahora sí, estás preparada para salir corriendo de aquí. No nos

vamos a quedar toda la noche en este baño, ¿verdad? Sal como un rayo. Vete como alma que lleva el diablo. Pasarás por ahí sin ser vista.»

«Corre.»

Era el momento. Despertando de su propio trance, avanzó hacia la puerta. Agarró el pomo con cuidado y abrió.

Libre.

Nadie.

Tres pasos. Solo tres. Tres largos, lentos y tortuosos pasos. Su libertad equivalía a tres pasos. Sin embargo, todo iba como a cámara lenta. Oyó de nuevo la puerta del baño.

«Joder, qué rápida es la morena.»

—¿Scarlett?

«Tierra, trágame.»

Su voz. Esa jodida voz. Notó su presencia detrás, llenando todo el ambiente, acaparando todo el oxígeno a su alrededor, dejándola anonadada y estupefacta. ¿Por qué la vida era así con ella? Pero no se detuvo. Actuó como una maleducada, fingiendo no haberlo oído y escapando de allí. Empujó la puerta para dirigirse de nuevo a su mesa, lejos de él. No se giró y recorrió el camino de vuelta con la misma velocidad con la que había hecho el de ida.

—Fantástico, llegas justo a tiempo para el postre —le anunció Roger mientras le hacía un gesto a la camarera y le señalaba la carta.

No quería postre. Solo quería largarse de allí.

Christopher ya se estaba sentando en su mesa. La buscó con la mirada por el local y ella, como una boba, se escondió de nuevo. Era simplemente ridículo, estaba comportándose de una forma bastante inmadura. Christopher no se dio por vencido porque, mientras Roger se encargaba de pedirle el postre a la camarera, ella miró con disimulo en su dirección y su corazón fue apuñalado por la intensidad de su mirada. Sentía la sangre correr demasiado deprisa por sus venas.

Sus ojos la habían encontrado. Un calor repentino se extendió por su cara y supo que se había sonrojado. Tragó saliva. Respiró lo más hondo que pudo. No apartó la vista. ¿Diversión? ¿Estaba sonriendo? Lo había visto fruncir el ceño un segundo al dar con ella, y en ese instante tenía una estúpida sonrisa ladeada en su cara excesivamente perfecta. Él cogió su bebida y rompió el contacto visual, centrando toda su atención en la morena que lo acompañaba.

«Mundo cruel, ¿por qué me haces esto?»

—Roger… —comenzó a decir sin desviar la vista de Christopher.

—Dime.

—Nada. —Lo miró a los ojos.

—Vale. —Sonriendo, se llevó un trozo del pastel de chocolate que le acababan de traer a la boca y lo masticó con delicadeza—. ¿Qué quieres hacer luego, Scarlett? ¿Te apetece ir a tomar algo a casa?

¿Quería irse de allí? Afirmativo. ¿Le daba igual a dónde ir? Correcto. ¿A su casa? Cualquier sitio sería mejor que ese. Quizá no era la mejor idea, pero necesitaba una vía de escape rápida. El enfado consigo misma y con la persona sentada varias mesas más allá, apodado el Innombrable, no hacía más que aumentar. Tenía que salir de ese restaurante cuanto antes si no quería implosionar… otra vez. Por su culpa.

—Claro, a tu casa —aceptó, tratando de transmitir seguridad a su voz.

—Me acabo el postre y vamos —confirmó este mientras la miraba intensamente.

Roger insistió en pagar la cuenta y no le dio tiempo ni a sacar su tarjeta de crédito del monedero. Se estaba cansando ya de las tonterías de que pagaba el hombre. ¡No quería un puto caballero con armadura! Es más, ya no quería nada con nadie nunca más. Jamás. Estaba bien harta de los hombres, pero tampoco iba a pagar Roger su malhumor, así que disimuló con él. Se levantó fingiendo una sonrisa e hizo lo único que no tenía que hacer: desviar la vista al fondo del local. Sus ojos volvieron a encontrarse. Eran dos putos imanes. Ella miraba, él miraba. Ahí estaba de nuevo esa tensión, ese revoltijo de libélulas en el estómago, la electricidad que la recorría entera cuando lo veía. Y eso que él solo la miró durante un segundo y luego la ignoró, desviando su atención hacia la morena. ¡OTRA VEZ! Joder.

«Eh, ¿perdona? Como si ahora te importase su vida.»

«Cállate, conciencia.»

El calor de la noche la envolvió a la vez que lo hizo Roger. Este le pasó un brazo por los hombros, tomándose demasiadas confianzas. Ella ni siquiera se apartó, todavía traumatizada por lo que acababa de vivir. Mejor. Ojalá Christopher lo hubiese visto. Ojalá le jodiese tanto ese gesto como a ella verlo con esa chica.

Su conciencia le gritó igual que le gritó Mushu a Mulán:

«¡Deshonor!»
«¡Deshonor para ti, Scarlett!»
«¡Deshonor para tu familia!»
«¡Deshonor para tu vaca!»
«Un momento, ¿tenemos vaca?»

Roger vivía prácticamente en el centro de la ciudad, en uno de los barrios más caros. Su vivienda unifamiliar de arquitectura georgiana, con un jardín repleto de flores en la entrada, la dejó boquiabierta. Alucinó con el estatus social de ese hombre. En esa casa podrían vivir perfectamente cuatro familias de cuatro hijos cada una y seguro que sobrarían habitaciones... y baños.

—Bienvenida —dijo al tiempo que la invitaba a entrar.

—Vaya, me habías contado que tu casa era bonita, pero... no tanto —expuso ella—. Es impresionante.

Se quedó sin palabras al ver el interior. Rebosaba elegancia. Una imponente escalera de mármol blanco conducía a la planta superior y del techo colgaba una lámpara de araña que en ese momento iluminaba el vestíbulo por completo. La condujo hacia la derecha, al salón. Se sentó con excesivo cuidado en el mullido sofá y observó a su alrededor. Seguramente la cantidad de ceros que había en la cuenta corriente de su banco era impronunciable. ¿Qué hacía allí a solas con él? No había pretendido insinuar nada aceptando su invitación y quedándose a solas con Roger en su casa; solo había sido una vía de escape.

—Normalmente estoy en mi empresa cuando hablamos —le explicó.

—¡Es un auténtico palacio! —se maravilló Scarlett, pasando la vista por la fina porcelana de las figuras de las estanterías.

Grandes cuadros cubrían las paredes y sobre el suelo de madera reluciente se posaban alfombras que tenían pinta de ser persas auténticas. Había una chimenea en el centro de la estancia y una mesa dorada a su lado. En un lateral, una puerta de madera tallada atrajo su atención.

—El despacho —le aclaró Roger.

—Oh.

Estaba sobrecogida. Su diminuto piso en Phoenix, que contaba solo con una habitación y un baño, era una caja de zapatos en comparación con eso. Ya solo el tamaño del salón equivalía a su apartamento entero.

—¿Una copa? —preguntó Roger, alzando una botella de whisky tremendamente caro.

Ella dudó, pero finalmente aceptó. La sirvió con sumo cuidado. Cogió su vaso y se lo llevó a los labios. Iba a beberse un Macallan más viejo que su bisabuela. Roger se sentó a su lado en el sofá y cogió un mando. La música comenzó a sonar, suave, melódica y sensual. Se sentía intimidada por la magnificencia de esa mansión, pero trató de apartar esa idea de su cabeza, ya que al menos era un sitio seguro al que el Innombrable no tenía acceso.

—¿Quieres algo para picar con la bebida? —Scarlett no tuvo tiempo para contestar—. ¡Blanca! —gritó.

Una señora mayor ataviada con un uniforme negro de pies a cabeza apareció por la puerta del salón. Llevaba el pelo recogido en un moño del que ni un solo pelo escapaba y que le estiraba demasiado las sienes.

—Dígame, señor.

—Haz el favor de traernos algo para picar —ordenó sin siquiera mirarla.

—Enseguida.

—¿Tienes servicio? —planteó, incrédula.

—Es el ama de llaves. No pretenderás que esta casa se mantenga sola... —Se rio él solo.

—No, claro que no. —Intentó sonreír, incómoda.

La eficiente señora apareció minutos después con unas porciones de queso cortado, frutos secos y unos cuantos higos frescos en una tabla. Roger se inclinó para meterse algunos trozos de queso en la boca y ella lo imitó.

—¿Tienes pensado seguir en Phoenix?

—Por ahora me gustaría. Elegí la plaza allí porque en su momento me pareció la decisión correcta. Es una ciudad grande y me ofrece muchas posibilidades.

—Salt Lake tampoco está tan mal, ¿no?

—Bueno, es cuestión de gustos. Yo allí me siento bien.

—¿No estás lejos de tu familia?

—Sí, pero era lo que sentía que debía hacer. Ganarme la vida por mi cuenta y tener independencia. Ya sabes, lo que cualquier chica de veinticinco años querría.

—Enfrentarte al mundo —la ayudó.

—Sí, enfrentarme al mundo.

—Yo siempre lo tuve claro, desde el principio: la familia iba por delante y quise quedarme y echar una mano en el negocio familiar. Procedo de una saga de industriales y sabía que deseaban que siguiera sus pasos y me involucrase.

—No cabe duda de que has tomado una buena decisión —comentó mientras miraba a su alrededor.

—Eso pienso yo también. Oye, ¿cómo es un instituto público? —preguntó con curiosidad.

Scarlett parpadeó varias veces antes de contestar.

—¿Nunca has estado en uno?

—No, fui siempre a colegios privados porque era lo que mi padre quería.

«Vaya con el esnob...»

—Es un sitio normal y corriente. Con paredes, puertas, ventanas y esas cosas —se burló ella.

—Vaya... —quiso hacerse el sorprendido.

—Sí.

—¿Y cómo es dar clases en un sitio así? Con paredes, puertas, ventanas y esas cosas.

Scarlett abrió la boca anonadada. Se lo tenía merecido por haberse burlado de él.

—Es divertido —respondió de forma escueta, y añadió—, menos por los apodos.

—¿Cómo?

—Sí, bueno, a algunos nos ponen apodos. Nos vamos enterando por los pasillos cuando cuchichean. A mí me llaman la Bella Durmiente porque algunos se quedaron dormidos en mis primeras clases cuando entré a trabajar allí. De todas maneras es mejor eso que ser James Axila Sudada.

—¿Axila Sudada? ¡Qué malos son!

—Pobre James, nunca se lo hemos dicho, pero estoy segura de

que lo sabe.

—Me gustan tus alumnos. No eligieron mal apodo para ti, bella —comentó mientras en un gesto rápido le acariciaba la mejilla.

—Gracias.

Estaban demasiado cerca. Roger dejó el vaso en la mesa y ella agarró el suyo con fuerza entre sus manos y se quedó mirándolo.

—¿Besas en la primera cita? —preguntó él.

«Sí, solemos besar de forma aleatoria y habitual, pero la última vez no salió muy bien», respondió su conciencia por ella.

Scarlett no supo cómo reaccionar cuando Roger se inclinó y acortó la distancia entre ambos. Su barba le raspó la cara. El beso fue tierno y delicado, como una caricia gentil. No sintió ni un mísero revoloteo en el estómago, ni nerviosismo, ni el cosquilleo en la piel..., nada de nada.

¿Acaso estaba muerta y no lo sabía? ¿Por qué no había *nada?* Él la tomó de la nuca para profundizar más en su boca y ella intentó alcanzar la mesa para dejar el vaso. Se sentía extrañamente incómoda. Quizá era porque pensaba que la señora que había venido antes los podía estar observando desde cualquier esquina.

«No tuviste ningún problema, hace unos días, en irte corriendo a follar a un baño público, empujando a la gente y formando cola en los aseos de mujeres.»

«Eso, querida conciencia mía, es un detalle que ahora mismo NO QUIERO RECORDAR.»

Se separaron por la falta de aire y Roger la miró con deseo. Tenía los labios brillantes e hinchados. Sin embargo, ella puso cierta distancia. No estaba dispuesta a repetir los errores del pasado. Le pidió que rellenase su vaso, dio un sorbo corto y le sacó el tema de su trabajo y su negocio, y estuvo de nuevo, tal y como ella esperaba que sucediese, charlando de este durante más de media hora sin parar. Miró disimuladamente la hora en su móvil; igual era buena idea marcharse ya. No quería dar señales contrarias de lo que le apetecía hacer. Había estado bien besarlo, pero sin lugar a duda no iba a pasar nada más allá de eso, al menos de momento. Se disculpó diciéndole que tenía un compromiso temprano por la mañana. A Roger le sonó a excusa, pero se limitó a sonreír y a esperar mientras llegaba el Uber.

—Me lo he pasado muy bien.

—Yo también. —La respuesta de Scarlett fue una media verdad.

—Tengo unas cosas que atender estos días, pero me gustaría volver a verte.

Scarlett asintió mientras subía al coche.

Esa noche no pudo pegar ojo. La idea de haberlo visto de nuevo la mantuvo despierta hasta altas horas de la madrugada. Estaba aterrada. Allí, a muchos kilómetros de distancia y un puñado de horas de carretera, se había tenido cruzar otra vez con Christopher.

Estaba frente al espejo mirando su vestido de cóctel negro con cuello en uve, que se ceñía perfectamente a todas las curvas de su cuerpo y que terminaba por encima de las rodillas, con un corte en el lateral suficientemente coqueto. Su madre la había ayudado con la cremallera de la espalda.

—Cariño, estás guapísima. —Miranda sonrió, apoyada en el marco de la puerta.

Scarlett se había rizado la melena y se había maquillado. Llevaba un lápiz de labios carmín. Se decidió por unas sandalias negras de tacón fino para completar su *look* junto con un bolso de mano pequeño del mismo tono de sus labios. Pidió su Uber. Le había dicho a Roger que se verían directamente en el restaurante, y aunque esto a él no le hizo ninguna gracia, ella pensó que necesitaba tener la libertad de irse cuando quisiera en caso de querer desaparecer antes de tiempo, y marcharse tal como había ido le pareció lo más lógico para eso.

Su madre le comentó que el Hotel Coliseo, que poseía un restaurante, era una auténtica obra de arte que solo una vez en su vida había pisado, y fue para celebrar los veinticinco años de casados con su padre. En cuanto llegó al establecimiento, tuvo que darle la razón: allí había aparcacoches, conserjes y botones que cualquiera diría que vestían de Armani y llevaban Rolex en las muñecas. Otro despliegue de fanfarronería al que no tenía ganas de acostumbrarse. Entendía que los gustos de Roger eran exclusivos, pero se le estaba haciendo cada vez más aburrido ir de restaurante caro en restaurante caro. Su nivel de vida no estaba a la altura de ese tipo de sitios, y tampoco le

gustaba que pagase siempre él.

En cualquier caso, él estaba muy guapo esa noche. La esperó en la entrada y, cuando fue a saludarla con un beso en los labios, ella se adelantó y le dio uno en la mejilla. No, que lo hubiese besado unos días atrás no quería decir que la pudiese besar cuando él quisiera. Apenas se conocían y no volvería a repetir los mismos errores.

Un empleado los acompañó hasta el ascensor que llevaba a la azotea. El restaurante estaba ubicado en la última planta del edificio más céntrico de la ciudad, y desde allí imperiales columnas se elevaban al cielo nocturno, iluminadas en tonos amarillentos. El salón se partía entre zona cubierta y zona exterior, y grandes palmeras acompañaban el diseño.

Al salir del ascensor, donde los esperaba el *maître,* notó cómo Roger se erguía a su lado, adoptando su pose más regia. «Aquí hay mucho dinero junto», pensó mientras avanzaban.

La cena fue tranquila, como siempre que estaba con él, y le insistió para pagar su parte por mucho que costase casi un tercio de su sueldo de maestra de un mes completo. Maldita la hora en la que se había dejado liar. Roger se negó, depositando su tarjeta en el recipiente en el que el camarero había traído la cuenta. La convenció para ir a otro lugar a tomar unas copas y presentarle a unos amigos. El sitio por lo visto estaba de moda. Esa vez fueron en su Mercedes. Scarlett vio el cartel luminoso y la fila de gente para entrar.

«Red House, qué nombre tan curioso.»

Entraron sin tener que esperar. Por lo visto a él ya lo conocían, era cliente habitual. El ambiente estaba cargado de lujuria y olía literalmente a sexo. ¿A Roger le iban esos sitios? Tenía pinta de ser un local de intercambio de parejas, y ellos dos no habían pasado ni de la primera base.

¿A dónde la había llevado? A lo mejor Roger tenía una identidad secreta, como le pasaba a Clark Kent con Superman. De día, Roger; de noche, Christian Grey. Lo miró de reojo. Le pareció muy fuerte que en su segunda salida juntos la llevase a ese tipo de lugares. No tenía pinta de ser tan atrevido en la cama. La iluminación era muy tenue y le costó adaptar los ojos al neón rojo, al cuero, a las transparencias y los cuerpos de infarto.

Respiró hondo y apretó con demasiado ímpetu el pequeño bolso de mano. Atravesaron el local escoltados por un tipo muy tatuado

y corpulento que daba bastante miedo y que los siguió hasta la planta superior. No muchas cosas la podían ruborizar en la vida, pero se quedó muda mirando los pechos de la camarera, que solo llevaba una blusa transparente y pezoneras.

«Hipnóticos.»

Amanda, según se presentó ante Scarlett, los iba a acompañar durante toda la noche. Le dedicó una sonrisa a Roger. Al llamarlo por su nombre y anotar «lo habitual» en su tablet, entendió que era un sitio muy frecuentado por él. Ella pidió un cóctel sin alcohol.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —Se recostó en el sillón, delante de ella.

Bueno, ¿quería la verdad... *o la verdad?* Porque quizá su comentario sobre lo que le parecía toda esa situación le iba a resultar mordaz.

—Esto es... —No pudo acabar la frase, porque una pareja se acercó a saludar a Roger con entusiasmo.

«Genial.»

Un abrazo y un apretón de manos más tarde, Roger los presentó. Se llamaban Lisa y Juan. Sin que nadie le hubiese consultado nada, se sentaron en su mesa. A Scarlett no la molestó; de hecho, le alivió saber que no estaría sola en un lugar como ese con Roger. La sexy camarera volvió a su mesa a tomar nota de las bebidas de los recién llegados. Estudió sus movimientos con admiración. Había que tener mucha confianza en una misma para caminar en un espacio repleto de gente y de ojos inquisidores con tan poca ropa y con la cabeza tan alta, y además no morir de la vergüenza durante el proceso.

Trajeron dos botellas de un champán que supuso era rematadamente caro, ya que no le sonaba ni la etiqueta, y se lo sirvieron en unas copas perfectamente relucientes y con los bordes de oro. A ella también le sirvieron a pesar de que insistió en que no iba a tomar ni una gota de alcohol esa noche.

Mientras estaba pendiente de la conversación que mantenía la pareja con Roger, su vista vagaba por el local, sin poder contener la fascinación. Jamás había estado en un sitio como ese.

—No sabía que te movieras en este tipo de ambientes —bromeó ella.

—No me digas que te sorprende —dijo después de beber.

—Es lo suficientemente peculiar como para hacer que me sonroje

—contestó Scarlett.

—Pues no has visto nada todavía —soltó Lisa con una carcajada.

—¿Cómo? —se escandalizó ella.

—No le hagas caso. —Roger dirigió una mirada de reprimenda a Lisa, y esta se encogió de hombros.

—Supongo que es demasiado pronto.

—Pronto, ¿para qué? —quiso saber Scarlett.

—Bebe un poco y disfruta —se burló Lisa.

Le alzó la copa de champán y tuvo que darle un sorbo para complacer a todos los de la mesa. Ella, con su cóctel sin alcohol, estaba muy bien, pero ese champán entraba como si fuese agua. Suspiró y trató de centrar su atención en la conversación de sus acompañantes, en vez de en todo lo demás que la distraía. Dos copas de champán más tarde, su cabeza ya daba vueltas. Qué jodido era que estuviese tan bueno. Sentía el cuerpo liviano y relajado, y estaba más despreocupada. Juan y Roger se enzarzaron en una charla de negocios y eso dejó a Lisa a su completa disposición. Era muy divertida y fiestera. En repetidas ocasiones se levantaron a bailar cerca de su mesa.

Después de tomarse una tercera copa, cuando fue a levantarse del sofá, sintió las rodillas flojas, señal que indicaba que debía parar de beber. Su cóctel sin alcohol estaba aún por la mitad. Lisa la agarró de la mano y la condujo a través de la pista, más allá de la barra y de diversas mesas, no muy lejos de donde estaban sentados. Hundieron sus traseros en unos sofás negros al lado de lo que parecía una tarima. Lisa se apretujó a su lado, le dedicó una sonrisa y le apretó la mano. Un camarero se acercó con dos copas más.

—Invita la casa.

—¡Oh, Dios, no! —exclamó Scarlett.

—Vamos —le insistió Lisa haciendo un puchero—, la última.

—No creo que deba.

—¿Quién te controla?

—Nadie, solo que mis ganas de no hacer el ridículo me están alertando ahora mismo de que no la acepte.

—Hacemos una cosa —dijo Lisa, al tiempo que cogía las dos copas y despachaba al camarero—: la dejo aquí y, si en algún momento tienes la boca seca —le insinuó—, te la bebes, ¿vale?

Se tomó más segundos de la cuenta para contestar, pero

finalmente accedió. A su alrededor se juntaron un buen número de personas, y las que no cabían en los sillones permanecieron de pie, mirando fijamente la silla situada en la tarima que tenían enfrente. ¿Qué iba a pasar para que todos estuviesen tan atentos a un trozo de madera?

«Nada bueno.»

—¿Preparada? —le susurró Lisa.

—Preparada, ¿para qué? —planteó, desviando la mirada hacia ella.

Al segundo siguiente a haberle contestado se quedó lívida..., horrorizada, sin respiración, aterrada y con ganas de salir corriendo del Red House. Una cara demasiado familiar. Estaba apoyado en la barra con un whisky en la mano. Instantes después, el *show* daba comienzo. Dos mujeres, cero ropa, música sugerente y más de veinte pares de ojos mirándolas. ¿Dónde coño se había metido y por qué se lo encontraba allá donde fuese? Desvió la mirada antes de que él la descubriese observándolo y tuvo que centrar su atención en el espectáculo. De inmediato, su mente la bombardeó con una única frase: «¿Qué hace Christopher aquí?».

Se tensó, preocupada por si él se percataba de su presencia, y con sumo disimulo giró un poco la cara en su dirección. Como si sus ojos fuesen imanes, sus miradas se cruzaron y dejó de respirar. Un zumbido en los oídos, las pupilas dilatadas, vítores del resto de clientes, demasiada sangre corriendo furiosa por sus venas.

«Pillada en el acto.»

—Scarlett, me haces daño —susurró Lisa.

Scarlett se giró desconcertada. Su mano estaba encima de su muslo.

—Lo siento —se disculpó, apartándola rápidamente.

—No pasa nada —respondió con una sonrisa, capturando su mano entre las suyas—. ¿Te gusta? —Se inclinó hacia su oído.

Durante un milisegundo, entró en pánico por la pregunta. Su conciencia contestó por ella. «Dios, sí, él te gusta.» Pero enterró esas palabras en lo más hondo de su cerebro y balbuceó algo incoherente a su compañera. Lisa frunció el ceño y la miró de forma extraña. Luego volvió a centrarse en el *show*.

En ese momento deseaba salir pitando de ese local y esconderse bajo las sábanas de su cama, en la seguridad de su habitación, y tratar

de superar el ataque de ansiedad que sentía que estaba a punto de sufrir. Porque por segunda vez en muy pocos días, ya ni se acordaba de cuántos, volvía a darse de bruces con Christopher en un mismo sitio lejos de Wickenburg, a lo que se sumaba también la presencia de Roger.

No le quedó otra que simular estar interesada en el espectáculo, refugiándose en Lisa y la seguridad del sofá, con la esperanza de que, cuando este acabase, él ya no estuviese allí. Entonces se marcharía corriendo, aunque la tildasen de maleducada. Delante de sus ojos, sobre la tarima, dos mujeres se devoraban con calma mientras sus manos viajaban a todos los lugares disponibles, y ella hizo lo peor que podía hacer en ese instante: se torturó reviviendo los momentos tórridos con Christopher.

Sin ser consciente de ello, volvió a apretar con la mano a Lisa, en ese caso su mano, lo que mandó una señal equivocada. Sentía pánico y excitación al mismo tiempo. Respiraba de forma pausada mientras notaba en su propio cuerpo las caricias allá por donde las manos de ambas mujeres pasaban. Intentó que la excitación no nublase su mente, pero supo que era demasiado tarde cuando los gemidos de ambas llenaron el local mientras se tocaban la una a la otra. Instintivamente, apretó sus muslos.

Lisa posó una mano sobre su rodilla de manera despreocupada. Scarlett la miró. Tenía la vista fija en la actuación, como si nada hubiese pasado. Y, para más inri, se torturó a sí misma girando la cabeza en sentido contrario, curiosa por ver si Christopher seguía ahí.

Lo pilló bajando la copa de sus labios, lentamente, mientras la contemplaba con una expresión en el rostro que no supo descifrar. Sus ojos ardían, y ella sentía su calor abrasador por toda la piel. ¿Por qué la torturaba de ese modo? ¿Por qué ella misma se torturaba de ese modo? Lo vio recostarse sobre la barra de forma indiferente mientras le dirigía una sonrisa ladina. A Scarlett se le secó la boca.

Dos segundos más tarde, como una auténtica chiflada, rompió el contacto visual para hacer lo más estúpido de la noche: coger su copa y vaciarla de un solo trago. Unas gotas cayeron por sus labios, y notó la mirada de Lisa puesta sobre ella. Los gemidos de las chicas iban en aumento mientras se frotaban, mordían y chupaban. Sin previo aviso, Lisa tiró de su mano y la besó, chupando el resto de champán de sus labios. Fue tan inesperado que no pudo reaccionar ni apartarse. Se

tensó al pensar en que Christopher la podía estar viendo en ese momento. Luego su parte más diabólica hizo que agarrara por la nuca a Lisa y le metió la lengua hasta el fondo, aproximando sus dos cuerpos, besándola con pasión. Ella no se quejó y soltó un gemido que quedó atrapado en su garganta.

Estaba excitada al nivel de que notaba su ropa interior mojada y se imaginaba a sí misma tocándose de la misma forma. Como si le hubiese leído la mente, Lisa comenzó a subirle una mano por el muslo, perdiéndose debajo de su vestido. El roce de sus suaves dedos por su pierna, recorriendo el camino hacia una zona que necesitaba ser atendida, le hizo olvidar hasta cómo se llamaba. En ese instante, rompió el contacto de sus labios para dirigir su mirada a Christopher mientras Lisa aprovechaba la ocasión y le besaba el cuello. Él la estaba observando con ojos ardientes, disfrutando claramente de la situación. Sí, que abriese muy bien los ojos para no perderse detalle.

Sintió el roce de los dedos de Lisa en su lencería de encaje. No, ella no quería que Lisa la tocase, lo quería a él. Quería acabar la noche con él y que se volviese loco follándola.

Olvidando que estaba en una sala abarrotada, y olvidando que estaba allí con más personas, entre ellas Roger, lo buscó con la mirada por el local y lo pilló escabulléndose por un pasillo. No se lo pensó.

Oyó cada vez más lejos que Lisa la llamaba, pero una cuerda invisible tiraba de ella hacia él. Siguió su mismo trayecto sin quitarle la vista de encima.

Christopher necesitaba una copa. Se aflojó el nudo de la corbata y se desabrochó uno de los botones de la camisa. Las partidas le estaban yendo bastante bien. Había sido una decisión acertada jugar con su hermano. Eso sí, odió los recuerdos que toda esa situación le traía. Esa noche el Red House estaba a reventar, y se dijo que eso probablemente significaba que los peces más gordos también acudirían... y se dejarían un montón de dinero en las mesas. Eso a él le favorecía. Mientras nadie los descubriese y Natasha lo ayudase con su tapadera, todo iría bien.

Sin embargo, tenía que irse de allí antes de que su vida volviese a estar patas arriba. Sentimentalmente, estaba destrozado. Scarlett estaba en esa misma ciudad, y volver a encontrarla le había sentado como una puñalada en el corazón. Verla con otro tío cenando había sido como si lo hubiesen cortado en cachitos. Y verla en ese mismo momento, sorteando mesas para sentarse con una chica en uno de los sofás del club, simplemente lo paralizó.

«¿Qué mierdas...?»

¿Cómo era posible? Parpadeó muchas veces, y constató que era real, no se trataba de una alucinación. ¿Por qué? ¿Por qué no lo dejaba en paz? ¿Por qué parecía estar atravesando su particular purgatorio? Scarlett estaba tremendamente sexy con ese vestido, los tacones y sus piernas de infarto expuestas. Era una tortura. Paseó la mirada por el local. Encontró al gilipollas de la noche anterior charlando con un tipo unas mesas más adelante. Le hirvió la sangre. Pobre, no tenía ni idea de a dónde la habían llevado.

Se sentía como un cazador observando a su presa, extasiado al verla mientras ella miraba embelesada ese *show* extremadamente erótico y sensual. Como si la hubiese llamado con la mirada, ella giró la cabeza y sus ojos se encontraron. Tragó saliva. No pretendía ser descubierto. ¿Qué coño hacía allí? Apartó la vista, pero segundos después sus miradas volvieron a coincidir y, al siguiente, Scarlett estaba besando a la mujer que tenía al lado. Tuvo que parpadear varias veces para cerciorarse de lo que estaba viendo. Esa imagen lo dejó sin palabras. La estaba devorando.

«Vaya, vaya con la forastera.»

Scarlett giró la cara en su dirección mientras la otra chica le besaba el cuello. Esa fue la gota que colmó su vaso. El placer reflejado en sus ojos, esos mismos que había visto mientras ella llegaba al orgasmo, lo devastó por dentro. Tuvo que levantarse y marcharse de allí sin rumbo alguno, porque no aguantaba más frente a esa escena.

Se metió en uno de los pasillos en dirección a los baños. Iba a mojarse la cara y tratar de despejar su mente de la imagen más excitante que había contemplado en su vida. La oyó llegar.

—Para —Scarlett lo sujetó del brazo, pero él no se detuvo—. Espera.

Intentó en vano controlar su respiración, calmar su cuerpo, sosegar su propia urgencia. Scarlett tiró con más fuerza. Christopher

se detuvo en seco en el oscuro corredor.

—Hablemos —pidió Scarlett.

—¿Hablar? Hablar no es lo que quiero hacer ahora, Scarlett —rugió por lo bajo, controlando su respiración.

—¿Qué haces aquí? —balbuceó ella, acercándose demasiado a él.

Estaba tan bueno vestido con ese traje que la boca se le hizo agua. La mirada lujuriosa de Christopher la arrasó. Una oleada de calor y deseo bajó hasta su entrepierna. La estampó contra la pared del pasillo y puso una mano a cada lado de su cara. La iluminación era muy pobre, pero lo miró a la cara. Estaba atrapada y eso no le podía estar gustando más.

—Vete —gruñó él inclinándose hacia su rostro.

—No quiero irme —contestó decidida.

—Ignórame y vete, por favor. —Sus alientos se entremezclaban.

—No pienso hacerlo. —Lo miró directamente a los ojos.

—¿Por qué me haces esto? —dijo Christopher con voz quejumbrosa.

Scarlett no reaccionó, se quedó quieta, aprisionada entre su gran cuerpo y la fría pared. Varias parejas pasaron por su lado, pero a ninguno de los dos pareció importarles. Se quedaron solos.

—Si no has venido aquí para...

—¿Para qué? —preguntó ella con lascivia en los ojos.

—Si no has venido para pedirme que te folle, será mejor que te vayas —soltó bruscamente.

Él iba directo al grano, sin rodeo alguno, como siempre. La cercanía de ese hombre la volvía completamente loca. Tenía las pupilas dilatadas y la piel le hormigueaba. No, no iba a marcharse.

—Es lo que más deseo —respondió Scarlett con sinceridad.

Acto seguido, él enterró la cara en su cuello y aspiró su aroma como un demente.

—¿Te ha gustado besar a esa chica? —le ronroneó él al oído.

Scarlett asintió.

—Qué pervertida. —Sonrió en la oscuridad.

Estaba a milímetros de distancia. Scarlett le mordió el labio inferior y él emitió un gruñido que le salió de lo más profundo de su ser. Le hizo notar el gran bulto que se escondía bajo sus pantalones.

—Déjame tocarte. —La miró a los ojos. Scarlett asintió por segunda vez.

Acorralada contra la pared, con otras parejas y grupos pasando por su lado, accedió a que pasase lo que tuviese que pasar. A la mierda la cordura, a la mierda Roger, a la mierda el mundo y bienvenida la tentación.

Su afirmación fue lo que lo impulsó a meter la mano por debajo de su vestido. En ese momento se olvidó de todo; de todo en absoluto, de las parejas que pasaban, de que había llegado allí con ese esnob, de que él la quería y de que ya tenía el corazón roto. Se olvidó por completo de sus sentimientos. No quería pensar en todo eso. Solo quería tocarla y hacerle perder por completo la razón. Su cuerpo lo pedía, su mirada lo gritaba y él estaba dispuesto a entregárselo. Oyó su jadeo y sintió cómo se aferraba a sus brazos, consciente de que le empezaban a temblar las piernas.

La acarició tortuosamente por encima del encaje. Ella gimió contra sus labios. La hizo sufrir un poco hasta apartar la prenda a un lado. Se enterró en ella, tocando su suavidad totalmente lubricada, tan a punto de llegar al orgasmo que no hizo falta más que un par de embestidas con sus dedos y unos pequeños roces para que se deshiciese entre sus brazos. La miró todo el tiempo, disfrutando de su cara de placer. Cuando se tranquilizó, ella puso una de sus manos encima de la dura roca entre sus piernas, dispuesta a devolverle el favor. Una corriente eléctrica cruzó su cuerpo, haciéndole soltar un gruñido animal.

—No. —Contuvo todas sus ganas y la detuvo.

—¿Por qué? —Ella lo miró desconcertada.

—Primero necesito...

«Hablar contigo.»

Christopher rectificó a tiempo y cambió sus palabras al hablar.

—Porque no sabes ni lo que quieres —le dedicó una sólida mirada—, y no quiero hacerte daño de nuevo.

Antes de volver a involucrarse con Scarlett necesitaba hablar y, no, aquel no era un buen momento para absolutamente nada. Estaban en el Red House, uno de los sitios más peligrosos de la ciudad —aunque su tapadera de club de *stiptease* y local de copas lo hicieran parecer un sitio alternativo, moderno, donde divertirse—, manoseándose a ojos de todo el mundo mientras él estaba metido en un lío enorme y la chica que le gustaba parecía haber pasado página con otro tío. Por mucho que lo desease, por mucho que su cuerpo

clamara con urgencia enterrarse en ella, debía detenerlo en ese instante, ya que de lo contrario volvería a hacer añicos su corazón.

—¿Me estás rechazando? —preguntó incrédula.

—Tengo que irme. —Se alejó de su cuerpo.

Él la recorrió con ojos hambrientos de pies a cabeza. Toda ella pedía a gritos que la tocase de nuevo y ojalá hubiese podido satisfacerla. Scarlett lo miraba sin saber qué hacer ni qué decir, completamente muda. Tiró de su vestido hacia abajo para adecentarlo. Ofendida por su rechazo y envalentonada por las copas de champán, dio un paso hacia él, acercándose a milímetros de su cara.

—Eres un imbécil... mentiroso —le espetó.

Sus miradas se cruzaron, pero esa vez él no fue tan delicado con sus palabras.

—Y tú, una niñata.

—No quiero volver a verte en mi vida —escupió con rabia.

—Claro, por eso estás aquí volviéndome loco —susurró contra su boca.

—En tus sueños... —siseó ella.

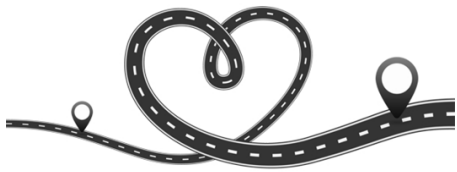
—Y en los tuyos ya te estaría cobrando el favor. —Sonrió con malicia. Luego se llevó los dedos que habían estado en ella a la boca y los chupó lentamente bajo la mirada anonadada de Scarlett—. Te habría puesto de rodillas y... —Christopher dio un paso hacia atrás, marcando la distancia—. El resto lo puedes imaginar tú solita.

Disfrutó durante unos segundos de su expresión de frustración antes de darse la vuelta, y se largó por donde había venido.

Scarlett abrió mucho los ojos. ¿Cómo podía estar hablándole así?

Después de que Christopher se marchara, fue hasta la mesa donde estaban todos, incluida Lisa, a recoger sus cosas. Esta la contempló con ojos ardientes, pero ella no le devolvió la mirada. Tenía más que suficiente por esa noche. Se disculpó y puso una excusa barata para salir de allí cuanto antes. Cogió un taxi y llegó a la seguridad de su casa con el recuerdo de sus manos tocándola. Era enfermizo. Pasó los siguientes días pensando en eso, sin poder concentrarse en nada más.

12



Estaba aparcando su Mustang en el parking del Walmart. Era martes por la mañana, sobre las once. Llevaba una blusa blanca y una falda vaquera corta con coquetas sandalias marrones. Esa tarde tenía pensado preparar un pastel con su madre y quería comprar algunos ingredientes que le faltaban y algunas cosas más. Entre estas, por supuesto, había una botella de vino tinto. Sería un día madre e hija, riendo juntas, charlando de la vida y quizá viendo después alguna película de esas tan ñoñas que echaban por las tardes en la tele. Por mucho que fuese descuidada y que no la llamase las veces que Miranda consideraba necesarias, no dejaba de extrañarla cuando regresaba a su solitario piso en Phoenix, así que quería aprovechar el tiempo a su lado.

El supermercado era muy grande y a esas horas no estaba abarrotado. Empezó a recorrer el establecimiento y, tras haber colocado en el carro todo lo que necesitaba para el pastel, se detuvo frente a la sección de vinos. Difícil elección cuando no entendía ni un poquito de los tipos de uva, las añadas y cosas por el estilo. Scarlett entendía a la hora de beberlos, no de comprarlos. Paseó la vista por los estantes tratando de reconocer alguna de las etiquetas. Sí, estaba viendo uno que le sonaba un poco…

—¿Es que acaso me persigues? —Una voz grave sonó detrás de ella.

El corazón de Scarlett pegó un brinco. Un microinfarto había tenido lugar sin su consentimiento. Estaba demasiado cerca, invadiendo incluso su espacio personal, a su lado, con una cesta de la

compra. Vestía una camiseta de manga corta negra con vaqueros negros a juego. Respiró hondo a la vez que se daba media vuelta para enfrentarlo.

«¿Esto es en serio?»

—¡Tú me estás persiguiendo a mí! —lo acusó, alterada por su presencia.

Christopher iba despeinado. Había dejado la cesta en el suelo y tenía las manos metidas en los bolsillos. El olor del maldito jabón con el que se duchaba le llegó hasta el fondo del cerebro y la atontó más de lo que ya estaba. ¡Seguro que se lavaba con cloroformo! Trató de mantener la compostura y de sorberse la baba invisible. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo?

—¿Qué planeas hoy? —le dijo, pasando de su comentario.

—Ignorarte, eso planeo. Ignorarte toda mi vida, mentiroso. —Se volvió a dar media vuelta para seguir mirando los estantes.

—Habló la mentirosa… —Christopher la repasó con la vista. Estaba guapísima, como siempre.

—¿A qué te refieres? —Lo enfrentó de nuevo.

—¿Que a qué me refiero? —repitió este, enarcando una ceja con una sonrisa burlona en los labios.

—¡Dios! Esto es exasperante.

Se colocó otra vez en dirección a los vinos, tratando de pasar de él. Christopher se inclinó hacia ella. Estudió su perfil y habló en voz baja. A ella se le puso el vello de punta.

—¿Cuál será el comportamiento de hoy, Scarlett? ¿Salir corriendo como en el restaurante o pedirme que te folle como en el bar?

—¡Gilipollas! —le gritó, girándose súbitamente hacia él.

—Tranquila, aquí no nos verá tu *novio* —la siguió provocando.

Lo encaró. Estaban a un palmo de distancia y tuvo que levantar la cabeza para mirarlo.

—Yo no tengo novio —aclaró.

«¡Bravo! Es justo lo que le tenías que decir. ¡Estúpido cerebro!»

—¿Qué celebras? —Cambió de tema mientras husmeaba curioso en su carro.

—Eso a ti no te importa. —De un tirón, lo apartó de él.

—Te puedo recomendar alguno bueno que seguro que le gustará al estirado ese —soltó mirando a la estantería y no a ella.

—¿En serio? —Se cruzó de brazos y lo enfrentó—. ¿En serio has venido a criticarlo? ¿Tú? —Lo miró con rabia en los ojos.

—Cómo lo defiendes...

—¡No es un estirado! —mintió por él y para no darle la razón—. Ni tampoco mi novio.

—¿Le plancha su mami los calzoncillitos todavía?

—Eres absolutamente insoportable. Me dan ganas de darte un buen bofetón.

—Qué quieres que te diga, me gusta el riesgo.

—Sí, debe de gustarte mucho que planee tu futuro asesinato —farfulló entre dientes.

—Estás muy guapa hoy.

Scarlett abrió mucho los ojos. ¡Zas! Otra vez descolocándola, cambiando de tema abruptamente con su estúpida e innecesaria sinceridad. Intentó obviar el torbellino que se había formado en su estómago; las libélulas volando libres, sin control y en todas direcciones.

—Deja de ligar conmigo. Esa etapa entre nosotros ya ha pasado —lo desafió mirándolo a los ojos. Quizá no había sido buena idea, porque la intensidad del dorado la cautivó.

—Qué más quisieras.

Ella abrió mucho los ojos.

—Está bien. —Rio—. ¿Sabes? No me habían dado calabazas desde el instituto —le confesó mientras se frotaba la barbilla.

—¿Me tengo que sentir halagada por ser la primera mujer en dártelas?

Ella misma estaba alargando la conversación, a pesar de haber podido irse y seguir comprando con tranquilidad.

—Ya van muchas más veces contigo de las que me gustaría admitir. Aunque, ahora que lo recuerdo, hace unas noches la cosa acabó muy bien para ti. —Se mordió el labio inferior y la miró—. No te pudiste resistir. —Y añadió—: Llevas ventaja... de momento.

De pronto, a Scarlett le costó respirar. Tenía que acabar ya con eso, porque su cuerpo era peor que Judas. Se estaba excitando con solo verle hacer ese gesto con los labios y no era ni el momento, ni el lugar, ni la conversación, para que algo así le pasara.

—¿Y cómo se siente, señor dolido? —se recompuso y arremetió contra él. Se cruzó de brazos, esperando su respuesta.

—Nada bien, francamente. Me porté mal, lo admito. Ojalá pudiese cambiar lo que hice, demostrarte que no fue con la mala intención que tú piensas que tenía. Te pediría disculpas de nuevo mil y una veces si supiera que en una de esas me ibas a perdonar de verdad.

—Venga ya... ¿Me tomas el pelo?

—Va totalmente en serio.

—Hay que hacer algo más que pedir disculpas —dijo seria.

Una sonrisita arrogante se formó en su rostro. No, lo suyo no iba por ahí...

—Puedo hacer lo que tú me pidas. —Hasta su mirada llegó la insinuación.

«Oh, gran y todopoderoso saco de patatas, ven a mí y atiza a este hombre en la cabeza bien fuerte.»

—Claramente no hablamos de lo mismo —replicó mirándolo.

—Porque tú no quieres. —Alzó las cejas y le dedicó una sonrisa seductora.

Volvió a sentirse traicionada por las peticiones de su cuerpo, que no atendía a razones. Tenía un debate interno entre dejarlo ganar y admitir que lo deseaba, o torturarlos a ambos negando la posibilidad y acordándose de por vida de su engaño. Pero, si se paraba a pensar lo que le había hecho Christopher con el tema de la avería del coche, tampoco era tan grave. No se podía siquiera comparar con lo que le había pasado en su antigua relación, con su ex. A ese, si se lo cruzaba y lo veía muriéndose deshidratado mientras ella sujetaba un vaso lleno de agua, lo tiraría al suelo antes que ofrecérselo.

No, era incomparable y la magnitud de la mentira no era la misma. Es más, hasta estaba bastante agradecida, en cierto modo, porque esa noche... Esa noche se lo pasó muy muy muy bien, al igual que unos días atrás, cuando la hizo llegar con sus dedos. Y admitió, en el recoveco más oscuro y pecaminoso de su mente, que no le importaría repetir. Sin embargo, tampoco se lo iba a poner tan fácil. Necesitaba verlo sufrir un poco más.

Scarlett descruzó los brazos y lo ignoró, centrándose en el vino. Sintió su presencia junto a ella, la mirada clavándose en su cuerpo. Él se acercó peligrosamente por detrás. Su pecho se pegó a su espalda; ella no se apartó. La tocó para hacer a un lado su melena, su aliento cálido le golpeó en la oreja. Habló en voz baja.

—Te recomiendo un cabernet.

A Scarlett se le puso la piel de gallina. Era un seductor nato y ella no tardaría mucho en caer otra vez si seguían tan cerca el uno del otro. Era débil, lo reconocía.

—Hace honor a tu nombre.

Ella se giró para enfrentarlo.

—¿Entiendes de vinos?

—Entiendo de muchas cosas.

Le guiñó un ojo y, como si nada, Christopher se alejó de allí.

—¡Oye! —lo llamó, descolocada.

—Relájate, que tengo que hacer la compra —contestó él mientras desaparecía por los pasillos y se reía.

¡Menudo estúpido! Él y sus jueguecitos. No debería haberla puesto cardiaca en el supermercado susurrándole una recomendación al oído, porque en esa ecuación se habían sumado dos cosas que le gustaban mucho: el vino y él. Tenía que calmarse, controlarse, sobre todo cuando estaba a su lado. ¡Y esperaba que una situación así no se volviese a repetir nunca más!

«Mentirosa.»

Tranquilizó su respiración, agarró con rabia la primera botella de la estantería que se le puso a tiro y se fue en dirección a las cajas. Hizo un barrido por el espacio en el camino, para ver si estaba. Ni rastro de él. Empezó a colocar la harina, las manzanas, el vino y todo lo demás sobre el mostrador. Las cajas estaban vacías, incluida la suya, pero la cajera de mediana edad estaba quieta en su puesto, sin hacer avanzar la cinta ni escanear sus productos. Le dedicó una sonrisa a Scarlett. Ella se la devolvió, algo desconcertada por la situación. No había nadie, pero tampoco le cobraba. Qué raro. Esperó paciente. ¿Estaría haciendo un descanso? Bueno, quién era ella para decirle nada. Se fijó en unas bolsas de papel con productos al otro lado de la caja, aguardando a que su propietario las recogiese.

—Wendy, gracias, eres un amor —le dijo Christopher, al tiempo que pasaba por el reducido espacio entre ambas cajas, rozando a Scarlett en el proceso.

—¡Eh, tú! —exclamó al ver sus intenciones de colarse.

—¿Qué? —Le sostuvo la mirada—. Yo estaba antes, guapa.

Si hubiese podido hacer una caricatura de sí misma en esos instantes, probablemente habría pintado humo saliéndole de las orejas

y rayos proyectándose de sus ojos y cayendo como dardos sobre Christopher.

La cajera pasó el bote de café que él había olvidado, le cobró y después comenzó a pasar los artículos de Scarlett mientras él colocaba con parsimonia el café dentro de una de sus bolsas. Ella se puso a su lado y lo imitó, centrándose única y exclusivamente en esa labor. La cajera les dedicó a ambos una sonrisa de oreja a oreja, observando cómo interactuaban. Christopher le rozó un brazo al coger la última bolsa. Scarlett tuvo que respirar hondo.

—Está claro que no puedes despegarte de mí —susurró en voz baja para que solo ella pudiese oírlo.

—Te has vuelto loco si piensas eso. De hecho... —Giró la cabeza para mirarlo.

«Pero ¿qué?»

Se estaba yendo, dejándola con la palabra en la boca. Bueno, ese era su juego. Tonto niño infantil. ¡Cuánto la irritaban esas cosas!

Salió del Walmart sujetando la bolsa con la compra contra su pecho, tratando de ver por encima de esta, alzando la barbilla en dirección a su coche. Lo localizó a lo lejos, reluciente bajo la luz del sol. Avanzó unos cuantos pasos más y en un lateral del aparcamiento vio cómo Christopher abría la parte posterior de su camioneta. ¡Oh, no! Estaba aparcado justo a su lado.

«¡Lo ha hecho a propósito!»

—Creo, y lo digo seriamente —le gritó avanzando en su dirección —, que me estás persiguiendo.

Christopher se giró hacia ella con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Las casualidades no existen. —Sonrió—. Deja que te ayude.

Le arrancó la bolsa de la compra de los brazos a la vez que ella intentaba por todos los medios que no lo hiciese, forcejeando para ver cuál de los dos se la quedaba.

—¡Vamos! Abre el coche —pidió él.

—¡Está bien! Dios, eres peor que un grano en el culo —accedió de mala gana.

Suspiró exasperadamente, él depositó la bolsa en el maletero y lo cerró.

—Me basta con un «gracias, chico extremadamente apuesto y caballeroso que me ha echado una mano».

—Oh, ¡por favor! —Puso los ojos en blanco.

Christopher se rio al verla tan irritada. Se quedó allí plantado observándola. Estaba especialmente guapa ese día. No se lo había dicho en broma en el supermercado. Estaba más guapa que la última vez que la vio, en el Red House con el esnob ese. Para él, Scarlett tenía el poder de iluminarlo todo a su paso, porque era preciosa.

—¿Por qué eres tan... tan... así?

—Así, ¿cómo? —preguntó Christopher.

Por dentro se estaba aguantando las ganas que tenía de besarla de nuevo. La luz del sol hacía que el pelo le brillase con intensidad y se moría por hundir sus dedos en esa sedosa mata. Quizá no se lo esperaba, quizá no lo había buscado, pero la miraba como si fuese lo único que podía ver claro en su vida, lo único que no volvería a tener. Se dio cuenta de ello durante todas las horas de trayecto desde Wickenburg hasta Sandy; durante esas largas horas solitarias no pudo pensar en otra cosa que no fuese ella.

Lo que él había llegado a sentir no era solo deseo. Lo notó desde que le costó mirarla a los ojos en el taller sin que el corazón le diese un calambrazo. Lo sintió en la grúa mientras conducía con ella sentada al lado. Cuando de verdad te gusta alguien, lo notas por todo tu ser. Lo sientes aun cuando te obligas a no sentir. Tu cuerpo te traiciona aunque la mente intente protegerte. Lo supo cuando, cada vez que se rozaban, le quemaba la piel y necesitaba más, mucho más.

Odió verla marcharse y odió no haber sido lo suficientemente valiente con ella. Scarlett estaba muy dolida. Lo entendía y lo respetaba. Aunque en el fondo notaba que por dentro ella tenía el mismo revoltijo de sensaciones que él. Lo percibía cada vez que la miraba a los ojos. La había echado mucho de menos. Había cometido errores por sus dichosos impulsos, pero quería demostrarle que podía ofrecerle más, podía darle aquello que ella pidiese de él. Sin mentiras y sin engaños.

Si ese revoltijo loco y descontrolado que sentía en el estómago era amor, entonces quería experimentar esa sensación todos los días de su vida junto a ella. Sí, estaba jodidamente enamorado y ni siquiera sabía cuándo le había sucedido. Ese sentimiento se había ido abriendo paso por las grietas de su maltratado corazón. Las paredes alrededor de este eran altas, y creía haberlas construido bien, sólidas y resistentes. Lo que no sabía era que, con el transcurrir de los años,

habría grietas por las que se podían producir filtraciones, y que él estaba ya preparado con la maza en la mano, derrumbando algunos tabiques sin darse cuenta cada vez que la miraba. Pero necesitaba oírselo decir a ella también. Necesitaba que admitiese que ella sentía todo eso que él sentía, porque no quería que le volviesen a partir el corazón.

—Tan así, tan... desesperante. Me confundes demasiado. —Scarlett soltó un largo suspiro.

—¿Yo te confundo? —Enarcó una ceja—. Creo que justo de eso no me puedes acusar. He sido claro en todo momento. Eres tú la que no para de confundirme —la acusó—. Vives en un tira y afloja constante conmigo desde que nos conocimos.

—¡Igual que tú!

—¿Por qué eres incapaz de admitirlo? ¡Dilo! —exigió Christopher.

—No sé a qué te refieres.

—Scarlett, tú solo sé sincera.

—¡¿Que diga el qué?! —chilló gesticulando con las manos hacia él.

¿Qué tenía que decir: que le guardaba rencor por su mentira? ¿Qué tenía que decirle concretamente? Se produjo un momento de silencio entre ambos. A Scarlett le martilleaba excesivamente fuerte el corazón. Quizá necesitaba ir pidiendo ya la ambulancia para salir de allí antes de sufrir el infarto porque, aunque no lo hubiese pronunciado en voz alta, su astuta conciencia le gritaba: «Dile que te gusta, Scarlett, que te gusta mucho mucho mucho mucho... ¡Díselo ya! Dilo, dilo, dilo, dilo, dilo, dilo, dilo...».

—Necesito saber si tú... —Christopher carraspeó.

Scarlett se quedó de piedra. ¿Estaba nervioso? ¿Por qué? ¿Es que de repente estaban hablando de algo importante? Pensaba que seguían en ese juego al que jugaban desde que se conocieron.

—¿Qué es lo que necesitas saber, Christopher?

—¡Que te gusto tanto como tú me gustas a mí! Scarlett, me gustas en todos y cada uno de los aspectos..., no solo físicamente.

Estaba impactada por su confesión y entró en *shock*.

—Pero ¿qué dices? —susurró, y luego con valentía alzó la barbilla para mirarlo—. Me tomas el pelo, ¿verdad?

—Estoy siendo completamente sincero —afirmó.

El dorado de sus ojos se clavaba en los suyos con tal intensidad que le era muy difícil pensar que le estaba mintiendo con respecto a sus sentimientos. Él lo estaba reconociendo y abriéndose ante ella. Asustada, consciente de que ella guardaba el mismo secreto, siguió en su línea habitual, protegiendo su corazón con un escudo.

—¿Me estás diciendo estas cosas en el parking del Walmart? —Le temblaba la voz.

—Más bien me estoy *declarando* en el parking del Walmart —admitió, derrotado y cabizbajo al ver su actitud.

—Madre mía, algo anda muy mal en ti.

Dicho esto, rebuscó con nerviosismo en su bolso. Necesitaba salir de allí y procesar lo que acababa de oír. Nada estaba saliendo como ella esperaba. Normalmente sus encuentros con hombres no iban más allá de unas cuántas horas durante una noche en la que salía a divertirse. Ella existía en el plano físico, no en el sentimental. El compromiso ya no la atraía, y mucho menos las complicaciones de una relación amorosa. Ya había sufrido mucho siendo *la otra*. Ella ya no se abría, no iba a dar más, a arriesgarse. No, ella no quería eso.

«La gente siempre acaba marchándose», se repitió a sí misma, tal como llevaba haciendo los últimos años.

La mano le tembló y las llaves se le cayeron al suelo. Christopher se agachó para recogerlas. Las sostuvo en alto.

—Gracias. —Se las arrebató de un tirón.

—Me resulta evidente que te encanta huir. No soportas las mentiras, pero por tu reacción veo que también odias las verdades.

Scarlett se paró a medio camino de abrir la puerta del Mustang y se giró para mirarlo, enfadada.

—No, no me estás diciendo la verdad. Solo estás jugando a otro estúpido juego para que yo..., para que otra vez terminemos en la cama, y no puedo, no te creo. Es mentira lo que dices. Tiene que serlo.

—Por más que te repitas esas ideas una y otra vez, no se harán realidad. Me gustas, Scarlett, y eso no va a cambiar. —Volvió a decírselo solo para verla arrugar la frente.

—Yo no puedo gustarte así, no me conoces. ¡Vamos, hombre! No hemos pasado ni una semana juntos.

—No creo que tenga que pasar más tiempo a tu lado para saberlo. ¿Y quién decide que no me puedes gustar? ¿Tú?

—¡Sí! —gritó envalentonada, y al segundo se retractó— ¡No! No

lo sé, nadie puede decidirlo por nadie.

—Exacto.

Christopher la estudió. Parecía un cervatillo asustado, con los ojos demasiado abiertos, los brazos en jarras, a un paso de él, respirando con dificultad y con las mejillas encendidas. Volvió a arriesgarse, aun a sabiendas de que lo más probable era que lo mandase a la mierda. Soltó un sonoro suspiro.

—Estoy igual de aterrado que tú. Me había prometido firmemente que, después de lo que me pasó con mi ex, nunca más tendría nada serio, porque me hicieron mucho daño.

Scarlett lo miró con curiosidad. No tenía pinta de ser él a quien le hubiesen hecho daño, más bien parecía al revés. Christopher continuó hablando.

—La chica con la que me viste cenar esa noche es Melissa, mi ex. —Scarlett sintió una punzada en el corazón—. Me engañó con mi propio hermano y me provocó tanto dolor que desde entonces nunca más me he permitido querer a nadie, ni siquiera encapricharme —hizo una pausa—, hasta que te conocí.

La cara de horror de Scarlett le indicó lo mucho que le disgustaba lo que estaba escuchando, pero su mirada se había suavizado... Ya no estaba tan tensa.

—Supongamos que me lo creo, supongamos que es verdad. No sé ni cómo reaccionar.

—No hace falta que digas nada, no voy a presionarte, pero yo no me lo podía quedar solo para mí por más tiempo, no podía quedarme callado. Lo siento, siento que te afecten así mis palabras, pero no puedo evitarlo, soy incapaz. He estado pensando en ti durante todos estos días y te juro que he intentado no hacerlo y olvidarte..., pero es imposible.

Y, de repente, Christopher vio la duda en sus ojos..., ese resquicio por el que aún tenía una oportunidad de entrar, así que continuó hablando.

—Antes me has dicho que te estaba persiguiendo. —La vio asentir levemente con la cabeza—. Pues sí, lo reconozco. Me has pillado. He visto tu coche en el estacionamiento y he tenido la tentación de entrar a buscarte..., y he caído en ella. Necesitaba verte de nuevo. Lo que ha pasado con la cajera sí que ha sido una casualidad.

—¿Y aparcar justo al lado de mi Mustang? —Alzó una ceja.

—Culpa mía. —Esbozó una sonrisa pícara.

Se quedó un buen puñado de segundos en silencio, procesando a toda velocidad las palabras, las frases y las verdades, intentando poner orden a sus propias y caóticas ideas.

—Necesito... pensar.

—No busco comprometerte a nada, solo se trata de que no me lo podía guardar por más tiempo.

—Más vale fuera que dentro.

—Me parece que esa frase de Shrek está relacionada con los eructos, no con los sentimientos —dijo con una sonrisa, lo que destensó la situación entre ambos. Scarlett también le sonrió.

—Es un comodín que vale para todo —le contestó.

—Ya... —Christopher metió las manos en los bolsillos y la miró con intensidad.

Por fin lo había soltado, y una parte de él se había liberado de la carga. Era algo que siempre que estaba con Scarlett tenía en la punta de la lengua y que temía decir. A partir de entonces le tocaba dar a ella el siguiente paso. Asumiría sin duda la decisión que tomase.

—Te agradezco que me lo hayas dicho. —Scarlett se sorprendió de su propio comentario—. No es fácil abrirse.

—Para nada. —Permaneció quieto, mirándola.

—Para nada —repitió ella mientras descendía la vista a sus labios y soltaba un suspiro. ¿Por qué tenía que complicarlo todo?

—¿Te gusta mucho copiar mis frases? —preguntó, burlón.

Scarlett no pretendía quedarse más tiempo del necesario allí a solas con él porque, en el caso de que lo hiciese, solo le vendrían ideas locas a la cabeza, y antes necesitaba meditarlo todo con mucha calma.

—Y a ti te gusta perseguirme —contraatacó mientras dudaba si salir corriendo cuando lo vio dar un paso adelante. Estaban cerca, tal vez demasiado. Era peligroso, porque ante Christopher su sistema fallaba y era incapaz de pensar con claridad.

—Me declaro culpable de que me encantes.

A ella le dio un vuelco el corazón. Sonaba demasiado bien cuando se lo decía. Y, lo que era peor, sonaba sincero y verdadero, y era lo que más temía. Dio otro paso hacia ella. Scarlett no se alejó.

—¿Qué intentas? —replicó ella alzando la barbilla para mirarlo. Los labios le hormigueaban por la proximidad.

—¿Yo?

Se estaba acercando demasiado.

—Nada —susurró.

No se detuvo ahí y acarició su mejilla. Ella lo miró a los ojos. No hizo ademán de apartarse. Estaba invadiendo su espacio personal y le estaba gustando. La mano de Christopher trazó una lenta caricia desde su mejilla, pasando por la barbilla, hasta el cuello, y sintió su sangre hervir. Cerró los ojos con fuerza debido al placer que le provocaba todo eso. La cabeza le daba vueltas como si estuviera borracha. Todo su cuerpo reaccionó, desalojando la sensatez de la mente. Necesitaba irse de ese aparcamiento y entrar en la seguridad de su coche para ralentizar su ritmo cardiaco. ¿Cómo podía seducirla de esa forma en medio de un sitio público? Eso debería estar prohibido. Pero...

«¡Anarquía emocional, ven a mí!»

—No juegues conmigo —rogó ella, proyectándose hacia delante como una demente.

—Es lo último que haría. —Su aliento chocó contra su boca—. Dime que no notas esto —musitó contra sus labios. Scarlett tuvo que contenerse para no gritar de la impresión—. La tensión, el deseo, el huracán en el estómago, las chispas que proyectan tus ojos, ese cosquilleo bajo la piel cuando te toco...

Le acarició despacio el brazo, subiendo por el dorso, hasta llegar al hombro.

—Yo sí lo noto.

Con un dedo trazó su clavícula hasta el cuello y subió por su barbilla para volver a posar su mano en la mejilla. Se estaba derritiendo por dentro. Suspiró. ¿Qué le estaba haciendo?

«¡A la mierda con todo!»

Scarlett se precipitó hacia su boca con desesperación, incapaz de contenerse. Así era cuando él estaba cerca. Era la mecha al lado del bidón de gasolina, y se sentía genial al quemarse. Era el botón rojo, custodiado en una caja de cristal que advertía que solo se debía apretar en caso de emergencia. Bueno, eso era una emergencia. Besarlo se podría considerar una urgencia de máximo nivel.

La tomó por la nuca y abrió la boca para recibir toda su calidez, para saborearla al máximo. Ella ahogó un gemido en su garganta. Algo dentro de Scarlett despertó. Era esa conexión que tuvo el día que se conocieron, el fuego de nuevo presente entre ambos. El recuerdo de

sus caricias palpitaba bajo su piel. Scarlett puso una mano en el pecho de él y lo apartó con suavidad para mirarlo a los ojos. Se pasó la lengua por los labios.

—Tengo que pensar. —Lo empujó todavía más para separarse completamente de su cuerpo.

—Me basta con eso —aceptó.

Christopher rumió la frase antes de decirla.

—El miedo es una reacción sensata ante una situación desconocida.

—Muy filosófico —se burló ella.

—Bueno, no le atribuyo el mérito a Aristóteles, sino a Shrek.

Una carcajada incontrolable salió de su boca. ¿Cómo conseguía ser tan endiabladamente ingenioso y bromista en situaciones así? Se estaba riendo con gusto, y eso dejó un rastro de calidez en el pecho de Christopher.

—Eres una caja de sorpresas.

—Verás que sí. —Le guiñó un ojo—. Nos veremos pronto, Scarlett.

Sin más, se giró hacia su camioneta, dejándola plantada al lado del coche mientras oía el sonido de la puerta cerrándose. Arrancó y se fue.

No hacía ni un minuto que se había marchado y su cuerpo ya lo extrañaba. Se metió en su Mustang y, una vez dentro, algo llamó su atención: un trozo de papel enganchado a su limpiaparabrisas. Enfocó la mirada a través del cristal con la seguridad de que sería algo de publicidad. Suspiró, volvió a bajarse y, de un tirón, lo arrancó. Estuvo a punto de arrugar el papel y dejarlo caer dentro del coche. Le echó un rápido vistazo. Mala decisión porque su corazón empezó a palpitar con fuerza y se le secó la boca.

La mejor manera de librarte de la tentación es caer en ella.

Christopher, que además añadía la autoría de Oscar Wilde, le dejó apuntado su teléfono.

Su móvil vibró dentro del bolso. Contestó un mensaje. Después, jugueteó un poco más con la pantalla, entrando y saliendo de aplicaciones, revisando fotos, matando el tiempo. Buscó en sus contactos de WhatsApp un nombre, uno que empezaba por la letra ce. Inmediatamente se sintió culpable al ver su número grabado.

Christopher.

Una de las mañanas, después de tomar café y de ponerse la ropa para salir a correr, tomó la nota que había dejado en el interior del coche y se la guardó en el bolsillo antes de salir a trotar en dirección a las montañas. Volviendo a casa ya se le había olvidado que la tenía guardada, hasta que se desvistió en el baño y el papel cayó al suelo, sobre las baldosas frías. Desnuda, a punto de entrar en la ducha, grabó su número en la agenda del móvil. No se atrevió a mandarle nada.

Las imágenes se arremolinaban en su mente. Todo lo que había pasado entre ellos, todo lo que nunca había sucedido y todo lo que necesitaba que pasase desfiló por su cabeza. Recordó su charla en el supermercado y cómo se había declarado. Recordó todas las veces que la había tocado y su tórrido encuentro en el Red House.

Salió rápidamente de la aplicación cuando divisó a Roger entrando por la puerta. Vestía igual de elegante que la última vez que se habían visto. Había accedido a encontrarse con él y comer juntos porque le apetecía distraerse y salir de casa. No fue lo suficientemente valiente como para preguntarle nada acerca de sus gustos por el Red House. Tampoco le contó nada de lo que pasó con Lisa. Por algunas miradas furtivas que le pilló, tenía la intuición de que quizá sabía más de lo que ella creía. Pero Scarlett guardaba también sus propios secretos. Charlaron de cosas superfluas y se tuvo que ir al cabo de hora y cuarto por asuntos de trabajo.

Antes de poner rumbo a casa de su madre, revisó nerviosa el móvil sentada en el asiento del conductor. Los dedos le hormigueaban. Lo había estado posponiendo todos esos días, pero, como si estos cobrasen vida propia, mandó un escueto «hola» al Innombrable y arrojó el teléfono dentro de su bolso con fuerza. Arrancó y condujo con la radio puesta para distraer a su mente de lo que había hecho. ¿Se negaba a sí misma cosas que estaba empezando a comprender? Por supuesto. ¿Por qué? Porque no quería sufrir por una relación. Quería dejar de sentir con todas sus fuerzas y cada vez le costaba más. Cada día recordaba más y más, y eso no era una buena señal.

Cuando aparcó en casa de su madre, evitó la tentación de comprobar el móvil. ¿Le habría contestado? Por dentro se moría de ganas de saberlo, pero trató de mantener a flote la fachada de que le daba igual. Gritó un «hola» al entrar y fue directa a arriba para ponerse ropa más cómoda. Bajó con el teléfono en la mano sin ni siquiera desbloquearlo para evitar ver si le había entrado una nueva notificación. Qué difícil le era mantenerse alejada de él. Qué difícil era mantener la fachada de que no le afectaba su cercanía incluso a miles de kilómetros de distancia... o a cientos... o a pocos metros... o pegada a sus labios... o peligrosamente cerca de su cuerpo. «¡Basta!»

—Te noto distraída.

—Mamá, qué va —negó, ocultando el móvil entre los cojines del salón.

El muy cobarde no le había mandado ni un solo mensaje y se sentía un poco tonta por haber sucumbido a la tentación y estar consultando el WhatsApp cada quince minutos. Quizá por fin entendía un poco a sus alumnos en clase, cuando le tocaba echar la bronca a más de uno por estar mirando la pantalla del teléfono. En ese momento comprendía lo que debían de estar sintiendo, tan nerviosos que no podían contener su curiosidad.

—Bueno, pues dime —pausó la televisión—, ¿de qué trata la película?

Scarlett parpadeó un par de veces antes de dirigir una mirada acusatoria a su madre.

—¿Me estás poniendo a prueba?

—Desmiente mis palabras, cariño.

—¡Por favor! —Lanzó las manos al aire.

—Ya lo sabía yo. —Sonriendo, volvió a darle al botón de «Play» sin añadir nada más.

Cuando ya estaba atardeciendo, hicieron un parón para preparar la cena juntas. Qué bien le venía estar con su madre esos días y disfrutar de la comida casera a su lado. La reiniciaba por completo. Se sentía cuidada de nuevo. Podía pedir por esa boquita lo que a ella le apeteciese, que Miranda, con una sonrisa en los labios, se lo preparaba mientras ella hacía de ayudante. Esa noche iban a cenar salmón al horno con boniatos junto con una ensalada llena de color y verduras. Cuánto echaría de menos todos esos mimos al volver a su solitario piso en Phoenix.

Después de cenar se sentaron en unas butacas y disfrutaron de la lectura juntas. Scarlett ojeó a su madre, que llevaba las gafas puestas y estaba centrada en su libro. Seguía siendo preciosa a pesar de la edad, con la mirada serena, los ojos vivos y la expresión relajada..., aunque durante años todo eso no estuvo. Durante demasiados años la vio batallando con el insomnio, la tristeza, con la mirada perdida. Fueron tiempos oscuros, días que prefería no recordar. La muerte de su padre había hecho que su madre tocase fondo. Miranda, su pilar, su inspiración, su heroína, su estabilidad, su cimiento..., toda ella se había quebrado en mil millones de trocitos diminutos que le costó años volver a juntar. La pieza no había quedado perfecta como antes, pero al menos los trocitos se mantenían unidos.

Ella, sin embargo, tuvo que ser fuerte por ambas y no se permitió el lujo de derrumbarse porque no quería hacerle más daño. Se tragó el dolor y las lágrimas. Se tragó los gritos desgarradores de rabia, de impotencia, de desesperación. Solo se centró en hacer las cosas bien, en no dar problemas, en dar pasos seguros y estables... porque, si no eran seguros y estables, no los daba. No flaqueaba, nunca. No tomaba malas decisiones por miedo a hacerle daño a su madre y no se arriesgaba por miedo a hacerse daño a sí misma. Incluso le costó aceptar que debía dejarla sola para irse a Phoenix a trabajar. Pero en ese momento estaba bien, feliz, o al menos lo parecía, y Scarlett vivía con menos peso que cargar en la espalda. Respiraba tranquila y dormía sin miedo por las noches.

—Cariño —Miranda la sacó del trance—, me parece que yo ya me voy a ir arriba a dormir. Se me están cerrando los ojos.

Colocó el libro sobre la mesita que había a su lado. Bostezó y le dio un beso en la mejilla antes de subir las escaleras rumbo al dormitorio.

Scarlett se entretuvo leyendo durante una hora más. Estaba en un punto demasiado interesante como para dejarlo por esa noche. Le mataba la curiosidad por lo que pasaría. Era su punto débil. No podía evitarlo, necesitaba saberlo. Quizá por eso tardó mucho en darse cuenta de que en su móvil no paraban de llegar los mensajes. El muy tonto de Christopher todavía no le había dicho nada y ya era bien entrada la noche. ¿Se estaba haciendo el duro? Justo en esos momentos no le pegaba, no le convenía. Justo cuando ella empezaba a avanzar...

¿Estás en casa? 00:49

Si estás despierta, te llamo. 00:49

Tengo planes interesantes para el viernes. Hay un nuevo local que quiero enseñarte. 00:50

Los mensajes eran de Roger. Dejó el móvil a un lado, sin contestarlos. Estiró el cuerpo y los brazos, ahogando un bostezo. Su pantalla se iluminó otra vez. Entró de nuevo en su chat. Roger ya le había mandado el nombre del local al que pretendía que fuese con él ese viernes, y las indicaciones de que se pusiese algo elegante. Arrugó la nariz. Iba siendo hora de ser un poco más clara con él.

Suspiró antes de bloquear el móvil, pero la vibración de otro mensaje la alentó a no dejarlo de lado. Era en su grupo del trabajo, alguien había mandado uno de esos mensajes en cadena. «Oh, por Dios.» Debía desactivar las notificaciones de ese chat, ya que estaba de vacaciones. Bloqueó el móvil, pero vibró de nuevo. Qué parlanchina estaba la gente a esas horas. Desbloqueó por tercera vez el aparato y se quedó congelada al ver el nombre en la pantalla. «Christopher.»

Ojalá no estés dormida. 01:01

Con el corazón en un puño, dejó de lado el libro. Más le valía que hablar con él fuese interesante, porque estaba ya por el último capítulo. Su conciencia la amonestó por ser tan dura. Sí, lo admitía, hubiese deseado saber de él antes, y lo estaba torturando un poquito antes de responder. Después de más tiempo del necesario, ya tumbada en la cama, agarró el móvil y le contestó.

Pensaba que me estabas ignorado. 01:11

Quizá no era la mejor frase para empezar una conversación, pero no se le ocurría nada más. Esperó paciente a ver si le respondía. Tardó menos de un minuto en recibir su respuesta.

He estado liado todo el día, perdona. 01:11

No hace falta que te disculpes. 01:12

Lo sé, pero quiero hacerlo. 01:12

Tamborileó los dedos sobre la pantalla, nerviosa. Puso unos

cuántos mensajes al estilo de «¿cómo estás?», «¿qué tal todo?», «¿qué tal tu día?», pero los borró enseguida.

¿Qué tal tu día? 0:13

Scarlett sonrió a la pantalla del móvil. Su humor estaba cambiando para bien y empezaba a sospechar que el motivo era él. A lo mejor debía dejar estar la conversación. Era muy tarde para ambos. Estaba cansada. A su vez, le vencía la curiosidad. Sus dedos teclearon más rápido de lo que su mente aprobó.

Ha sido interesante. 01:13

Cuéntame cuál es tu definición
de interesante. 01:13

Scarlett caviló su respuesta. ¿Por qué estaba hablando con Christopher? ¿Por qué planeaba una cosa y al segundo hacía lo contrario? Ah, sí, porque quizá le estaba empezando a gustar más allá de la raya que ella misma había trazado como límite. Por eso. Al menos hablar con él por el móvil no era tan intimidatorio, no se sentía tan expuesta. Escribió la respuesta y dudó al mandar el mensaje, aunque lo hizo.

He salido a comer. Luego he pasado la
tarde viendo películas. He leído. Ahora estoy
hablando contigo. 01:14

La parte más interesante de tu día sin duda es
esta. 01:14

Le dio un vuelco el estómago al leer su mensaje, porque lo cierto era que llevaba toda la razón. Era la parte más interesante.

Qué pretencioso. 01:14

Claro, seguro que tú tampoco
lo has pensado. 01:14

Scarlett lo leyó con el tono irónico con el que seguramente lo había mandado.

¿Y tú? ¿Qué tal tu día? 01:15

Desvió el tema. Punto para ella.

Si te lo contase, no me creerías. 01:15

¿Acaso eres Spiderman y nadie lo sabe? 01:15

Ser Spiderman sería más divertido. 01:15

Scarlett rio por su comentario, pero su risa cesó cuando le llegó su nuevo mensaje.

Lo más interesante de hoy es hablar contigo. 01:16

El corazón de Scarlett se estremeció. Sí, tal vez le afectaba demasiado la sinceridad en sus palabras. Quizá se le había escapado una sonrisa mirándolas como una boba. Sí, a lo mejor estaba siendo algo hipócrita con sus sentimientos.

Vas con todo. 01:16

Porque me gustas. 01:16

Silencio.

Tu simple «hola» me ha alegrado el día. 01:16

Sí, ya estaba eligiendo las flores de la corona debido a su próximo ataque al corazón, porque ese seguro que la llevaba a la tumba. Ella también había perdido la esperanza de recibir un mensaje por su parte, por mucho que se esforzó en negar que lo quería.

No lo sé, Rick, parece falso. 01:17

Bromear le iba bien para relajar la tensión y, aunque no estuviesen uno al lado del otro, era consciente de la tensión entre ellos incluso a través del móvil.

Yo que tú no lo dudaría tanto. 01:17

Bueno, las indirectas más directas, y no esperaba otra cosa de Christopher. Tenía demasiada habilidad para hacerla tambalearse. Se mordió el labio, pensativa.

¿Tienes planes para mañana? 01:17

¿Tenía planes? No ¿Querría tenerlos? Posiblemente. ¿Incluían esos planes a cierto Innombrable que era nombrado con mucha frecuencia? Quién sabe.

Soy una mujer ocupada en mis vacaciones.
Hazme una propuesta y la estudiaré. 01:18

Se estaba haciendo la interesante, pero con una sonrisa en los labios.

¿Cómo de ocupadas están siendo tus
vacaciones? 01:18

¿Por qué quieres saberlo? 01:18

Para hacerte una propuesta a la altura de tu
agenda. 01:18

Sonrió de nuevo al teléfono.

Mañana pensaba salir a hacer una ruta de
senderismo. Está en mi agenda desde hace días,
así que espero que tu propuesta supere eso.
01:19

De nuevo, largos segundos hasta que recibió el mensaje por su parte.

¿Quieres hacer la ruta en compañía? 01:19

Tecleó de inmediato sin procesar la pregunta.

Qué falta de creatividad. 01:19

Si no puedes con el enemigo...,
únete a él. 01:20

Así que mi plan es mejor que el tuyo. 01:20

No puedo superar a la madre naturaleza. Además,
salir a comer por ahí seguro que lo has hecho
muchas más veces. 01:20

Sí, salir a comer por ahí está sobrevalorado.
01:20

Es aburrido. 01:22

Predecible. 01:22

Tedioso. 01:22

Le siguió el juego. Disfrutaba muchísimo de eso.

Fastidioso. 01:22

Soporífero. 01:22

Serías buen rival en el Scrabble. 01:23

¿En el qué? Es broma, sé
lo que es, listilla. 01:24

Scarlett borró las palabras que había empezado a escribir.

Después de esta demostración de inteligencia por
mi parte, ¿crees que soy un digno acompañante
para tu caminata? 01:25

Depende. 01:25

¿De qué depende? 01:25

De si me sigues el ritmo. 01:25

Quizá no había querido sonar tan obvia, pero dejó que el mensaje flotase entre ambos y que él lo interpretase a su gusto.

He demostrado tener buen ritmo. 01:26

Vale. Ahí iba de nuevo el muy descarado. La tensión estaba acumulándose en su bajo vientre y su cuerpo empezó a calentarse. Seguían hablando de senderismo, ¿verdad? Porque no era normal que con solo esa frase toda ella hormiguease de anticipación.

Sí, algo creo recordar... 01:26

Lo recuerdas perfectamente. 01:26

Silencio.

Si no lo recuerdas, te puedo ayudar
a hacerlo. 01:27

¿Ahora? 01:27

«Joder, Scarlett, ¡tampoco tenemos que ser tan obvias!»

Bueno, tal vez había mandado el mensaje demasiado rápido, pero ya, de perdidos, al río.

Cuando tú quieras. Puede ser ahora, puede ser mañana. La posibilidad siempre la tendrás. 01:28

Silencio.

¿Qué me dices? 01:28

¿Sobre qué? 01:28

Claramente sobre ser tu compañero de paseo. 01:29

Ah, sobre eso. Sí, sí, por supuesto.

Claro, no va mal hacer senderismo en compañía. 01:29

Le dijo lugar y hora para el día siguiente, y también le indicó que se llevase agua y algo para picar, porque iban a ser unas cuantas horas.

Perfecto. 01:34

Silencio.

Y, sobre lo demás, ¿qué dices? 01:34

Se le agitó de nuevo el estómago. Si no cortaba ya con el coqueteo, el tonteo y las insinuaciones, probablemente no podría parar. La pregunta era si quería hacerlo.

Tengo los recuerdos algo revueltos. 01:35

Christopher dejó de estar en línea. Scarlett frunció el ceño. A lo mejor había sido demasiado directa. Pero eso era lo que él quería, ¿no?, que fuese al grano si quería algo. El tono de llamada interrumpió sus pensamientos y descolgó rápidamente.

—¡Estás loco! Casi me infartas.

—No es mi problema que no lo tengas en silencio.

—Es tarde —sentenció, tratando de distraerlo.

Tenía un nudo en la garganta. Estaba nerviosa.

—Podemos ser breves. —Rio al otro lado de la línea.

—¿Por qué me llamas? —preguntó en un susurro, porque ella era incapaz de admitirlo en voz alta. Ni siquiera de pedirlo. Si él daba el paso, ella lo seguiría sin protestar. Llamarla ya era un buen comienzo. La impaciencia martilleaba todo su cuerpo.

—Quería darte las buenas noches como se merece.

Scarlett dejó de respirar.

—Buenas noches, Scarlett.

El sonido de su risa la hizo enfadar.

—Idiota, no me llames para esto.

—Ah, ¿no? Y eso, ¿por qué? Solo estaba siendo educado contigo.

Ah, no, jamás. Eso jamás. Jamás lo iba a admitir. Jamás iba a admitir que ojalá le hubiese hecho una propuesta indecente en ese instante, porque era justo lo que quería.

—Buenas noches, Christopher —resopló frustrada.

Antes de colgar, oyó su voz al otro lado.

—Si me lo hubieses pedido, te lo habría dado —murmuró, seguro que con una sonrisa—. Pero imagino que otra noche será.

Colgó la llamada. Scarlett respiró hondo, apartando las ganas que tenía de matarlo en ese instante. La frustración rozaba unos niveles muy altos. Era consciente de que estaba excitada y necesitaba hacer algo para remediarlo. Muy bien. Entró en su agenda y pulsó su nombre. Al cabo de los tres tonos, Christopher contestó.

—¿Necesitas algo? —le preguntó con tono burlón.

—Oh, sí, ya lo creo que sí.

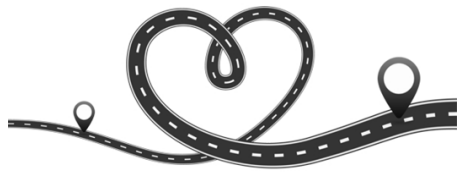
—Dilo —le ordenó.

Scarlett se mordió el labio y le susurró:

—Quiero que me des las buenas noches de una forma… diferente.

—Ya sabía yo que esa cara de chica buena escondía a una auténtica pervertida —le contestó entre risas.

13



Resultó no ser del todo mal compañero de caminata. Le seguía el ritmo, e incluso andaba un poco más rápido del ritmo que ella se solía imponer, pero no se quejó. En algunos tramos iban hablando, mientras que en otros se concentraban en el camino y el paisaje. Tenía la suerte de haber pasado su infancia y adolescencia recorriendo Bell Canyon, y siempre que volvía a Sandy aprovechaba para ir las veces que podía. Antes las caminatas eran en familia, pero, una vez que creció, empezó a hacerlas sola, así que le resultaba un poco extraño tener compañía en el viaje. En ningún momento abordaron el tema de la noche anterior y, por el momento, Scarlett estaba de acuerdo con ese pacto tácito entre ambos.

Se había puesto una gorra para protegerse del sol y un conjunto de *top* y mallas tres cuartos de color verde oliva junto a sus deportivas. En la mochila llevaba agua, barritas y un par de sándwiches. Por la mañana había añadido uno extra por si a Christopher le apetecía también. No le costaba nada ser amable, solo eso. La ruta que ella había programado duraba aproximadamente tres horas, pero quizá, al ritmo que iban, llegarían en menos tiempo.

Lo pilló unas cuántas veces mirándola de reojo, aunque apartaba la vista y fingía que no había ocurrido. Esos gestos la hacían sonreír y negar con la cabeza, porque ella, cuando lo miraba, lo hacía de forma disimulada y por el momento él no la había pillado. Ese día estaba guapo..., aunque quizá la ropa de deporte hacía demasiado obvia su condición física. A decir verdad..., se le secaba la boca cuando lo miraba. Llevaba una sudadera sin mangas y pantalones

cortos negros a juego. En la zona derecha del pecho, una frase describía muy bien a su portador: *«Stay wild»*. Sí… le pegaba el adjetivo de *salvaje*.

—Paremos un segundo —sugirió Scarlett—. Necesito beber agua.

—Claro. —Se sentó a la orilla del camino y rebuscó en su propia mochila una de las barritas que él se había llevado—. ¿Quieres? —Le tendió una, pero negó con la cabeza. Christopher se encogió de hombros, la abrió y se la llevó a la boca, devorándola en dos bocados.

—Todavía nos queda como una hora. —Miró su reloj—. Calculo que para el mediodía estaremos en la cascada.

—¿Llevas bikini? —preguntó alzándose del suelo.

—No pretendía bañarme.

—Mejor, me ahorrarás sufrir un infarto. —Una sonrisa burlona se formó en su rostro.

Scarlett le dio un manotazo en el hombro que Christopher ni siquiera notó.

—No seas tan descarado.

—Mira quién fue a hablar.

Scarlett comenzó a caminar, dejándolo atrás.

—No sé de qué me hablas.

Por suerte no la veía, porque ya se estaba alejando sin poder disimular su sonrojo. Oyó cómo Christopher se ponía en marcha también al tiempo que le decía:

—Yo sí me acuerdo de cómo gemías al teléfono.

Llegaron a su destino cerca de la hora de comer, tal y como Scarlett había predicho. Se sentaron a un lado de la poza para descansar, satisfechos de haber logrado el objetivo. Scarlett se tumbó, cerró los ojos y palpó con los dedos las briznas de hierba. Respiró hondo un par de veces antes de abrirlos de nuevo y ver a Christopher mirándola con una sonrisa en los labios. Lo cierto es que ella notaba que estaba feliz. No solo lo expresaba su sonrisa; lo expresaba su mirada, lo expresaba la postura relajada de su cuerpo.

—Deberías tumbarte y cerrar los ojos. Relaja muchísimo —le sugirió mientras se quitaba la gorra.

—Probemos.

Se tiró a su lado bocarriba, imitándola. Permanecieron en silencio un largo rato. Estaban solos y desde allí lo único que oían era el agua de la cascada, el viento meciendo las hojas de los árboles y el canto de

los pájaros. Era un sitio perfecto con la compañía perfecta, o eso pensó Scarlett. Abrió poco a poco los ojos y se giró para mirarlo.

—¿Me espiabas?

—Puede que un poquito.

Scarlett le sonrió como respuesta. Notó cómo sus manos se rozaban, y ninguno de los dos se apartó. Todo eso era nuevo para ella.

—Me encanta este sitio. El paisaje es maravilloso —le comentó Scarlett.

—Sin duda lo es.

Scarlett tragó saliva ante la intensidad de su mirada. Desvió al cielo la vista y notó una caricia en el dorso de su mano. Los dedos de Christopher la acariciaban con delicadeza. Tragó saliva y se concentró en el sonido de su respiración. Tenía miedo de girarse y enfrentar lo que sentía en ese momento.

—¿Has pensado en...?

La frase murió antes de ser pronunciada. Scarlett notaba su mirada clavada.

—¿En lo que te dije cuando nos vimos en el supermercado? —Sus palabras eran como susurros y se perdían en la inmensidad del lugar. Por suerte estaban tan cerca que las oyó.

—Puede —contestó de manera imprecisa. Se le estaba empezando a acelerar el corazón.

—¿Y qué has decidido?

Scarlett se quedó durante un rato callada, todavía con la mirada en el cielo.

—Tengo miedo de que me gustes tanto —pronunció con voz queda.

A Christopher el corazón le martilleaba en el pecho por la emoción. Por fin no esquivaba el tema. Por fin veía en ella un indicio real de que quizá lo sentía todo con la misma intensidad que él. Ya no eran solo imaginaciones o suposiciones en su cabeza. Lo había dicho en voz alta. Agarró su mano y entrelazó sus dedos, provocando que un escalofrío recorriese todo su cuerpo y que su pecho se llenase de calidez. De nuevo transcurrieron largos segundos en silencio, que él acabó por romper.

—¿De qué tienes miedo?

Otros tantos segundos antes de que Scarlett se decidiera a contestar.

—De que me hagas daño. —Se giró para enfrentarlo.

—Creo que ambos tenemos miedo a sufrir, Scarlett. Sé lo que es que te claven un puñal por la espalda y que te rompan el corazón —admitió Christopher—, pero por eso yo no voy a dejarte escapar.

El corazón estaba ya desbocado.

Durante un buen rato estuvieron en silencio, con sus manos entrelazadas, mirando al cielo. Ese sitio era paz, era tranquilidad, y esa misma sensación se instauró en el pecho de Scarlett. El agarre de su mano la mantenía en la tierra, tocando con sus propias yemas los sentimientos que Christopher despertaba en ella. Su confesión había sido sincera, esa vez sí. Ambos tenían miedo, quizá ella más que él, pero entendió que había veces en las que merecía la pena abandonar la calma para adentrarse en el mar de emociones, y en esa ocasión valía la pena si era para estar a su lado. Se dijo que el camino a veces era más importante que llegar; que se estaba privando de algo posiblemente maravilloso junto a otra persona por el miedo. Él le podía hacer daño en cualquier momento, pero ella también. Ella se lo podía dar todo, pero él también. ¿Eso era el amor? Confiar en que cada uno daría lo mejor de sí a pesar de que le pudiesen hacer daño. Abrirse en canal, exponer los sentimientos, dejar desnudo el corazón, acariciar los sentimientos del otro y confiar en que la otra persona jamás los quebraría en el trayecto.

—Me gustas —confesó Scarlett sintiéndose preparada para decirlo de forma libre y valiente—. Me gustas mucho mucho mucho, Christopher. —Giró la cara para encontrarse directamente con la intensa mirada de él. Le apretó la mano como respuesta—. Tú también me gustas en todos los aspectos.

—Me encanta oírtelo decir. —Sonrió de forma sincera. Se inclinó hacia ella sin dejar de mirarla y le dio un suave beso en los labios, poco más que un roce, y se separó para contemplarla—. Y me encanta poder besarte cuando quiera. —Scarlett sonrió como respuesta y este se inclinó para besarla de nuevo.

—¿Eso es un diente de león? —Se incorporó para tomarlo entre sus dedos con una sonrisa.

—Sopla y pide un deseo, es la tradición —dijo él mirándola a los ojos.

Scarlett miró el diente de león, tan delicado, tan frágil y tan intacto en medio de esa pradera. Así eran sus sentimientos, delicados

y frágiles. La estaba mirando como si ella fuese el objeto más preciado del universo. Sopló con fuerza en su dirección y todas y cada una de las semillas volaron libres y salvajes entre ellos dos. Sus ojos centelleaban mostrando motas minúsculas de amor, y se acercó para darle un beso dulce en los labios. Estaba enamorada. Estaba enamorada de él..., de su voz, de sus ojos, de sus bromas, de los comentarios ingeniosos, de su picardía, del respeto que le profesaba.

—¿Comemos?

Se sentaron uno frente al otro con las piernas cruzadas. Compartieron toda la comida, agradeciendo el uno al otro el detalle de haber pensado en poner doble de todo para el picnic a la orilla de la cascada. Estuvieron charlando y riendo. Christopher le confesó que jamás había hecho senderismo por Bell Canyon los años que vivió allí. Descubrieron que ambas familias residían en el barrio de Hillshire, pero ellos jamás se habían cruzado.

—Créeme que me acordaría si te hubiese visto, Scarlett —dijo con plena convicción.

—Seguro que sí —contestó en tono irónico. Recostó ambas manos al lado de su cuerpo y se dejó caer un poco hacia atrás.

—Me acordaría de tus ojos —respondió de forma coqueta—. Me acordaría de lo agradable que es oírte hablar de algo que te apasiona. También me acordaría de tu raro sentido del humor —siguió enumerando—. Y, no te voy a mentir, me acordaría de lo bien que te queda el culo dentro de esas mallas.

—¡Oye! —le gritó con falsa indignación, riéndose.

—Es la verdad.

—Sí, yo también me acordaría de ti y de tu sinceridad. ¿Ahora también parafraseas a raperos?

Christopher la atrajo hacia él, la recostó sobre su pecho y le besó el pelo. Soltó un sonoro suspiro. Menos mal que ella estaba apoyada de espaldas y no le veía la preocupación en los ojos.

—Voy a estar unos días sin poder verte tanto.

—Bueno, eso da igual, no hace falta que quedemos todos los días —lo excusó ella.

—Lo sé. Solo que no es por mí. No quiero que pienses que es por mí.

Scarlett se giró para mirarlo a la cara.

—¿Es grave? —preguntó preocupada.

—¡No! —Al segundo rectificó— A lo mejor, pero no te preocupes por eso. —Se pasó una mano por el pelo.

—Chris —se sentó sobre su regazo y se aproximó a su cara—, ¿qué pasa?

—Scarlett, quiero mantenerte al margen de mis problemas. Llegué a Sandy por un motivo muy amargo y ahora solo quiero pensar en lo bueno que también encontré aquí —dijo dedicándole una intensa mirada—. Quiero pensar en las segundas oportunidades y en que esta vez no te voy a dejar escapar.

Le dio un casto beso en los labios.

—Cuando todo esto acabe tendremos todo el tiempo del mundo. Te lo prometo.

Scarlett se removió intranquila, muy poco satisfecha con su respuesta. No le insistió más. Christopher tenía el ceño fruncido, así que imaginó que para nada era algo agradable de contar.

Después de un descanso, con charla y comida incluidas, de más de una hora, retomaron el camino de vuelta. Esa vez fueron sin prisa, tranquilos, conversando. Christopher le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia su cuerpo para besarla de improvisto y Scarlett no protestó en absoluto todas las veces que eso sucedió. Era muy divertido pasar tiempo a su lado, sin pensar en nada más que en disfrutar, sin fingir que un roce no la afectaba, sin contener las ganas de besarlo o de tocarlo cada vez que le apetecía.

A media tarde se montó en la camioneta negra de él dispuesta a que la dejase en la puerta de su casa, a pesar de que no estaba a más de veinte minutos andando de donde él había aparcado. Se subió sin protestar y ejerció de copiloto ejemplar, cambiando las canciones en la radio hasta que *Kids,* de MGMT, sonó por los altavoces y la puso a todo volumen. Lo miró de reojo y lo vio sonreír cuando ella comenzó a cantarla a pleno pulmón. A media canción, Christopher se unió.

—Ya hemos llegado, Cenicienta, y todavía no son ni las siete de la tarde —anunció con una sonrisa.

Scarlett se giró desde su asiento de copiloto para mirarlo, con

muy pocas ganas de bajar. Le apetecía quedarse un rato más a su lado, como si el día casi entero que habían pasado juntos no le bastase. Eso la alarmó sobremanera, pues se dio cuenta de lo acelerados que habían crecido sus sentimientos desde que los había confesado en voz alta. Estudió su cara antes de inclinarse a darle un casto beso en los labios, sin poder contenerse. Los rayos del sol de la tarde se colaban por el parabrisas, posándose sobre su rostro endiabladamente atractivo, con el pelo alborotado, tentador para hundir los dedos y acariciarlo; la mirada pícara que se escondía detrás de sus hermosos ojos; la mandíbula cubierta por una suave barba de un par de días; la sonrisa encantadora... y los hoyuelos que le salían al sonreír, que, para Scarlett, eran su perdición. Christopher atrapó sus antebrazos antes de que ella se separase y le devolvió el beso con las verdaderas ganas que ambos tenían, dejándola sin aliento. Se relamió los labios antes de apartarse para mirarla.

—Gracias por este día —comentó él.

—Has resultado ser buen compañero de senderismo —admitió.

—Soy una caja de sorpresas —le dijo, divertido. Después la miró algo preocupado antes de hablar—. Scarlett...

Ella le devolvió la mirada y lo cortó antes de que pudiese seguir.

—Madre mía, por favor, no me digas que todo ha sido una broma y que no quieres nada conmigo —expuso.

—¡Claro que no! ¿Por qué piensas eso?

—Es que me has mirado con una cara de... ¿funeral? —intentó dar en el clavo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le planteó él.

—Dime.

Caviló antes sus palabras.

—¿Has estado más veces en el Red House?

Scarlett lo miró de hito en hito.

—No, solo cuando nos encontramos —respondió, sin entender a qué venía esa pregunta—. ¿Por qué?

—Nada, no es nada. —Intentó sonar tranquilo.

—¿Me viste con un chico? ¿Es por eso? —le alentó a contestar, y puso una de sus manos sobre su brazo para tranquilizarlo—. No tengo nada con él.

—No, no te lo preguntaba por eso. —Lo pensó un poco antes de continuar—. Estaba dispuesto a ir a por ti aunque hubiese tenido que

pasar por encima de diez tíos el doble de grandes que yo, siempre y cuando tú también lo quisieras, claro.

Scarlett se rio ante su comentario.

—Muy bien, Dwayne Johnson. —Ambos se sonrieron.

Se quedaron callados, esperando a que el otro hablase. Se estaba convirtiendo en la despedida más larga del mundo.

—Es por lo que me has dicho antes, ¿verdad? —quiso saber ella.

Christopher únicamente asintió.

—Oye, ahora somos un equipo, puedes contármelo. Solo quiero ayudarte con esto, sea lo que sea. —Scarlett puso una mano sobre su hombro.

—No vas a poder ayudarme. —La amargura se hizo patente en su voz.

—A lo mejor hablarlo conmigo te alivia. No cargues con todo ese peso tú solo.

La voz de Scarlett sonaba como una melodía, tierna, dulce y muy reconfortante para su alma. Se ablandó un poco.

—El problema lo tiene mi hermano.

No siguió, dudando de si contarle o no la situación en la que se encontraba. A lo mejor Scarlett huía y no querría saber nada más de él. En el fondo no sería justo que lo hiciera, dado que estaba en líos por culpa de Brad. Él ya hacía años que se había apartado por completo de ese mundo y jamás pensaba volver.

—Te voy a dar la versión corta... si me prometes que, cuando te bajes del coche, no será la última vez que te vea —le dijo muy en serio.

—¿No habrá matado a alguien? —intentó bromear para cortar la tensión del momento.

Christopher le dedicó una sonrisa agradecida antes de coger aire profundamente y anunciar:

—Tiene problemas con el juego... y debe mucho dinero al Red House.

Suspiró tras acabar de decirlo, sintiendo cómo un peso se esfumaba de sus hombros.

—¿Mucho?

—Ciento cincuenta mil dólares. —Scarlett lo miró estupefacta—. Lo estoy ayudando a reunirlo... de una forma poco ortodoxa.

—¿Estás atracando bancos? —intentó bromear de nuevo para

quitarle peso al problemón que le estaba explicando.

—No, por suerte todavía no atraco bancos. —Se giró hacia delante para evitar su mirada—. Estoy..., Dios, la verdad, me da vergüenza admitirlo.

—¿Eres gigoló allí?

—¡No! ¡Claro que no!

—Admito que igual me molestaría ver cómo una tía te manosea.

—No soy gigoló, Scarlett, lamento arruinarte la fantasía. —Una sonrisa se escapó de sus labios.

—¿Entonces?

—Joder, no tendría que haber sacado el tema. Lo siento. Olvídalo.

—Se nota que aún no me conoces mucho. —Se cruzó de brazos y lo miró, seria—. No me voy a bajar del coche hasta que me lo digas. Tómatelo como un desahogo y ya está. No puede ser tan grave. —Al ver que no abría la boca, tuvo que recurrir a algo muy rastrero—. Si no lo haces, nunca más te hablaré, ni te llamaré, ni nos veremos. Lo juro.

Christopher se giró para enfrentarla.

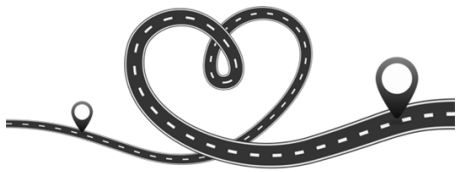
—Vas de farol, listilla —replicó con excesiva seguridad. Scarlett intentó mantener la compostura cuando la mano de Christopher se posó sobre su muslo—. Mientes muy mal. —La acarició, provocándola, demostrándole que su fachada se caía por segundos.

—Puede —reconoció, todavía con los brazos en jarras—, pero quiero saberlo por si te puedo ayudar en algo. Estoy aquí para ti, para lo que necesites. Si mi forma de ayudarte es solo hablando, hazlo, háblalo conmigo. A veces los problemas se nos hacen enormes en la cabeza, pero, si logras compartirlos en voz alta, puedes lograr que pierdan ese poder sobre ti y consigues que pierdan magnitud.

Christopher rumió esa última frase antes de contestar.

—Está bien —admitió, al fin—. Te haré un resumen.

14



Colusión, del latín *collusio.*

Parpadeó varias veces tratando de despejar su mente.

Colusión: pacto entre dos personas con el fin de perjudicar a un tercero por medios fraudulentos.

Volvió a parpadear mientras observaba a su madre pegarle otro bocado a la cena. Esa noche había una ensalada fresca de pasta.

Colusión.

Tuvo que buscarla en el diccionario. Ella, profesora de Literatura.

Mucho menos entendía el término dentro de las partidas de póquer. Por lo que le había contado Christopher, era un acto completamente ilegal. Hacer trampas. Compincharse con otra persona para conseguir ganar el juego. Eso estaba haciendo en el Red House. Volvió a parpadear, todavía algo impactada por la confesión. Lo más fuerte no había sido eso, lo más fuerte había sido que, por lo visto, en ese antro, en ese local donde en términos de fachada parecía que solo se bailaba, bebía y quizá alguno que otro se drogaba, detrás de esas paredes... había montado todo un negocio de apuestas y timbas ilegales en el que los peces más gordos se juntaban para apostar hasta el alma si les hiciese falta.

Recordó la mirada perdida de Christopher mientras se lo relataba todo. La despedida más larga de la historia. Cuarenta minutos en la camioneta, escuchándolo y haciéndole preguntas para saciar su curiosidad, con la intención de ver en qué lo podía ayudar. Se dio cuenta de que era algo tan complicado que no podía hacer nada más que atender y estar ahí a su lado, viéndolo lidiar con sus fantasmas del

pasado. Jamás había imaginado que él, que parecía una persona con principios y valores, un tiempo atrás se había dedicado, junto con su hermano y otros amigos, a ir de timba en timba ilegal apostando, metidos de lleno en el juego, recurriendo en algunos casos a las trampas para ganar.

Todo comenzó con su hermano Brad. Frecuentaba malas compañías, que lo acabaron metiendo en el juego junto a su grupo de amigos. Lo llevaba todo en secreto y a espaldas de Christopher y de toda su familia. Según lo que Christopher le había contado, él se vio envuelto en ese mundo sin buscarlo. Tuvo que ayudar a su hermano a pagar algunas deudas de juego pidiendo dinero a sus padres con otro tipo de pretexto. Por suerte, estos accedieron y las cosas no fueron a más con los prestamistas. Ese fue su inicio, ese fue el punto en el que Christopher se metió también en ese ambiente. Al principio fue para controlar a su hermano pequeño, ver si lograba desvincularlo de las malas influencias..., y lo que empezó con un buen motivo acabó derivando en una adicción para él también. Lo que más le costó procesar fue que lo hacían por diversión, no por necesidad. El hecho de hacer trampas y que nadie los pillase disparaba su adrenalina, y necesitaron hacerlo cada vez con más frecuencia. Se vio sumido en esa espiral de fiestas, amigos interesados, el ansia de ganar y sentirse superior al resto, la adrenalina cada vez que usaban alguna que otra artimaña en la mesa de juego y nadie los pillaba.

Ganaban mucho, pero también perdían. Cuando esto sucedía, recurrían a sus padres con mil y un pretextos inventados. En sus primeros años nunca llegaron a sospechar nada, se lo tenían muy bien montado. Era como un pacto entre hermanos. Esa fue la época que más unidos se mantuvieron. Eran uña y carne, aunque llena de mugre, pues todo fue por el juego. Se ganaron cierta fama en ese submundo, la gente los reconocía cada vez más. Se creían invencibles. Christopher trataba de seguir manteniendo los pies atados a la realidad, a pesar de que se lo pasaba bien, pero veía cada vez más perdido a su hermano Brad. Este se iba desvaneciendo, se le escapaba entre los dedos por el juego y la adrenalina y las mujeres y el alcohol y las drogas.

El clímax de toda esa vorágine sucedió precisamente en el Red House. Le dijo que lo recordaba como si hubiese sido el día anterior. Brad no había llegado todavía a la timba. Él estaba apoyado en la pared lateral de la nave, esperándolo para entrar juntos. Como sonido

de fondo estaba el bullicio de la puerta principal. Era fin de semana.

El primer golpe no lo vio venir. Lo aturdió por completo y cayó al suelo con una lluvia de patadas. Su hermano jamás apareció para ayudarlo. De hecho, nadie se presentó ese día. Intentó hablar con él por teléfono cuando acabaron de apalearlo y lo dejaron tirado en el suelo, pero este no dio señales de vida. Tuvo que conducir hasta el hospital más cercano hecho trizas. Estando allí, Brad le devolvió la llamada mientras una eficiente enfermera le curaba las múltiples heridas, entre ellas una profunda brecha en la ceja y el labio partido.

Le contó a su hermano que estaba en Urgencias porque unos tipos le habían metido la paliza de su vida mientras lo esperaba en el Red House. Brad, nervioso al otro lado de la línea, se delató. Había pedido dinero prestado a las personas equivocadas y lo tenían amenazado por no devolverlo. Christopher, furioso, le exigió que confesara desde cuándo sucedía eso y le preguntó por qué no lo había avisado para poder ayudarlo a tiempo y evitar que a él le propinaran un palizón por su culpa. Eran hermanos, compañeros de juego, y casi lo habían mandado al otro barrio por su cobardía, por no decir la verdad, por mentirle y ocultarle que de nuevo había hecho las cosas mal sin siquiera consultarle.

Discutieron tan acaloradamente que la enfermera tuvo que pedirle que bajara la voz porque estaba armando un escándalo inadmisible en Urgencias. Lo hizo resignado, aunque lo que más le apetecía era estampar el móvil contra el suelo. Brad estaba más preocupado por conseguir el dinero que por que a él le hubiesen dejado para el arrastre. Ese día le hizo cruz y raya. Lo mandó a la mierda, a él y a todos sus problemas. En menos de una semana fue a recoger unas pocas cosas a su casa, dejó una nota en la encimera de la cocina para sus padres, se montó en su camioneta negra y condujo sin rumbo hasta perder de vista a Brad, al Red House, las timbas, las fiestas, la adrenalina... huyendo de esa vida y con la voluntad de dejarla atrás.

Scarlett le preguntó si llegó a contarle a su familia alguna vez el porqué de su marcha, exponiendo el motivo real. Cuando este le dijo que no, simplemente se quedó callada, sin querer indagar más en el pasado. Sintió que lo estaba despertando del turbio recuerdo al poner una mano encima de su hombro y obligarlo a girarse para enfrentarla. Le aseguró que ella estaría ahí el tiempo que hiciese falta; que

arreglase sus problemas; que, si necesitaba cualquier cosa, se lo dijese. Se despidieron con un beso tierno que Christopher profundizó como si la besase por última vez. Eso alteró sus nervios y fue ella la que, al separarse, le exigió que la llamase y le hablase de nuevo. Arrancó la camioneta y se fue, dejándola estupefacta por lo que había escuchado.

Christopher volvió a la realidad después del oasis que había sido aquel día perfecto. Regresó a su hotel, a su problema. Intentó pensar lo menos posible en Scarlett para centrarse exclusivamente en solucionar cuanto antes lo de Brad. Melissa lo llamó varias veces, pero no descolgó ninguna de ellas. Se pasó los siguientes días yendo al Red House. La suerte estaba de su lado. Para cuando finalmente habló con Melissa en persona, esta le contó que había vendido algunas otras cosas, juntando más de treinta mil dólares, y le aseguró que había tomado la decisión de vender también el coche que ambos tenían para liquidar toda la deuda. Le explicó que le faltaba llevarlo a una casa de compraventa y ver qué le ofrecían por él. Era un BMW, así que esperaba sacar el pellizco suficiente para cubrir lo de Brad. Christopher agradeció en silencio la iniciativa de Melissa. Era drástica, pero peores serían las consecuencias si no lo hacía.

—No quiero que le partan las piernas, pero, como me haga pasar por algo así de nuevo, seré yo quien lo haga. —Le sorprendió oír a su ex hablar así.

—Espero que me llames para cuando eso ocurra —trató de bromear.

Melissa solo puso una mueca extraña y se cruzó de brazos.

—Lo ataré en corto y te juro que pienso mandarlo a terapia. Lo arrastraré de las orejas si hace falta.

—Sí, le hace mucha falta. De verdad, espero que tú lo convenzas para que vuelva a ir.

Christopher la miró con detenimiento, de pie en medio del salón de su piso. Se preguntaba qué le había llamado la atención de ella años atrás, qué lo había llevado a involucrarse sentimentalmente con ella cuando venía de tener una vida en la que no se ataba a nada ni a

nadie. Quizá fuera la idea de romper con todo lo que era él antes, comenzar de nuevo. Acostarse con alguien sin pedir ni dar nada a cambio era divertido, pero eso lo tenía cuando se consideraba a sí mismo mala persona, cuando engañaba y se hacía daño.

Las personas decentes acababan manteniendo relaciones serias y estables, y él trató de darlo todo cuando surgió ese algo entre ellos. Con lo que no contó fue con que el daño en la pareja no lo provocaría él, sino que provendría de la mano de Melissa, porque le acabó poniendo los cuernos con Brad. El karma se había cobrado sus acciones del pasado.

Así que, como el karma se la había devuelto, él decidió limitarse de nuevo a los ligues de una noche, a no tener nada serio más allá de unas horas y a no comprometerse con ninguna mujer. Lo que no se esperaba era la llegada de un vendaval como Scarlett, que literalmente sacudió sus cimientos, y no solo por la intensidad de lo que sentía físicamente por ella, sino porque ella estaba invadiendo los resquicios más ocultos de su cabeza y de su corazón, expandiéndose como un virus por su sistema. Jamás había sentido nada igual, y al mirarla a los ojos aquella tarde comprendió que tenía que dejarse llevar, que estaba por comenzar todo lo bueno. Arriesgarse era el modo de averiguar qué sucedería entre ellos. Él, desde luego, estaba dispuesto a ponerlo todo de su parte. Por lo menos había pasado la prueba, no le había dejado de hablar, ni lo había ignorado o bloqueado. Ella era, sin lugar a duda, el rayo de sol en medio de un cielo cubierto de nubes negras. Le estaba calando tan hondo que pensar en Scarlett lo hacía sonreír de forma instantánea.

El viernes por la tarde, las tres llamadas perdidas de Roger la despertaron de su plácida siesta. Había olvidado por completo el plan que este le había propuesto. Es más, tras recordarlo, no le apetecía para nada salir. Tenía ganas de seguir acurrucada en el sofá.

—Disculpa —carraspeó para que su voz no fuese tan grave—, se me ha pasado por completo, Roger.

—¿Disculpa? ¡Llevo veinte minutos esperándote como un tonto!

¿Tú sabes lo que cuesta reservar aquí?

—Joder, he dicho que lo siento —le contestó, un poco molesta por su tono.

—Mira, por suerte había invitado a Lisa y Juan también y estamos aquí juntos —añadió en voz baja—. ¿Tienes idea de lo mal que me has hecho quedar con ellos?

Scarlett parpadeó varias veces, incrédula.

—Dime, ¿qué te molesta más? ¿Que se me haya olvidado nuestra cita o haber quedado mal con tus amigos?

—¿Perdona? —replicó asombrado.

—Lo repito si quieres, pero creo que me he expresado bien.

—No te creía tan necia.

—¿Cómo?

—Haz lo que te dé la gana, Scarlett. No vengas si no quieres.

—Te he dicho que se me ha pasado, no que no quiera ir —mintió con eso último—. Aunque lo cierto, Roger, es que..., mira, estoy... —Se interrumpió para rumiar bien qué es lo que le iba a decir a continuación—. Estoy conociendo a una persona y creo que, bueno, que debería ser sincera contigo y decírtelo, para que no te esperes nada por mi parte. Podemos ser amigos, me caes bien, pero nada más allá de eso.

Los segundos fueron pasando antes de que ninguno de los dos dijese nada más.

—¿Estás con otra persona?

—Sí, estoy saliendo con una persona —repitió con paciencia.

—Ya veo —pronunció sin más.

—Podemos seguir viéndonos, pero sin ninguna intención más por mi parte que la de... ser amigos —explicó.

—Amigos, ya.

—Sí, amigos.

—Mira, Scarlett, no me hagas perder el tiempo. —Y, dicho esto, colgó.

Scarlett pestañeó varias veces, incrédula ante su comportamiento. Le pareció maleducado y, a pesar de eso, tenía un deje de remordimiento porque, para ser sincera, debería haberlo avisado de que no tenía intención de ir, en vez de posponerlo, olvidarlo y dejarlo plantado. Marcó su número de nuevo para hablar con él otra vez.

—¿Qué quieres, Scarlett?

—Oye, vale que tu frase me ha sentado algo mal, pero simplemente no quiero que se queden las cosas raras entre nosotros.

—Déjalo, no hace falta que arregles nada.

—Mira, no llego a la cena, pero ¿tienes plan para luego?

—Voy a ir al Red House.

En cuanto oyó ese nombre, una corriente eléctrica le bajó por la columna.

—Podría verte allí —propuso desoyendo todos los consejos que Christopher le había dado sobre ese lugar—. Así al menos la cosa no queda tan fría entre nosotros. Nos tomamos algo, charlamos, lo hablamos cara a cara... ¿Qué opinas?

Pareció que se lo pensaba al otro lado de la línea.

—Hecho. Nos vemos allí.

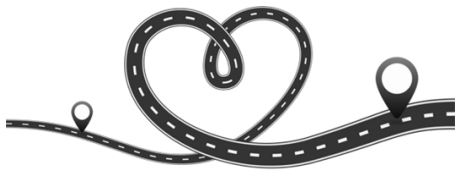
Se bajó del sofá y se estiró con pereza. Quizá no era el mejor sitio para verse, pero necesitaba dejar de sentir esa culpabilidad y pensaba que era mejor hablar las cosas en ese momento y no dejar que se hiciese más bola. Además, decirle a Roger por teléfono que no lo veía más que como un posible amigo le pareció que era ser muy insensible. A ella esos temas no le gustaba tratarlos a través de mensajes o en una llamada, era demasiado impersonal.

Cerca de las once de la noche, a pesar de todas las alertas que sonaron en su cabeza, se puso un vestido fluido rosa pastel y unas sandalias beis, se recogió el pelo en una coleta alta y metió en el bolso lo indispensable antes de salir de casa. Al menos se iba a meter en la boca del lobo sabiendo que Christopher seguramente estaría allí. Y si se metía en algún lío..., improvisaría.

«Suena fantástico, tu plan.»

Le mandó un escueto mensaje a Christopher y fue a por las llaves de su coche.

15



En sus idas y venidas al caótico, lujurioso y popular Red House, Christopher empezó a fijarse en los detalles, como las señales que se hacían las camareras cuando debían distribuir drogas en una de las mesas, el aumento de la seguridad los días importantes en los que los ricachones se presentaban por allí... Incluso había descubierto el tic nervioso de Natasha, quien se tocaba el pelo en exceso cuando estaba intranquila por algo.

Se miró en el retrovisor de su camioneta, ajustándose la corbata antes de bajar y entrar para ir directo arriba. De nuevo, había preferido aparcar unas calles más atrás. Era viernes por la noche y estaba todo lleno de gente. Esa velada iba a ser importante, siempre que Brad hiciese bien su papel y él también.

Con lo que no contaba era con el mensaje que le llegó al móvil segundos antes de pasar por la puerta del club.

Lo leyó varias veces antes de asumir que era real. Scarlett iba en camino y no precisamente para verlo a él. Lo maldijo mentalmente y trató de calmar sus repentinas ganas de asesinarlo. Pero ¿acaso a esa mujer no le daba miedo ir a un sitio como ese sola? Estaba él allí, claro, pero eso no significaba que el lugar fuese seguro. Iba a ver al esnob ese para dejarle claras las cosas entre ellos. ¿Y eso a ella qué más le daba? ¿No podía simplemente llamarlo y decirle que...?

Decirle, ¿el qué? ¿Que eran pareja? En realidad, ni ellos mismos le habían puesto nombre todavía a la relación que mantenían, pero intuía que esa era la palabra. Esa *quería* que fuese la palabra para definirlos. En cuanto acabase todo, se centraría solo en ella, en

construir juntos algo de verdad.

Boris lo localizó una vez que subió a la planta superior. Natasha se estaba tomando una copa, controlando a su alrededor, observando a todos los clientes. Estaba satisfecha. Le había entregado de nuevo dinero para que lo restara de la deuda pendiente y la notaba sonriente. La comprendía, él también estaba viendo la luz al final del túnel con el asunto de su hermano. Quizá, si finalmente Melissa vendía el BMW, con lo que consiguiese en esos días liquidarían la deuda por completo.

Christopher empezó las partidas con bastante poca concentración, pensando en todo menos en la estrategia. Hasta su hermano le dedicó unas miradas acusatorias antes de centrarse solo en el juego. No podía cagarla: ese trabajo ya lo había hecho, y muy bien, Brad, pero la idea recurrente de que Scarlett iba a llegar allí en cualquier momento y de que algo malo podía pasarle lo carcomía. No era un sitio seguro para nadie. Deseaba acabar cuanto antes e ir a por ella; al menos así los nervios de su estómago se mitigarían.

Una vez que se centró en su juego, las cosas fueron a mejor. La suerte estaba de su lado, o más bien haber eliminado de su mente cualquier otra distracción en ese momento fue lo que debía hacer para que el juego fluyese. Tres horas más tarde, recogía las fichas de la mesa. Había sido una noche fantástica, teniendo en cuenta que su atención estaba bastante dispersa. Se dirigieron con disimulo al despacho de Natasha después de intercambiar algunas palabras con el resto de los jugadores. Durante todos los días que había ido se había dado cuenta de que a la gente que apostaba lo que más le sobraba era dinero, y quizá lo que más le faltaba era contención a la hora de apostar. Podía comprenderlo, porque ellos se lo podían permitir. Brad los siguió minutos más tarde, acompañado de Boris.

—Cada día mejor. —Natasha contó el monto—. Te ficharía para mí, Christopher.

—Recuerda que también te he entregado dinero extra, además de este.

—Descuida, lo tengo todo anotado. Treinta mil dólares más y será hombre libre.

—Mi pareja venderá el coche —espetó Brad.

—Así me gusta, todo el mundo contribuyendo a la causa. —Mostró una amplia y cínica sonrisa.

—Te conseguiremos el dinero cuanto antes —intervino Christopher.

—Tienes prisa por acabar con esto —dedujo, alzando una ceja.

—Es lo que más quiero. Como si te quedas con el coche como pago de la deuda.

—No me parece mala idea.

—Es un BMW, de los nuevecitos —Brad se apresuró a hablar—. Si tuviese el móvil te enseñaría algunas fotos. Puedes quedártelo si quieres. Podemos cerrar esto así y hasta te lo podría traer aquí hoy mismo. Todo tuyo, en serio. Chris, mira a ver si tienes algunas fotos, seguro que le gusta.

Natasha se rio al ver la desesperación de Brad. Bueno, tampoco le interesaba tenerlo toda la vida por allí, molestando. Christopher le mandó un mensaje a Melissa, quien le contestó a los cinco minutos. Le enseñó algunas de las fotos y vio en su expresión que la idea no le desagradaba en absoluto. El nubarrón de tormenta se estaba despejando poco a poco. ¿Sería ese el final del camino?

Después de meditarlo durante unos minutos, accedió.

—Tráemelo aquí esta noche. Si me gusta, me lo quedo.

—Y Brad se vuelve conmigo —agregó a la ecuación.

—Vaya, vaya. No desperdicias oportunidades. —Mostró su afilada sonrisa.

La respuesta de Christopher fue fruncir el ceño. Natasha resopló, cediendo:

—Sí, te lo podrás llevar ya de aquí.

La mujer se situó al lado de Brad y lo agarró fuerte de la mejilla, estirándole la piel para provocar una mueca desagradable en su cara.

—Y ojalá no vuelva a verte nunca más por mi terreno, gusano.

Cuando lo soltó, una marca rojiza quedó impresa en su piel.

—Veta su entrada —exigió Christopher.

—¿Cómo? —Natasha se giró para mirarlo.

—Esta noche, si te convence, quédate con el coche. Con eso habremos saldado toda la deuda, y luego lo vetas de por vida. Que nunca más pueda entrar aquí.

Notó la mirada fulminante de Brad. Él quizá no lo entendía, pero lo estaba haciendo por su bien. Le iría mejor cuanto más alejado de la tentación y de poder entrar estuviese.

—¡Pero uno de los dueños es amigo mío!

—A mí eso me importa un bledo —espetó Christopher.

Natasha se limitaba a observar a los dos hermanos lanzarse dardos y rayos por los ojos.

—¿No podré venir ni a tomarme una copa?

Esa vez Christopher se dirigió directamente a Natasha, ignorando a su hermano pequeño.

—Hasta ahora tú has puesto las reglas y yo he accedido en todo, te he ayudado sin poner un pero a todo este asunto. Quiero que le vetes la entrada para que nunca más pueda acceder al Red House, ni siquiera para pedir auxilio si se estuviera desangrando.

Nastasha fingió pensárselo durante unos segundos, pues la situación de tensión le estaba resultando placentera.

—Dado que tú has cumplido tu parte... —Miró alternativamente a ambos hermanos, uno con cara de estupor y otro con expresión decidida—, me parece razonable. Así dejarás de darme problemas.

—Madre mía, esto es injusto. Cuando le diga a...

—¿Injusto? Esto no es injusto, es por tu bien. Dios, que somos ya mayorcitos para estas tonterías, Brad...

El móvil de Natasha vibró, y ella salió del despacho dejándolos en pleno debate. Christopher trató de hacerle ver que buscaba lo mejor para él y lo amenazó directamente con contárselo todo a la familia si no cesaba en su testarudez. La amenaza pareció surtir efecto, porque adoptó una actitud más conciliadora. Al fin y al cabo, tampoco quería que sus padres se enterasen y quedar como un ludópata a sus ojos.

—Oye, Christopher, ¿tienes prisa? —oyó a Natasha a su espalda.

—No —mintió, recordando que Scarlett andaba por allí y que solo tenía ganas de ir a buscarla.

—Mi socio te quiere conocer. Está subiendo ya hacia aquí. —Destapó una botella con licor ambarino y se sirvió un trago—. ¿Quieres?

—No, gracias.

La mente de Christopher estaba muy lejos de allí. Con Scarlett, para ser más precisos. Solo tenía que acabar con esa reunión protocolaria absurda, saludar al misterioso socio de Natasha, y podría irse a abrazar a su chica.

«Solo unos minutos más», dijo para sí.

El sonido de unos nudillos tocando la puerta retumbó en la sala

antes de que se abriera. Christopher ni siquiera se molestó en girarse.

—Buenas noches. —La voz masculina sonó detrás de sus cabezas.

Christopher cogió aire y comenzó a darse la vuelta para saludar. Lo que no se esperaba era la cara tan familiar con la que se topó de frente.

—Brad, ¿todavía andas por aquí?

—Ya casi lo tengo todo solucionado. —Se puso de pie.

El recién llegado tenía la mirada fija en Christopher, que aún no había podido reaccionar, así que dio dos pasos hacia él y le tendió la mano.

—Roger —se presentó el recién llegado—. Encantado de conocer por fin a nuestro mesías —se burló.

Christopher reaccionó unos segundos después y lo miró a los ojos. No se creía lo que estaba viendo. De nuevo, el mundo era un pañuelo. A quien tenía delante de sus narices era al esnob con el que había visto a Scarlett y con el que ella había quedado allí esa noche. Y en ese momento le estaba estrechando la mano. Carraspeó antes de presentarse.

—Te dije que merecía la pena involucrarlo —comentó Natasha.

—Sí, todo ha mejorado, ¿verdad, Brad? —Roger apuntó la mirada en su dirección, cerciorándose de que captaba su atención. Este asintió enérgicamente con la cabeza.

—Me han propuesto liquidar la deuda con el coche de este. —El tono de Natasha fue despectivo—. Me lo traerá Christopher ahora para que lo evaluemos.

—Interesante.

—Si os interesa, os lo quedáis ya aquí. Solo necesito ir a por él.

—Sí, sí, como sea —Ignoró a Christopher y se dirigió a Brad—. ¿Cómo está tu mujer?

Brad se removió incómodo, sin saber muy bien qué contestar.

—Si me dejasen hablar con ella, te lo diría.

—Está bien —intervino Christopher—. Todo está bien.

—Magnífico. —Una sonrisa burlona se formó en sus labios y a Christopher le entraron ganas de borrársela de un puñetazo—. Qué suerte que Brad tenga un hermano tan solidario como tú. —Roger lo miró de arriba abajo—. Uno no siempre puede contar con la familia. —Alzó la mirada y la posó en Brad—. Amigo, nos vemos.

Se despidió de Natasha con un beso en la mejilla y desapareció

tras la puerta. Minutos después, Christopher también estaba yéndose de allí, todavía estupefacto por la revelación. De nuevo la vida lo sorprendía con sus coincidencias, esa vez una bastante amarga. Así que el amiguito de Scarlett era propietario del Red House. Nadie lo hubiese deducido jamás, por la pinta de estirado que tenía. Parecía que no era capaz de matar ni a una mosca, y que no se enteraba de cómo funcionaba la vida real, viviendo en la burbuja en la que los ricos suelen meterse. Sin embargo, de puertas hacia dentro dirigía un negocio en el que había prostitución, drogas, tipos raros con cara de mafiosos, extorsión y muchas más cosas que no quería siquiera pensar.

Atravesó la planta de arriba y se detuvo en las escaleras intentando encontrar por allí a Scarlett en una batida visual rápida. Recorrió el antro con la mirada y la localizó cerca de la puerta de entrada, esquivando a un grupo de chicos. Destacaba en medio del ambiente con su cabello rubio atado con un lazo y su vaporoso vestido. Bajó corriendo las escaleras, sin perderla de vista. Tampoco hubiese podido; en medio de todo ese caos, ella parecía el faro que iluminaba el camino, o el mástil estabilizador en su tormentosa y caótica vida.

—¡Scarlett! —gritó por encima de la música y las voces de la sala.

Ella no se percató de su presencia, así que se acercó hasta que casi pudo tocarla. Volvió a llamarla y esa vez sus ojos se encontraron. La chica le sonrió como respuesta y apartó a unas cuantas personas para llegar a su lado.

—Dios mío, ¡cómo se pone esto de gente!

Christopher trató de contenerse e intentó sonar lo más tranquilo posible. No le gustaban las multitudes y estaban en el ojo del huracán.

—Scarlett, creo que no deberías haber venido.

La mueca de molestia ante su opinión fue notable.

—Ya te he explicado que quiero aclarar las cosas con..., bueno, con Roger, ya sabes.

—Cualquier otro sitio hubiese sido mejor para hablar que este club. —De nuevo intentó no mostrar su desagrado.

—Bueno, es una larga historia, pero el caso es que estoy aquí. —Miró su móvil—. Le he escrito hace un rato, pero como no me ha dicho nada, había pensado hacer tiempo tomando algo en la barra. ¿Te quedas conmigo?

—El esnob ya está aquí, Scarlett.

—¿Sí? ¿Lo has visto?

—Más o menos. Me lo han presentado. —Notó varios empujones de gente que pasaba alrededor de ellos. Definitivamente estaban mal ubicados.

—¿Cómo? —Su cara de confusión lo decía todo.

—Scarlett, el tipo es uno de los dueños del local.

Ella parpadeó varias veces, incrédula.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Me acaba de dar la mano hace nada.

—Estoy flipando —susurró.

—Ese tío es muy turbio. —Ante la cara de desconcierto de ella, añadió—: Lo está usando de tapadera para cosas más ilegales que las propias timbas de póquer.

—¿Roger? —Un tipo con la camisa sudorosa pasó por su lado y le mojó el brazo— Oye, vamos a movernos de aquí mejor.

—No tendrías que haber venido.

—Quería hablar con él, aunque... —Dejó flotando el resto de la frase en el aire, dudando sobre cómo actuar.

—No voy a dejarte aquí sola con él. Ven conmigo, necesito hacer una cosa urgente ahora.

—¿Por lo de tu hermano? —preguntó ella.

De pronto, Scarlett tuvo una revelación. Procesó de nuevo el problema en el que tanto Christopher como Brad estaban metidos. El juego, las apuestas, los tipos rudos y peligrosos, las trampas, el hecho de que lo tuvieran retenido en contra de su voluntad... Toda esa serie de cosas se relacionaban con Roger. Con el tipo simpático que cenaba en lugares exclusivos, hablaba de expansiones empresariales y dejaba buenas propinas a los camareros. ¿Cómo es que no se había dado cuenta? Porque hacía muy bien el papel de persona corriente. Había estado a punto de ir a pedirle perdón a un hombre que estaba extorsionando a otras personas, que extorsionaba a su propia pareja para saldar una deuda que ni siquiera era suya. La rabia que le entró al pensar en esa tremenda injusticia le hizo hervir la sangre. Se le tornó repulsivo.

—Pedazo de...

—Tranquila, lo he insultado mentalmente tanto que le pitarán los oídos tres años seguidos.

—En cuanto lo vea le voy a decir hasta de lo que va a morir —rugió ella.

—Ni yo soy tan estúpido como para meterme con ese esnob. No quiero que te acerques a él ni a cincuenta metros de distancia.

—¿Y qué tienes que hacer tú tan urgente?

Christopher se rascó la barbilla antes de hablar.

—Voy a ir a estas horas a casa de mi ex. Me va a dar el coche que tienen y lo conduciré hasta aquí para que la Rottweiler me diga si le interesa. Si al final se lo queda, hoy se viene Brad a casa, y si no se lo queda, pues... improvisaremos.

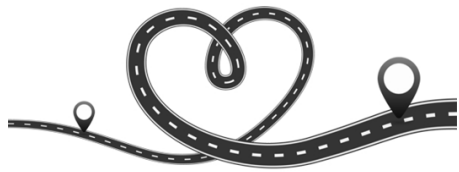
—¿La Rottweiler?

—Es una larga historia.

—Dios, ni James Bond tenía tanta acción en su vida.

Su risa nerviosa se perdió entre la multitud, y se pusieron en marcha.

16



—¿Tu coche o el mío? —Se giró hacia Christopher al ver que no contestaba y lo vio en la puerta del Red House, retenido por uno de los seguratas. El hombretón tenía una mano en el pecho de Chris y le impedía la salida. Problemas. Entonces habló por un pinganillo con alguien y, al terminar, lo dejó salir.

—Tenía pinta de que te iba a partir las piernas. —Enseguida cayó en la cuenta de que era una opción demasiado factible.

—Estás más graciosa hoy que de costumbre.

—Perdona.

—No pasa nada. No sé ni por qué estás metida en todo esto conmigo. Me da tranquilidad tenerte al lado y a la vez tengo miedo de que te pase algo.

—Curioso, ¿eh?

—Penoso, mejor dicho.

—¡Eh! Oye, al menos durante este rato viviré bajo las reglas de alguien alocado y a quien le dan igual las consecuencias.

—¿Eso piensas de mi vida? —Sonrió de medio lado.

—No, no, no. Quiero decir...

—Era broma, Scarlett.

—Una vez es una vez. ¿Crees que podré vivir la experiencia de que me apunten con una pistola? —se burló estirando la cuerda hasta que, por la expresión de Christopher, esta se rompió.

—No lo digas ni de coña. —Se detuvo frente a ella, impidiéndole seguir avanzando.

—Chris, era una broma.

—De mal gusto. —Siguió caminando hacia su coche.

—Eh, vamos, no te enfades. —Se apresuró a seguir su paso hasta la camioneta—. Pues vale, será tu coche...

Se subió en el asiento del copiloto y se abrochó el cinturón. Christopher tardó un rato en arrancar. Apoyó las manos en el volante y miró al frente como si estuviese hipnotizado, metido en sus pensamientos y con semblante atormentado.

—Chris, ¿estás bien? —Posó la mano delicadamente sobre su brazo, tratando de bajarlo a la realidad.

—Sí, está todo bien.

Condujo en la oscura madrugada. La carretera estaba tranquila, sin tráfico. Scarlett aprovechó para quitar el aire acondicionado y bajar la ventanilla. La agradable brisa de la noche le meció el pelo y disfrutaron del silencio y del sonido del motor de la camioneta avanzando a ritmo constante. Se martirizó un poco pensando en cómo sería la ex de Christopher. Turbio. El caso es que tenía curiosidad por conocerla. Además, ¿cómo se presentaría? ¿Como su novia, su pareja? ¿Su *qué,* exactamente? Estaba bien eso de no tener etiquetas, ella había funcionado así durante toda su vida, pero eso era diferente... y, por tanto, consideraba que debían ponerle nombre..., algo a lo que agarrarse y que establecer como *real.* Scarlett al menos lo pensaba así. Tan solo faltaba preguntarle a la otra parte implicada, aunque no era el momento de abrir una cuestión tan seria como esa. Si por ella fuese, se llamarían «pareja»; al menos era lo que pensaba decirle a su madre o a quien le preguntase. «Es mi pareja.» Sonaba bien. Le gustaba. La palabra contenía la implicación emocional necesaria para representar lo que sentía por ese hombre. Porque a esas alturas sentía de forma incontrolable y lo estaba empezando a aceptar como parte de su vida.

Christopher aminoró la velocidad y aparcó en una calle principal. La miró antes de bajar.

—Puedes esperarme aquí si lo prefieres. No hace falta que entres.

—Entonces, ¿solo me querías para hacerte de copiloto? —bromeó.

—No. —Sonrió.

—Mejor, porque me gusta el chisme. —Scarlett abrió la puerta con decisión y se bajó.

—Ya veo.

—¿Qué? Tengo curiosidad por descubrir con quién te juntabas

antes.

Sin esperarlo, él la tomó de la cintura y la atrajo contra su cuerpo, abrazándola. Calidez, seguridad y paz fueron las sensaciones que la invadieron y se permitió relajarse durante los minutos que estuvieron así. Christopher apoyó la cabeza sobre su hombro y ella sobre su pecho, escuchando los latidos de su corazón. Sentía que encajaban, por más imperfectos que pudiesen ser.

—Te quiero —confesó él en un susurro casi inaudible.

Scarlett quedó estupefacta. ¿La quería? Había sonado tan sincero... Una cálida emoción se adueñó de su pecho y lo abrazó con más ímpetu.

—Todo irá bien —murmuró.

—Lo sé. —La estrechó más fuerte entre sus brazos.

Subieron en el ascensor y, antes incluso de llamar a la puerta, una mujer abrió y los estudió a ambos con curiosidad. Efectivamente, era la morena del restaurante, esa con la que Scarlett se había cruzado queriendo huir de Christopher.

—Creía que vendrías solo —apuntó Melissa.

—Scarlett, ella es Melissa.

—Encantada. —Le tendió la mano.

Melissa la miró durante unos segundos y se la estrechó con desconfianza. Los dejó pasar y cerró la puerta después de haber mirado concienzudamente de derecha a izquierda por todo el pasillo.

Scarlett aprovechó para escanearla con disimulo. Era más bajita que ella, le dio la impresión de que lo era incluso más que cuando se la topó en el baño, que fue también cuando trazó el magnífico plan para que Christopher no la viese. Debía de llevar tacones por aquel entonces porque en ese momento le llegaba casi por el hombro. Vestía una camiseta raída, los pantalones de chándal más usados de la historia y andaba descalza por su casa. Se había atado el pelo en un moño desenfadado. Cuando se giró a encararlos observó que no llevaba ni una gota de maquillaje, que tenía unas ojeras bastante feas y los ojos algo rojos e hinchados. No parecía la misma persona perfecta con la que se había cruzado accidentalmente en los aseos del restaurante. La vio más humana e imperfecta, tal como todos somos cuando la puerta de nuestro hogar se cierra, nos aislamos del mundo y obviamos todos y cada uno de los complejos que tratamos de disimular delante de la sociedad.

—¿Trabajas para ellos? —preguntó Melissa.

Christopher la miró, estupefacto.

—No trabaja para nadie. Viene conmigo.

—Vale. —Su ex pareció insatisfecha con la aclaración obtenida. Se giró hacia Christopher—. ¿Qué necesitas?

—Tu coche. Vuestro coche. Me lo llevo.

Scarlett pensó que Christopher necesitaba mejorar sus habilidades comunicativas. Si una persona se plantaba en su casa pasadas las dos de la mañana pidiéndole el coche, probablemente acabaría abriéndole la puerta e invitándolo a irse por donde había venido. Como era de suponer, Melissa arrugó la frente desconcertada, así que ella se tomó la libertad de intervenir.

—Necesita entregarlo como parte del pago de la deuda y nos lo tenemos que llevar para que lo valoren y decidan si se lo quedan. —Se sorprendió del uso del plural que había hecho, como si ella formase parte activa de todo ese lío—. Venimos a por las llaves y a que nos des tu consentimiento.

—Ah —fue lo único que salió por su boca.

Christopher se limitó a mirar a Melissa, esperando a que ella se moviese y fuera a buscar las llaves. Lo hizo y, para su asombro, en vez de entregárselas a él, se las dio a ella. Scarlett sonrió.

—No sé quién eres —le aclaró Melissa—, pero gracias por ayudarnos.

—Es mi pareja —anunció Christopher.

Melissa sonrió sin mostrar los dientes como única respuesta.

Scarlett se hinchó de orgullo y le dedicó una mirada sutil de agradecimiento. En realidad quería saltarle encima y llenarlo de besos, porque había hecho exactamente lo que ella deseaba. Lo había dicho en voz alta, sin querer esconderlo a nadie, y Scarlett no podía estar más feliz a pesar de las circunstancias.

Ellos dos bajaron hasta el parking, donde estaba aparcado el BMW. Scarlett no cedió ni un ápice e insistió en conducir ella el coche, pues le habían confiado las llaves. Después de un bufido por parte de Christopher y una mala cara por parte de ella, él tuvo que ceder. Era obstinada.

Antes de montarse en el BMW, él la estrechó entre sus brazos y se dijo que no la soltaría nunca más. Quiso quedarse cerca de ella, absorber la tranquilidad que emanaba, a pesar de que no tenía ni un

pelo de tonta y se daba cuenta de que el Red House y todo ese asunto eran un lodazal en el que más les valía no hundirse.

Scarlett se agarró como un koala a él y lo besó con urgencia, más de la necesaria para el decoro social. Tuvieron que separarse por la falta de aire y porque, si no lo hacían pronto, juraba que se la acabaría follando contra el capó del coche. Respiró hondo, se instaló en el asiento del conductor de su camioneta negra con una erección monumental y la siguió de regreso a su calvario y purgatorio particular.

Roger estaba sentado detrás de su lujosa mesa en su despacho. No le gustaba que lo molestaran, y mucho menos cuando contaba y distribuía el dinero en los respectivos maletines. El mundo moderno de las transferencias estaba bien, pero no había nada como el efectivo. Él entendía de inversiones, de transacciones millonarias y jugadas estratégicas, pero, tal y como le decía su abuelo paterno, no había nada igual que el *cash*.

Palpar el dinero, usar la contadora de billetes y que prácticamente sacase humo cada noche, eso era lo más importante para él cada vez que iba al Red House. Y sí o sí se hacían depósitos de efectivo como aval en sus partidas, o más les valía no sentarse en ninguna de las mesas de juego. Era el requisito indispensable en caso de querer participar. Obviamente, al final de cada velada se llevaba de allí los fajos de billetes; estaban a mejor recaudo en la caja fuerte de su casa.

Desde que se asoció con Natasha y sus amiguitos, todo iba viento en popa y a toda vela. Necesitaba a alguien para controlar la mala hierba que siempre acababa creciendo en cualquier lado, y ese era un trabajo que él no iba a asumir. Él no se manchaba las manos jamás, eso ya lo hacían otros, y por eso cobraban lo que cobraban.

Lograban hacer que la gente pagase sus deudas, y eso era lo que más lo satisfacía de los negocios con Natasha. Era inteligente, eficaz, muy poco habladora y muy atractiva, aunque no era tan tonto como para acabar liado con su socia. Se conocieron en una fiesta que un

amigo en común dio en su yate. Charlaron y tantearon su compatibilidad en los negocios, y desde entonces habían sido inseparables en el manejo del Red House. Además, ella había atraído a mucho público a las timbas. Digamos que había pulido el perfil y allí solo se acababa reuniendo gente de bien con gran liquidez económica y que pasaba el rato mientras perdía cantidades abismales de dinero y le rezaba a Dios para que la suerte estuviese esa noche de su lado.

Brad no encajaba en ese ambiente. Se conocían desde hacía años y sabía de su pequeño problemita con el juego, aunque jamás le negó la entrada ni al Red House ni a las partidas que allí organizaban. Quizá debería haberlo hecho. Fue demasiado laxo, y ese error lo llevó a un pufo que Natasha no dejó que pasara por alto, así que simplemente le cedió el control del asunto a ella. Que emplease la técnica que quisiese con Brad con tal de que este pagase su deuda. Por él, como si le partían un brazo. Eran amigos, pero, tal y como le decía también su abuelo paterno, en los negocios no había de eso.

Estaba solo. Su despacho no daba al exterior, por lo que no tenía vistas al *skyline* de la ciudad. Para él era un zulo. Decorado con muy buen gusto, pero seguía siendo un zulo. Nada comparado con el despacho de su casa o sus oficinas en Salt Lake City, con ventanales luminosos en pleno *downtown*. Eso sí era un buen lugar de trabajo y no la mazmorra en la que se encontraba en esos momentos.

Cerró los múltiples maletines y se encaminó a la parte trasera del Red House. Natasha lo había avisado de que ya tenían allí el coche de Brad.

A medida que regresaban al Red House, Scarlett se sentía más y más intranquila. Jamás se había imaginado a sí misma participando en semejante plan de entrega de vehículo a matones con cara de estreñidos en plena madrugada..., ella, que llevaba un vestido vaporoso y un lacito en el pelo, que ni siquiera iba acorde para la ocasión, al menos para tratar de meterse en el papel de tipa dura. Como les tocase correr o algo por el estilo, lo llevaba claro, sus sandalias eran muy incómodas.

Habían parado varias calles antes para que Christopher aparcase la camioneta. Cuando quiso que se montase en el asiento del copiloto, él le dedicó una mirada significativa y habló.

—No quiero que vayas conmigo. Tienes que mantenerte alejada de todo esto.

—No voy a dejar que vayas solo. —Puso los brazos en jarras.

—Sé cuidar de mí mismo. Además, si estás por allí voy a estar más pendiente de que no te hagan nada que de centrarme en resolver definitivamente este asunto. Estamos hablando de la mafia, de personas sin escrúpulos que hacen lo que sea para conseguir sus objetivos. No me da la gana que estés a un solo metro de ellos.

Scarlett estuvo sopesando su explicación. Tenía sentido. No era inteligente meterse de lleno en la boca del lobo. Esperaría. Asintió y se bajó del BMW.

—Enciérrate en mi camioneta.

Antes de que se marchase, depositó un fugaz beso en sus labios y susurró «suerte». Se metió en la camioneta, puso el seguro y lo vio alejarse de ella y adentrarse en terreno peligroso.

Christopher se fue con la idea de que dejarla allí sola no era buena idea, pero era la mejor solución que se le había ocurrido. El callejón trasero del Red House lo transportó por unos segundos a aquella fatídica noche en la que le metieron la paliza de su vida. Paró justo al lado de Natasha, que se estaba fumando un cigarrillo. Boris se encontraba a su lado y Brad, junto a esos dos. Se bajó del BMW.

—A lo que hemos venido —dijo muy serio Christopher.

Le entregó las llaves a Natasha. Ella se quedó de pie sin moverse hasta que terminó de fumarse el cigarrillo. Estaba más que claro que las cosas se hacían cuando ella decía y quería. Aplastó la colilla con la punta de su zapato de tacón y pasó a inspeccionar el vehículo por dentro. De la puerta lateral del Red House emergió un hombre trajeado: Roger.

—Amigo, ya sabes cómo suelen ser estas cosas, ¿verdad? —Se dirigió con paso tranquilo hasta Brad y puso una mano sobre su

hombro, ignorando por completo la presencia de Christopher.

—Me ha quedado muy claro. —Notó el apretón y cómo los dedos se hundían en su carne.

—Podremos seguir viéndonos en cuanto hayas saldado tu deuda. Tu hermano ha hecho un muy buen trabajo. La familia está para ayudarse, ¿no es así? —Se encaró hacia Christopher.

Este ignoró su pregunta.

—Natasha y yo acordamos que se le vetaría la entrada cuando todo esto se zanjase.

—Así es —sentenció ella—. Di mi palabra.

—Oh, en ese caso, perfecto. —Miró a Brad directamente a los ojos—. Siempre quiero lo mejor para mis amigos. Imagino que nos veremos en otras... situaciones y ambientes.

—Nos lo quedamos. —Natasha cerró el capó del BMW con un fuerte ruido que atrajo la atención de todos.

Boris, el de dos por dos, empujó sin ningún cuidado a Brad hacia delante. Christopher sintió que sus hombros empezaban a cargar menos peso. Todo estaba yendo bien.

—Espera —ordenó Roger, mirando detrás de ellos.

«¿Ahora qué pasa?»

Boris volvió a agarrar a Brad.

—Ha sido como un grano en el culo tenerte tantos días —admitió Natasha.

Scarlett estaba asustada. Minutos después de que Christopher se hubiera marchado tocaron en la ventanilla. Casi le dio un paro cardiaco. Eran dos hombres vestidos de negro y con cara de pocos amigos. El corazón se le puso a cien y, cuando intentó arrancar el motor con la idea de pisar a fondo y salir por patas de allí, uno de los dos tipos volvió a tocar con los nudillos en el cristal y negó con el dedo índice, mucho más serio que antes.

Trató de controlar sus nervios. Al menos estaba puesto el seguro de la camioneta. Pensó a toda velocidad. En esos casos, ¿qué era mejor? ¿Tener una actitud conciliadora o ponerse a la defensiva?

Probó con la primera.

—Buenas noches, caballeros —gritó desde el interior. Ni por un segundo se atrevió a bajar la ventanilla.

—Abajo —rugió uno de los dos hombres.

Scarlett parpadeó, sorprendida por lo maleducado que había sido el tipo.

—Estoy esperando a alguien —se justificó.

Los dos sujetos no se movieron de la puerta.

—Abajo —le volvió a ordenar el mismo de antes.

—No voy a bajarme. Solo estoy esperando a alguien. —Acto seguido miró al frente, la voz le estaba empezando a temblar. Pilló su móvil, dispuesta a llamar ya al 911. Un sonido metálico pegando en el cristal la asustó y se giró para ver el cañón de una pistola a centímetros de su cara. Su cuerpo se quedó congelado y un sudor frío la recorrió entera.

—Baja, ahora —le exigió.

Dos minutos más tarde, la arrastraban hacia una tipa con cara de rottweiler rabioso que imponía, y mucho, al igual que el hombre que parecía un armario que tenía al lado. Seguro que de un solo puñetazo podía matar a alguien. ¿Cuántos esteroides se habría pinchado? Por su bien, esperaba que alguien lo hubiese informado de que el abuso continuado de ese compuesto reducía en unos cuantos años su vida. Un hombre al que no conocía, supuso que el famoso Brad, también estaba allí y la miró asombrado. Tenía la pregunta «¿quién eres tú?» impresa en las facciones. Y Christopher estaba pálido, con el horror en la mirada y la preocupación extendiéndose por todas las células de su cuerpo, de nuevo. Avanzó escoltada por los dos tipos que la habían hecho salir de la camioneta.

—Yo a ti te conozco —dijo Natasha.

Sin poder evitarlo, quizá por su tono de voz o la entonación de la frase, un escalofrío desagradable le recorrió la espalda y todo su cuerpo se puso en guardia. Debía recordar que no estaba allí participando en una película en la que interpretaba un papel. Por

mucho que su cabeza flotase y que toda la situación pareciera sacada de un libro, había personas peligrosas frente a ella. Eso era la vida real y esa gente realmente era mala. En ese callejón mal iluminado, junto a la Rottweiler y al gorila de dos por dos, Roger mostraba una expresión amenazante que jamás había visto.

—Scarlett, Scarlett, Scarlett... —Sonrió—. ¿Te encanta meterte en la boca del lobo sin invitación?

Los estudió a todos con la mirada. Sí, ella era la parte disonante, y lo sabía. La empujaron hasta colocarla al lado del que había deducido que era Brad. Christopher dio un paso adelante, dispuesto a matarlos a todos como le tocasen un solo pelo.

—¿Qué mierdas estáis haciendo? —gruñó rabioso.

—Yo que tú no haría eso —siseó Natasha.

—No te creía con tan mal gusto. —Roger repasó de arriba abajo a Christopher, con asco en la cara.

—¡No la metas en esto! —Christopher alzó la voz.

Scarlett, sin saber muy bien de dónde sacó el valor, dio varios pasos hacia delante, situándose justo delante de Roger. Todavía no acababa de procesar lo que estaba pasando ni los papeles que jugaban cada uno esa noche, pues su mente ignoró las señales de alerta a su alrededor.

Ignoró que Boris había dado un paso hacia delante y que Natasha se había cruzado de brazos con semblante serio. No vio la cara de preocupación de Christopher, a quien le faltaba poco para abalanzarse sobre ella, cargársela al hombro y marcharse de allí sin mirar atrás. Lo que sí que vio fue la sonrisa de oreja a oreja de Roger, y desde luego no le pareció nada sincera. Era siniestra.

—Me da mucha pena haber pensado algo bueno sobre ti —confesó Scarlett con total sinceridad.

—Lo que yo soy y lo que *este* es —Roger señaló a Christopher con la cabeza— no se diferencia mucho. Todos tenemos nuestros secretos.

—No le llegas ni a la suela de los zapatos —escupió, enfadada—. Es ofensivo que intentes compararte con él.

Natasha se rio a su lado, divertida ante la falta de respeto de la chica.

—Pensaba que me tenías en mejor estima.

—Tenía en estima al Roger con el que charlaba y salía a cenar, no con el que extorsiona a las tres de la madrugada en un callejón

oscuro.

—¿Ahora ya no te gusta lo que ves?

Scarlett estuvo a punto de soltar que no le había gustado jamás lo que había visto. Es más, se sentía como una tonta por haber querido arreglar las cosas entre ellos y no acabar tan mal. Sin duda, vista la calidad moral de Roger, no había valido la pena ni intentarlo. Se quedó demasiado rato callada. Christopher avanzó hacia ellos. Roger negó con la cabeza.

—Mis chicos la han traído a la reunión familiar.

—Deja que se vaya. Ella no tiene nada que ver en todo esto —intercedió Christopher.

—¡Pero si tú y yo habíamos quedado! —se burló Roger, mirando hacia ella.

—Ni aunque me amordazases, me atases y me encerrases en el cuarto más oscuro de este cuchitril —dijo, refiriéndose al Red House— volvería a quedar contigo.

—No me tientes. —Roger se burló con condescendencia.

—Pareces más inocente cuando estás callada, pero lanzas fuego por la boca —comentó Natasha—. Estoy realmente sorprendida. Me recuerdas a un chihuahua rabioso.

—Ojalá no me vuelva a cruzar contigo jamás. Con ninguno de vosotros. —Los apuntó a todos menos a Christopher y Brad.

—Sí, Scarlett, ojalá no te vea jamás por aquí. No suelo ser tan bueno con quienes me amenazan. —Dio un paso al frente acortando la distancia entre ambos. Christopher apretó los puños a su lado—. ¿Crees que tienes el control aquí? Dime, querida, ¿qué tal estuvo el vino que compraste hace unos cuantos días en el Walmart de Quarry Bend Dr.? ¿Le gustaron a tu madre los lirios que recogiste en el paseo del miércoles? O, no, mejor deja que te pregunte qué tal fue el manoseo en un pasillo con este... —señaló a Christopher—... ¡en mi puto local!

Scarlett estaba estupefacta.

—¿Qué...? —logró pronunciar.

—Tengo ojos por todas partes.

Ella se llevó una mano a la boca, conmocionada.

—Lo del calentón en el pasillo me sorprendió, y luego se me hizo curioso veros juntos en el Walmart. Pensé: «Vaya por Dios, las coincidencias. El tipo al que vigilo y la chica a la que estoy

conociendo, charlando animadamente en el parking». —Miró alternativamente a Scarlett y a un Christopher completamente callado, con los puños cerrados y los brazos tensos, preparado para atacar en caso de que fuera necesario—. Pero, como me dijo mi abuelo —avanzó un paso hacia delante provocando que Christopher lo imitase—, las coincidencias no existen.

—¿Me has...? ¿Me has... estado espiando?

—Querida —rio ante su acusación—, reconozco que tú no me interesabas lo más mínimo. Lo vigilaba a él, pero luego me picó la curiosidad con vosotros dos. ¿Fue divertido el paseo hasta la cascada?

—¡Basta! —le gritó.

—El mundo es un pañuelo —bramó contra ella—. Me preguntaba si serías capaz de contármelo en vez de tomarme por tonto y seguir viéndome como si nada pasase entre vosotros. Normalmente soy yo quien juega, y no me gusta que jueguen conmigo. Suelo tener muy poca paciencia cuando se ríen de mí en mi cara. Estás buena para un polvo —la miró de pies a cabeza—, pero...

—¡No le hables así! —rugió Christopher.

—Vaya, el caballero sin armadura, sin estilo, sin dinero y casi casi casi... sin hermano. —Sonrió maliciosamente—. Vuelve a gritarme así y muy pronto tendrás que elegir la corona de flores del funeral. La pregunta es: ¿de cuál de ellos dos?

Natasha tenía la mirada fija en la discusión y por su expresión parecía que estuviese viendo el culebrón que echaban a las cuatro de la tarde.

—¡Basta! —gritó Scarlett, completamente aterrada— ¡Para, por favor! ¿Qué quieres?, ¿qué buscas con todo esto?

—¿Buscar? No, no, no, yo no busco nada con todo esto. Yo obtengo satisfacción. Mira la cara de tu novio —escupió Roger señalando a Christopher—. ¿A que es divertido? Te he traído a tu chica para que veas que la tengo controlada y para que nunca volváis a jugar conmigo.

—Roger, por favor, deja que nos vayamos —pidió Scarlett con voz lastimera—. Te juro que no diré nada de lo que ha pasado aquí. Jamás nos volverás a ver. Ni a su hermano ni a él ni a mí. No te he hecho nada malo y siempre te he tenido en consideración.

Roger soltó una carcajada.

—¿Después de lo que me has dicho esta noche te atreves a decir

que me tienes en consideración? —Se acercó a milímetros de su cara —. Puta mentirosa.

La voz de Scarlett tembló, pero no se echó hacia atrás.

—No me das miedo —susurró mirándolo a los ojos. Era la trola más grande que había dicho nunca.

—No, ahora no, pero como vuelva a verte por aquí te mandaré a tu novio en fascículos por correo, pieza a pieza, cacho a cacho. Grábate esto en tu estúpida cabeza, Scarlett. De mí no se ríen dos veces —gruñó por lo bajo. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

De pronto, Natasha habló, sorprendiéndolos a todos con sus palabras.

—Fuera todo el mundo —ordenó.

Para su asombro, uno de los dos tipos la empujó hacia delante, haciéndola trastabillar. Christopher la agarró a tiempo de evitar que se comiera el suelo. Acto seguido, empujaron a Brad hacia ellos dos. La hilera de cinco pares de ojos se posó sobre ellos tres.

—Eres demasiado buena. —Roger le dedicó una sonrisa a Natasha.

—La chica no ha hecho nada y ya tenemos el dinero. Problema resuelto —replicó restándole importancia a su gesto.

Sin una palabra más de por medio, se dieron la vuelta dispuestos a largarse de allí. La noche oscura no le permitió a Scarlett percibir el alivio en los rostros de los hermanos. La tensión en sus hombros aminoró. Se giró, dispuesta a irse con ellos, pero una voz la llamó, haciendo que se quedase muy quieta, sin avanzar.

—Tienes una flor en el culo, Scarlett.

El camino de vuelta al bloque de pisos fue agotador para todos. El cansancio se apoderó de su cuerpo y Scarlett apoyó la cabeza contra el cristal mientras oía de fondo a ambos hermanos discutir acaloradamente sobre las decisiones de vida que debía tomar Brad si quería seguir teniendo a Christopher de su lado. Bien, el momento «charla hermano mayor» había llegado; además, ella estaba demasiado agotada como para intervenir. Sus voces se fueron fusionando en un

zumbido molesto mientras parpadeaba más veces por minuto de lo habitual. Bostezó y se acurrucó en el asiento. Estaba tranquila. Podía darse el lujo de echar una cabezadita hasta que llegasen...

Christopher apagó el motor de la camioneta y movió con suavidad a Scarlett. Era ya muy entrada la madrugada y se había quedado tan dormida que no fue capaz de despertarla para preguntarle qué quería hacer. Condujo hasta el hotel en el que se alojaba con la intención de que pasase allí la noche, aunque, si le pedía que la llevara a casa de su madre, lo entendería. Había sido agotador para todos.

—Scarlett, despierta.

Ella se frotó los ojos, con la coleta casi deshecha, y se estiró en el asiento del copiloto.

—¿Dónde estamos?

—Te he traído a mi hotel. No he querido despertarte.

Scarlett asintió y sacó el teléfono. Tecleó un par de mensajes y luego lo guardó.

—He avisado a mi madre para que se quede tranquila.

—Dile a mi suegra que cuidaré hoy de ti. —Le guiñó maliciosamente un ojo.

—A tu suegra, ¿eh? Suena bien. —Sonrió, antes de abrir la puerta y bajar. Cuando la cerró, el fuerte sonido metálico hizo que tuviese una revelación—. ¡Mi coche! Mierda.

—Iré yo a por él mañana. No vas a volver a acercarte al Red House nunca más.

—Tampoco tú —aseguró.

—Improvisaremos mañana. Vamos dentro. Tengo hambre, quiero quitarme ya esta mierda de traje, pegarme una ducha y follarte un rato. —Con ese comentario y su sonrisita al mirarla se ganó un empujón—. ¿Qué?

—Eres un cerdo.

—Pienso asearme antes.

—¡No lo decía por eso!

—¿Crees que te podrías dejar el lacito y la coleta mientras...? —Le dedicó una mirada de lo más insinuante.

—¡Chris!

—Está bien, está bien. ¿Pizza Hut estará abierto a estas horas? Porque tengo un hambre que me muero.

Para su desgracia, después de ducharse juntos, ponerse un pantalón fino y prestarle a ella uno de sus bóxers y una camiseta blanca, le tocó salir al 7-Eleven más cercano a por algo de comida basura. Compró unos cuantos sándwiches, patatas, dos refrescos, agua fría y unas galletas de chocolate para compartir como postre.

Ya de regreso, lo extendieron todo sobre la cama de matrimonio.

—Menudo festín —dijo mientras engullía un bocado del sándwich, que no sabía tan mal como había creído.

—Era lo único mínimamente decente que podía encontrar a estas horas —se disculpó él.

—Gracias por salir.

—Gracias por quedarte.

Scarlett rio ante el comentario.

—¿Por qué dices eso?

—No descartaba que te hubieses marchado a hurtadillas después de darte una ducha.

—¿Andando en mitad de la noche? —le preguntó extrañada.

—Ya, no tiene sentido. Lo sé. —Le acarició la rodilla.

—No, es que no tenía coche —bromeó ella. Christopher solo sonrió—. Es broma. Era broma. ¿Creías que me largaría después de lo que ha pasado?

—Más o menos. Pensaba que a lo mejor necesitabas tu espacio para asimilar ciertas cosas.

—Puedo asimilarlas acurrucada contigo esta noche —alzó las cejas mientras le contestaba.

—Me gusta el plan.

Pasaron largos minutos hasta que él volvió a hablar y, cuando lo hizo, a ella se le puso la piel de gallina. No se acostumbraba a esas palabras, pero le encantaba oírlas.

—Te quiero.

Por un segundo no supo qué decir.

—Yo también te quiero... robar una patata. —Y se tiró sobre él con la intención de conseguir las últimas que quedaban.

—¡Eh! —protestó divertido, agarrando la bolsa y sosteniéndola por encima de su cabeza. Ella trató de alcanzarla, pero no pudo.

—¡No es justo! ¡Dámela!

—Dime las palabras mágicas y lo haré.

—¿Por favor?

Christopher negó con la cabeza.

—¿Me estás ofreciendo patatas a cambio de que te diga que te quiero?

Christopher asintió, sonriendo. Scarlett se rascó la barbilla haciéndose la interesante, fingiendo no saber qué decisión tomar.

—No te las daré —advirtió él.

—Está bien —cedió—. *Te-quie-ro*. ¿Me las das, por favor?

—¡Uy! No estaba prestando atención. ¿Qué has dicho?

—¡Que te quiero! —le gritó con diversión.

—Sí, esas son las palabras. —Le tendió las patatas.

Engulló lo que quedaba en el paquete y Christopher la instó, hasta que se acurrucaron juntos en la cama, a que le dijese que lo quería las veces que él se lo pedía. Ella no se quejó. Es más, se sentía con la plena confianza de hacerlo, porque de verdad lo sentía.

Scarlett había visto en sus padres una pareja perfecta, que se apoyaba en lo bueno y en lo malo, y en su juventud había anhelado encontrar a alguien con quien compartir algo así. A alguien con quien bromear mientras fregaban los platos, acurrucarse en el sofá un domingo por la tarde o montar un mueble y acabar desquiciados por no entender las instrucciones, pero terminar haciéndolo de igual forma por cabezonería. Porque así fue la relación de sus padres. Un amor que se proyectó también hacia su única hija y la hizo crecer feliz.

La etapa más negra de su vida fue cuando su padre murió, y entonces descubrió la fragilidad de las personas, de su propia madre y de sus propios sentimientos. Verla sufrir tanto por alguien a quien quería le generó un profundo rechazo hacia el amor, hacia lo que era estar enamorado. Lo acabó asociando con dolor, depresión, llanto y sufrimiento, y todo lo que anhelaba, todo ese amor que había querido descubrir alguna vez en su vida, quedó relegado, apartado, y jamás se permitió cruzar la línea que se había marcado. Nunca se encaprichó de alguien del instituto, jamás aceptó las propuestas de sus compañeros de trabajo. Su vida sentimental se resumía en unas pocas horas: encuentros fugaces y sin sentimientos de por medio. Hasta que apareció él.

Quizá su historia de amor con él no era la más romántica del mundo. Los dos tenían sus defectos, inseguridades y miedos, pero, por mucho que habían tratado de evitarlo, sentían demasiado cuando

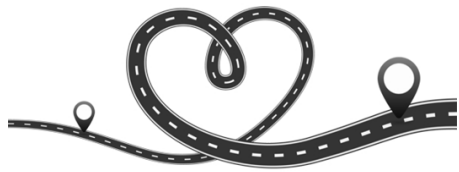
estaban juntos. Quizá por eso caló tan hondo en su corazón sin darse cuenta. Sin compromiso, sin presión, a su ritmo. No era capaz de identificar cuál había sido el punto de inflexión, cuándo pasó de la atracción física al enamoramiento, al amor, pero, a esas alturas, ¿a quién le importaba? Sencillamente se alegraba de que hubiese sucedido. Acurrucada en su pecho, con el latido de su corazón de fondo, a pesar del calor, lo estrujó todo lo que pudo en un abrazo, pretendiendo fundir ambos cuerpos, aunque obviamente sin lograrlo.

—Te quiero —le susurró en la oscuridad.

Christopher le besó el pelo.

—Te quiero, listilla.

Epílogo



Una semana más tarde

—¿Seguro que vas a estar bien, cariño? —Su madre le arregló la camisa vaporosa que llevaba puesta. Ya se le había arrugado bastante, el lino era muy traicionero en ese sentido.

—Claro, mamá. —La abrazó con fuerza, estrechándola con ahínco entre sus brazos con la idea de llevarse impregnado su perfume durante más tiempo del habitual.

Metió su equipaje en el maletero del Mustang, se ajustó las gafas de sol y los retrovisores, y dejó atrás la comodidad del hogar de su madre. Siempre sería el refugio al que volver. Siempre entraría por la puerta principal con un nudo en el estómago al no recibirla su padre y siempre tendría la cálida sonrisa de Miranda, su dulce timbre de voz y sus abrazos reparadores.

«Hasta el próximo verano, Utah. Volvemos de nuevo a la tranquila Arizona.»

Conectó su móvil al dispositivo *bluetooth* del coche y marcó el número de Christopher. Al tercer tono, descolgó.

—Hola, preciosa. —Su aterciopelada voz sonó a través del sistema de audio. Dio marcha atrás, se incorporó a la calzada y vio por el retrovisor cómo la casa familiar se iba haciendo más y más pequeña mientras avanzaba.

«Nos vemos pronto.»

—Hola, querido.

—Qué aristocrático suena eso, listilla.

—Ya sabes, soy dama de alta cuna —le siguió el juego.

—¿De esas damas que aparecen en tus novelas, esas que se hacen las recatadas delante de todos y luego son las más cachondas? —se burló.

La imaginó meditando la respuesta.

—Humm..., puede.

—¿Has salido ya?

—Sí. Justo me acabo de despedir de mi madre. —Antes de que dijese nada, añadió—: Sí, también le he mandado saludos de tu parte.

—Así me gusta, ganando puntos con la suegra —bromeó él.

—Ya te la ganaste la otra noche en la cena de casa. Me dijo que eras un encanto. Le caíste muy bien.

—Saqué todo mi arsenal y por lo visto funcionó.

—Y tanto que sí.

—Tu madre es un amor, igual que tú. ¿Cuántas horas calculas que durará tu viaje?

—Pues si todo va bien y haciendo algún que otro parón, creo que unas diez u once. Llegaré sobre las nueve de la mañana.

—El tráfico de noche es mejor y te evitas el calor conduciendo de madrugada.

—Ya... Con no quedarme tirada por ahí, me conformo.

—¡Ni siquiera lo menciones! Iría volando a por ti.

—¿Tú ya estás en casa?

—Sí, después del taller he pasado a hacer la compra. Ya he cenado y estoy con un partido de fondo aquí tumbado en el sofá, esperándote.

—Duerme algo, no voy a estar robándote el sueño. —Paró en una intersección, mirando a derecha e izquierda antes de continuar.

—Hablemos un rato. Además, es viernes, mañana no trabajo.

—No pretendía colgar —rio suavemente—, pero tienes que descansar.

—Si me acabo durmiendo mientras charlamos, no me cuelgues. Quiero seguir en línea contigo hasta que llegues.

—Guau, ¿pretendes hacer todavía más millonaria a la compañía telefónica? —bromeó.

—Colgaré cuando hayas llegado. —Saboreó las siguientes palabras—. He comprado todo lo necesario para hacerte mis famosos

panqueques.

—Genial, desayunar antes de irme a dormir. —Rio con suavidad.

—No te van a defraudar, lo prometo.

—¿Cómo está John? —cambió de tema bruscamente.

—Oh, desde que he vuelto respira aliviado. Y eso que creo que Fred no lo estaba haciendo nada mal en el taller. Iba más lento, pero el trabajo al final acababa saliendo. Aun así, se nota mucho cuando hay dos manos más.

—Igual le ha servido para ser más responsable de cara a heredar el negocio de su padre.

—Sí, digamos que se ha centrado un poco más desde que tuvo que asumir todo el trabajo de reparaciones las semanas que no estuve.

Christopher se quedó callado durante unos minutos, pensativo. Se alegraba mucho de que su ausencia hubiese servido para que John viese el potencial escondido de su hijo Fred. A pesar de ser bastante irresponsable debido a su juventud y a sus ganas de vivir la vida más que de afrontar que pronto llevaría el negocio familiar, lo había hecho francamente bien el tiempo que Christopher estuvo lidiando con los problemas de Brad. Pero estaba intranquilo.

La televisión tenía el volumen bajo y él solo observaba la pantalla. Christopher también había tenido tiempo para pensar... para empezar a imaginar su futuro, y desde luego no se veía trabajando toda su vida para otro, por mucho que John fuese como un padre para él. En cuanto llegó a su pequeña casita en Wickenburg hizo un repaso a su cuenta bancaria y a los ahorros que le habían quedado después del sablazo debido a la deuda de Brad. No era tanto como él habría deseado, pero tampoco era una miseria. Quizá... Suspiró y prestó atención a lo que Scarlett le estaba contando.

—Una semana —repitió él a través del auricular.

—Sí, en una semana ya me reclaman. La vuelta al instituto —bufó, denotando lo poco que le apetecía volver a su piso.

—Te noto entusiasmada con la idea —se burló.

—Oh, sí. Mi mayor deseo es incorporarme al trabajo dejando a mi pareja a más de una hora de distancia en coche. Pienso exprimir al máximo estos días en tu casa.

—¿Solo piensas exprimir eso? —se mofó.

—¡Cerdo! —exclamó, pero soltó la correspondiente carcajada—. A veces preferiría que no fueses tan directo y sincero.

—¿Qué se estaba imaginando usted, señorita?

—Mejor no te lo digo, porque intuyo que ya lo sabes.

—Para tu información, la señora Lupe me ha dado dos cajas enormes de limones. Yo te hablaba de preparar limonada para sobrellevar mejor el calor de Arizona, Scarlett. Si en tu mente malpensada te has imaginado exprimiendo otra cosa..., también te lo acepto.

—Claro, señor correcto. Soy la única que piensa mal.

—Hablando de la señora Lupe: el domingo tenemos invitación para ir a verla. Me ha insistido en que te quiere conocer.

—Por supuesto, será estupendo.

Domingo por la mañana

—¿Cómo lo ves? —le preguntó indecisa.

Se había puesto su vestido preferido para la ocasión. Llevaba el pelo semirrecogido con un par de pinzas del mismo color. A él siempre le había gustado su tono de pelo a la luz del sol. Le recordaba un campo de trigo, y estaba lleno de matices, desde el más claro hasta el rubio más oscuro. Su atuendo le pareció coqueto y elegante. Iban a ir a casa de la señora Lupe y después a dar una vuelta por el pueblo. Las terrazas estarían abiertas hasta tarde para que los habitantes y los foráneos pudiesen disfrutar de tomar algo al aire libre.

Christopher, por su parte, llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca a conjunto con sus zapatillas deportivas. Ella no lograba comprender cómo conseguía estar tan guapo con algo tan básico y sencillo. En ese momento representaba la perfección con solo dos prendas de ropa. Se dieron la mano y fueron a pie hasta casa de la anciana. Llevaban una bandeja con algunas pastas para no llegar con las manos vacías. Eso se debió a la insistencia de Scarlett, así que el sábado pasaron por Bedoian's Bakery & Bistro para encargar una fuente con dulces variados.

Cuando llegaron a casa de la señora Lupe oyeron, antes incluso de pisar el porche, la animada melodía y la frase «con dinero y sin dinero... hago siempre lo que quiero», que incluso el propio Christopher entonó. Scarlett se giró hacia él con una sonrisa.

—¿Te la sabes?

—Algunas partes.

Un señor mayor, de unos sesenta y largos años, les abrió la puerta. La familia de la señora Lupe había llegado ese fin de semana y planeaba quedarse unos cuantos días de visita, así que en su jardín se respiraba un ambiente totalmente familiar. Los hombres estaban a cargo de la barbacoa, preparando una carne asada. Las mujeres estaban haciendo un corrillo alrededor de la señora Lupe y le contaban las batallitas familiares, poniéndola al día. Los niños correteaban de aquí para allá, y los adolescentes se habían acostado en una manta debajo de un árbol y jugaban con sus móviles. Era una estampa muy bonita vista desde fuera.

—Buenos días. Adelante... Mi madre me dijo que llegaríais sobre esta hora. Tú debes de ser Scarlett, ¿verdad?

—Sí, mucho gusto. —Le dio la mano.

—Pasad por aquí, ya hemos comenzado con las botanas. ¿Qué se os ofrece?

Todo el mundo se giró para estudiarlos con la mirada y dar su aprobación con una sonrisa. Las mujeres no tardaron en levantarse e ir a saludarlos. Eran encantadoras. Una bastante mayor de pelo canoso y largo recogido en la nuca se puso de pie para ir a saludarla. Scarlett se tuvo que agachar.

—Señora Lupe, le presento a Scarlett —habló Christopher.

La anciana no dudó en echarle un vistazo de arriba abajo, lo que la intimidó bastante. Sus labios finos y delgados eran una línea recta en su rostro despejado. La escaneó como si de una máquina se tratase y, cuando terminó, una sonrisa se dibujó en su cara. Eso le dio la confianza suficiente a Scarlett para intervenir.

—Me alegra mucho conocerla. —Tendió la mano hacia ella. Sus curtidas y delgadas manos la estrecharon con sorprendente delicadeza.

—Bienvenida, mi casa es su casa —contestó.

Christopher se agachó para abrazarla de un modo muy familiar y cariñoso. Scarlett temió por la mujer de avanzada edad, por su fragilidad, pero al ver cómo le devolvía el abrazo con la misma intensidad suspiró aliviada. Ella era la famosa señora Lupe de la que Christopher le había hablado tiempo atrás, justo aquella noche en la que no pudo contenerse y lo besó y luego se arrepintió. Sonrió al recordarlo.

—¿Te apetece otra chela? —oyó Scarlett al cabo de un rato.

Se giró para encontrarse con el mismo hombre que les había abierto la puerta al llegar, sosteniendo en sus manos cuatro cervezas, dos en cada una. Aceptó una Corona. Fue hacia Christopher, quien charlaba animadamente al lado de la barbacoa a pleno rendimiento. El olorcito le hizo rugir el estómago. Chris le pasó un brazo por los hombros, le besó el pelo y la atrajo hacia él.

—¿Cómo te lo estás pasando? —susurró en voz baja.

—Genial, son todos muy amables.

—La señora Lupe me ha dicho algo antes.

Scarlett desvió la mirada hacia la susodicha, que en ese instante estaba sentada en una mecedora observando a sus nietos. Se preguntó qué pasaría por su cabeza en ese momento.

—¿Qué? —preguntó curiosa.

—Me ha dicho que... —carraspeó un poco—, que soy muy afortunado de tenerte.

Sus palabras sonaron tan sinceras que Scarlett no pudo contenerse y le dio un fuerte abrazo, desestabilizando al hombre de metro noventa que era y atrayendo las miradas curiosas de los demás.

—*Güera,* tome, pruebe esto. —Le tendieron un apetitoso trozo de carne envuelto en una tortilla.

—Gracias.

—Te llaman así porque eres rubia —le aclaró Christopher.

Tomó un bocado y lo disfrutó ante la atenta mirada de los presentes. Por el gemido de placer que emitió al masticar, toda la familia se dio por satisfecha. La carne estaba sabrosa, muy jugosa, y llevaba por encima lo que supuso era guacamole casero. Le volvieron a dar otro y lo aceptó de buen gusto.

Más tarde, Christopher la sacó a bailar junto con más parejas en la tarima improvisada del jardín. Se rio tanto y se lo pasó tan bien que sintió verdadera pena al despedirse.

—Prométemelo —le exigió a punto de subirse al Mustang, todavía agarrada a él como una lapa.

—Te lo prometo. El fin de semana que viene iré a verte yo.

—¿Seguro? —Hizo un puchero con los labios.

—*Segurisísisisisisisimo.*

—Con ese «segurisísisisisisisisisimo» me quedo muy convencida —se burló ella.

—Te llamaré todos los días. —La estrechó contra su pecho—. Dios, no quiero que te vayas.

—Pues secuéstrame, entonces.

—No lo digas dos veces —le advirtió en tono de broma.

—Voy a estar muy triste sin ti.

—Y yo sin ti, listilla. —Le besó el pelo y se separaron—. Pero tus alumnos te necesitan. Vamos, se hace tarde. Vete ya, que quiero que descanses cuando llegues a Phoenix.

—Está bien, papá.

—Al llegar, métete en la ducha o… ¿me dijiste que tenías bañera? —Scarlett asintió—. Pues abre un vino, pon velas, métete en la bañera y, cuando estés relajada, me llamas. —Le guiñó un ojo.

—¿Cuando ya esté metida en el agua? —le sugirió provocativa.

—Sí. Entonces hablaremos y te podré ayudar… en lo que necesites.

Sus mejillas se tiñeron de rojo e hizo un aspaviento con la mano.

—Está bien, está bien. Sé que querrás asegurarte de que no me he resbalado en la bañera, así que te llamaré para que me hagas las preguntas rutinarias y te quedes tranquilo. —Se mordió el labio.

—Estaré esperando esa llamada. —La miró con intensidad antes de verla subirse al coche.

Tal y como le había prometido, condujo con cuidado y llegó a su casa justo a tiempo para pedirse una pizza, con parmesano, jamón y rúcula, y preparar el baño mientras llegaba su pedido. Después de despedir al repartidor, enseguida llamó a Christopher por teléfono.

—Prepárate porque te voy a ir informando detallada y concienzudamente de todas y cada una de las piezas de ropa que me voy a ir quitando —susurró con su voz más sensual.

Banda sonora

Devil eyes, ℗ 2016 iHipHop Distribution, interpretada por Happy Sabotage.

Kids, ℗ 2007 Sony BMG Music Entertainment, interpretada por MGMT.

El rey, ℗ 2022, una producción de Caracol Televisión, SA, bajo licencia a Sony Music Entertainment México, SA de CV, interpretada por Vicente Fernández.

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Arizona in Love
Carmen M. Darie

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de la cubierta: Naranjalidad
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Ilustraciones del interior: Tutti_frutti / Shutterstock

© Carmen M. Darie, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-08-27255-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!